

Pascal Quignard

Carus

Traducción del francés de Ignacio Vidal-Folch



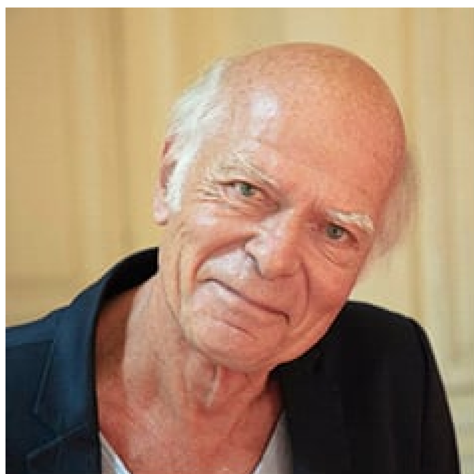
Galaxia Gutenberg

CARUS

PASCAL QUIGNARD

Traducción de Ignacio Vidal-Folch

Galaxia Gutenberg



PASCAL QUIGNARD

Nació en 1948 en Verneuil-sur-Avre, en el departamento del Eure (Normandía), y vive en París. Está considerado como uno de los más importantes escritores franceses.

Es autor de más de setenta obras, entre las cuales destacan *El salón de Wurtemberg* (1986, editado en Galaxia Gutenberg en 2022), *Todas las mañanas del mundo* (1991, adaptada al cine por Alain Courneau), *Una terraza en Roma* (2000, gran premio de novela de la Académie Française), *Villa Amalia* (2006, gran premio Jean Giono), *Las sombras errantes* (2002, premio Goncourt), *Las solidaridades misteriosas* (2011, editado en Galaxia Gutenberg en 2012), *Las lágrimas* (2016) y *El amor el mar* (2022). También ha escrito numerosos ensayos en los que la ficción se mezcla con la reflexión, como *Pequeños tratados*, y los volúmenes de *Último reino*. En 2019, Pascal Quignard fue distinguido con el premio Marguerite Yourcenar por el conjunto de su obra.

Por su contribución a la difusión de las artes y las letras en Francia y en todo el mundo, ha recibido las siguientes distinciones honoríficas francesas: en 1995 fue nombrado *chevalier*, en 2012 *officier* de la Légion d'honneur, y en 2016 *commandeur* de la Ordre des Arts et des Lettres. En 2023 recibió el Premio Formentor de las Letras.

Cuando Horacio iba envejeciendo y reflexionaba sobre su vida, llegó a la conclusión de que había sido irreprochable porque había

sido querido por sus amigos: *carus amicis*.

El corazón de este libro es la amistad, el único sentimiento generoso, y el único verificable.

Un hombre bajo el hechizo de la desgracia: a ese hechizo hoy día lo llamamos depresión nerviosa. Lo que los amigos intentan es deshechizar ese hechizo mediante el lenguaje.

«¿Quién siente que su vida está viva», decía Ennio, «si no dispone del oído de un amigo con quien compartirla?». La amistad es el único sentimiento humano cuyo cuerpo es la lengua pura. Es ese oído siempre dispuesto para la confesión que se ignora a sí misma y que vaga, la ocasión para vaciar el peso del corazón, el tablón que se le ofrece al recuerdo para que no se hunda.

La amistad es el único vínculo entre los hombres donde se disuelve lo inconfesable, donde el desvalimiento recibe amparo, donde el corazón, abrumado por angustias y pesares, se transforma no en lágrimas, no en insomnios, no en muerte voluntaria, sino en breves frases que se dicen y se intercambian, tan poco calculadas que son casi involuntarias, cuando ni siquiera es preciso decirlo todo.

Pascal Quignard
(Extraído del «Aviso para la segunda edición francesa»).

Título de la edición original: *Carus*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2023

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19738-44-8

A M.-F. Q.

AVISO PARA LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

Cuando Horacio iba envejeciendo y reflexionaba sobre su vida, llegó a la conclusión de que había sido irreprochable porque había sido querido por sus amigos: *carus amicis*. Resulta que además Carus es el apellido de Lucrecio, que es el patrón secreto de este libro. Cada novela tiene un santo que la protege, y un lector antiguo que desea, pero a los que nunca menciona con una dedicatoria explícita, por respeto a una extraña superstición.

Y también un mar que la llama y dirige su fluir como el océano lo hace con el río. El río suele obtener sus primeras gotas de la montaña, el frío, el silencio y mucha blancura. El corazón de este libro es la amistad. Dos amigos, Louis-René des Forêts y Emmanuel Hocquard, fueron los únicos que me apoyaron para que mantuviese este título cuando otros que lo habían leído manifestaban toda clase de reservas. Recibió el Prix des Critiques pero lo machacaron. La amistad es el único sentimiento generoso, y el único verificable. Todos los amigos desean desgracias porque estas la revelan, y su prueba de fuego es el desinterés. Escribí esta novela hace once años. Al releerla he quitado dos o tres palabras de cada frase.

Un hombre bajo el hechizo de la desgracia: a ese hechizo hoy día lo llamamos depresión nerviosa. Lo que los amigos intentan es deshechizar ese hechizo mediante el lenguaje. En este sentido, la amistad es la única sociedad secreta. O por lo menos una asociación basada en la lengua y que es casi interior: no llega a ser la sociedad, pero es más que uno mismo. Es un placer de circulación íntima más vinculante que el reflejo de los espejos.

«¿Quién siente que su vida está viva», decía Ennio «si no dispone del oído de un amigo con quien compartirla?». La necesidad de dar testimonio de la alegría es parte activa de la felicidad. La amistad es el único sentimiento humano cuyo cuerpo es la lengua pura. Es ese oído siempre dispuesto para la confesión que se ignora a sí misma y que vaga, la ocasión para vaciar el peso del corazón, el tablón que se le ofrece al recuerdo para que no se hunda. No está infinitamente lejos de la lectura. Es la dicha del lenguaje compartido, a diferencia del

amor, que junta miembros desnudos y jadeos más intensos pero que no son característicos de la especie humana y que privan del lenguaje. Ella es el único vínculo entre los hombres donde se disuelve lo inconfesable, donde el desvalimiento recibe amparo, donde el corazón, abrumado por angustias y pesares, se transforma no en lágrimas, no en insomnios, no en muerte voluntaria, sino en breves frases que se dicen y se intercambian, tan poco calculadas que son casi involuntarias, cuando ni siquiera es preciso decirlo todo, donde los hombres alcanzan la tierra prometida del olvido.

CAPÍTULO I

El jueves, 8, M. vino a verme. Le parecía que él estaba bastante en forma. También ella tenía buen aspecto.

Al día siguiente le vi en la calle. No me pareció que estuviera tan bien como Marthe me había dicho. Caminaba rasando las paredes. Iba lento y llevaba impresas en el rostro las huellas de una aprensión infinita. A cada paso que daba —adelantando con mucha prudencia cada pie— parecía eludir por los pelos un inmenso peligro. Temí asustarle más. No quise abordarle. Le estuve observando. Tomó por la rue de Tournon.

El día 11, fui a su casa. Lo encontré extraordinariamente atormentado, presa de una intensa pena de la que (según Élisabeth) decía no poder explicar nada. Estaba muy inquieto, desvelado, todo le hería. Lleva más de cinco meses encerrado en casa sometido al horror. Y en soledad. Presa de una soledad pavorosa.

E. estaba guapa, y tan reservada que me conmovió. Me habló del pequeño D. y me dijo que cuando está con ella no se extraña de nada. Ella mostraba una paciencia y una reserva bastante seca, poco tierna, extremadamente pudorosa, que me parecen señales convincentes de amor. Hondura de un amor que, para tranquilizar a los demás, afecta indiferencia, y que en su frialdad designa un intenso dolor estupefacto que E. rehúsa manifestar.

El martes 12 de septiembre, hacia las ocho, fui a la rue du Bac. En el vestíbulo, junto al corredor, un brezo un poco seco, mustio, en el que la víspera no me había fijado.

Después de cenar pasamos a su alcoba. Guardamos silencio. Salvo algunos instantes en que me dijo que le asustaban unos recuerdos que afluían a su memoria sin que pudiera controlarlos. «Se cuelan en lo residual», dijo, «se enfrentan al yo, a la apatía del yo, y este enfrentamiento provoca una repulsión que no sé cómo impedir». Y de repente, exclamó:

«¡Ese olor espeso, sofocante, del cuarto de la plancha!…».

«Por la noche —siguió diciendo—, esos recuerdos se precipitan uno tras otro para agitarme el corazón y cuando, bajo la violenta luz eléctrica, de rodillas en el pavimento, desnudo, estremecido…» Pero se interrumpió, y tomándome del brazo: «Dime, dime…». Y luego: «Entonces no soy más que un poco de lo que vomito. Y…», pero no terminó la frase. De repente rompió a llorar, a sollozar largamente. Yo aparté la mirada.

Trece de septiembre. Compré tres cajetillas de tabaco, una libra de zanahorias y una de naranjas. Según W., por ciento veinte gramos: una monda de un dedo de longitud, con un poco de albedo.

Jueves 14 de septiembre. Cargué una pipa Peterson. El tabaco estaba húmedo. Y me pareció que sabía a rayos.

Viernes 15 de septiembre. A primera hora de la tarde pasé por la rue du Bac. Esa mañana, el pequeño D. había vuelto a clase. A. no se encontraba bien. Estaba en cama. Habló durante largo rato, pero a trompicones. Como a saltos:

«Todo lo que me vincula a lo demás —dijo— se resiente de un extremo abandono, y una extrema usura. Soy un hombre gastado, usuario de una lengua usada, desgastada. Soy como Ieurre. De manera que todo lo que está en su lugar, bien ordenado, está completamente fuera, exiliado. ¡Y todo *gotea muerte*!» Añadió: «… igual que aquellas estatuas romanas de antaño, que de repente, sin motivo aparente, sudaban sangre».

Luego: «Sí, eso es, todo se desdobla y, una vez se ha separado, entonces yerra considerablemente sin moverse… A mediodía: cuando Élisabeth está en la galería. Cuando D. está comiendo en la cantina del colegio. Estoy solo. En la mesa que tengo delante hay fatiga, el pedazo de pan que mordí la víspera, sí, mucha lasitud y fatiga, la clase de convicción terrorífica de que antaño hubo sacrificios que aún nos afectan —el papel que envuelve el queso de Coulommiers, el vaso de vino, la botella de vino, el charquito de vino que mancha la madera de la mesa, o mejor dicho la mancha de vino que macula la madera de la mesa, el suplicio del antiguo Tántalo, dan las doce, mi mano, su desaparición, mi mano…». Le interrumpí. Pero al cabo de un momento, y con renovada vehemencia: «La perdición consiste en esto», dijo, «es una amenaza sin motivo. Un estado de abandono evidente. Un mordisco, una dentellada. No es miedo, es una *intensa mordedura tenaz* —intensa, inmóvil, incesante, opresora…».

Antes de irme le avisé de que me ausentaría desde el martes 18 hasta el lunes 25. Por trabajo, desafortunadamente. Que tomaría el

avión el 17. Que me perdería el principio del otoño.

El 16, en la rue de l'Abbaye, un viejo extraño iba caminando por delante de mí, y avanzaba con demasiada lentitud para mi gusto, apoyándose en un paraguas. Me disponía a adelantarle. La larga gabardina encorvada y ocre extendió la mano y me apretó el brazo: era Ieurre.

Martes, 26 de septiembre. Por la tarde telefoneé a Élisabeth. D. estaba bien, en la escuela. «Pasaré mañana, a primera hora de la tarde, a saludarle.»

E. me dijo que A. no mejoraba. Que la soledad, el tedio, la lamentable curiosidad que sentía por los síntomas de su enfermedad (E. dijo que por la noche se quedaba sentado en la cama «escuchándose») le habían alejado de los libros cuya seducción había celebrado tantas veces y que tanto placer le proporcionaban, por lo menos cuando los leía de noche. Peor aún: estaba empezando a alejarle de la música. Todo le parecía insuperable, y le parecía aburrido. Ya no abría la correspondencia. El pequeño D. se dedicaba a abrir los sobres con toda la seriedad que a sus ojos exigía esa tarea. Era ella la que le leía las cartas. Se las resumía a A., que se encogía de hombros. A veces (los días muy buenos), si llegaban malas noticias, afectaba estar loco de contento.

El miércoles 27, estuve jugando durante una hora con el pequeño D. Durante todo ese tiempo, permanecimos sentados en el suelo, afrontando los numerosos problemas que planteaba un tremendo embotellamiento de cochecitos. A., que seguía acostado, dormía. O por lo menos fingía dormir. Después de cenar D fue a acostarse, y yo me quedé un rato más.

E. con las palmas de las manos abandonadas en el hueco de la falda.

Dice que «los malos pensamientos» no ceden. ¡Qué desdichado es! «Sufre más que una piedra.»

El domingo 1 de octubre hizo frío. Soplaba viento del norte, azotaba el muelle de enfrente. Pedí que encendieran la calefacción. Pasé el día vestido con dos chandals.

El martes telefoneó T. E. Wensleydale: el día 8, nada de *Columbus Day*. Estaba con Ieurre, Recroît y Karl. Que avisase a Marthe y a Thomas.

Al día siguiente pasé por la rue du Jardinet, por casa de Recroît. De vuelta de vacaciones. Bronceado. Dijo que estaba preparando las clases. Fuimos a casa de A. hacia las seis de la tarde. D. estaba en casa de un amigo. E. calentó más agua para el té.

A., especialmente deprimido. Hundido y amargado. Habló del nuevo amigo de D., que vivía en los bloques nuevos cerca de Montparnasse:

«Los que procrean ya no crean… Qué sombra más grande proyecta la inmensa masa de hormigón de las ciudades…».

Recroît se encogió de hombros. Se lanzó a una evocación confusa:

«Antaño lo hubieran llamado consideraciones morales. Pero esta expresión ya no se entiende bien, y es demasiado pretenciosa, una especie de crédito de naturaleza, demasiado cálculo y necesidad en la apariencia de nuestros actos, de nuestros rostros, de la ropa con la que nos vestimos, de nuestros pequeños rituales, de las flores de Élisabeth, de todo nuestro pequeño *mobiliario*…».

No se entendía muy bien qué quería decir. A. tenía los ojos desorbitados.

«Me gustan los cálculos y las hipótesis sobre la moral de los demás —dijo finalmente Recroît—, la música de cámara, el placer que proporciona la lectura de los libros. Estos son tres entretenimientos propios de la burguesía y casi sólo de ella. ¿Cómo no iba yo a sentir gratitud por los burgos, por las ciudades, por esta vida totalmente ciudadana, arbitraria, es decir anónima, reservada, reprimida, adoquinada, desdichada, civilizada?»

Nos miramos.

«Qué amigos tan curiosos tengo», dijo por fin A.

So pretexto de que tenía que preparar las clases, R. nos dejó enseguida.

«Estoy tan hundido en la desesperación —dijo A.—, que ciertas malas noticias que Élisabeth me comenta me parecen un consuelo. Las archivo en la mente y, cuando conviene, recurro a ellas. Espero obtener de ellas algún socorro, o comparaciones que puedan serenarme. Pero en vano. Ni siquiera disfruto ya de la salud necesaria para esas alegrías que provoca la desgracia cuando se abate sobre los demás.»

Jueves, 5 de octubre. V. me telefoneó. Por la tarde me llamó Recroît: ¿Podíamos cenar juntos al día siguiente? Me telefoneó Th.

Viernes 6. Llamé a Élisabeth. R. pasó a buscarme. Cruzamos el río. Quiso mostrarme la rue de la Colombe. Me obligó a hacer un alto ante

la primera muralla. Echó en falta a Bauge para la domiciliación.

Luego hubo que bajar la calle Basse-des-Ursins, para el segundo piso del 7.

Sábado, 7 de octubre. Pasé por la rue du Bac. En el rincón más oscuro, a la izquierda del pasillo, flores puestas a secar, boca abajo, de largos tallos y pétalos blancos, cuyo nombre desconozco. D. estaba resfriado. Me pareció que A. no estaba tan mal. Pasamos a su cuarto.

Qué derrochador había sido, se lamentaba. Y ahora no le sucedía nada que fuera un poco sorprendente, algo novedoso, alguna rareza. Estaba agotado. El cuerpo no respondía; sólo el corazón, que latía demasiado fuerte; las venas le murmuraban… De repente me preguntó por qué no tocábamos juntos, solos él y yo. Repliqué que hay tan pocas partituras para piano y viola.

—Yo ya no consigo tocar solo —dijo. Y a continuación—: Los sonidos que emiten los instrumentos, el piano, el violín de Marthe, incluso la voz del niño… suenan ahogados. Y la luz a la que aparecen las cosas visibles parece que está tan… pelada. Presenta un grano espeso, que la vista no puede penetrar del todo; las vela una especie de trama, o de obstáculo.

No supe qué decir.

Ni siquiera era sudor: una humedad en el rostro de A. Su cabeza transpiraba un miedo fascinado y que parece malsano, con una especie de adicción al miedo.

El 9 de octubre, me encontré en la rue de Buci con Ieurre, que estaba comprando acelgas. Postulaba que es mejor decir «*betas*». Le reprochaba a A. que pronunciase «*per'grinaje*» y «*p'ogresión*», que dijese «remarcar» «extremosidad», «irreligioso», «lentificar»… Siendo así, ¿merecía curarse?, me preguntó. Me encogí de hombros.

«Lo que hay que hacer es sustituir un miedo demasiado absoluto por cien temores diversos», recomendaba Ieurre (dijo que se lo ha sugerido a E.) Yo no estaba de acuerdo pero no supe explicarle por qué.

Rue du Bac. 10 de octubre. Me confió un recuerdo de su infancia. El día había sido húmedo, y pese al frío el aire era pesado. A. me dijo que detesta las tempestades, y la fiebre que provocan, esa impresión tan desagradable de abandono y de locura que le provocan las primeras señales de su llegada y la extrema lentitud de su desarrollo. Cuando era niño, vivía a orillas del mar, y, siendo muy pequeño, le deslumbró ese relieve fabuloso que la luz característica de la tempestad confiere a las asperezas de las rocas que se alzan en la orilla

a lo largo de la costa, antes de que el cielo inmenso y negro —ese negro ala de cuervo— truene, se ilumine, y rompa en lluvia. Se acordaba perfectamente de la playa desierta, de su grandeza y del carácter «inhumano» —si es que inhumano quería decir algo— que, en su recuerdo, era consustancial a ella. Me explicó con toda clase de detalles precisos las señales que avisaban de la tempestad que aquel día estalló sobre el mar. Él debía de tener ocho años. Describió, una por una, las rocas resbaladizas, las capas de algas negras que la marea baja fue descubriendo poco a poco. Dijo que la difusión, tan particular, de la luz, en los instantes previos a la tempestad, proyectó sobre ellas una especie de *día absoluto*. Brusco y crudo. Como volumétrico. Aquella luz recortó los perfiles y la protuberancia blanca del acantilado. Atravesó, uno por uno, los cuerpos azules, de repente febriles, graznantes, de repente roncos, de las gaviotas sobre el mar. De repente proyectó un punto muy débil y movedizo que destacaba en el perfil de las olas. Afirmó, excitado, que al recordar aquel cuerpo lejano, en la cresta de las olas, le parecía que seguía *chorreando silencio*. A renglón seguido, la veloz carrera de aquel punto luminoso, que era un cuerpo, por la arena mojada. Luego el repentino frenazo tras la Roca de los Gritos (dijo que también se la llamaba Roca Donde el Mar Grita, o bien Grito-del-mar), y su derrumbe.

Entonces, él observaba aquello, retraído —hijo único, hijo de un viejo—, con la nariz contra el vidrio, en una de las altas ventanas del salón. Enseguida salió. Corrió. Cruzó la playa hasta que sintió que se quedaba sin aliento. Pasó ante los Cous, y cuando se acercaba a la Roca Donde el Mar Grita, la voz le interpeló vivamente:

—¡Estás muerto!

Se paró, descubrió a la chica, flacucha, morena, que debía de haberle estado espiando y que, con autoridad, le hacía una obscura señal.

Era un juego. Había que fingir que uno caía desplomado. Cayó desplomado. Entonces la tempestad rugió, y hubo relámpagos, y una lluvia extremadamente violenta.

Y miedo. Los dos, empapados, se acurrucaron, en vano, bajo la Roca. Y el contacto de su piel desnuda, y la vulgaridad de su voz, que en su recuerdo estaba llena de prestigios, digna no sólo de afecto sino hasta de admiración.

Miércoles 11 de octubre. Pasé por la Rue du Bac. A. dormía. Estuve jugando con D.

Al regresar, me encontré en la rue Jacob con R., que venía de casa de I.

«Ieurre y la gramática —me dijo—, una dependencia como la del

buey con la hierba.»

Viernes 13 de octubre.

E. ha dicho que él abre ceremoniosamente el periódico, parpadea como en un supremo esfuerzo, finge leer.

En realidad no lee ni una sola palabra.

Sábado 14 de octubre. Salí de paseo con Véronique. Nos encontramos con Ieurre, que llevaba una gran bufanda amarilla cubriéndole hasta la nariz. Véronique le dijo que hacía bien, que este otoño es glacial, y que hoy, el frío se había *acentuado* aún más. Él se mondaba de risa.

—Vaya imágenes usa usted —decía—, vaya imágenes usa…

Domingo 15 de octubre. Almorcé en la rue du Bac.

A. no estaba tan mal. Comió con nosotros. Al llegar a los quesos, dijo que necesitaba algo con lo que *cubrirse la cabeza para llorar.*

«Como Ulises con los Feacios…» dijo, levantándose.

Lunes 16. Salimos, cruzamos el río, alcanzamos las Tullerías; andábamos pisando las hojas muertas, empapadas.

Era muy bonito. A. recogió un montón de castañas, con las cáscaras casi cerradas o que apenas acababan de abrirse. El pequeño D. las acabaría de abrir a la vuelta del colegio, y así desnudaría preciosas castañas intactas, rojizas y desnudas.

Martes, 17 de octubre.

I. me hace observar que el verbo *abstraire*[1] no tiene pretérito indefinido.

Miércoles, 18 de octubre. D. estaba en casa de un amigo.

—Búsqueme —se puso a gritar A.— a un médico de verdad, un curandero auténtico. ¡Estoy enfermo de la voluntad, sin energía alguna ante lo que me habita! Ese vacío, ese abismo abismado en mí, en mi lugar. O quizá es que todo lo que me sucede se me escapa. O bien soy demasiado cómplice de aquello que ya no controlo.

Luego vino la cantinela, la lista de peticiones:

—*Recursos* —dijo—, *trucos*, lo que sea para soltar los nudos que me atan… ¡Pero en mí no hay nada! Nadie al fondo de mí mismo. ¡No hay ningún posible prisionero!…

»Trucos, astucias de transición o de paso. Ceremonias, cánticos, plegarias, regalos, vestidos, viajes…

»Una pequeña primera comunión; un intercambio de anillos; una reliquia-talismán… Que frenen la impresión atroz de que no hay vuelta atrás. ¡Y el surgir de este vaciamiento imparable!

»Una red de malicias, de cebos para *aferrar* lo peor, para meterlo en *la alforja*, para sujetarlo con piedras…

»Expedientes, recursos industriosos, frauduloides. Se necesitan estratagemas contra este *atolladero*.

»Vías de escape. Artificios. Substitutos. Simulacros. Recursos. Gusto. Carencias que colmar. ¡Deseos que saciar!…

Dijo que el zumbido de las avispas le asusta. Temía la aproximación de la tempestad. No le gustaba el vértigo que envuelve a la muerte.

Jueves 19. Cené con R. Me contó que Gladys estaba encinta. Pero cómo, ¿con los años no se había hartado ya de Ieurre? ¿Cómo hacía Gladys para soportarlo? Él, por su parte, estaba harto de sus rollos sobre gramática y lengua.

Dijo que su clase estaba «a punto». Que tenía por delante una «buena quincena». Pasaría a recogerme el sábado, tal como habíamos acordado.

Día 20. Rue du Bac. Tuvimos una larga discusión estéril:

—¡La ilusión de que la alegría es posible, qué poco se cumple —dijo—, qué angustia da!

—¿Y por qué darle un sentido a la vida —me arriesgué a decir— o a cualquier experiencia que se sufra, o incluso a los que mueren, iba a ser una protección? Semillas atroces que las desilusiones hacen madurar. Es el horror.

Nos callamos. Luego: «En efecto —añadió, en tono más bajo—, Adolf Hitler hablaba del *sentido* de la tierra…».

—En verdad —repliqué—, para que temamos lo que tanto tememos en la angustia ¿no sería preciso que ese amasijo de víboras que espanta ya se hubiera personificado en el pasado, siquiera un poco? ¿No deberíamos más bien reconocernos, y dejar de anticipar un recuerdo que no sabe volver? Así, lo que anhelamos no nos sorprendería, ni nos llenaría de dicha. Ni tampoco lo que tememos nos llenaría de miedo. De manera que incluso olvidaríamos lo que esperamos. Y así seríamos capaces de dejarnos sorprender…

Pero me lié con mis argumentaciones.

Él añadió: «… instantes que no es tanto que estén fuera de la historia de los que los viven cuanto por debajo de los discursos que pretenden ordenar el mundo y darle al tiempo una dirección. Fragmentos de momentos vacíos, en los que lo que no es nace.

Entonces todo se desnuda. Se desmorona. Todo cede. Desfallecimientos, más que vuelcos o revoluciones. Patéticos vestigios de nada, que no tienen ninguna referencia, y que no hacen aflorar recuerdo alguno. ¡Imperceptibles espectáculos que se sufren, durante los cuales realmente no se ve, y se ve!».

Sábado, 11 de octubre. R. pasó por casa. Descorché una botella de vino blanco. Hablamos poco. Me dijo que este tiempo gris le pesa. Anhelaba el campo. Un poco de hierba, el sol.

Veteran's day. Marthe llevó a A. y a E. en su coche. R. y yo pasamos por la rue de Nesles, por casa de Ieurre, que decretó que hacía sol y que iríamos al Champ-de-Mars a pie. Gladys —que tenía el cutis translúcido— nos dijo, sin ningún énfasis, que estaba encinta. La felicitamos. Que le apetecía caminar.

Llegamos a la Avenue de la Bordonnais con un poco de retraso. Wensleydale nos lo reprochó, y con más motivo porque a su llegada a Marthe no se le ocurrió nada mejor que hablarle a A. de un psicoanálisis. Este se sulfuró:

—No hay comportamiento que implique la voluntad de un hombre como un efecto su causa —graznaba—. Esas son hipótesis propias de un cura, de un psicólogo, de un cretino, de un policía, de un novelista…

La discusión se eternizó.

—Mirad, todo cuanto busque causas, finalidades, justificaciones, motivos, significados, me parece particularmente inadecuado para salvaros de lo que no los tiene. Por más que superpongáis cualquier orden al irrefutable desorden en el que estoy, lo único que haríais sería alejar lo que soy, y que no tiene causa. Al hacerlo, sólo a vuestros propios fantasmas administraríais un insuficiente veneno, o bien un ridículo remedio, no a la carencia de los míos. Claro está que yo no puedo impedir que se hable sobre mi silencio, pero está al margen de eso, y todo ese *parloteo asustado* no lo hará más hablador ni más inteligible…

—Cuando dices «hablador» quieres decir «locuaz», ¿verdad? —sugirió Ieurre.

—¡La miserable lengua del romano! —replicó A., con renovada cólera—. Una palabra como esa tiene que sonar dura, es cierto. Que no eche un velo untuoso y dorado sobre la violencia y la infección que denota. Ninguna interpretación posible del mundo —ningún discurso, ninguna civilización— han tenido jamás el poder de tocar aquello que es. Son seres de razón.

—¿No han existido? —preguntó R.

—¡Precisamente! —gritó—. Y además ¿qué me ha enseñado el simple hecho de ser? Sin duda, soy completamente incapaz de decir lo que soy. Y tendría que ser muy presuntuoso si a continuación pretendiese seguir siéndolo, permanecer. Incluso en el *yo soy*, ya el mismo *yo* me parece bastante insostenible. *El que* es vano. Ni en mi exterior ni en mi interior encontraréis causa alguna de lo que soy. ¡En las antiguas tragedias no es el héroe el artífice de su propia condena, sino el simple hecho de hallarse allí!

Pareció que la discusión había llegado por fin a su término. W. sirvió un poco de oporto. Pero A. no había tenido suficiente. Exigió, con una vehemencia que siguió sorprendiéndonos, que nunca más le *machacásemos* con consejos semejantes. Que abandonásemos, de una vez por todas, esas técnicas clericales que intentaban asustar, porque lo que pretendían era someter. «¡No necesito ir a que me reparen!», dijo. Se lanzó a una nueva y vigorosa diatriba: que no se puede uno fiar de los románticos, de los wagnerianos. Que los actos votivos, las pequeñas estrategias propiciatorias, los sacrificios de objetos costosos o distinguidos, la superstición de las fechas y las cifras, el odio de los pianos, los cigarros, las frases hechas, los catálogos de tótems, de ritos, de sueños y de pequeños grabados, las colecciones y trucos asustados y monerías de rico que pretende que es indigente podían no ser recursos propios de aquel muerto tan reciente; pero que tuviera que recurrir a ellas no hablaba precisamente en favor de las que sus libros exponían. «Lo real es algo que es completamente irresponsable», añadió. «No tiene causa ni excusa. ¡Ni causa ni culpable!» Hablaba demasiado rápido. Las palabras se le atropellaban. Temblaba un poco.

Yo le di la razón a A. También Recroît le apoyó. Volviéndose hacia Marthe dijo que como los sueños consisten en imágenes, esa materia básicamente visible opone, quizá por su propia naturaleza, una oposición intransigente a la mediación de la palabra. Esa independencia tan absoluta respecto al lenguaje, ¿no volvía sospechosa su traducción? Ese mutismo de las imágenes, esa estricta visibilidad ¿no constituían su mayor atractivo, y la esencia de su poder? De manera que a sus ojos, su naturaleza, silenciosa por definición, descalificaba el escaso beneficio que se podía esperar sacar del «pequeño parloteo de tu entorno» del que había hablado A.

La discusión tomó un tono más moderado. A. parecía más tranquilo, apaciguado, como si hubiera evitado un gran peligro.

«Siempre se puede dar cuenta —dijo— de la necesidad de lo que se hace en la medida en que antes tenemos que inventarlo. Pero cuantos más motivos se aporten, más claro queda que no los hay y cuánto y cuán ridículamente sufre esa insoportable carencia.»

Ieurre creyó reforzar el argumento con gramática. Declaró que el orden de las cosas que pensamos tenga su suerte ligada a la de todas

las cosas que existen no es más que una creencia. ¡Cuando el único proyecto de todas las palabras, todos los pensamientos en el mundo, era huir, escapar, negar ordenando, pintarrajear de sentido, levantar barreras, quemar los barcos! «¿Cómo podría un azar —dijo sin demasiado énfasis— modificar un azar? No añade nada que no estuviera ya; no aporta ninguna modificación a una modificación que es infinita.»

—¡Viva lo insignificante! —bromeó R.

—Como sacrificar existencia a idea —dijo A., que estaba casi ebrio —. En los mártires de misal, todas las patricias preferían la muerte antes que abjurar de su fe, y Blandine… —A. desarrolló el argumento según el cual antaño se mataba por razones de vida. Que se prefería encontrar un motivo para morir antes que carecer de un motivo para vivir. «¡Antes cortarse el cuello en *tierra conocida* que vivir en lo imprevisible, el miedo y la insensatez! ¡Motivos para vivir, o muerte! ¡Tal es el grito de las santas! ¡Psicoanalistas! ¡Yo no pienso analizarme!», gritó de nuevo.

E. le pidió que se calmase. Pero Ieurre le justificó por no fiarse de las «novedades». R. respondió que no porque las viejas estrategias inútiles tuvieran algunos milenios era eficaz recurrir a ellas. Cada uno herido con una llaga invisible. Que alcanzaba al cuerpo entero. De la que nada era capaz de distraer. Y que cualquier cosa que intentase aliviarla la agravaría.

Que solamente de la desnudez de la herida se podría, acaso, esperar socorro. Que se abriese a lo que la había abierto y no cesaba de reabrirla. Que el miedo suscitaba el pavor. Que él deseaba que un día le pareciese más juicioso alimentar aquello que le roe. ¿No le había parecido, a veces, que el miedo podría saciarse de sí mismo? De manera que todas las precauciones, todas las formulaciones, todos los vendajes, al proteger la herida de la luz, la irritaban. ¿No era una cosa en el fondo acobardada, que fuera posible afirmar que cada cuerpo se hubiera inquietado exageradamente con un pequeño doble atroz —e inventado al mismo tiempo, por supuesto, que la ingenua esperanza de ser uno mismo— y a los poderes del cual su propia proximidad impedía percibir nuestra servidumbre, nuestro total abandono, salvo en los instantes en que sin saber no nos conformábamos con su modelo, no satisfacíamos todas sus voluntades, desobedecíamos sus prescripciones, haciéndose reconocer a nuestros ojos de inmediato bajo la máscara de la angustia o por las vías, tan confusas y tan brutales, de los remordimientos y de las vergüenzas? Ieurre se burló. Nos sentamos a la mesa.

Cuando le dejábamos, T. E. Wensleydale me dijo que sin música, aquellas *fiestas americanas* —que tanto le gustaban— emitían un sonido siniestro.

Lunes 23 de octubre. Marthe me telefoneó. Expuso cien argumentos para que reanudásemos el cuarteto. Que A. estaba entrando en razón. Que Thomas y Ieurre estaban de acuerdo. Que había que provocar alguna diversión para calmar aquel fervor de apocalipsis. Objeté que Quoeun no había vuelto de Baviera. «Podíamos hacer tríos, o duetos, es igual», dijo ella. Yo me quedé perplejo. ¿Conocía ella muchos tríos de esta clase? ¿Con el *mi* bemol mayor —o cualquier otra pasión de A.— no sobraría más mi viola que el violoncelo de Quoeun? ¿Y creía ella que de verdad podíamos ayudarle? ¿Que conseguiríamos recuperarlo, cuando se avergonzaba de sí mismo, y ya no quería mostrarse a nosotros, temía vernos? «Había que hacer algo». Así es como ella concebía la amistad. Diese el fruto que diese, por lo menos alteraría el curso de las cosas, rompería el encierro. «En el caso de un acceso de nada —añadió—, ¿no había que contar con *nada*? ¿Y contar con esa metamorfosis de aquella *nada* en el tiempo?» Dije que esa esperanza era sorprendente, inusitada. Pero que haría lo que ella quisiera. Dije que llamaría a Quoeun.

El 24, Ieurre me llamó. «Es el humor negro, el aire sombrío y *apenado* de las novelas del siglo XVIII», me confió.

R. me llamó. Su curso se reanudaba a la semana siguiente. Que cenásemos juntos el viernes.

El miércoles pasé por su casa. El pequeño D. tenía invitados. Gritaban como locos. Blandían armas que, sin duda, eran muy convencionales pero de una materia y una forma que asustaban. A veces, el suelo temblaba. Vi una escoba que era una lanza. Y entre las filas del ejército enemigo (fui atacado por este, luego fui rodeado, después de pedir socorro), de forma muy paradójica, los sombreros de *cowboy* hacían la función de escudos romanos.

Pasé a ver a A., recluido en su cuarto. Durante la siesta había tenido un sueño del que —curiosamente, dijo— se acordaba. Recurriendo a la ayuda de las palabras, lo reconstruyó como pudo de esta forma:

«En un jardín del Edén creo que me contento con una cosecha aleatoria de raíces y de frutas demasiado maduras, así como con la captura rudimentaria de piezas de caza, llamándolas por su nombre.

»A veces, dando unas palmadas.

»La precariedad de las condiciones de vida ofrecidas, los destrozos frecuentes por culpa del viento, la lluvia, rayos, nieve, sol, etc., o bien resultado de las incursiones de manadas de animales, y además unas hordas salvajes que no sé cómo se llamaban… en fin, la insuficiencia

de las técnicas de predación (llamar por su nombre, dar palmadas; y, sin embargo, me pareció ver un bicho, una especie de mujer que exclamaba: “¡La voz es una herida contusa! ¡La voz es una herida contusa!”) hacen que los sedentarios, la mayoría de los amigos que me rodean, por lo menos los supervivientes, emigren hacia otras regiones.

»De esto se sigue una dispersión de los hombres sobre la tierra, una diversidad de sus voces, una distancia que no pueden salvar entre sus rostros, y finalmente una especie de invención irreparable: el espacio que va de los labios a los oídos».

Según dijo, se despertó llorando. Todo esto no me pareció grave, muy literario.

Viernes, 27de octubre. Un día bonito y frío.

Caminando, llegamos cerca de lo que Ieurre llamaba —R. me lo recordó— la *iglesia catedral*. R. me llevó al atrio. Intentó volver a ver, ante el pórtico norte —frente a la estatua de Pedro el ayunador—[2] la horca del obispo. Y el poste de los caminos con las armas del Capítulo.

Cenamos en la rue de Brosse.

Sábado 28. E. me abrió la puerta. Severa, con el moño extremadamente estirado, vestida a medias de azul-gris y de negro. Me preguntó si aprovechando que yo estaba allí podía ella salir un rato. La invité a irse enseguida, y volver todo lo tarde que quisiera, cuanto más tarde mejor. Le preocupaba la comida de D. Le dije que ya la prepararía yo. Que los pucheros no tienen secretos para mí. Que saliese sin temor. Que se divirtiese, que se relajase.

Pareció quedarse contenta. El rostro de A. parecía más apagado.

Nos instalamos en el salón. D. —en su cuarto— ensamblaba cubos de materia plástica rojos, azules y amarillos para construir una especie de barcaza. Desde el salón se le oía canturrear.

A. no estuvo muy locuaz. Manoseaba un encendedor de plata, feo y que no parecía funcionar. Por un momento creyó que me apuntaría a ordenar una colección de tarjetas postales heredada de no sé qué pariente: preparé el té.

Luego: que cuando el *Veteran’s Day*, más que de «melancolía» se hubiera debido hablar de «empobrecimiento».

—¡Qué hueco está, qué vacío! ¡Y qué poco sonido da todo ese vacío!

Lamento risible del empobrecimiento, prosiguió. Lamento que no se basaba en nada. ¿Y por qué medios podía el vacío hacerse perceptible, tangible? No, era un sentimiento sin fecundidad. Una especie de fastidiosa evidencia que a fin de cuentas se transformaba en aburrimiento.

—¡Soledad, soledad —dijo entonces, tomándome del brazo, con un tono más vibrante—, soledad incluso aunque te sujete el brazo! Sensación de desastre. Y nada que justifique todo esto, que lo vuelva necesario, que le dé un sentido. ¡Y nada tendrá su lugar, nunca, y no hay lugar para nada! —Entonces le dije que todo aquello me parecía de una gran ortodoxia; que se estaba volviendo sensato. Pero también que tuviese cuidado de que tales pensamientos no dieran fundamento a la desdicha.

El domingo por la mañana fui a buscar a Ieurre. Me había pedido ayuda para bajar una pequeña cómoda al sótano. (Gladys se quejaba demasiado de su embarazo, sus vértigos, sus vómitos, para pedirle nada a ella.)

El motivo por el que discutimos en la escalera:

Ieurre sostenía que el perro de Véronique era tan pequeño que no era capaz de ladrar. Apenas aceptaba que lo que emitía eran «gañidos».

Me apresuré a decir que todo lo que muerde (y el perro de V. me mordió), me parecía capaz de ladrar y —aunque sea tan pequeño como un conejillo de Indias— hasta de aullar. I. subrayó que mi caso ya no era un problema de gramática. El tono subió.

Nos separamos enfadados, y la pequeña cómoda en medio de la escalera.

Lunes, 30 de octubre. Fui a saludar a A. antes de irme. No me pude quedar. Estaba Bauge. E. estaba en la galería. Habló poco. Evocó el tiempo de intenso otoño húmedo, lamentable, la infancia con los puños, la mandíbula, el corazón apretados, la fiesta de los muertos, los muertos mismos, el *pulvis es*, el *dies irae*, las flores… Y todo aquello para él se resumía en esto: «Los cantos están mal cantados».

Que por la mañana había venido I. Le había comentado la *frialdad* entre nosotros. Luego —cuando le dijo que la cosa no pitaba, que «no lo superaría» nunca—, parece que Ieurre dijo:

«¿A quién no le cohonde la desdicha?».

Sonrió un poco. A mí esos arcaísmos no me hacen tanta gracia.

El 31, antes de tomar el tren, llamé a Marthe. Le dije que el día de Todos los Santos iba a la casa de Quoeun en Baviera. Que le comentaría lo del cuarteto. Marthe me dijo que Paul no estaba bien, que ya no asistía a las clases. Que teníamos que hablar de ello.

Día de Todos los Santos. Q., solícito y sencillo, siempre obsesionado por el culto a los muertos. Como la estación se estaba

haciendo más fría, me dijo que pensaba seguirme muy pronto. Llegaría a Neuilly o bien el 5 o el 12. Aun no lo sabía. Desde luego, pasaría allí el invierno. Le comenté la sugerencia de Marthe —que volviéramos a reunirnos, formando un cuarteto—. Distraer un poco a A. si es posible, y —sobre todo— que tenga algo que le entretenga. Infundirle confianza.

A Quoeun esta idea no le extasió precisamente. De hecho le entusiasmó tan poco que eludió:

«Ayude, me dijo, a cubrir las necesidades de Élisabeth. No dude en dirigirse a mí».

Repliqué que E. rechazaba cualquier ayuda. Que había expresado el deseo de que no hubiera cambio alguno en su estilo de vida. Sin duda así ocultaba su idea —de manera muy supersticiosa— de que dejar que la ayuden es casi tener que reconocer que ya había perdido toda esperanza. Quizá temía llamar a la mala suerte: que, si ella dejase de contar con él, ya nada podría hacerle volver en sí mismo.

Jueves, 2 de noviembre.

Quoeun me mostró un Caxton no muy singular. Dos nuevos Alde con las griegas complejas y ligadas. Un Verard muy bonito. Y finalmente, una de las siete u ocho pruebas de las *Maximes* (la había comprado recientemente), un poco maltratada aunque blanca, con pocas manchas.

Por más que lo intenté, no me quiso decir el precio.

Al separarnos para volver a nuestros cuartos:

—Vamos —dijo— a desvendar la momia para morir.

Viernes 3. En el tren, por la mañana, vi un álamo aún verde —en el frío—, con su blancura como envuelta en el amarillo de los capullos de oro. Luego el campo inmenso desplegado y descolorido. Me parecieron hermosos.

Domingo 5. Paseé por rue du Bac. Llevé al pequeño D. un modelo en miniatura, alemán, de granja rutilante. No le gustó demasiado. Por lo menos eso me pareció por la extrema cortesía con que me dio las gracias.

Me pareció que A. estaba peor. Pero E. no confirmó esta impresión. Habló de pesadillas:

—Esta noche, a la vez la invasión y el asedio a las murallas —dijo—. Sí, al mismo tiempo. Y ni siquiera torre por torre. Invadido *por* ese asedio. Completamente rodeado. Con un lazo al cuello. Una lanza en la base de la nuca. El prodigioso *cerco* en medio del cuerpo…

»El cuerpo, de repente, *una liquidez* en la noche… Yo era una

pesadilla en manos del terror.

E. me retuvo para el té. Lo estábamos tomando, cuando de repente A. se levantó para irse y me dio la mano. Tras cruzar la puerta del salón, volvió a asomar la cabeza para decirnos enigmáticamente que «iba al pozo para mirarse en el agua del cubo». E. fingió no prestar atención a esa frase que me pareció extraña. Me explicó que el hijo de Marthe se había enamorado.

El 6, Quoeun me llamó. Allá el tiempo había empeorado. De vuelta en París antes de lo que había previsto, me dijo que cuando tuviera ocasión fuese a dar una vuelta por la rue des Poissonniers. Acordamos que el miércoles. Por la tarde.

Martes 7 de noviembre. Thomas al teléfono. Había visto a A. Había visto a Marthe. Había que moverse. Tenía miedo de perder su empleo.

Miércoles, 8 de noviembre.

Llegué a casa de Quoeun hacia las nueve. Hablamos de A. Volví a intentar convencerle de reunir el cuarteto. Q. replicó que tenía el violoncelo un poco *en el abandono*. Que estaba un poco *frío* para que nos reuniéramos otra vez: ¿el cuarteto no dependía totalmente de A.? ¿De aquella pasión de la que de repente carecía, la misma que había sabido insuflarnos? ¿De la alegría que antes sabía transmitirnos? ¿De la calidez de su toque? ¿De su oído? ¿De sus transcripciones al piano? ¿De su sentido del tiempo? ¿Su maestría?… Quoeun estimaba que nuestro sacrificio sería estéril: por más esfuerzos que hiciésemos no le volveríamos feliz dándole al teclado. No podíamos *llevar* durante mucho tiempo a aquel que, hasta ahora, nos *llevaba*. Por el contrario, lo más probable era que lo echásemos todo a perder, y definitivamente. Y encima, que nos aburriésemos.

Yo defendí mi idea como pude. «Y además esas comidas suntuosas y siniestras de Wensleydale, aquellas discusiones vanas y pesadas…». Insistí: finalmente consintió en hacer lo que hicieran Thomas y Marthe. Yo reiteré la voluntad de Marthe, la decisión de Thomas. Aceptó. Convinimos sumarnos, como antes, a los días *sino-americanos*, el gran salón de Wensleydale. Él repitió que aun así estaba *frío.*También me dijo que según Plinio, ahogando a una lagartija en la orina de un hombre los deseos de aquel que la produjo se calman.

Me fui a ensayar.

El 9, llamé a Marthe, luego a Thomas. Que preparasen el *re* mayor de 1781. Para Th. el trío *mi* bemol mayor de Schubert. Para Marthe, el que le gustaba a A., el trío en *mi* bemol mayor de Haydn. Lo tocarían

lo primero. Luego llamé a Wensleydale.

Curiosamente, I. ya le había dicho a Thomas que yo había *captado* la anuencia de Quoeun y conseguido la reanudación de los cuartetos.

El Armisticio. Pasé por la rue du Bac por la mañana. A. se había levantado. Y vestido. El apartamento olía deliciosamente a café. Élisabeth me ofreció una taza. D. estaba tocando en su cuarto. —E. aprovechó —de forma bastante desagradable— que yo estaba allí para reprender a A.:

«Eres como los celosos. El mero temor de la separación ya te lleva a precipitarla. Adelantarse a la catástrofe llevándola a su cenit. Un miedo de perder tan loco, que destruye su objeto como un chivo expiatorio subsidiario. Ir tan lejos en la decepción por una confianza bastante inoportuna, añadida a la espera…». D. estaba llamando. E. nos dejó por un momento.

A. se volvió hacia mí: «Por desgracia —dijo—, Élisabeth se engaña. No se da cuenta de que ya no valgo para nada. Que por desgracia no tengo *nada* de lo que dependa tan poderosamente. No: ya no soy nada. Y ellos ya no me pueden ayudar. No soy nada más que un poco de ser que ha perdido el gusto que se suele atribuir a ese seudo privilegio. Sin vinculación alguna con el mismo hecho de que ellos sean o yo sea».

Se calló.

«Desdémona es demasiado bella, tan bella —me arriesgué a decir —, de repente siento que debería ponerle esta almohada encima…»

—No —dijo él—. Enfrentarse a la evidencia de la muerte, sabes, ante un cuerpo amado, dos cuerpos amados…; claro que es una prueba que me parece terrorífica. ¡Pero hay una especie de nivel de estiaje en la sensación respecto al cual la posibilidad de la muerte es una prueba menos dolorosa que la sensación de no haberse desembarazado de la muerte en la muerte! Yo he llegado al estiaje, casi al lecho seco. Y todos los trucos urdidos con el objetivo de engañar a ese miedo lo multiplican de forma extraordinaria. Y…

Pero Élisabeth estaba volviendo. «Ya no sé —dijo él— de qué te estaba hablando…» Con aire desamparado: «Ya no me reconozco…». Élisabeth, con un tono mordaz:

—Te quedan algunos hábitos alimentarios y dos o tres manías de las que no diré nada.

Domingo por la tarde. Fui a rue de Nesles, donde me encontré a I. y a R. absortos en una partida de ajedrez. Ieurre me suplicó que me sentase y que esperase un momento.

«En cuanto escape de esta encerrona —me dijo, ruborizado por la

pasión, por la excitación—, aplazamos la partida; dejamos el ajedrez por hoy.» Yo permanecí sentado un momento. Luego me incorporé para saludar a Gladys. Estaba descansando en el salón. Me dijo que no se había imaginado que los primeros meses de un embarazo podían transformar y fatigar el cuerpo hasta tal punto…

Entreabriendo la puerta de la biblioteca, asomé de nuevo la cabeza: I. seguía absorto en aquella especie de contemplación; R. hizo, en dirección hacia mí, abriendo ampliamente los brazos, una señal que no dejaba mucha esperanza. Me eclipsé.

Martes, 14 de noviembre. Thomas no encontraba trabajo. No sabía qué hacer. Había visto a W. —particularmente *innoble*. Este le había recibido en su lujosa tienda (en el saloncito de los jarrones chinos).

—Un celemín de arroz de las provisiones de los muertos, y un gran sudario de algodón.

Fue en estos términos como respondió, con un pronunciado acento americano, a su petición.

Miércoles 15 de noviembre. Yo estaba con gripe. Me quedé en casa sin hacer nada. Ieurre pasó a última hora de la tarde.

Yo hablaba de la corriente: «Hemos cruzado la corriente, uno de los brazos de la corriente…». A. decía el Sena. Ieurre decía el río, y se irritaba de que yo persistiese en el uso de *semejante barbarismo*. Repliqué que aunque no se usase tanto el término, los ríos eran corrientes. Yo había viajado un poco. Y él nunca podría demostrarme que fuese necesario establecer jerarquías entre los lechos, los afluentes, las fuentes. Y por qué hay que distinguirlos con nombres cuando se confunden.

E. me llamó. A. llevaba dos días callado. El viernes 17 fui a verle. Era inimaginable, me dijo, que pudiera ir a casa de Karl el 21. Le dije que no podía, bajo ningún pretexto, no ir el 22. Quoeun estaría. Wensleydale estaba avisado. Que preparase los *mi* bemol mayor de Haydn y de Schubert. En cuanto a nosotros, tocaríamos el *re* mayor de Haydn. Me lo prometió. Con un ademán desesperado de la cabeza.

Le dijimos que entonces podía no venir a casa de Karl. No sonrió. No nos miró.

E. —más cansada, más agresiva— le preguntó si temía que si hablaba se le agrietasen los labios.

Busstag. Antes de partir, llamé a Karl: furioso porque A. no había venido. Porque E. no le hubiera avisado. Le dije que él tenía que cuidar de D.

Pasé a recoger a Élisabeth a las nueve. Fuimos a pie. Bauge ya estaba allí, hablando con Quoeun. Ieurre y Recroît llegaron con mucho retraso: en el último momento Gladys no se había sentido bien, y había preferido quedarse en la rue de Nesles.

Hablamos de A., recluido en su cuarto, pasando lista uno por uno a todos los cuerpos enterrados, hundidos, devorados, quemados, desde el origen de la humanidad. —Recluido en un rincón de su cuarto…

—De su *alcoba* —decía Ieurre.

—*Cuarto* —decía R., sin dar su brazo a torcer.

—Sufre *tránsitos al vacío* —dijo Élisabeth—. Es su *tránsito al vacío*. Ha preferido no venir. Demasiado angustiado por mañana…

—¿Tanto sufre? —preguntó Karl. Élisabeth se volvió hacia él:

—Está extremadamente preocupado, convencido de que se está muriendo, de continuo receloso, desafiante, convencido de que le engañamos, de que el médico le miente….

—Desconfiado, quieres decir —dijo Ieurre—. ¡Y no *desafiante!*…

—Tránsito al vacío —siguió ella—. Desgarradura súbita en el *tejido de la distracción*, hecho de voz, de apetitos, de amigos, de música, de familia, de libros… Desgarro en esa red que permite parecer a gusto, alzar la cabeza por encima del murete de la caverna con una apariencia de sonrisa o más bien de boca relajada, y de dar la impresión de que los cuerpos están vivos.

Llegó Marthe, acompañada de Thomas.

—Hundimiento, esa es la palabra adecuada —dijo Ieurre— y es preferible a depresión o a melancolía.

—Empobrecimiento, según él mismo dice —dije yo. Pero Ieurre no me escuchaba.

—Hundimiento —repitió. Esta palabra evoca a la vez el equilibrio que se pierde, el vértigo que se apodera del cuerpo, el suelo que se abre, la aprehensión de ser devorado pero también la atracción del vacío, la loca aprobación al hecho de desaparecer, y esa llamada de la muerte…

—En efecto, es una altura que el cuerpo ya no domina —dijo E.—. Se hace imposible levantarse, mantenerse en pie, asomarse por encima del abismo…

—Impotencia para religar, sobre el abismo, los fragmentos dispersos del caos… —dijo R.

—O bien algo, según parece indicar la lengua, te ha *dejado caer*… —dijo Ieurre.

—Admirable —exclamó R., súbitamente exaltado, voluble—. Es eso: dejar caer. La única ayuda posible: sumarse a lo que cae. Jugar a dejar caer. Como esos niños pequeños que aún no saben hablar, y apenas se aguantan de pie apoyándose en los muebles y en el

travesaño transversal de las sillas, juegan a *dejar caer* objetos, los toman y de repente los sueltan; juegan a la operación de perder; se divierten dominando lo que les abandona, el final de una dependencia, lo que se que puede separar. También consideran con curiosidad —incluso con gravedad de magistrados— lo que sucede cuando lo que se posee de repente falla, cuando lo que está seguro se desanuda, cuando lo que se ama se va.

—Así es también el tenis —dijo Ieurre.

—¡Qué va! —dijo R.

—¿Y por qué no? —replicó E.—. Por lo menos en esa falta en el ángulo que cometen los movimientos que constituyen el cuerpo y las relaciones que este mantiene con los cuerpos de los demás. Es el efecto de una bola *cortada*. Esa pelota tan curiosa, golpeada de tal manera que su rebote sea anormal, a veces inalcanzable. De momento, para A., el mundo es una pelota *dejada*, y nosotros mismos al hablar le enviamos bolas extremadamente cortadas.

—La depresión, al fin y al cabo, es su particular *guardabarros* —dijo R.

—Su parachoques —replicó Ieurre.

Thomas sostuvo que nosotros no éramos «estimables».

Inventario de las medicaciones:

La mejor medicina, según Quoeun, era decirle que no es posible despertar del miedo. Que la depresión no era *un mal rato*, igual que a la lluvia le sigue el buen tiempo, y el despertar a la pesadilla, y el invierno al verano. Que no hay que *dramatizar*. Que él no era un héroe enfrentado al desafío de un reto especial.

Conclusión: que pasase el duelo de las grandes sensaciones y de la idea de lo extraordinario, y que la valoración de la desgracia no aportaba más que la de la felicidad.

Cita del prefecto Ptahhotep por Bauge. Que había que bajar los brazos, doblar la espalda y entonces inclinarse 1. profundamente —para no afrontar nada de frente—, y 2. silenciosamente —para no suscitar lo peor.

Ataque de cristianismo: Marthe y Quoeun hablaron con petulancia de la *abnegación interior*. Que los viejos católicos habían sido los mejores en establecer medios de mejora en la práctica de la aniquilación voluntaria. Reconocimiento de la nada; desvalorización del yo; adhesión a todas las oportunidades de ser despreciado y perseguido; elección de todo lo que es vil, bajo y abyecto; júbilo ante cualquier adversidad; renuncia a cualquier consuelo; privación de todo apoyo, coartada, valor, amigo…

—Bonita época cuando llamaban virtud a los placeres que deparaba el masoquismo —dijo R. Que aceptaba la ansiedad, y

bendecía la aparición de la angustia como la de un ángel de la guarda… Habría que haberle lanzado a la cabeza: «¡Criatura vil, inútil, y perversa!», y que él se contonease.

Marthe observó que todos esos viejos auxilios quizá tenían alguna base en la *economía mental*. Ieurre se partía de risa. ¿Por qué? —preguntó ella. En el fondo no se trataba de otra cosa que de pasarse al movimiento del sacrificio.

—Por la renuncia a todo juicio —dijo Quoeun, impostando la voz dulce y compasiva de un cura—. Por la sustracción del recuerdo de la experiencia, la purga absoluta del espíritu y el empobrecimiento deliberado de toda satisfacción que pudiera dar. Así se alcanzaba la extrema pasividad, la *santa debilidad*, es decir, la abstracción, *el ocio sencillo, la dulce aquiescencia…*

A todos nos dominó una mezcla de hilaridad y de entusiasmo. Recroît intentó en vano moderarlo.

—Que A., hiciera lo que hiciese, se esforzaría en vano. Que mediante la separación que hace la muerte no superaría la separación que hace el nacimiento y la separación que hace los sexos. Pero nosotros no parábamos de reír. Ieurre, de pie, aplaudía.

Lo que había disociado el deseo de su objeto, siguió el profesor, imperturbable, ¿no lo había ya disociado para siempre de sí mismo? «¡Ahora bien», afirmó con elocuencia, «no hay reino en el que esta triple separación, que garantiza la identidad de los que viven y hablan, pueda reconciliarse sin que esa identidad estalle inmediatamente, y sin que esa especie de engrudo se disuelva en polvo!». Redoblaron los aplausos. De manera que A. cometía la torpeza de suponer que el tiempo no solamente tiene una naturaleza lineal —no supimos por qué— sino encima reversible, y la posibilidad —tan ridícula, convino, viniendo de un hombre al que la calvicie había tonsurado aproximadamente hasta la mitad— de una regresión. K. sostuvo que esto era emborracharse de palabras.

—*En*-briagado —dijo Ieurre—. Pero ¿cómo se puede soportar este absurdo *en-briagado*? Y remedó a Marthe. Poniéndose de pie, dijo con grandes gestos, y despeinándose el gris cabello, que no era él lo bastante *hostia*, pedazo de carne sustraída a la ilusión común y transportada al vacío que la marcaría con el carácter de su consagración particular. «Es una falta de esperanza bastante alegre, ¿verdad?», añadió, volviéndose hacia Marthe. «Sacerdocio —añadió, en un arrebato oratorio— de la desaparición de sí mismo, que con una consecuencia notable abraza el sacrificio hasta en la destrucción y la muerte, que son sus últimos términos, y que lo fundan, y que nos obligan en él. ¡Inmolación necesaria —víctima inmolada que se ensambla pieza por pieza en el mecanismo que la ha elegido y que desemboca en la muerte—, bajo la especie secular de una *carne viva*!»

La velada estaba degenerando. Algunos, con la ayuda del alcohol, casi lloraban. Marthe celebró los dones de Ieurre para el papel de cura. Recroît le acribillaba a pullas y sarcasmos.

Pero, ya tarde, Thomas, desde el fondo de la estancia, sentado en el canapé a la derecha de Quoeun —irritado, aquí también sin empleo, sin participar de la alegría más o menos general—, mantuvo una discusión más sombría, más sorda, más agresiva con Quoeun y Karl.

Qoeun, al que pocas veces había visto yo tan locuaz, tuvo una idea bastante desafortunada:

—Mirad —dijo—, voy a aportar razones para su pena imaginaria. Somos niños y decidimos jugar. El juego podría llamarse: hacer necesaria esta impresión de duelo. Thomas diría: Decidimos ponerle en cuarentena. Nadie le dirigirá la palabra nunca más. Tiene completa libertad para circular, actuar, teclear al piano, amar, etcétera, pero cautivo de una especie de vacío social, es decir, enfrentado de repente al vacío de sí mismo. Si intenta hablar no conseguirá que le respondamos nada. Si grita, todos nosotros juramos que adoptaremos un aire desenvuelto y fingiremos no oírle. Si se agita, si agrede ¿quién lo ve? ¿Vosotros lo veis? ¿Verdad que no hay nadie? Pero mirad: está solo de verdad. Aislado, transparente, nulo. Ya ha dejado de existir. ¡Cuánta razón tendrá entonces para sufrir!

Thomas furioso, rubicundo, temblando de cólera, se fue dando un violento portazo. Las dos lámparas del techo temblaron. La luz jugaba con los muebles, con nuestros cuerpos, nuestros semblantes.

Martes, 22 de noviembre. *Thanksgiving Day*.

Llegué un poco atrasado con mi viola. Marthe había sido la primera en llegar a la avenue de La Bourdonnais, acompañada de Paul. Élisabeth y A. habían venido en el coche de Ieurre. Gladys ya estaba. A. se mantenía en silencio. Wensleydale me sirvió un dedo de oporto y pidió que hoy no se hablase de *psicología*. Que cenásemos rápido. Que tocásemos música.

—¡Nada de pesares, felicidad, etcétera! —exclamó—. ¿Acaso el azul del cielo es otra cosa que un pequeño reflejo debido a la distancia? Así dijo el viejo Zhuangzi —añadió, encantado de citar máximas.

Quoeung entró con su violoncelo y su apoyapica. Le seguía Thomas, llevando su violín, más oscuro. Pasamos a la mesa. Comenzamos con unas truchas en gelatina. Resultó que Élisabeth —cuando estaba hablando del pequeño D.— en vez de decir «infringir» dijo «infligir». Ieurre hizo con ella un aparte con un tono desagradable.

—Hay personas que a cada sílaba cometen una falta —dijo—. Esto

requiere una imaginación más notable que aquella de la que están dotados los que hablan correctamente. Pensando en ellos, se debería restaurar el uso de la picota. Pasearles con la cabeza y manos en la picota. ¿No le parece, Weynsledale?

—Cállate, jodido purista —explotó Thomas—. ¡Vale ya con esas historias de ricos! ¡Vuestros dengues! ¡Vuestras inquisiciones! ¡Vuestros privilegios de clase!

Paul aplaudió. Élisabeth y Recroît se alinearon con Thomas y Paul.

—¿A qué se refiere con eso de las clases y los privilegios? —se quejó Ieurre—. ¿Acaso soy tan rico? ¿Acaso he soñado con honores? No, Thomas: ni Quoeun ni yo detentamos el uso del pozo. No tenemos acceso al templo. Igual que el barbero hace el afeitado funerario, igual que los tamborileros tocan la piel de los animales muertos y el recuerdo de la sangre vertida, igual que el lavandero lava las sábanas sucias del nacimiento y las que las mujeres jóvenes manchan, lo mismo el gramático: limpia los instrumentos del sacrificio. No compartimos la pipa jerárquica. ¡Somos especialistas de la impureza!

Thomas se encogió de hombros y le preguntó: ¿qué aportaba al mundo, y a los demás, con sus leccioncitas de purismo?

—Por lo menos, no habré añadido gran cosa a la miseria de este mundo —replicó Ieurre—. Habré hecho las menos faltas posible…

—¡Menuda virtud! —exclamó R.

—¿Y por qué no? Habré deseado que mi lengua siguiese siendo aquella que usaban los que me precedieron. Eso es todo. ¿Y qué molestias causo? ¿A quién te parece que molesto? Todo esto, además, va a durar menos de lo que podáis pensar. Esta lengua quedará pronto fuera de uso —añadió afectando indiferencia.

Se sirvió un estofado de conejo en salsa de su propia sangre.

Entonces Recroît declaró —muy doctoralmente— que el lenguaje, siendo un sucedáneo del sacrificio, y siendo la separación de los sexos y la individuación de los cuerpos «sucedáneos de la disociación de la especie mediante el nacimiento y la muerte…».

—¡Demasiada filosofía! ¡Este hombre es una lamentable Sorbonne con patas! —interrumpió Ieurre. Afirmó que sencillamente había que mirar muy de cerca una institución familiar y social que pasaba por el cuerpo, y de una especie completamente intangible, y muy transparente, ligera.

No pude desmentirle. Incluso afirmé que un recelo así, un cuidado permanente, me parecían juiciosos. Pero A., tomando la palabra, dijo de repente:

—Todas las palabras son palabras desdichadas.

—La lengua es una sustancia venenosa —contestó Thomas, con el respaldo de A.

—Quizá en este contexto sería mejor decir *tóxica* —intervino Ieurre.

—¡Ya empezamos! —exclamó Thomas.

—¡Pero si la lengua padece de gangrena! ¡Los románticos le cortaron las piernas! ¡No sólo en lo que escribieron sino también porque —sobre todo— acabaron con la clase de retórica! ¡Todas esas manías suntuarias, pleonásticas del romanticismo!

Después de que le pregunté por qué pronunciaba «kangrena», me respondió que así es como había que decirlo. Nos tomamos rápidamente un moka. Le pregunté si había que decir «moga» y me fusiló con la mirada. Luego —los cuatro— preparamos los instrumentos. A. dispuso los atriles.

A., desconcertado, con expresión súbitamente desdichada, al dar el *la*: el piano estaba desafinado. T. E. Wensleydale confesó que no le había dado tiempo a encargar que lo afinasen. Además tenía un timbre horrible.

Marthe y Thomas empuñaron los violines. Quoeun y yo afinamos. Los arcos gemían. Cuando Thomas pidió un poco del colofonia, Ieurre —que estaba sentado a la mesa, pelando una naranja— le reprochó:

—Colofonia es femenino. ¡La colofonia, no «el colofonia»!

Mathe, A. y Quoeun comenzaron el trío *mi* bemol mayor de Haydn. Thomas y yo seguimos sentados sin hacer nada.

Pero muy desamparados. Un martinete se quedaba enganchado. A. subió otra octava, de repente sobreaguda, ridícula, llamativa.

Pero no lo conseguían. A. lo paró. Pasaron al *re* mayor. Lanzamos con energía las siete frases que lo abren. De vez en cuando, A. reía. Luego dejó de prestar atención a lo que tocábamos. Sólo marcaba el compás.

Thomas dejó su instrumento. Y yo también. Tocaron el Schubert. Thomas sustituyó enseguida a Marthe, a la que en realidad sólo le gustaba el primer movimiento. Esta se sentó junto con A. y quiso pasar las páginas. El resultado fue bastante mediocre. A. ya no les escuchaba, tocaba mecánicamente. Como un metrónomo que Thomas y Quoeun no conseguían seguir.

De repente, en el momento de terminar el segundo movimiento, se le escapó un grito y se vio que estaba asustado, sin ningún motivo. Quoeun quiso bromear: «¡No iba a quejarse otra vez de la sordomudez de los dioses y de las estrellas!», dijo.

Entonces A. se echó a llorar. Thomas, dejando el violín, fue junto a él. Marthe intentaba consolarle. Pero Quoeun no soportaba esta escena compasiva. Se puso extrañamente agresivo. Sosteniendo el violoncelo con la mano izquierda, inclinándose hacia A., alzando un poco la parte superior del cuerpo, le preguntó si lloraba por la muerte

conmovedora de Alfred Édouard Billioray, miembro del comité de Salvación Pública. Entonces A. abrió la boca para decir un «todo lo que veo es lamentable» que nos desconcertó.

Marthe se llevó enseguida a Élisabeth y a A. Nosotros nos separamos poco después. Thomas, rabioso, repetía que toda la culpa la tenía Quoeun.

Thomas y R. pasaron al día siguiente por mi casa. Nos dirigimos a la rue du Bac. «Quoeun lo había estropeado todo», dijo Thomas. «Ieurre había estado insoportable», dijo R. Se quejaron de Wensleydale —un Creso de baratija que no ayudaba a los desempleados y no afinaba los pianos.

Rue du Bac. A. tenía un aspecto bastante lamentable. Thomas:

—Piensa en otras cosas. Trabaja. Lee…

—Pensar… toda la ciencia del mundo… todos los libros, los cascabeles del mundo, recurren a los mismos pequeños signos para hablar. Pero en cuanto se impone el silencio, libros, ideas… todo eso deja de existir. No queda ni el recuerdo de ellos. Yo estoy en ese estado de silencio. Todo lo que sabía se ha pulverizado. Mis manos están vacías, desnudas. Son inmensas, alucinantes, extrañas a mí mismo. Ellas también silenciosas. Como flotando en el vacío.

—Pero por desolador que sea el incendio —dijo R.—, ¡aún queda esa pequeña columna de humo que lo señala! ¡Pensándolo bien, se puede juntar las cenizas, reconstituir el recuerdo de las brasas, soñar el fuego, y el viento que atizaba el fuego!

—El tiempo se ha retraído tanto —respondió A.— que me he vuelto timorato. Ya ni gota de temeridad; nada con que alimentar el menor proyecto, formar una mínima esperanza. Todo mi porvenir es todo mi pasado, y todo está por delante de mí y ocho mil años de muertos.

Viernes, 24. Me encontré con Bauge cerca de la Sorbonne. Me dijo que un par de días antes había visto a A., en la rue Bonaparte. Que no se había atrevido a saludarle. El golpe repentino de una portezuela casi le hizo brincar. Dijo que sus miembros compusieron la actitud de un animal jadeante. Son las palabras de Bauge, que traduce a L. Cierto es que ya le he conocido esta forma de estupor, propia, en efecto, de los que son presas del espanto.

Le dije a B. que me encantaría hablar con él. Que viniera una noche a cenar.

Domingo, 26 de noviembre. Quoeun nos reunió a Ieurre y a mí. Intentó ganarse a Ieurre. Luego fuimos a la rue du Bac. Quoeun quería

pedir perdón por la velada del miércoles. Llegamos hacia las tres. E. quiso ofrecernos café. Cuando intentábamos reconfortarle, por desgracia las ruedas volvieron a los eternos raíles.

«Si antes de acostarme me reflejo en el espejo —dijo—, os juro que lo que veo es de una desnudez más humillada que la vergüenza, la muerte, el pudor, la ausencia, etc. Una desnudez que no oculta nada, plana, fútil, arbitraria… vomitiva. ¡Una existencia desprovista por completo de la sensación de vivir! ¡Tan pobre! O, mejor que pobre: ¡tan plana! ¡Tan absolutamente plana!»

Asentimos. Quoeun, por más esfuerzos que hiciera para ocultarlo, parecía molesto por esta complacencia. E., también. Con más motivo porque D. *rondaba* alrededor de nosotros.

—¿Cómo salir del vacío —prosiguió—, de un vacío tan saturado de vacíos? Agujero, a fuerza de contigüidad de todos los agujeritos entre sí. ¡Qué vértigo! Sin tierra firme, sin sombra, sin horizonte, sin sueño…

—El vacío protege —dijo R.

—El vacío devora —dijo Quoeun.

—Por más que habléis, las palabras no tienen consistencia —dijo.

—¿Y qué haces tú?

—En ese silencio, en ese vacío, todo cae o se pulveriza. La boca es una pequeña *gruta de Lascaux* de ese vacío…

—Nos vaciamos por la boca. Por todos los orificios. Cerrar los ojos. Sellar los oídos. Cerrar la nariz. Cegar el…

—… No. Están dentro de ese vacío.

D. pidió un terrón de azúcar, por haberse portado tan bien.

Martes, 28 de noviembre. Hacia las siete pasó Ieurre a verme. ¿Había que conservar a Thomas con nosotros? «Había notado —dijo— que Th. decía una disparate, una anagrama, una asterisco, un inmundicia, una mosquitero. Por no hablar de los solecismos…»

—Además, es un *supuesto* —me confió—. Le he oído decirlo varias veces. Así que es un animista. ¿Y por qué no un sacerdote? Eso es. Hay que seleccionar. Él pertenece a la clase de los *supuestos.*

Ieurre afirmó que se sentía ofendido. Que pedía la expulsión *deprisa y corriendo y sin contemplaciones*. Yo le recordé que toca el segundo violín, que quería a A., que a Otto v. B. le caía bien, que era amigo de Paul, etc. Le calmé como pude.

Miércoles, 29 de noviembre. Pasé por la rue du Bac a última hora de la tarde. Le encontré en su cuarto. Acostado.

—Siento que me ahogo —dijo— y me hundo con la boca abierta, me voy a pique sin la menor interrupción, todo entero, sin tregua,

oprimido, sin aliento, con la idea de estar muerto ya tan asumida, y aterrorizado porque noto que estoy ingresando en la muerte.

A., sujetándome por el brazo y suplicante:

—¿Cómo es? ¿A qué se parece?

—A nada. A nada.

—¿Nada? ¿Nada? Nada… Nada se parece a nada, y todo es feo e indescriptible…

—Pues aun así, a partir de la muerte nos parecemos notablemente.

—Pero como la muerte no se parece a nada…

Al cabo de un rato, corté. Me daba miedo contagiarme. Al irme, cuando le estaba dando un beso a E., D. me dijo, saltando de una pierna a la otra, que mañana cumplirá cinco años. Le aseguré que no lo había olvidado. Que se lo llevaría después de la clase.

El 30, aniversario de D. Estaba muy alegre. A. no asistió a la fiestecita. Impaciencia y luz en los ojos de un niño.

1 de diciembre, en la rue Dauphine. Me encontré a Ieurre en la panadería. Vestía de una forma rara. Con un chal amarillo como un pollito. Aparentaba sesenta años.

—He encontrado la expresión que no encontrábamos. Es *tener la negra* —dijo.

Se fue, encantado con su barra de pan rústico bajo el brazo.

Sábado.

Fui a la casita de V., en Bretaña.

Volví a París el 4 de diciembre. Después de cenar, telefoneé a E.

—Situación estable —dijo ella.

—Su cabeza hiberna. Es como una marmota. O como un caracol… —intenté decirle.

—¡Oh, no! No creo que llegue a recuperarse. Vosotros no veis esta autoindulgencia, este miedo, esta inmadurez, este continuo llorar… D., comparado con su padre, parece un viejo sensato…

—La angustia se gasta. Lo peor se convierte en costumbre. Se desvanecerá… Cansada de batallar, se desvanecerá.

—Oh —dijo ella—, ¡pero si no sabe ni en qué fecha estamos!

Martes, 5 de diciembre. Ieurre me telefoneó. «Ya está —me dijo—, creo que he encontrado la palabra.»

«Es el *trastorno*», dijo, partiéndose de risa.

Pero de repente, más serio: «Una herida que infecta. Cuidado».

Miércoles, 6. Pasé por rue du Bac. Estaba Marthe. ¿No podía yo hablar con Ulrike? Precisamente tenía que encontrarse con ella en rue des Bernardines. Pero Élisabeth añadió que desesperaba de que él llegase a *deshollinar* la especie de conducto —nunca lo bastante hueco, lo bastante vacío, lo bastante muerto, ¿no es cierto?, lo bastante real— que sirve de cabeza.

Viernes, 8. Yo evitaba adrede ver a U. Marthe fue a verla a la hora de la comida, y le expuso el caso de A. Ulrike y se apresuró a decir que no había que hacer nada. Que un psicoanálisis suponía por una parte una voluntad de conversar, para él ya remota, y por otra, cierta fe en la operatividad de la palabra que a ella le costaba creer que él pudiera jamás alcanzar. Que se le dejase como estaba: que era posible, pero no necesario, que de repente se abriese, como las flores, y que de repente, con el deshielo, recuperase el gusto y saliera del silencio. Luego le habló a Marthe de sí misma. Evocó el recuerdo de C. Me deseó las escaleras Gemonías.

Marthe ya no sabía qué podía hacer por A.

Sábado, 9 de diciembre. Ieurre me preguntó si quería ir a cenar el lunes. Acepté. Recroît le había hecho llegar su curso fotocopiado. Quería hablarme de Florence.

Domingo, 10 de diciembre. Pasé por la rue du Bac. Estaba acostado. No se había afeitado. El rostro macilento.

—Estoy muy flaco, ¿verdad? —dice—. Ieurre tiene razón. He *dado un bajón*. Pero ¿bajado de dónde? ¿Y cuándo empecé a bajar? No sé por qué sufro tanto.

Me dijo que ha perdido definitivamente el sentido del gusto. Que «no saber a nada» no era una metáfora. Mostaza o mermelada, *whisky* o agua, pimienta o miel, no era capaz de distinguir lo que tuviera en la boca. Estaba totalmente a *dis-gusto*. *Deshecho* de tedio. Sudando de miedo. Caído en la arena… Multiplicó las imágenes como un poeta.

«Mi cabeza es un desastre. Estoy desanimado, deshecho.»

Al mundo exterior lo llamaba «la carnicería».

—¿Y qué tal la carnicería? —preguntaba. Entonces yo respondía hablándole de los amigos.

Se le alteró el semblante:

—Busco en vano un trabajo que me atraiga, una ocupación que no se me deshaga de inmediato en ceniza, o que no se transforme enseguida en angustia. Pero el desinterés… Ya no consigo *vincularme* a nada… A cada instante, el abismo se abre…

Calló. Y a renglón seguido:

—Quisiera sentir *pequeñas alegrías* —suspiró.

Se produjo otro silencio. Y luego:

—¡Bienvenida la desgracia que viene sola! —dijo.

El lunes, 11, fui a la rue de Nesles, Gladys me abrió, pálida, paradójicamente más delgada que nunca, un poco fría. Con un vestido escarlata. Muy inglesa.

I. me habló largamente del curso fotocopiado de R. Durante toda la cena, estuvo atacando —a ratos a base de ejemplos— el nivel de extremo *relajamiento* de la *nueva gramática*. Gladys no nos dejó ni por un momento. No hablamos de Florence. Conversamos sobre A.

—*Hipocondría*, ese es el término técnico —dijo Ieurre.

Martes, 12. E. me llamó. Quería enseñarme dos telas de Louis-Édouard. Pasé hacia las diez.

A. estaba vestido, pero sentado en una silla, con las piernas abiertas, como la estatua de un rey oriental. Le encontré desasosegado. Apenas habló.

—Estoy tan desnudo de todo que no hay posibilidad de que algo me desnude más —dijo en un momento determinado, en voz muy baja, pero con una cadencia un poco febril.

—Soy un cuerpo desafecto. Escuálida capilla desacralizada.

Miércoles, 13. Rue du Bac. D. estaba en casa de un amigo. El semblante de A. estaba tenso. Los puños cerrados. Como acerado. Ieurre hubiera dicho rígido.

—Ya no soy capaz de contarme, de noche, antes de adormecerme, pequeños relatos de esos que te engañan un poco, o que arreglan algunas cosas.

Que le costaría encontrar un *detergente* tan bueno como la muerte.

Jueves 14. Zaezon me invitó a cenar. Quoeun estaba ya en la rue de la Pompe. Z. se hacía esperar. Hablamos de A. Quoeun dijo:

—En verdad, ¡no vamos camino de Damasco!

Añadió, en tono más bajo:

—La acción se sitúa en el último siglo del segundo milenio.

Viernes, 15. Rue du Bac. En la entrada, en la pequeña cómoda junto al pasillo, flores de cardo blanquecinas, polvorientas.

—¿Quién venía a verle? —se lamentó—. Temía que la desdicha le hubiera *desgraciado* a ojos de sus amigos.

De repente exclamó:

—¿Qué violencia no tiene el vacío? —y luego:

—Aplazo, demoro.

Sábado. En el muelle, en la boca de la rue de Nevers: me encontré con I. Su impermeable había afrontado un fuerte chaparrón: seguía goteando agua a sus pies.

—No, no se trata de *desesperación*, es pura *atonía* —me confió, tomándome del brazo. ¿No me había percatado de que A. pronunciaba sempiterno «sempiterno». Y que, para decir condena había dicho «condena»? Etc.

Domingo, 17. Tomando la rue des Saints-Pères para llegar a la rue du Bac, me encontré con Bauge. Habló del otoño, las hojas rojas, el berrido de los ciervos, las brumas que vuelven, las noches que se alargan. Por fin me dejó.

En casa de A. no tuve más suerte con la conversación: «La vida, para mí, es menos que nada», dijo. Y también:

—Detrás de mi cuerpo no hay nada.

—Está claro.

—Está oscuro. Es inextricable.

—No, por desgracia —respondí—. Para mí está claro. Está vacío. Es extremadamente claro.

—Quizá tienes razón. Quizá está claro.

Lunes, 18. Llamé a A. Respondió E. al teléfono. No estaba mejor ni peor. Ya no quería descolgar el teléfono. Le pedí que le pasase el auricular para hablar. Pero se negó.

—Que se afeite la cabeza. Que se corte las uñas. Que se haga sangrar el dedo meñique. Que no hable con las mujeres. Que ni siquiera les eche una mirada —ni siquiera de reojo— durante los seis días en que menstrúan. Que se bañe.

Tales eran los consejos de Ieurre, que había pasado a verle por la mañana.

Martes, 19 de diciembre. Rue du Bac.

A. me dice: «No me compadeces bastante». Que nadie le ayudaba. Que ya no podía más. Le dije que tenía que salir. Me dijo que no quería. Le dije que había que salir, que mañana saldríamos juntos. Iríamos a las Tullerías.

Aquello pareció asustarle. Lanzó imágenes sorprendentes:

—Soy un cojo. Soy un perno sin tuerca: todo se desploma. El suelo

cede. En cuanto poso el pie, todo se hunde, tanteo desesperadamente en el vacío… Sufro vértigos sin parar.

A. lloraba. Dijo que había desmerecido ante Élisabeth. Que ya no era capaz de echar la *mantequilla* ni la *carne* en el *agua de sopa* ni en las *espinacas*. Que el amor no había bastado. Según hablaba recogía sus propias lágrimas con la punta de la lengua. Era bastante impresionante. Una especie de avaricia aplicada al dolor.

Miércoles, 20 de diciembre.

Pasé a recoger a A. Subimos por la rue du Bac. Cruzamos el pont Royal. El jardín de las Tullerías estaba muerto, vacío. El cielo estaba encapotado. Hacía frío.

Habló del frío que le envolvía. De la sensación de estar agotado, de hundirse y enclaustrarse en ese agotamiento. Luego pretendió que había visto a un grajo que había asustado a las palomas.

Jueves, 21. Último día del otoño. Hacía buen tiempo. Pasé por rue du Bac.

Élisabeth: «Sigue estando de morros. El mecanismo ha arrancado cuidadosamente sus hilos de contacto. Nos ha aislado, a D. y a mí, y se ha exiliado. Ha roto».

De repente, emocionada y tomándome del brazo:

—Tengo miedo del caos, ya no sé, el suicidio, la reclusión en…

E. se echó a llorar. La boca le temblaba. Cerré la puerta para que D. no oyese desde su cuarto los gemidos y los sollozos tan pueriles, tan mecánicos y ruidosos, de su madre llorando. Procuré confortarla.

Abrí la puerta. Fui a darle un beso al pequeño D. Estaba dibujando con mucha convicción una tarjeta de invitación que era indescifrable. No alzó la mirada pero gritó muy fuerte —sin dejar de colorear de naranja el tejado inmenso de una casa muy pequeña:

—¡Hasta pronto! ¡Hasta pronto!

El cabello rubio a la luz de la lámpara, la juventud, tan extrema, de su rostro, la seriedad de sus ojos, la espalda tiesa y la atención cejijunta concentrada en colorear. Era algo muy bello.

CAPÍTULO II

Viernes, 22 de diciembre, primer día del invierno. Ieurre me llamó: Élisabeth desearía que fuésemos el 24 por la noche. No quería pasar la fiesta a solas con A., le daba miedo. Acepté. Ieurre sobre A.:

—¡Qué pasión en el descontento! La gramática tiene también sus pequeñas consecuencias morales —sugirió Ieurre—. ¡Qué desagradecido es! Como el único carácter que tenemos todos son los *rasgos* que nos diferencian de los otros caracteres, nunca somos alguien, ni algo, sino sólo el otro de los demás.

Llamé a Élisabeth para asegurarle que iría. Bauge y Recroît también irían. E. me dijo que tenía miedo de haberse contagiado.

—Pero si no es una enfermedad —le dije.

—Pero usted mismo no deja de repetir que nunca ha existido en el mundo la *salud*…

No supe qué responder. La verdad es que me faltaba convicción.

I. no aportaba nada que tuviera vitalidad. Temía la sencillez como una agresión capaz de alterarlo todo. Lo que estaba animado era incierto y, por consiguiente, sospechoso de causar turbulencias. En su caso la complejidad, el preciosismo, no eran queridos por sí mismos, como un lujo o un distintivo social, sino que movilizaban un pesado sistema de control organizado para proteger de la vida. La lengua, cuyo respeto tanto predicaba, hubiera paralizado en sí misma aquello que intentase expresar, ya cautivo y fuertemente atado por la sintaxis de la frase. De manera que nada pudiera agredir, ni fuera susceptible de sorprender, de volver loco. Que todo lo que caía bajo la mirada pasase a través de un vitral complicado y oscuro, cuyos mil pedazos estuvieran cercados por la red inextricable del emplomado. Que todo lo que él vivía, lo pasase antes por aquel tamiz de inmovilidad y de muerte.

Ya no víctima de lo que en tal caso él hubiera sentido, sino, como lo había traducido a aquella lengua rígida, purificada, teocrática, ritual, pertenecía evidentemente a la especie de los sacrificadores.

Sábado. Rue du Bac.

Estaba aniquilado. Luchaba como podía contra las ganas de morir,

la necesidad de ser reducido a arena y convertido en nada. Dijo: «No se necesitaría amor. El sueño: querer, apreciar vagamente, nada».

Él tendería a aquello que lo acercase más a la nada. Habría pasado meses en cama, durmiendo o por lo menos imitando la apariencia del sueño. Élisabeth dijo: «Ya no llega al final de sus jornadas. Se arrastra por los sillones, por la cama. Saborea la muerte. Lo único que le interesa es ese gusto que tiene en la boca».

Más tarde, A. me dijo: «Es verdad que no puedo despertar de la muerte. No puedo atravesar la bruma que ella despliega entre el espectáculo del mundo y yo. Ni desgarrarla dentro del cráneo, en donde es más que espesa, y está como dotada de alfileres».

Se calló. Al cabo de un rato de silencio, prosiguió:

—Salvo cuando el dolor es demasiado vivo. Pero entonces sólo la veo a ella, no puedo desviar la mirada de la luz que ella proyecta…

Se detuvo, me miró y añadió, muy bajo: «Pero no le sostengo la mirada».

Hacia las siete (cuando Élisabeth daba de comer a D.): «Soy una *piltrafa* —dijo—. En la bañera mi cuerpo me parece una pequeña masa de carne blanca y extravagante. Y mi sexo flota, fláccido, como un pequeño *tapón*». Luego:

—Es un vacío espantoso.

Finalmente: «Ya nada importa. Me acerco al desierto».

24 de diciembre.

I. se justificaba así. Que al refinar el gusto, al edificar día tras día una refinería de lengua, igual que se dice del petróleo, se confería al pensamiento una exactitud y una agilidad que ya escaseaban. Que así se dotaba a la percepción de un campo un poco más amplio, más complejo, y que en este sentido se daba impulso a una realidad menos rudimentaria, menos compartimentada en sucintas, toscas oposiciones que dividen en dos, en tres.

Añadió —creo que con razón— que como un argumento lógico siempre es sintaxis, las frases más elementales forzaban al pensamiento a convicciones violentas, muy sumarias, casi pruebas de fuerza.

Fuimos a hacer la compra. Ieurre, al pagar el vino, afirmó que A. no saldría adelante tan rápido, que la muerte le había *embaucado*. Que la estima de sí mismo había *menguado* demasiado. —Hacia las cinco de la tarde llegamos a la rue du Bac, para dejar lo que acabábamos de comprar. A. estaba descansando. Echamos una mano. R. y Gladys ya estaban allí. Esta estaba sentada en un taburete, cortando repollo y col lombarda. Recroît estaba entre limones. É. iba y venía por la cocina, como si más que ayudarla la estorbásemos:

«Está ausente —dijo—. El cuerpo cada vez más inmóvil, poseído por el temor a la nada, convirtiéndose poco a poco en un recipiente de vacío, una pequeña caldera de vacío recalentada, un acumulador de ausencia…»

—¡Yo, personalmente, admiro lo estanco que es! —dijo Ieurre, descorchando una botella de vino de Alsacia—. Y, por continuar con la magnífica metáfora de É: le falta la válvula. Lo que también se llama la *seguridad*. El pequeño grifo de vaciado. Le falta con qué evacuar. Le *falta* con qué *orinar*.

—¿Cómo se puede creer que, al simular sus efectos, nos protegemos de la muerte? —moralizó, con voz sombría, Recroît (mientras cortaba con cuidado rodajas de limón).

Cuando todo estuvo listo, nos fuimos. R. vino con nosotros. Volveríamos hacia las diez.

Las diez. No fui el primero en llegar. Sobre la pequeña cómoda oscura de la entrada, un ramo de rosas de invierno, altas y rizadas. Recroît e Ieurre estaban sumidos en una viva discusión:

—¡Te atreves a pronunciar lacería *lacería* —decía Ieurre—, aguada *aguada*, manir *manir*, presuntuoso! ¡Tienes la audacia de pronunciar esas palabras tal como se escriben y pretendes que hablas en francés!

—¿Y qué más da? —decía R., en un tono huraño y hastiado.

—Y te atreves a decir «cucha» por escucha… y de eso no dices nada en tu curso multicopiado. ¡Ay! —dijo Ieurre, volviéndose hacia A.— ¿cuando antaño esta lengua, verdad, A., era tan precisa y musical?

—Basta ya —dijo R.— ¿Por qué te empeñas en respetar reglas que ya han caducado?

—¡Cómo! —exclamó Ieurre—, ¿así que yo respeto más las reglas que quien las desconoce? ¿Más respetuoso que ese que habla por los codos pero que en realidad se ha asimilado tan íntimamente a la lengua que usa que está convencido de que es libre? En verdad, si hay algo *respetuoso* es la distancia que mantengo, o más bien la distancia *muy respetuosa* que pongo entre mí y la lengua que utilizo. ¡El gramático es aquel que juega al dominó con las leyes de las que se ha dotado, o se ha imaginado, una lengua determinada, y no el que se pliega a ellas, como el orador ordinario, *vulgaris locutor*, profesor de filología!

Recroît le miró con un aire poco cordial:

—Mientras tú sólo piensas en limpiar la lengua, tus pantalones rozan el suelo.

—Es el *superego*… —añadió Bauge, partiéndose de risa.

—*Una mujer que dispone de seis días a la semana puede hacer la*

limpieza y lavar la ropa —replicó Ieurre con fuerza, despeinando de repente su cabello casi blanco—. Quiero que sepáis que os acabo de ofrecer un proverbio que procede del sur de la Vézère. ¿Y dónde, decidme, tiene su origen ese famoso *superego* de Bauge?

A. vino a sentarse con nosotros. El pequeño D. le siguió con todos los juguetes que le había traído Papá Noel. Me los fue enseñando uno por uno. Élisabeth nos sirvió bebidas. Pero Recroît continuaba:

—Los lingüistas —dijo— calculan que hoy día se hablan en el mundo entre dos y tres mil lenguas. ¿Por qué la tuya tendría que reclamar cualquier clase de precisión? ¿Y por qué una debería ser mejor que la otra? —Recroît añadió que se podía calcular que en el pasado se hablaron entre diez y doce mil lenguas que han desaparecido.

—Resulta que yo nací en una de ellas —dijo Ieurre—. ¿No ha sido el azar el que ha elegido por mí?

Pero, dirigiéndose bruscamente a R:

—Mira a A. ¿Qué le pasa? Que ha *perdido la lengua*. Considera qué desgracia sufre. En ese terror se basa mi vida.

A. no dijo nada, no alzó la cabeza.

—Además —dijo Ieurre—, cada una de ellas es absoluta. Y sumarlas sería un espejismo. Todas lo dicen todo. Y cada una de ellas es un instrumento total, incomprensible, extremadamente poderoso, añadido a nosotros mismos.

A. tomó la palabra, con voz ronca, un poco confusa.

—No —dijo—. Creo que se equivoca usted. La lengua no es una planta espontánea. No es un órgano suplementario. O no sé qué maravilloso artificio. O mala hierba. O cizaña. Y que nacería en un terreno extraño a ella. No, no ocupa el lugar de nada. Ninguna de ellas dice nada sobre lo que es. Son o bien la destrucción de lo que es o su carencia. Ninguna de ellas ha dicho nunca nada…

—Por lo menos —añadió— el único placer que puedan dar nace cuando cada una de ellas sólo se substituye a sí misma, a la nada, al deseo de morir…

—No hay más —decía A.—, y que cada uno lo entienda como quiera.

Bauge tosió. El pequeño D. en pijama —antes de ir a acostarse— quiso cantar; la profesora le había enseñado un antiguo villancico que nos pareció muy bello.

Nos dio un beso a cada uno y recogió sus tesoros. Élisabeth, llevándoselo hacia su cuarto, de una forma tan graciosa como decadente le decía: «Ahora a lavarte los dientes *de immediato*», decía a D., fingiendo que le reñía. Ieurre puso cara de consternación.

A. estaba inmóvil. Tenía la voz tomada por un resfriado o una

ronquera. Sentado en un sillón en un rincón oscuro del cuarto, se inclinaba hacia delante, con las manos cruzadas entre las rodillas.

Ieurre miró a A. sonriendo.

—En cada extremo del campo —dijo, cerrando un poco los párpados, a la manera de Wensleydale—, ¡la muerte!

—Soy un vacío —respondió él sencillamente— y la forma que adopta el vacío.

—Ya nada me habla —añadió.

—Dormir, dormir. Morir, morir. No espero nada pero lo espero. Me paso todo el tiempo esperándolo.

—¡Basta! —dijo Bauge—. ¿Por qué reprochar a la hierba que sea demasiado verde, querer tener tres o cuatro brazos, y la inmortalidad?

—¡La estrella de mar está furiosa, pero el océano lo ignora! —dijo Ieurre estúpidamente.

—Eso es —continuó Bauge—. ¡Sensiblería! ¡Concíliate con lo que te despoja! ¡Y, en proporción, *contribuye* a ese despojamiento, ya que pretendes que ya no posees nada! Pero no te preocupes. Se encienden unos cirios. Si no, la identidad o la tristeza que te supones ¡qué irreverentes y groseras son! ¡Menuda pretensión, qué atrevimiento! ¡Lamentarse de «yo», qué imaginación!

A. seguía inmóvil. No nos miraba.

—Deja que venga, deja que venga —dijo R.—, no te enfrentes, no seas valiente. La idea de valor, es un funcionamiento condenado al fracaso. No hay soberanía. Si nada tiene cara, mirar hacia delante es tan inútil como desviar la cabeza. Nada de dramatización. No anticipar nada. Nada de «actitud», ni ese ojo cerrado, poltrón, ni ese otro al acecho y azorado.

A pesar de lo que Recroît decía, no me pareció que un ojo fuese particularmente poltrón, ni el otro más inquieto.

«Vive pensando sólo en ser, y no en vivir, y no interpretes nada», prosiguió R.

—¡Abajo esas zarpas! —gritó A. de repente, lanzando una risa nerviosa. Se levantó. Se sirvió un vaso de vino blanco. Después de bebérselo, juró que procuraría no ser, sino vivir.

Élisabeth acababa de volver, y estaba poniendo la mesa. Recroît fue a buscar ostras a la marisquería que está en la esquina de la rue de Saint-Guillaume.

Más tarde, mientras estábamos comiendo, A., por propia iniciativa, tomó la palabra. Habló con tranquilidad, lentamente.

La ausencia de sentido de R. —por lo menos, si se podía hablar así —, el carácter fortuito, refractario a toda adición, de lo que es, quizá fuesen verdades admirables, pero sin ninguna utilidad. Siempre habría demasiado sentido, demasiada energía, demasiado miedo, siendo todo

ello innecesario. Porque semejantes construcciones eran espontáneas. «Así, el enfermo, el moribundo —dijo—, al acordarse, encuentra, a despecho de lo que tenga, una especie de equilibrio y de forma que rigen sus recuerdos. Y por más azaroso que haya sido el curso de su vida, y por más conciencia que tenga de ese carácter circunstancial, esta suma tiene sentido no tanto por adición cuanto por distribución: esta sucesión recibe, ya de entrada, una dirección por el mismo hecho de su posición en el tiempo o en lo que sea que ella considera como tal. Así, por vanos y delirantes que sean, dos de sus recuerdos se yerguen ante él sin cesar ni por un momento, como estatuas, y lo dominan con terror: ¡el primero de ellos, porque nada le precede, y el último, porque lo único que le sucede es él mismo en ese instante en que lo rememora!

»Así —prosiguió—, un relato es inmediatamente representado, un tiempo ha adquirido de inmediato la apariencia de la flecha o de la línea, por locas que sean estas imágenes, y así el conjunto de lo que ha experimentado ha recibido de inmediato una dirección, encontrando su sentido al traducir súbitamente un orden lógico en el delirio de una interpretación, y establece sistema entre tales polos.»

—No —exclamó Recroît—, a poco que respondas al azar con un máximo de artificios, un máximo de azares…

Pero A. continuó diciendo que la «valoración» era, por el contrario, una tribulación inevitable, que toda diferencia se volvía jerárquica o temporal, todo matiz desproporción: todo se apresuraba demasiado, siempre, a domesticar la angustia para zambullirse en ella, a razonar, sentir, formular, y que por más que se asuma la idea de que esos caracteres particulares sólo derivaban del orden que los colocaba en tal lugar, y no en virtud de lo que representasen por sí mismos, quedaba aquella inmediata y estupefaciente máquina de referencias y diferencias —o bien, para hablar como Recroît, el insoportable «transformador sacrificial»— que lleva a esa convicción de un *orden*… en resumen, a ese privilegio estúpido que se le concede a dos fenómenos de azar, aumentando desmesuradamente los términos por su simple posición en el tiempo, y recubriéndolos con una capa de autoridad y de valor, suscitando disimuladamente una pequeña escena primitiva, una pequeña escena de escatología, entre ambas una gran novela… allí donde no había nada que hubiera dejado de ser insensato.

De manera que toda búsqueda de un recuerdo —prosiguió— era la busca de un pequeño pensamiento que equivaliese a edificios semejantes. Poniendo orden. Mintiendo. Nunca era evocado lo ausente, sino el mundo, lengua, pueblo, valor, ensueños de presencia, que surgían de inmediato. No se podía mencionar ni concebir el menor acontecimiento sin que se desdoblase en esa pequeña

construcción o intriga nostálgica, ficción verbal… y nunca ser revivido sin que de inmediato se precipitasen, como la tercera ola, un orden, una proyección, una odisea con la inmensa multitud de las cadenas y los encadenamientos.

—Quizá tienes razón —convino R.—. Pero no un azar maridando un azar… —repitió—. El azar no conduce recto hacia delante. Y, allí donde va, no es una dirección.

Pero A. replicó que por desgracia ya no era, para él, cuestión de *maridar* nada. Que él había cesado de tener control sobre lo que le desposeía. Ya no tenía esos ribetes de seda de las mantas —como su hijo—, esos cuencos y estatuillas chinas —como Wensleydale—, esas baratijas y chucherías gramaticales —como Ieurre—, esos viejos libros carcomidos —como Quoeun— que daban la ilusión de ejercer un poder sobre esas *olas* de terror o sobre el impenetrable caos que las regía despóticamente.

—Así que el azar —dijo R.—, eso es lo que hay que decir, ya que la desesperación habla igual que la esperanza. Ya que lo que uno ve como una posibilidad, el otro lo enuncia de inmediato bajo los términos de lo imposible. Así pues, ¿por qué el término de azaroso no bastaría para suprimir toda esperanza, toda ilusión, toda desesperación, toda orfandad?

»Por eso sostengo que quizá no hay que intentar dominar el dolor —prosiguió—, curarlo. El dominio se vuelve, e intentar dominar es la misma trampa del sometimiento. La idea de curación es un vial de veneno, y la técnica de la curación es el potro de tortura. En la angustia no hay relación de poder, y el cerco, sin que se rompa, es un collar como otro cualquiera. Un adorno bastante arbitrario. ¡Bufonería! ¡Una gargantilla!

—¡Caramba, este Recroît es un Néstor! —dijo Ieurre divertido.

Entonces Recroît se volvió hacia A. y dijo, de forma curiosa, que estaba «en buenas manos», en las «excelentes manos de lo peor». Pero A. no le dejó continuar.

—Nada se recupera —dijo.

—Nunca hubo el *original* del original —dijo R., riéndose.

—Lo que ya no conozco —prosiguió—: ni el olvido, ni la ilusión, ni el error, ni el sueño…

Yo dije que se estaba jactando. Que alguna *ilusión* había precisamente en darle a la angustia una especie de privilegio que la igualaba a la verdad. Que no había neurosis. Repetí que no había salud. Me arriesgué a sostener que no había percepción privilegiada, que no había verdad, que no había ilusión.

—¡Oh! —dijo él—, por momentos sufro unos vértigos pavorosos. Y bien, créeme, no son de la misma intensidad. ¡Como un país

ensangrentado por una guerra civil! Siento que la cabeza me da vueltas, gira sin cesar…

—¡Como el torno de un *alfarero*! —dijo Ieurre—. ¿Acaso crees que mi cabeza está menos hueca que la tuya, y menos congestionada por ese vacío? ¿Menos sometida a su presión? A cada instante siento que esa cajita se está resquebrajando y colapsa.

A. dijo bruscamente que era en el cese del pensamiento donde radicaba lo real.

Día de Navidad. Pasé por casa de Ieurre.

«Aquí tenemos al hombre vasallo», dijo nada más verme. Nos fuimos —Gladys y yo— con la idea de ayudar a poner orden en rue du Bac. I. prefirió quedarse en su sillón. Que estaba cansado. Que había dormido mal.

Dijo que tenía una preferencia marcada por los sillones porque es el único utensilio «en» el cual —y no solamente «sobre» el cual— la lengua francesa permite sentarse.[3]

26 de diciembre. Rue du Bac. Al pasar a su cuarto:

—Habla —le dije—, habla. Dicen que hablar alivia.

—No —decía, y volvía la cara, con un movimiento violento.

Luego pensé que la frase que yo había pronunciado era ingenua. Increíblemente ingenua. Él me miraba espantado. Vestía un pijama amarillo, ridículo. Desde que los hombres empezaron a hablar, parecía decir, ¿qué han mejorado? ¿Qué miedo han paliado, alejado? Me mantuve callado. Pensé: «Nada que expresemos nos libera. A veces expresar sanciona, vuelve a abrir, agrava. Ver, para aquel que la vista alivia, y cuando ver esclarece, no es otra cosa que una promesa de ceguera».

De repente, tomó la palabra:

—Estoy a punto de perder la cabeza, de perderlo todo. Todo. Es una pequeña debacle interior pero total. El día es interminable. La noche dura y no puede terminar. El *zurrón de mis provisiones* está vacío.

Yo farfullé: que esos juicios que él emitía no tenían fundamento alguno. ¿De qué *provisiones* nos había pertrechado el mero hecho de nacer? Él no me escuchaba:

—¡Mira cuánto he envejecido! ¡Mi cabeza parece una falsa ruina! Noto que se está desmoronando imparablemente. ¡Especialmente en la zona alrededor de los ojos!

No le respondí. Se hizo un largo silencio. Dijo, muy bajito —entre dientes—, en un tono muy agitado:

—Si por lo menos tuviera un punto de referencia, cualquiera, algo

o alguien a quien referirme, podría vivir.

Le disuadí como pude de aquella convicción tan quimérica. Balbuceé. Y cuando me levanté para irme:

—Todo se paraliza, todo es desdicha.

—No. Todo se mueve. Y se mueve de una forma que puede parecer inmóvil…, Y no tiene ningún propósito. Sin dicha ni desdicha.

Miércoles 27. R. pasó a recogerme. Caminamos un poco. Cenamos juntos en la rue de la Bretonnerie.

—Se está preparando para los inconvenientes de la muerte —moralizó R. Y luego:

—Está buscando una vía de escape ahí donde nada lo tiene encerrado.

Día de los Santos Inocentes. Ieurre había visto a Bauge. Bauge le había dicho que no iría el día 1, por si E. creyese que iría. Teatro malo. Complacencia infinita.

«Es un autillo fúnebre», había dicho Bauge.

Ieurre decretó que había que usar el término de *languidez*. O bien el de *tristeza*, que no ha envejecido tanto. O bien *mortificación*. Sostenía que depresión no significa nada. Le dije que *desierto, aridez, depresión*, aunque sean palabras geológicas, son expresivas.

«A usted le gustan las imágenes», me dijo.

—*Mortificatio, languor, tristitia* ¿no son imágenes? ¿No evaluaban antaño el estado del cielo o del mar? ¿Y la *marchitez* de las plantas?

—Sin duda que su uso se remonta a épocas muy remotas. Pero no es menos cierto que ahora la tradición que las lleva ha cesado de corresponderse tan estrechamente, y ahora las aligera, las depura, las empobrece…

—Las palabras no son menos vanas porque sean más antiguas. ¿Viejas comparaciones? Gritos sin edad. Todo esto no quiere decir nada. Sirve para dividir y para compartir la desdicha. Como muletas del tedio.

Desde casa de Ieurre llamé a Élisabeth. Sugerí que Ieurre y yo pasásemos a verles el 1, y quizá nuestra presencia le confortaría. Aunque sólo fuera mostrando sencillamente que, para nosotros, él seguía estando aquí.

Élisabeth me respondió que ya no estaba segura de que a él le apeteciese. Que le gustaría que yo pasase al día siguiente.

Viernes 29 de diciembre. Vi a E. Estuvo hablando de él durante largo rato. Dijo que quizá sería mejor dejarle en paz. El 1 de enero se quedarán solos. Él incluso temía que sus amigos se presentasen; eso

aumentaría su angustia. Incluso le reprochaba que nos hiciera venir en Nochebuena. «Dedica toda la atención a su enfermedad imaginaria, con una actividad estresada e infatigable, sin que nada pueda desviar la idea de su manía, concentrada en su dolor, tratando de protegerlo encerrándolo, en una intensa consumación narcisista abstracta.

»Vigilancia hueca del vacío. Actitud escrupulosa de silencio, deseo de una muerte que parece imposible, de una liberación en la que no cree, cualquier cosa que le digáis le produce tedio.

»Repite su pesar, o lo que considera que son las causas de su estado, de su derrota. De lo que él cree que es su estado de abandono. Se mata en una infatigable repetición de la condena a muerte, que le fascina. Es como si le excitase la idea de llenarse los oídos de motivos de su «desconsideración». Tan febrilmente apasionado por darle la razón a todo lo que le daña… de exaltar la conspiración y la supremacía lejana de lo real para valorar y dar fundamento al desprecio que, a sus ojos, nosotros deberíamos sentir por él, y para denunciar y para tragarse el fango al que le gustaría verse reducido. ¿No es verdad, Élisabeth? ¿No es verdad, Élisabeth?

»Hay días —prosiguió ella— en que su rostro parece el de un niño a punto de romper a llorar. Un inmenso e inoportuno deseo de dar compasión. No servir para nada, no valer nada, ser indigno de mí y de D., ser la causa principal del hundimiento del mundo entero, y al mismo tiempo quiere que le sigamos queriendo, desesperadamente.

»No hace nada. Rellenar un formulario, ayudar en la casa, lavar los platos, clavar un clavo en la pared son cosas que le hacen sudar sangre. Para él todo es insuperable. Y se queda quieto, inmóvil, dialogando con una versión pequeña y difunta de sí mismo que se ha vuelto irrecuperable, o mejor dicho, llorando interminablemente por un pequeño sí mismo que nunca hubiera sido amado, que hubiera debido serlo, y que es él pero se habría vuelto indigno de ello.»

Pasé a su cuarto.

—Cada mañana, al amanecer —dijo él—, regresa la misma impresión de angustia que viene del fondo de los tiempos.

Añadió, oscuramente: «… flores marchitas, cuerdas de los instrumentos musicales distendidas o rotas. La cabeza está llena de polvo… Mi mirada lo destiñe todo. Confiesa que todo está descolorido».

—Que no, que no.

—No tengo energía.

—Es normal —etc. Abrevié y pasé al salón a darle un abrazo a É., que fingió que estaba menos desalentada que yo. Fui a darle un beso a D. Volvió a mostrarme uno por uno todos sus juguetes. Parecía extremadamente contento.

1 de enero. Ieurre vino a verme.

Me dijo que la palabra *nihilismo* tiene ciento dieciocho años.

2 de enero. Me pareció que A. estaba mejor. Me contó que Quoeun coleccionaba chimeneas. O, para ser más exactos, que la pasión del fuego le había llevado a hacer instalar en todas las casas que posee (yo ignoraba que tuviera una fortuna tan considerable), y además en cada uno de sus cuartos, chimeneas de diferentes formas y tipos, para ofrecer a la mirada, con una madera de la misma calidad y parecida cantidad, la posibilidad de una gran variedad de llamas, densas o finas, altas y tumultuosas o tibias y decrecientes. A. afirmaba que Q. ha dedicado a esta «colección» particular más dinero del que gasta cada año en manuscritos y libros. Me extrañó que nunca me haya hablado de ello. Por lo demás, las que humeaban en Baviera no me parecieron tan impresionantes. Salvo que picaban de forma bastante insistente en los ojos, y daban dolor de cabeza.

Parece que Quoeun «justifica» la viva inclinación que siente por ellas pretendiendo que hay pocos seres, pocos objetos bajo el sol —al margen del sol— capaces de procurar a la vez, y al mismo tiempo, un poco de luz y un poco de calor. Y que, en fin, no hay espectáculo más hermoso que el de la destrucción que suponen. Sólo se alimentan de su propia combustión. Ejercen un atractivo comparable al miedo y al deseo tan íntimo, tan consustancial, que inspiran las ejecuciones. «Son pequeños combates de gallos del hogar», dice.

A. hablaba igual que antaño. Me pareció que era una excelente manera de empezar el año.

Jueves 4. Ieurre, Recroît y yo nos encontramos sentados en un café de la rue de Seine.

Les dije que A. estaba mejor. Que me había hablado de las chimeneas de Quoeun. R. confirmó lo que a mí me había parecido un embuste. Recitó unos versos un poco reaccionarios y un poco medievales —que hicieron que Ieurre aplaudiese mucho— y que le atribuía: que algo estaría en deuda —en la ceniza—con el fuego, y algo —en el fuego— con la leña y con el bosque. También había que decir que el bosque en pie e inmenso está privado de lo que lo abrasa, igual que el fuego, en el instante de la combustión, era privación de las cenizas.

«Ya que las cenizas son la forma del bosque entero en estado de reposo», concluyó R.

Viernes. Ieurre había telefoneado a E.

Que se mantenía fiel a sus pequeñas rutinas diarias. Que no se abría mucho. Que andaba mal de *vivacidad*.

«E incluso de *vitalidad* —dijo Ieurre, riendo—, la una viene a consecuencia de la otra.»

Domingo, 7.

A., tan cansado que parece que se echó a dormir en un banco de la estación de metro Saint-Germain. Thomas me lo contó sollozando. Lo único que Th. admiraba era el talento de A., las composiciones de A. Sólo esto elogiaba. Zaezon sostenía que si a A. le hubieran gustado los chicos, Th. compartiría con él el pan, la bañera y la cama. Sería una esposa perfecta, ardiente, y de lo más masoquista.

El mismo día, E. y D. pasaron. E. había podido fechar y documentar el juego de estampas, tan enigmáticas, que compró T. E. Wensleydale. Thomas le preguntó a D. si le había tocado la corona.

D. pareció desconcertado, y luego desesperado. Thomas se precipitó a comprar un roscón de Reyes, en la confianza de encontrar alguna panadería abierta. Élisabeth dijo que ya no sabe dónde tiene la *cabeza*. Que esta vida de clausura que lleva la está alejando, cada día más, del mundo. Que hasta los Reyes Magos habían caído enredados —cierto es que con todos sus camellos y sus tesoros— en la malla de la penosa red que la tiene atrapada.

Th. volvió con un roscón y una corona dorada. D. no permitió que lo metiera en el horno. Lo pusieron bajo la mesa. Con alguna dificultad, se percibía la protuberancia que delataba la figurita de la suerte. D. se levantó y se sentó, comiendo rápido y con ansiedad. Un diente de leche sufrió un poco —el mordisco le hizo rey.

Era un dulce insípido. D. resplandecía. E. nos sorprendió cantando un viejo, lento y admirable *Surge*… Con un momento precioso en el *Leva in circuito oculos tuos*…, en que su voz se alzó de una forma que fue muy emocionante.

«¡El rey bebe!», se gritó de repente. D. se ahogó y volcó el zumo de naranja. Todo nos reímos como niños.

Incluido el niño.

Lunes 8 de enero. El estado de A. empeoraba. Refunfuñaba, en un rincón de su cuarto. E. me llamó. Llegué lo antes que pude. D. aún no había salido hacia el colegio: E. le estaba colgando la cartera a la espalda; él me observaba con inquietud mientras se ponía los guantes. Se fue.

Llamé a U. En cuanto dije mi nombre, ella colgó. Me precipité a casa de Marthe. En la rue Jacob, vi a Ieurre.

Corrí hacia él y le pedí que fuese a casa de A. en cuanto pudiera.

Como le vi perplejo y desconcertado, le pedí excusas por asaltarle con tanta brusquedad y volví a pedirle que se apresurase.

Ieurre comenzó diciéndome que yo no le había *asaltado*, sino *abordado*. Y luego me aseguró que sería, de todo aquel barrio, «el hombre más rápido del alba».

El hombre más irritante, sin duda alguna. Pero también el amigo que nunca te fallaba.

El 8 por la tarde regresé a la rue du Bac. E. me abrió. Ieurre había estado con ella. El médico estaba perplejo. Fuimos a su cuarto.

«Iros, iros, callaos —dijo—. No me preguntéis nada. Hablar me duele.»

Le dejamos. Ieurre consideró que habían tardado demasiado en consultar a un especialista. Yo me reí de la ilusión. El pequeño D. tirándome de la chaqueta me aseguraba que en el colegio le habían enseñado *limaçon*. Yo no sabía de qué me estaba hablando. Él pretendía que así es como se llama cierto viejo caracol de la Borgoña. Decidí volver a casa.

El día 9, a mediodía, pasé por casa de A.

«Se acabó —dijo—. Me extingo.» Luego, sonriendo, alzando la cabeza fuera de las sábanas, y volviéndose hacia mí:

«Apague a su amigo. Apáguele.» Luego lanzó una especie de loca risa nerviosa. Como un lelo. Luego:

—Estoy chapoteando… Mucho fango… poca sangre —dijo. Lloraba. Se volvió hacia la pared.

Antes de irme hice el esfuerzo de darle unas palmaditas en el hombro.

Miércoles. El pequeño D. estaba jugando a una especie de exterminio meticuloso. Había dispersado por el suelo de su cuarto una serie de hombrecitos en miniatura, de plástico, que enmarcaban a un disperso rebaño de animalitos de hierro. El juego consistía —con la ayuda de unas canicas— en derribar una por una aquellas figuritas de colores intensos sobre las cuales, una vez tumbadas y muertas, se lanzaba una sarta de aullidos de alegría y gritos de victoria, y a las cuales se atribuían nombres curiosos. A petición suya, me sumé por un rato al juego pero no logré demostrar tanta puntería ni tanta inventiva en la selección y precisión de los nombres. De manera que bauticé a un zorrito rojo más o menos escuálido «Zorrino»: apelativo que D. encontró ridículo, o por lo menos muy decepcionante.

Pasé al cuarto de su padre. Al contrario de lo que E. me había dicho, no me pareció que delirase. Incluso me pareció que estaba

bastante bien.

«Ya no hay esperanza —dijo—, estoy *desencantado*… Cuanto más adelanto el pie, más terreno pierdo. La amargura puede ser indigesta. Me doy cuenta por las ganas de vomitar. Nada alivia…»

Me dijo que estaba seguro de que iba a morirse. Sin embargo, los dos médicos que le habían auscultado no habían (según Élisabeth) pronunciado un diagnóstico tan alarmante.

—Lo que es atroz —dijo entonces—, es que al morir pasamos a formar parte de la muerte. No cesamos de estrecharle la mano a aquello que nos da miedo.

—¿Y al hablar? —dije—. ¿Al desear? ¿Y tu música? ¿Y las obras creadas no son nada, un engaño? ¿Y la alegría que siente un niño cuando juega? ¿Y la gran, opresiva constitución de todas las instituciones? ¿La súbita belleza de un rostro? ¿Sobre qué otro fondo, sino sobre el de la muerte, se yerguen, para que nos impresionen tanto, pueden haber sido hechos, y nos afectan, y nos turban?

—Yo quiero que sean felices —me dijo—. Si pudiera vender mi vida lo bastante cara —prosiguió—, contrataría un seguro de vida cuantioso, para que D. y E. viviesen cómodamente hasta el final de sus vidas, y luego me mataría. Pero también necesitaría estar seguro de que mi ausencia no les resultase abrumadora. O por lo menos que mi extinción no supusiera un trastorno peor que la molestia que causo actualmente a su predisposición a ser felices.

Noche del 11. Crisis cardíaca de A. Ieurre me llamó. Le habían dejado en su casa. E. estaba inquieta, pero todo aquello parecía más bien cosa de nervios que algo grave. «La niebla finalmente se ha resuelto en lluvia», concluyó Ieurre.

Al anochecer pasé por casa de A. «Hay lesión», dijo.

«Sólo es una pedrada», añadió.

Pero era evidente que decía lo primero que le pasaba por la cabeza. Que estaba llamando a la muerte.

«¿Cree usted —me preguntó— en los puntos cardinales?» Y también: «Ya no consigo distinguir netamente la vida de la muerte. Lo lleno y lo vacío, el porvenir y el pasado, la derecha de esto y la izquierda de aquello, lo que está organizado, lo que está desordenado, ya no sé».

«Es el suplicio de la muerte —dijo también—. La muerte en cuentagotas. Infiltraciones…»

Estaba pálido, deshecho. Le tomé la mano. Le dije que pensara en D. y en Élisabeth. En sus amigos. La lamparita posada sobre la mesita de noche le iluminaba tenuemente. Me miró:

—Aferrarse a algo —dijo de forma entrecortada—, cuán vano

esfuerzo, sin manera de escapar de lo que mata. Ni siquiera dándole la espalda.

Apareció Élisabeth, que le traía una pastilla. Tratando de hacer que se sentase:

—Incorpórate. Pero respira un poco. ¡Respira! Intenta incorporarte.

No. Que por más que se esforzase era incapaz, no lo conseguiría.

No se tragó la pastilla. Se resignó a masticarla lentamente.

«Os aviso de que pronto no tendré ya el valor ni de tragar mi propia saliva» dijo, con los brazos tendidos a lo largo del cuerpo. Estaba sudando. «Todo me da miedo.» Mantenía los ojos cerrados, temblaba un poco.

No quise separarme de él tan rápidamente. Me dirigí a él, en vano. No estaba muy seguro de que no se hubiera dormido.

—Al protegernos de lo que tememos, no paramos de construirlo dentro de nosotros mismos. Mientras no cesamos de engrasar y afilar las armas, mientras reforzamos sin parar murallas y parapetos, sofísticas, trucos, drogas, vamos elevando la torre. Al perfeccionar todas las protecciones nos vamos haciendo cada vez más negligentes respecto a aquello de lo que con tanta diligencia nos protegemos. Hemos organizado una prisión que es el único motivo del miedo del que ella nos defiende. Y cuando no hay más remedio que afrontar aquello que tanto tememos, ya no somos capaces ni siquiera de reconocerlo, ni siquiera de percibirlo. Hasta el punto de que de vez en cuando nos sorprendemos defendiéndonos de aquellos a los que amamos.

En resumen, que le llené de viento, de consuelos falsos, de tonterías.

El 12 de enero. Él estaba mucho peor. Había sufrido dos crisis de tetania bastante largas e impresionantes. Ieurre estaba en rue du Bac. Le habían drogado al máximo. E.: ¡cuánto le había mimado!

—Está en un tris de perder la razón —dijo. Parecía muy fatigada. Pero estaba guapa. Llevaba un vestido de color avellana, largo y favorecedor, apretado bajo el pecho y con bastante vuelo a partir de la cintura.

—No —dijo Ieurre—. Y *extraviar* no es perder. No sabe ya dónde la ha metido, en qué rincón la embutió en el momento del desastre, pero aún sabe que la tiene en casa, y que sólo su propia exaltación la oculta a su vista…

Pero E. lloraba. Intenté presuntuosamente sumarme a los argumentos de Ieurre:

—Amará la angustia. Bendecirá el tedio. Se dejará sorprender, incluso por el pavor. Cualquier día, ya lo veréis, se caerá al suelo con

un ataque de alegría. Así como el miedo lo ha tumbado, también la alegría será capaz de derribarle.

—Renacerá, a despecho suyo —repitió Ieurre—. Aunque no quiera. Es como las flores en primavera. Sientan lo que sientan, lo repiten, y qué belleza.

Añadió, abrazándola: «Un día usted temblará de alegría».

Pasé a su cuarto. Parecía desvanecido, muerto. Nos marchamos.

Sábado, 13 de enero. Pasé por la rue du Bac hacia las siete de la tarde.

D. estaba acabando de cenar en la cocina. Estaba llorando porque no conseguía partir las nueces de manera que la cáscara pareciese entera. Traté de hacerlo yo, con paciencia, pero también con tesón, mientras él quitaba con mucho cuidado la piel que cubría el fruto y plantaba los pequeños trocitos desnudos que así obtenía sobre los cuartos de manzana que antes E. había pelado, y recortado. No lo conseguí. D. me reprochaba, era evidente, que hubiera aplastado las cáscaras aún más que él, una por una. Hasta el punto de que me negó el «buenas noches».

Quise verle. «Hable bajo —me dijo ella—. No encienda la luz.»

Me pareció que estaba peor. Entreabrió los ojos y lanzó, con un suspiro, que no tenía ninguna «observación que comunicarme». ¿Y qué importa si «esto» está más «averiado» que «aquello» cuando todo está *totalmente averiado*? ¿Qué podía destacar? ¿Que fuese «mencionable»? —Nada, decía con pequeños movimientos de la cabeza, nada. Y luego: «No volveré a hacer ninguna observación».

Domingo, 14. Almorcé con Quoeun. Pasamos por la rue du Bac hacia las cuatro. Por primera vez vi a Élisabeth con el moño desecho, suelta la larga cabellera negra. Tenía el rostro surcado de arrugas. Parecía muy cansada, dijo que ya no podía dormir con él.

Él aceptó que entrásemos. Apenas asomó la cabeza de las sábanas, también él despeinado y flaco; muy bajito, dirigiéndose un poco a Quoeun: «¿Estaba ya circulando la noticia de que la situación de la muerte en el mundo es más amenazadora que nunca? La vida había cesado, ¿verdad?».

Quoeun negó que se hubiera interrumpido.

—¿Cómo voy a creerle? Usted intenta no apenarme. Quiere protegerme, ¿verdad?

Llegó Ieurre, acompañado de Gladys. Esta sucesión de visitas no pareció colmar a E. de alegría. Entraron en el cuarto. Entonces A. experimentó una gran y súbita exaltación:

—El pecho del que mamé hace ya tanto tiempo se secó —Élisabeth

resopló nerviosamente— y ha vuelto al polvo. (Quoeun me miró, aterrado.) Los que me hicieron, y que decían que me querían, ahora ya no saben ni cómo me llamo: ¿saben ustedes que se han desvanecido en la muerte? ¡Igual que la nieve al sol! ¡Como un bloque de mantequilla en la sartén! ¡Todo lo que eran se ha disuelto en la nada! He sido abandonado —gritó entonces— y ¿dónde están? ¿Dónde están los copos de nieve, cuando el verano brilla? ¿Y dónde se esconden las avispas, las flores, las moscas, los melocotones, durante el invierno?

Parecía verdaderamente desamparado. Pero Quoeun y Gladys no lo parecían menos. Élisabeth nos sacó de su habitación.

La boca le temblaba como si fuese a llorar. Se quedó junto a él.

A Quoeun esto le pareció tan extraño… aunque también tan común. I. dijo que la desdicha tendía a provocar los tópicos. Quoeun citó el antiguo *cómo en efecto no*. ¿La condición había dejado de ser común? ¿La muerte bastante insistente? ¿El temor menos inmemorial? ¿De verdad todo carecía de sentido?

Pero Élisabeth, con el rostro sombrío, había vuelto. Él se había calmado. Dormía. Gladys aportó las tazas, y abrió un paquete de galletas dulces.

Luego Élisabeth sirvió el té.

Lunes, 15 de enero. Saliendo de la panadería. Ieurre se repetía. Que el término exacto era *atrabiliario*. Que tenía poca facilidad para morir. Que el *cenobita* se había convertido en *anacoreta*.

Ni siquiera me despedí de él.

Miércoles, 16 de enero.

Bauge me llamó: que me invitaba —con Gladys e Ieurre— para el viernes por la noche.

Vi a Marthe y a E. en el Mercado de Buci, haciendo la compra.

«Hablando con propiedad, no hay nada que no angustie —decía Marthe—. Esto es lo más terrible, lo que espanta, la duda que se presenta por todas partes. Miedo pánico retrospectivo y prospectivo respecto a todo. Cuando la angustia cede, se ve rápidamente, con sólo tocarlo, que nada de lo que nos angustiaba angustiaba. Nada, es decir, la nada incluso aquí.

»Las crisis de angustia: crisis de aniquilación. Entonces toda naturaleza se desnaturaliza, toda vida muere, todo pierde pie —cortes claros, violentas crisis de aniquilación.

»El malestar aparece —proseguía Marthe—, el miedo se desarrolla a medida que se lo espera. Una impaciencia casi demasiado paciente, insoportable, sumida en la incapacidad de reconocer lo que espera, su reconocimiento. Como un centinela que no ve nada, que no percibe

nada en la noche, pero alucina la presencia de lo que le abruma y —como es su vigilancia quien la suscita— es sensible a su progreso, aunque sea desconocido…

»¿Verdad que esa amenaza cedería si en vez de observarla —de preverla—, se procurase acogerla?»

Esta argumentación me dejó escéptico.

Miércoles, 17 de enero. Pasé por la rue du Bac. Karl y W. se habían puesto de acuerdo para acudir.

«Partir —les decía Wensleydale—, ir a Estados Unidos.

Respuesta heroica de A.: «No pienso abandonar el barco cuando se hunde. Mantendré la lengua dentro de la boca. Permaneceré tranquilo: con la espada en la mano».

Karl, dirigiéndose a Wensleydale: «Pero no le dé buenos consejos, ni propuestas directas, eso no es nunca juicioso. Y si no hay causa, ¿cómo asegurarse de los efectos? Hay que decir que son preferibles la ausencia de objetivo y cualquier desvío que cualquier meta y cualquier esperanza. El pintor Chany Ch'ao dice que primero hay que plantar un árbol, para que se eleve el canto de los pájaros. Y que mostrando flores se ven llegar las mariposas».

—¡Tchang-Zé tiene más razón que todas vuestras antologías japonesas —replicó Wensleydale—, y además plantaba los árboles con mucha más genialidad! Tenéis un gran árbol —decía— y su inutilidad os tortura, os quita el sueño. ¿Por qué no lo plantáis en el país de la Nada y del Infinito? Todo el mundo podrá pasearse a su gusto a su sombra, y acostarse a gusto.

»Creo que esto lo dijo en el campo, en el arrabal de la ciudad de Mong, concluyó W.

Jueves. E. me telefoneó.

Habría dicho que no podría soportar vivir durante años y años.

Viernes, 19 de enero. Gladys, Ieurre y yo fuimos a cenar a la rue Suger.

Yo no conocía el piso de Bauge; las estancias estaban mal iluminadas y eran minúsculas.

Después de cenar. En el saloncito —tapizado de volúmenes de los Padres de la Iglesia— Bauge nos dijo que no creía en la «enfermedad» de A.

«Es la pequeña pústula que le hace reproches al cáncer generalizado», dijo. Estaba a favor de la *manera fuerte*, prosiguió. Y el desprecio. Recordó una oscura escena —en Pompeyo Trogo, nos dijo— donde las madres y las mujeres de los soldados de Ciro, al ver que

iban paso a paso retrocediendo ante el ejército de Astiages, de repente van hasta ellos, se alzan los faldones y mostrándoles las ingles les preguntan si creen que huyendo podrán volver a sus vientres. «Y así les hicieron reanudar el combate», prosiguió. Los soldados conquistaron la victoria. Apresan a Astiages y se lo entregan a Ciro. En resumen, es *ut* donde es preciso *ne*», dijo.

Ieurre adoptó de inmediato un tono sentencioso:

«A. — Si esta lengua no hubiera caído en desuso, no estaría enfermo. El empleo del participio futuro en la interrogativa indirecta reclama el subjuntivo. Los romanos llamaban vagina a la funda del sable. Me acuerdo de un *sit moriturus* que lo curaba todo…».

Yo me estaba empezando a poner nervioso. Empezaba a detestarles.

Pasé el sábado por la rue du Bac. Estaba tumbado en la cama y me dijo que iba a morir. «Aunque no tuviera nada —me dijo desviando la mirada hacia mí—, sé que la muerte, el deseo de morir ha expulsado a la esperanza. Ausencia de gusto que me ha acaparado.

»El miedo encerrado en sí mismo enloquece —añadió—. Se lanza sobre cualquier cosa. Sacrifica al azar.»

—Quizá todo dependa del lenguaje que se usa…

—Porque… si yo no tradujese lo que siento… ¿acaso no lo sentiría?

—Por lo menos su percepción quizá diferiría. Mira lo que dice Ieurre. A veces sostiene que hablando con propiedad quizá podríamos sentirnos cubiertos de pies a cabeza como de nieve…

»… o de sebo.

Permanecimos callados largo rato.

—Es verdad que una especie de ley maligna salida de la experiencia —añadió— parece obligar al sacrificio: parece que no podemos acrecentar simultáneamente varios bienes a los que aspiramos al mismo tiempo, y eso aunque estén ligados los unos a los otros por estrechos vínculos de dependencia. Una especie de principio de exclusión afecta a los términos que son secundarios o simplemente están en una posición anterior o posterior en el orden de la serie.

—E igualmente —me atreví a decir—, seguro que fue así como se produjeron las víctimas…

—… ¡y las mujeres que amamos! Pero todo esto es puro Recroît —concedió.

Luego me pidió que pasase a verle con más frecuencia. Que fuese al día siguiente. También dijo:

«El suicidio es una aspiración al vacío. Es la conclusión del pensamiento. El cuerpo en el que se hunde la realidad. Lo que y

ningún signo respalda ni encaja. El “¡Nada de nada! ¡Naada de nada!” al que recurre quien se hunde y revienta —el que *se adapta*, ¿no es cierto?».

Domingo por la mañana.

I. tuvo la bondad de telefonearme que ahora la causa de su enfermedad estaba clarísima —aunque convino en el carácter totalmente problemático de la curación— porque ahora era del todo *expresable*: Lo que tenía era —me confió— *aversión a la muerte.*

Recroît pasó a recogerme hacia la una de la tarde. Caminamos un poco. Hablando de Ieurre: «Es un *Classique Vaubourdolle*»,[4] dijo.

Almorzamos juntos. Luego le dejé.

Hacia el final de la tarde pasé por la rue du Bac. Abracé a E. y a D. que estaban «haciendo lectura». Élisabeth alzó la cabeza y me dijo que T. E. Wensleydale había pasado a verle después de la comida.

«Nada. Luego el botón. Luego la flor que eclosiona. La que se abre. La que se expande. Los pétalos que caen, que se retuercen, se secan. Luego se desvanecen en el espacio…»

Y además:

«No hay nada en el mundo más grande que la extremidad del pelo que le crece a los animales en otoño. El monte de T’ai es pequeño. Nadie es más viejo que un niño muerto».

Élisabeth se divertía mucho contando esto.

Llamé a la puerta de su cuarto. Se había levantado. Por desgracia los sermones de T. E. Wensleydale no le habían reconfortado tan visiblemente.

«No temo morir», me dijo, en substancia. No temo el alba en que *no me despertaré*. Ieurre no está del todo equivocado. No es que me guste mucho tener que morir —la víspera interminable de mi muerte, la melancolía, la *serie* crepuscular… Muerte y morir están muy alejadas la una de la otra, como heterogéneos. Una mala sinonimia. ¡O, por recurrir a la vieja imagen, una correspondencia como la que se da entre el perro, constelación celeste, y el perro, animal ladrador!

Que no había parado, en todo aquel mes, de repetirse, de acumular majaderías como si las coleccionase.

Esta obsesión me pareció de repente muy asentada, indestructible:

«Una lasitud interna —dijo— y que no puede dormir nunca, y al final, si uno no estuviera tan cansado, se autodestruiría».

Y además: «El miedo y el silencio que me envuelven».

«¡Qué poco falta ya!», añadió.

—Pero, vamos a ver, ¿esa proximidad, esa estrechez en la proximidad en qué tiene que modificar lo que está contiguo a ella? —respondí con impaciencia.

Pero él no me escuchaba. Entonces se quejó de que no *lamería* las piernas de las mujeres. Deliraba. ¿No era posible domesticar la muerte? Dijo que toda su desgracia provenía del clasicismo. La resolución de Haydn. El miedo que le había tocado sentir antaño, con la primera bocanada de aire.

«Ya no me controlo —reconoció—. Corro detrás de cien bueyes que el miedo al fuego ha dispersado y enloquecido.»

«¿De verdad que se puede soportar este frío?»

«Todo está calcinado. Es el vacío —prosiguió, muy agitado—. No puedo poner una palabra detrás de otra. Mi boca no coincide con mi voz, mi voz no hace sonar exactamente lo que yo había querido expresar, y de todas formas lo que quería expresar no responde ni mucho menos a lo que siento.»

Luego, gritando como un niño y con los ojos húmedos:

—Ya no puedo soportar no morir. Temo morir. Quisiera morir. Morir de verdad. Liberarme.

Evocó abiertamente la hipótesis del suicidio.

«Cuando se está hecho de pedazos que no duran —dijo luego, lentamente, con dificultad— y cuando todo lo que se siente se siente sólo por esa falta de duración que nos lo hace perceptible, no es posible desear permanecer siempre, porque nos resulta difícil imaginarnos tan contrarios a nosotros mismos.» Yo respondí que no había un motivo sólido. Que uno siempre se mata por nada. Y, se mate o no, se morirá igual. Igual que se nace, y que se llora al salir a la luz del día. Que en ese caso no se podía hacer distinciones. No sabría darle ningún consejo de ninguna clase. La muerte era la muerte. El instrumento que la causaba, y las circunstancias que la rodeaban, no tenían mucha importancia.

Me quedé un rato. Porque no me atrevía a irme después de decir eso. Solté el nombre de D. Hablamos un poco de D. Luego me fui.

Lunes, 22 de enero. Telefoneé a E. Karl había llamado y había pasado. Había sido muy agradable. Había *japonizado* mucho. Le había dicho a A.:

«No conozco remedio a lo que pasa con el tiempo. Las jóvenes hacen revolotear sus mangas blancas».

Miércoles, 24. D. estaba jugando en su cuarto. Élisabeth aprovechó mi llegada para irse a la galería.

Acritud de A.

«La suerte hubiera sido morir siendo muy pequeño, cuando uno no sabe.» Repliqué que también había algunas *posibilidades* de que ese conocimiento fuera resultado precisamente del hecho de nacer. Y que

los niños muy pequeños sienten dolores que nosotros ya no podemos imaginar.

Que no sólo sentían la pena, la individuación, la separación, la sexualización, la ausencia, el sufrimiento como de primera mano, sino que descubrían estas cosas con un pavor que también era nuevo: les atravesaban de parte a parte y ellos no tenían manera de protegerse de ellas, porque ni siquiera las «reconocían». Entonces ellas se convertían verdaderamente en lo que no puede ser previsto, en lo que es completamente desconocido, es decir, en lo que es la raíz del mismo terror.

—Pero tú me traes respuestas —dijo en un tono fuera de quicio y con cierta mala fe—. Y no es que sienta necesidad de ninguna respuesta, sino que todas las preguntas posibles me parecen carentes de interés. ¡Fíjate en las cosas que te rodean, o mira lo que eres! Nada de eso necesita comentarios. Las cosas están ahí, yo también, yo veo todo eso con calma, todo eso no me plantea ninguna pregunta, no tengo el menor «problema». Y todo eso me provoca un profundo desinterés.

Silencio.

—¿En virtud de qué, te pregunto, hay perales, granizo que cae del cielo, y Occidentales?

Silencio.

—¿Una lágrima sobre una hoja que se pudre al sol o sobre Hiroshima en llamas? ¿El fin del mundo o un diente de leche que se desliza con cuidado bajo la almohada? ¿La muerte o la contemplación indefinida de los colores, tan diversos, de los libros en las estanterías? ¿Mostaza en la confitura o una sonrisa en el rostro de un niño o un punto canceroso en la cabeza o un reflejo del sol en el agua…? —recobró el aliento. Hubo un nuevo silencio.

—Pues sí, anoche D. perdió un diente de leche —añadió.

Le dije hasta luego. Al final estaba contento de verlo tan literario, y no particularmente inquieto por la ebriedad y la pobreza de la inventiva.

Antes de irme fui a ver a D. para que me enseñase qué le había traído el ratoncito Pérez.

Jueves. Pasé por la tarde. A. estaba hablando con incomodidad.

—Comparados con esos momentos en que al estar sumergido en la angustia tienes la impresión de que te estás ahogando, esos momentos pánicos e insensatos que suscitan tales crisis, con el violento y súbito deseo que uno tiene de morir cuanto antes, no me parece que en los instantes de alegría, y los días más felices, o las circunstancias más logradas de placer, el deseo de vivir alcance jamás tanta intensidad.

«El miedo le separa a uno de todo. Incluso de los niños. De ello resulta la impresión insistente de cometer una falta. Por desgracia lo que te retrae de todo no te desvincula de ti, del amor de uno mismo en el que en buena parte consiste el pavor —que, claro está, sólo intenta proteger de aquello de lo que aísla, pero que al hacerlo quita el medio.

»He sudado miedo. Y he descubierto que es peor que la vejez, la enfermedad, la soledad, la última de las soledades. Pues bien, te puedo jurar que cuando nos acercamos tanto a esas raíces nuestras, no descubrimos ninguna clase de identidad.

»Es necesario —prosiguió con energía, como si estuviera intentando convencerme de lo imposible— que todo lo que es deseable perezca, en parte porque la belleza está hecha de destrucción, y por otra parte porque el deseo descansa, todo él, en la coerción de la muerte en el tiempo. Así que me exalto de una manera que la más pequeña libélula o la más pequeña lágrima de lluvia comparten, y comparten rápido, y comparten silenciosamente.» También me dijo que la vida era demasiado larga.

Yo señalé, pobremente, que otros la consideran demasiado corta. «¡Pero qué duro es estar solo! —dijo con un aire más sombrío y enigmático—. ¿Del perfume de qué dama está lleno mi cuarto? Como los niños que en plena noche se deslizan bajo la sábana y se pegan a ti, porque de repente pretenden que en su cama hacía demasiado frío.»

Insistí en que viese a Recroît: Otto le necesitaba. Que rompiera aquel ridículo silencio. Que volviese a trabajar un poco. Quizá una tarde o dos por semana. Me dijo que estar callado no significa estar enfermo. Que tenía *todo el derecho* a callarse. Que a un músico le iba muy bien así. Yo le dije que nos había acostumbrado a oírle hablar mucho y que ahora su silencio se convertía, por así decirlo, en un sonido capaz de desesperar a sus amigos. Replicó que su hijo era más generoso. Había aceptado su silencio sin preguntarle los motivos del mismo. Que en cuanto el niño volvía de casa jugaban a los caballitos. O le hacía repasar las escalas. Que parecía divertido, y que no le hacía preguntas.

Se calló más largamente.

«¿El dolor es necesario?», preguntó penosamente. Me reí. Respondí que no hay nada que me parezca muy necesario.

—Entonces es una paradoja —replicó— difícil de interpretar. Porque está claro que si al dolor no se lo considera necesario, y si no es indispensable para la felicidad o para algún tipo de mejora de la salud, si no puede ser «dominado», «utilizado», no puede soportarse durante mucho tiempo. Que se vuelva «útil» para algo diferente del sufrimiento que inflige. El abandono absoluto, los suplicios gratuitos, el dolor sin nadie que lo considere ni le ponga remedio, ni quien algún

día lo justifique, la angustia que no arregla nada, sin «equilibrio de vida» que reequilibre necesariamente, si ninguna salud viene a remediar de una u otra forma la infinidad eterna del sufrimiento en el instante en que se sufre… ¡son pensamientos insoportables!

¿Por qué —respondí— el pensamiento tendría que servir como conforte, apoyo o socorro? ¿Por qué debería *reparar* y no *desbaratar*? Y si nada era necesario, nada —en lo relativo a las criaturas limitadas por la muerte— podía ser tampoco infinito. No podía tener una duración infinita.

Me callé. Luego respondí que el mal era también un increíble juicio, y que igual que la ausencia de beneficios conduce a la ausencia de desastres, igualmente, aunque no haya utilidad en lo que se experimenta, su inutilidad no quiere decir nada, y por lo menos supondría que el tiempo no corre, que al hilo de los días de las series, no se constituyen las agregaciones de individuos. Ahí —si no había ninguna causa para el dolor de los hombres vivos, al igual que motivo en que se base su alegría— no había ninguna inmolación, por intensa que fuese, capaz de reparar el desorden, ninguna experiencia susceptible de suponer equilibrio, e igualmente la tarea a la que él se entregaba con tal obstinación desde hacía algunos meses era particularmente vana. ¿Acaso no consistía sencillamente en intentar —mediante el sufrimiento y sacrificándose desde los pies a la cabeza—, contener el miedo, y en pretender restaurar su propia vida matándose?

Viernes.

«¡Vaya! —dijo Ieurre al verme en la rue de Buci—, aquí tenemos a Monsieur de Marandé[5] adquiriendo un manojo de rábanos. ¡No sólo es un soltero incorregible, sino además un asceta de las verduras!»

Cogí mi par de puerros, mis zanahorias de Créances, el manojo de rábanos, y me largué corriendo.

Sábado, 27. Después de su partida de ajedrez, Ieurre y R. pasaron a recogerme para ir a casa de A. Éste estuvo repitiéndose más que nunca.

Élisabeth sirvió el té y trajo un pastel que aún estaba tibio. A. no quiso ni probarlo.

«El mundo ha dejado de hablar conmigo —dijo—. Todo esto ya no me *dice* nada…»

—Nada tiene eso de extraño —dijo R.—. Vamos a ver, ¿cuándo ha abandonado su silencio «todo esto»? ¿El sinsentido, la sin-razón, la mudez de todo cuanto es? Muy al contrario, ya hace mucho tiempo que se dice que la palabra sostiene unas relaciones excelentes con lo que no es. Y con las mentiras y los signos…

Él volvió la mirada hacia R.

—No hay salida, ¿verdad? —le dijo.

—Es lo único que hay —le respondió Recroît—. Agua por todas partes, una choza que está abierta a los cuatro vientos, y la condena a la salida.

—Entonces, no se puede uno apoyar en nada…

—Es falso. Es el más seguro de los soportes. No falla ni aunque el socorro así ofrecido sea, sin duda alguna, menos que improbable. ¿Cómo te va a abandonar nunca lo que es totalmente precario?

—El cielo está vacío, no tenemos un modelo, y carecemos de cualquier referencia. La naturaleza es un mito a la vez urbano y social que más o menos todas las culturas inventan, aunque según un patrón absolutamente diverso, y ellas mismas son de una diversidad intotalizable, y son quiméricas. También ellas son precarias. Y tanto más incomprensibles cuanto que son precarias. Ni siquiera las ciencias, que son caudalosas fuentes de poder, dan la medida de ninguna verdad.

—Cinco puertas *abiertas* te ponen lírico.

—Ni puntos de referencia ni puertos de refugio[6] —dijo I., en un tono amanerado.

—El puerto es esta herida —dijo R.— que usted volvería a abrir, y separaría los labios, despegando esas pellas de sangre manchadas de tiempo, de recuerdos, de cultura, y que removería un poco.

—Curioso proyecto para un Jardín del Edén.

Entonces R. prodigó los tópicos, e Ieurre se prestó, sin duda con demasiado entusiasmo, a jugar a eso.

«Que todo era netamente precario, y no provisionalmente precario.»

—Matar para no morir.

—Te convendría una buena venganza.

—Escuchad esto, que os emocionará —dijo Ieurre tomando otra porción del pastel.

—Te falta un chivo expiatorio.

—Supongamos que así sea —dijo Ieurre.

—Matar, para que no te maten. Todos contra uno, para estar juntos.

—Es magnífico —dijo Ieurre—. ¡Las opiniones de Recroît son como comida cocinada con mantequilla, un verdadero banquete dominical!

—Qué egoístas e inconscientes somos mientras reímos —dijo A.

—Mientras lloramos, qué narcisistas somos, o bien moralistas risibles —respondió R.—. Que nadie se invente unos fines que habría que perseguir. Que no quiera fundamentar sus preferencias. Solo, no venera a ningún ídolo, ni tampoco es exactamente el autor de los actos

que pretende cometer. Igual que tampoco es del todo el sujeto de los mismos.

A Ieurre esto le pareció obscuro, y que se salía del tema. R. replicó que si fuese claro, sería aún más impenetrable, inexplicable. Lo más lamentable no era tanto la carencia de sentido cuanto la abundancia de explicaciones. No es que hubiera una explicación delirante, sino que cualquier interpretación era delirio. Así las lenguas, cuya debilidad no procede de ellas mismas, sino que nace de su número, de la imposible suma de todas para *hacer un mundo*. No había un *todo* para reunir esos *todos*. Determinado número de lenguas que usan un alfabeto idéntico, según el orden de las letras entre ellas, la gramática que se use, el diccionario al que se recurra, se leen libros que son extranjeros.

—No es lo mismo una *reinette* que una *rainette* —añadió Ieurre—, ni un *arbre árbol* que un *mare,*[7] por verdes que puedan ser, de parecido moteado, y que una caiga cuando la otra se zambulle.

R. —sin duda irritándose por esos pesados e insistentes sarcasmos de Ieurre— se interrumpió; dedicó media hora a calcular las posibles consecuencias de la «carta a Otto» —que A. decía haber por fin escrito, y las reacciones que provocaría.

A. —bajo el efecto de las drogas— se estaba adormeciendo. Le dejamos. Besamos a Élisabeth y al niño. R. y yo acordamos que pasaríamos juntos la velada del lunes.

Domingo, 28. Invité a Thomas por su onomástica. Seguía sin encontrar empleo. Pero tenía una especie de lejana esperanza.

Th. me dijo que lo había visto en casa de Marthe, a mediodía. Que no había cosa que le conmoviese más que el rostro de un hombre que sufre y que lo oculta. Y que trata desesperadamente de distraerte de la impresión que causa. Que la vista de alguien que reprime un sollozo parte el corazón —se ven unos labios, o un mentón que tiembla, y queda uno turbado—, cuando, en cambio, la visión de sus lágrimas suscitaría el disgusto, y la reprobación, o una cólera que cualquier nimiedad podría exasperar. Me dijo que le había parecido que A. estaba más guapo que nunca. Había pocas posibilidades, le parecía, de que volviese a salir.

Lunes, 29 de enero. R. pasó a recogerme. Cenamos en la *rive droite.*

Recroît me dijo que el domingo le llamó Otto v. B. Que A. le había escrito a Otto que renunciaba al proyecto que habían elaborado juntos, que todo lo que había hecho hasta ahora era igual a cero, que todo lo que pudiera decir o componer ya no podría interesarle —que se habían pasado años enteros trabajando *para nada.*

Nada más recibir la carta de A., Otto se había precipitado a la rue du Bac, presa de una viva exaltación, se negó a fijarse en el semblante siniestro que él le presentaba, y le asestó, de un tirón y con un caudal germánico y tumultuoso, un sermón extraordinario.

Le gritó que los argumentos que le exponía en su carta no tenían sentido, que era con alegría como teníamos que ser conscientes de que desde la noche de los tiempos unos animales poco velludos y de apariencia seguramente desvalida y grotesca habían, en efecto, atesorado guijarros y pedazos de cuerda con el objetivo inverosímil de engañar al miedo y superar el aburrimiento. Y que no lo habían conseguido; y seguían claudicando, con el culo desesperadamente en alto, la voz infatuada y el sexo colgando. Que siempre se había trabajado en nada y para nada. Incluso, y aquí se puso a gritar, de esta idea teníamos que sacar un cierto conforte. Que si alguna vez habíamos encontrado a quién dirigirnos, y qué hacer, que si lo que nosotros expresábamos había logrado responder con exactitud a lo que sentíamos, si había podido comunicarse con exactitud al que nos escuchaba o nos leía, que si alguna utilidad habían tenido nuestros actos, alguna redención en el término de nuestras vidas, el sentido que fuera en los pensamientos que formulábamos —e incluso la conciencia que fuese al final del pensamiento—, entonces sí que se podría hablar de impostura. Si los libros, las partituras, habían sido útiles, serían objetos de escarnio. Ya sólo tendríamos que transformar nuestros deseos en necesidades, y satisfacerlas. Ya no tendríamos que morir, que hablar, que escribir, y quizá que amar. Las palabras de separación, de angustia, de individuación, de abandono —la sexuación, tan visible, sin embargo, en el espacio de nuestros cuerpos—, todas las ausencias serían *ipso facto* nociones irreales y completamente incomprensibles. «No —exclamó—, ¡es para que esa *nada* persista, para que estas operaciones de destrucción, de intensificación, de sacrificio se multipliquen y se abran por fin al movimiento que las lleva a aquellos que les dan curso, y a lo que se entregan desde que existen! ¿Quién preservaría la utilidad de la inutilidad? ¿La simetría del nacimiento? ¿Y el regreso a nada?» — Sólo trabajar «para nada» preservaba ese poder, protegía aquella fuerza débil, manifestaba el verdaderamente torpe desafío, incluso calificaba la autodestrucción —tan calurosa, ¿no es verdad? tan calurosa— a la que sus vidas, como todas las vidas, un día se sometieron.

Martes, 30. Quoeun vino a mi casa para consultar libros viejos. A primera hora de la tarde llegamos a la rue du Bac. A. se había levantado y vestido. Salimos los tres a las Tullerías. Por primera vez desde otoño.

«Las palabras no quieren decir nada», dijo.

—No exagere —dijo Quoeun—. No quieren decir gran cosa, pero la dicen.

—Tome por ejemplo la palabra *majestad*. Le desafío a que le encuentre un sentido. Un ejemplo que la ilumine.

Q. se puso a reflexionar. Pero A. se le adelantó y reconoció que aquella palabra había tenido sentido para él durante las vacaciones de invierno que pasó, siendo niño, en Escocia, ante el mar, una tarde de tempestad, en la oscuridad, con un viento furioso. «Cada vez tengo menos coraje» añadió sin motivo.

Se sentó en un banco de piedra mojado, junto a una oscura estatua que representaba a una mujer angustiada corroída y voluptuosa.

«Me arrastro —dijo—. Todo el rato tengo que sentarme.»

Quoeun se esforzó en explicarle, riéndose, que aquellas emociones, aquellas secuencias de éxtasis durante los paseos por el campo o por los jardines, se debían a las *hierbas de locura*, cuyo solo roce era capaz de perder al viajero, o bien de volverle loco. Pero A. temblaba, sudaba. Hubo que irse. Quoeun nos dejó.

Acompañé a A. hasta la rue du Bac. Empezó a nevar. Le incité a apresurarnos. A. preguntó por qué no podía, como la nieve, caer con una placidez tan indiferente, con tal silencio, con aquella potencia material, blanca, que lo cubre todo. ¿Por qué no podía él caer como ella, es decir, sin desesperación, sin esperanza? — Luego sufrió un ataque de angustia. Con una prisa ridícula, casi quería correr para llegar antes.

De vuelta en su casa: «Sólo hallo reposo junto a D., ante quien me esfuerzo en poner buena cara y porque tengo que tener cuidado para dejarle ganar al juego de las siete familias».

Silencio.

«Pero en cuanto el juego termina, y D. está bañándose o a la mesa, el vacío es aún más vertiginoso, la angustia asfixiante.»

Miércoles, 31 de enero.

Me llamó Marthe: Paul preparaba, según dijo, un *parfait amour*. Por la tarde no fui a ver a A. No hice nada.

Pensé en la cabeza canosa de Ieurre. En los cabellos blancos de Wensleydale.

Por la noche me llamó E. A. se había quejado de que yo no le visitaba. Había puesto mala cara durante todo el día, con aspecto de estar agotado, con un aire descorazonado, una seca risa breve. Los nervios de punta.

Decía que sentía opresión hasta el sofoco. Que nada le distraía del miedo. Por vano que este nos pareciese.

Que no había cenado. Que —cuando se sentaron a la mesa— le

dijo que no tenía fuerzas para mover los dedos.

CAPÍTULO III

Viernes 2 de febrero. Ieurre vino a verme, un poco azorado. Había roto con Florence.

«Me exageré el encanto que ejercía un rostro», dijo. Siguieron unos insultos. Pobres calumnias.

La lengua había acaparado a I. Un buen día. De repente. Según la extraña frase de R.: «Un saco de trigo en un rincón del hangar esperando el alza de la cotización». La lengua era la sombra inmensa de un padre que se abalanzaba sobre él, con la que tenía que conciliarse todo el rato, para *aguantar*.

De hecho, era pobre. Una petición de limosna. Aquella vasta y alta sombra detentaba poderes tan absolutos que ni siquiera era posible ganarse su afecto o jugar en sus rodillas. Tal parecía ser su estratagema, su pelota de cuerdas para que él aguantase de pie, y el pavor no le derribase. El cuerpo, palpitante. Era la prueba de que el uso más riguroso y más refinado de una lengua era patético, miserable.

Domingo, 4. Llamé a V, le deseé un feliz día de fiesta.

Gladys estaba encamada. I. pasó. R. me llamó. Acordamos encontrarnos en la rue du Bac.

Hacia las dieciséis horas. A. dijo que había soñado que ya no quería seguir viviendo, pero que sin embargo, en su sueño, él esperaba la primavera y que se iba a escuchar por última vez el *gueilleusement* de los pájaros. Ieurre sostuvo que eso no era francés. Terminó su frase de una forma particularmente ridícula: «Reconocedlo», dijo dos veces después de habernos reprendido y sermoneado, «reconocedlo». Pero A. demostró que esa forma estaba documentada en la región del Dauphiné. Y era más expresiva que todos los trinos y gorjeos de su gramática.

«Da igual —añadió—, ¡perdón! Estoy ebrio de mí mismo. Vicio del egoísmo al que cede la desdicha.»

—*Egoísta* no se registró hasta 1762 —dijo Ieurre— al mismo tiempo que *patriotismo*. Dos horrores.

—Vale ya —dijo R.

—Pero ¿qué bicho os ha picado? —preguntó Ieurre, con aire ofendido.

R. se dirigió a A.:

«No diga esta clase de cosas. No intente distanciarse de lo que le sucede. Piense que…».

—¡Pero es que ya no tengo ni las ganas! Sólo el deseo de una respuesta podría provocar una pregunta. Los cuestionadores, los moralistas, los Recroît… Toda interrogación implica fe, el sentimiento de una carencia, la sensación de una necesidad. ¡Yo no tengo esa fe! Incluso fingirla me parece imposible. ¡Y además, el que determina el objetivo, no tiene objetivo! Supongo que los que se inventaron a los dioses sufrían insoportablemente por su propia incredulidad, y entonces no tenían ningún medio de engañar al desamparo…

—¿Y usted qué sabe?

—Nada de lo que experimentamos puede interpretarse. ¿Por qué querer morir?

—Para ya.

—Y así como no comprendo que se pueda preferir la vida a la muerte, ¿cómo se puede *preferir* la muerte a la vida?… La existencia de un libro, una montaña, una época, la arena, un juego de cincuenta y dos naipes, un terremoto, un hombre, son cosas arbitrarias.

No respondimos nada. Ieurre se encogió de hombros.

Recroît siguió sermoneando:

«La generalización de un cáncer, una flor que florece, una mujer encinta, una epidemia de cólera, la muerte del niño al que se quiere, son fenómenos naturales.»

—Basta —dijo por fin E.

—Recroît adora la parataxis.

Pero E. dijo que eso no era precisamente prueba de tener muy buen gusto.

Lunes, 5 de febrero. Fui con Ieurre a casa de R.

I. me dijo que había abandonado a Florence —aunque Bauge me había dejado entender que fue Florence quien le dejó a él— porque ella decía «a nivel de» y, peor aún, «en base a».

Según él, le dijo que a él le gustaba que se hable bien la propia lengua —y no *hay de que* hablarla de forma incorrecta—. Que cuando la conoció no se imaginaba que cometiese faltas tan reiteradas y continuas en cuanto abría la boca. Y *de manera de que* se empeñaba en multiplicarlas y se jactase de ello. Que no pensaba consentir, por mucho que ella lo quisiera, que le volviera a ver. Y no *había de que* verse y seguir amándose como si no hubiera pasado nada.

También me confió que ella le quería mucho, pero con la mente.

Ella le amaba, me dijo, *en base a* lo que ella creía. Vamos, que era una *taradita*. Desde luego no negaba que como mujer estaba muy *potente*, pero que yo no me podía imaginar lo muy *chambona* que era en el amor.

En fin, estaba intentando vengarse. Le corté.

Pasé por la rue du Bac hacia las siete. E. me acogió diciéndome que A. estaba en casa de Marthe. D. se disponía a ir a la montaña con los padres de E., el miércoles por la noche. Estaba muy excitado. Me enseñó sus botas, su ropa de abrigo, sus gorros; quiso ponérselos delante de mí. Eran grandes motivos de alegría.

Karl había visitado a A. a primera hora de la tarde. Le había predicado una resignación muy budista. Élisabeth contaba esto muy bien. Además, riéndose:

«Las ocho adversidades son el nacimiento, las cien enfermedades, los avances del envejecimiento, la muerte, la separación de aquellos a los que amamos, la proximidad de aquellos a los que no soportamos, los deseos que no podemos satisfacer, el sometimiento a lo que tiene una forma, es decir, la sujeción a la sensación, es decir, el dominio de lo que es percibido, es decir, la atroz tiranía que ejerce cuanto impulsa a la acción y a tomar conciencia.

Tal sería la cura propuesta por Karl. Pero A. no parecía haber encontrado el tao. Aunque el diluvio de «citas japonesas» había tenido un efecto benéfico: A. había consentido en afeitarse y vestirse. Y se había ido a la rue des Bernardins.

Martes, 6 de febrero. Gladys no mejoraba. Ieurre me dijo que el parto sería hacia finales de mayo. Habló de Florence. Calumnió todo lo que pudo. Ieurre pretendió —usando una expresión bastante chocante para un purista— que Florence coleccionaba sexos de hombres. Según él, habría calculado al milímetro los diversos *calibres*. Se ve que hizo tablas de una clasificación ingeniosa, de las que deducía niveles específicos de placer. Hablaba de ello ampliamente y con conocimiento. Amplitud y conocimiento que te quitaban la potencia. En este sentido es verdad que robaba los sexos a los que había tomado la medida.

Él rumiaba su pena insultándola.

Dijo que siempre la había asaltado por detrás.

Ieurre continuó diciendo que de repente, tomándolo por sorpresa, ella había adoptado el aire retraído y hostil de las adolescentes. Estaba convencido de que ella era risible; despeinada, nariz de repente protuberante, medias caídas. «Cuando presentaba este aspecto las ganas que yo sentía de dejarla aumentaban su torpeza. Sus celos, sus cuestionamientos se exasperaban. Su voz adoptaba inflexiones

enfermizas, pretenciosas, y cuanto más intentaba reprimirlas, más las multiplicaba. Y cuando hacía todo lo posible para conservarme a su lado, para retenerme durante parte de la noche, la menor caricia, el halago más tierno, me daban ganas de humillarla *de verdad*. De escaparme.»

Miércoles, 7. Me llamó Élisabeth. Me contó el último *invento* del pequeño D. Durante la tarde, A. se había quedado en su dormitorio. Ella había dejado a D. jugar en su cuarto diciéndole que salía un momento a comprar algo para la cena. Al volver, no lo encontró; despertó a A., que no era consciente de nada y se puso a buscar, delirando. Al cabo de quince minutos seguían sin encontrarlo. E. buscó varias veces en la salita, llorando, llamándole por su nombre hasta desgañitarse.

Finalmente, salió, encantado, del armario de la salita. Y con una expresión en el rostro tan radiante, tan contento de sí mismo, que ella le dio una paliza. Estaba claro, me dijo Élisabeth, que había fingido no oírles y les había dejado remover cielo e infierno como si los tres estuviesen sencillamente jugando al escondite.

Hacia las siete, pasé por la rue du Bac para darle un abrazo a D. antes de que se vaya. Mientras esperábamos a que la cena estuviera lista estuve jugando con él y —como si el juego se prestase a ello— le dije de repente:

«Este está escondido detrás de la casa. ¿Será que no quiere que le encuentren?

—Me encantó —me respondió D, orgullosamente (y es curioso: como si él supiera que yo estaba al tanto)— que no me encontrase enseguida. Yo estaba muerto, y estaba muy contento de que me buscase, de que llorase, y de que me quiera.

Se sentó a la mesa. Me despedí de él. Le deseé buena nieve, muchas estrellas.

Jueves, 8 de febrero. Me llamó Ieurre. Florence difundía sobre él verdades muy amenas, nombres dignos de todos los nombres. «Da igual, yo divulgaré su doblez», me dijo. Que más que una chica era un lobo.

Que era un *solomillo*.[8]

No conseguí calmarle.

Domingo, 11 de febrero. Pasé por la rue du Bac hacia las cinco. Él se había levantado. Ieurre estaba trabajando con Élisabeth, en el salón.

—No consigo renunciar al pequeño yo —dijo A.—. Renunciar a la

idea de la felicidad. A aceptarlo todo, incluso la eficiencia de la muerte personal como un don, alegría, suerte.

—No hay cosa peor que la idea del renunciamiento —dijo E.

—De la *renuncia* —le corrigió Ieurre.

A. se levantó y me llevó a su cuarto. Dijo que cuando acercaba las manos al teclado le temblaban, o se ponían rígidas, como torpes, como si tuvieran reumatismos.

También dijo: «Llegar a tal extremo de despojamiento que quizá sería la única clase de hospitalidad a la realidad. El único asentimiento a toda esa ininteligibilidad dispersa ante nosotros y dentro de nosotros. Y una variante sencilla de amor a la muerte. Una especie de abandono a esto sin salvaguarda, simplificándonos hasta esposarnos a nosotros mismos, hasta cambiarnos por la nada, al final.

Yo me callé. Quizá parecí un poco perplejo:

—Estoy tan fatigado —dijo—. El pensamiento no es capaz de llegar a la región de un cansancio así. Un cansancio así, que no tiene ni siquiera la fuerza de percibirse, tampoco tiene la fuerza de pensar.

Luego dijo:

—Ya no puedo más. No puedo enfrentarme a todo. Tengo frente a mí a la vez al jabalí de Erimanto, el león de Nemea y a los pájaros del lago Estínfalo. Engañar al tedio. Fatigar al miedo. Matar el tiempo. ¿Acaso son posibles tareas semejantes? ¿Son posibles?

—Es posible. Son posibles.

Le tranquilicé. Luego, en el silencio que volvió a hacerse, pensé que no estaba yo tan seguro de que fuera *del todo* posible. Era *casi* posible. La muerte habría sido ese *casi*, esa falta de cosa con la que la verdad es que no tenemos buen aspecto, no tenemos *ningún aspecto*, y de la consideración de lo cual no hay quien pueda desviar la mirada.

Pero subrayé las imágenes solares, los restos de mitología. Disfruté del gusto de hacer frases. De dar belleza.

Lunes, 12 de febrero. Cena en casa de R.

Marthe contó que su hijo está perdidamente enamorado de una joven encantadora —N.— que vivía en una calle del XVI[e] *arrondissement* que tiene un nombre muy romántico: la calle Chalgrin.[9] ¡El nombre de aquella calle le cuadraría tanto a A.! Ella se volvió hacia mí y me pidió noticias del pequeño D. Respondí que se ha ido a la Savoya.

—Que se ha ido *a* Savoya —corrigió Ieurre—. Y que está allí.

Durante la cena hablamos de música. Enseguida la conversación volvió a centrarse en A. Larga teoría de Ieurre:

—De vez en cuando hay que generar odio, y proporcionarle algo que lo alimente. El odio agudiza el pensamiento y dilata los pulmones.

También hay que preservar el orgullo y el desprecio, el uno para compensar la humildad, el otro para renovar el sacrificio. También la maldad proporciona satisfacciones y anima la conversación, cuando esta languidece, y divierte a los amigos al tiempo que refuerza la solidaridad general. La bondad es perversa, ensucia el alma con valores, la alimenta el deseo de conquista y está llena de cautela y de engaño, porque está llena de motivos y deseos. El amor es ebrio, ingenuo, descortés, y cruel —etcétera.

Esto duró un cuarto de hora largo. Pregunté el motivo de semejante elogio de la violencia. Es decir, ¿por qué tanta moral?

—Hay pocas grandes virtudes —dijo R.—. La cortesía, en efecto. Y luego, el odio comprimido. La pasión sin convicción.

—¡Llama usted virtudes a sentimientos que son una obligación de la hospitalidad! ¡Mundano! ¡Soltero!

Marthe estaba hablando conmigo. Ieurre se dirigió hacia mí gritando:

—¡Le estoy hablando a usted!

Me quedé atónito. Ya no comprendía qué estaba pasando.

—Es eso, más o menos —dijo R., aumentando mi confusión—, es preciso que la acogida que le damos a lo que nos es más desconocido no lo transforme. En este sentido, la verdadera hospitalidad consistiría en la incapacidad para acoger.

—Entonces, los vicios serían la persuasión, la sinceridad, las exigencias del afecto…

—Sí.

—No. O si no, sólo uno: la idea de comprensión, que es de una presunción insoportable, y de un despectivo, de un desdén… —dijo R.

—Somos todos unos charlatanes —dijo Marthe.

—Altavoces —dijo lentamente Ieurre, alborotándose el cabello muy satisfecho.

El 13. Élisabeth me llamó. Tenía noticias de D. Dos postales recibidas el mismo día. Que había habido una segunda nevada. Que había hecho un castillo de nieve pero el tiempo se había estropeado antes de acabarlo —había escrito su madre.

D. había gritado contra la lluvia, que destruía la construcción de nieve.

Pedí noticias de A. Élisabeth dijo que seguía teniendo la cabeza «dislocada».

Miércoles, 14. Fui a ver al pequeño D. Subí la vieja escalera húmeda. Llamé. Élisabeth me abrió, me dijo que A. no estaba bien. Fui al salón a darle un beso al pequeño D.: tenía un color maravilloso y

jugaba a atar con unas cuerdas los sillones con la mesa, el velador, el piano, el pupitre, las sillas, unos con otros. Pasé al cuarto de A. Estaba tumbado en la cama, al verme se arrodilló sobre la manta, tendiéndome la mano, con las facciones descompuestas por el miedo. «Ojalá no hubieras venido —me dijo—, no voy a poder hablar.» Se lamentó ritualmente: la febrilidad incoercible, la angustia en la garganta, el vientre contraído de miedo, las cejas alborotadas, la virulencia de los cólicos, temblores de los miembros, el corazón desbocado, nuca que ardía, vértigos, insomnio, la certeza de que toda suerte posible ya había pasado, que todo había terminado, en fin, no sentía el gusto de nada… «Es algo nervioso, es nervioso —repetía—, pero duele.» Me senté en la cama, me puse a bromear, a costa de Ieurre. Él me interrumpió bruscamente, con una mirada abyecta, húmeda, que intentaba dar pena:

—Tengo miedo —dijo.

—Has tomado medicinas.

—Sí.

—¿Y no te hacen nada?

—No.

—¿De qué tienes miedo?

—De nada. De nada. Ya no puedo más. Tengo miedo. Tengo miedo. Tengo unas ganas locas de morir. No podré salir adelante…

—Por favor. Estás *frito*, ¿verdad? Estás *fastidiado*, ¿verdad? Estás *jodido*, ¿verdad? Estás *acabado*, ¿verdad?

—Sí.

Pero no sonreía. Luego, poco después:

—¿No sabrás de alguna manera de hacer pasar…?

—¿El miedo? ¿El tiempo?

—Sí.

—Las bromas, A. La antigua tradición de las bromas.

Le dejé hacia las siete. El pequeño D. me esperaba en la entrada cubierto de imperdibles que llevaban múltiples medallas, condecoraciones, pedazos de papel coloreados. Orgulloso como un pavo real, o Artaban a los pies de Cleopatra. Pavoneándose como un académico o un policía motorizado. Gran fatuo petulante, etcétera.

Jueves, 15 de febrero. Al volver a casa me encontré con Ieurre.

Ieurre, de Florence: «Se está pudriendo sobre su propia basura».

Ella «se refregaba con su escoba». Que era de esas mujeres que se dice que han sido honradas cuando su marido las toma.

El viernes me llamó T. E. Wensleydale. Le habían afinado el piano.

Nos esperaba el lunes.

Nos había avisado a todos.

Sábado, 17 de febrero. Pasé a ver a A. Una vez más, prefería no ir a casa de Wensleydale. A. Me dijo: «Me estoy hundiendo». Con cierta mala fe expuse la conclusión de que estaba mejor. Que se esforzaba en el uso de la lengua. Sí, le necesitábamos. Le necesitábamos para los cuartetos, para tocar los tríos poslondinenses, para dominar los pasajes difíciles. Dirigirnos. Élisabeth me apoyó, regañó.

Él dijo que iría.

Luego siguió charlando largamente, complacidamente.

«Esto flota vigorosamente», dijo. Que tocaba con la punta del dedo el azar fundamental, que no funda nada, que no se puede prever y del que ni siquiera puede decirse que no cesa.

«Hay un gran vacío en el lugar de todas las cosas. Se puede prescindir de todo. Fatiga irremediable, dominada por la idea de la muerte, que desea la muerte, el estado de los muertos. Estar muerto.»

»¿Qué puede ser de ayuda?

»¿Qué cataplasma? ¿Qué ungüento?

»¿Qué cenizas?

»Lo que nos destruía no era nada. A la vez, era la sin-razón y era la nada.

»Busco un hueso que roer.»

Washington's Birthday.

Pasé, con Marthe, por la rue du Bac. A. estaba listo, y relativamente bien. Élisabeth no sabía cómo vestirse, dudaba entre dos vestidos. Se nos apareció con un vestido azul que la hacía parecer muy seria. No le gustaría, dijo, parecer *una joven soltera*. Tuve que jurar muy seriamente que el azul oscuro le sentaba muy bien, y que no parecería una chavalita.

Fuimos de los primeros en llegar a casa Wensleydale. Estaba Quoeun. Thomas y Recroît llegaron juntos. Karl llegó con Ieurre y Gladys. Nos sentamos, precipitadamente, a la mesa.

Marthe dijo que Paul estaba mejor que nunca. Se explayó contando lo mucho que le exaltaba el amor. A Ieurre esto le indignó. Sostuvo que hay que desconfiar del amor, de la felicidad y de todas las palabras que presentan una excesiva *elasticidad*. Recroît se adhirió a esta tesis. Que una palabra que sugiera un sentido absoluto, es un falso faro para náufragos. Y describió aquellas fogatas que se encendían en las costas a la altura de los arrecifes, las noches de tempestad, para desorientar a los marineros porque parecían faros.

—Pero ¿por qué clasificar el amor bajo la rúbrica de los

naufragios? —preguntó Élisabeth—. ¿Y por qué considerarlo sistemáticamente como uno de los apetitos terroríficos y las vergüenzas intensas?

—¡No soy yo el que hace la antigüedad de estas imágenes —replicó Ieurre—, y a mi cabello blanco no se le podrá imputar esa «tempestad terrible»! Pero, para ser francos, no me parecen tan disparatadas para definir la inquietud, la tormenta, y la angustia que caracterizan el amor.

—No —replicó E.—. El amor no es angustia ni odio, ni miedo ni guerra, ni carencia. Y las más de las veces, ¿qué es sino una compañía liberada de cualquier sociedad, el vínculo mismo del placer, al que contribuyen la libertad de mostrarse sin afeites, de hablar al descubierto, la dicha de los cuerpos, la súbita posibilidad de dejar de disfrazarse de nada?

—Nada de eso —dijo Ieurre—, hasta el más bello deseo sólo declara una carencia en el alma. Frustración en los músculos y la antigua ausencia que constituyen todo lo que le anima.

—Por desgracia —dijo Gladys.

—Por favor —dijo Ieurre—. ¡Amarnos, como dice Élisabeth, es un invento concebido a finales del siglo XVIII! ¡Qué desdichada idea, la de una extraordinaria comunicación de uno con el otro y sin reservas! Es una fiebre maligna: ese impulso que consiste en confiar todo lo que es uno, la ternura… El placer de dar placer, las penas atemperadas, los miedos confesados, el deseo de vivir y la esperanza de permanecer juntos… ¿No es una disposición, sin equívoco posible, a la desdicha?… ¡Los recuerdos más reiterados, la calidez más atenta, los sueños prohibidos, una exaltación incesante, la sensación de una especie de fiesta, un temblor continuo que vencería al aburrimiento!

Élisabeth se encogió de hombros.

—Es una caricatura —le dijo a Gladys.

—Pero aun así, Ieurre no está del todo equivocado —dijo R.

Juró solemnemente que nunca se casaría. Que no será vinculándonos para siempre como conseguiremos ser felices, como dos cuerpos puestos bajo un yugo y gimiendo con el miedo a morir, y con el miedo, efectivamente, a no morir juntos, pegaditos. Que no era exactamente como en los libros. Que no sería metiéndonos en el interior de nosotros mismos, sujetándonos los unos a los otros, encerrándonos en un cuarto con la puerta cerrada, fuego ardiente, ventanas cegadas en invierno, como encontraríamos la paz. «Porque en nosotros mismos nada hay, dijo, salvo el aburrimiento que produce el ocio o bien la soledad, las quimeras que la nada suscita, y el terror que inspira el vacío, los gritos que el silencio provoca, y el miedo a la muerte.» Marthe se volvió hacia A: o sea que había que estar aquí,

tocar las cosas, tropezar con los seres, aspirar aire, procurar pisar con los dos pies esta especie de tierra, y frecuentar un poco lo que suele llamarse «la sociedad».

—Es distraerse de la muerte —dijo R.— si no es engañarla. Renunciar a todo no protege de ella en absoluto.

—Muy al contrario —dijo Marthe—, a menudo pienso que la renuncia refuerza la pasión a la que se pretende que se renuncia. —Era un cálculo ilusorio.

Ieurre les imitó:

—¿No sentís, en el fondo de vosotros mismos, una necedad embriagadora que os aleja de lo más sencillo, como por ejemplo respirar, tener los miembros del cuerpo libres, beber agua o partir el pan, una aspiración que nos cuesta la felicidad?

—Nos gusta la bajeza —dijo Quoeun—, los sentimientos, los excrementos, el sudor, los espejos, las novelas, las flores, la música y los lujos. Engañamos a aquellos a quienes hacemos nacer el deseo que cree atraerlos hacia nosotros. Sin duda, su deseo apunta a nosotros, pero no tenemos nada que pueda satisfacerlo, porque el objeto es siempre indiferente, y ausente. Por más ventajas que me proporcione, por más placer que pueda proporcionarme, es absurdo que alguien se apegue a mí, igual que yo a otro: el relevo pasa de mano en mano, vana es la carrera, la precariedad de la historia es excesiva, su origen se pierde sin cesar en la ausencia de duración.

—Pretender prometerse —continuó Ieurre, adoptando poses afectadas para remedar a Recroît— sería amarrar sin éxito el deseo y elegir mediante un engaño una vida más pobre y desdichada. Esta pretensión lo único que haría sería agravar las tinieblas en las que nos agitamos sin esperanza, y aumentaría esa inquietud que es característica nuestra. Perdóneme —agregó, volviéndose hacia G.—, pero es que me exalto.

Entonces Karl hizo saber a Ieurre que existe un pequeño cuarteto japonés que dice, más o menos: ¿por qué la separación —que está particularmente desprovista de color— posee el poder de teñir todos los sentimientos que el corazón experimenta?

Quoeun parecía encantado. E. asentía con la cabeza, sonriendo tontamente.

Comimos un estofado. Dos de los huesos rebosaban tuétano. No sé por qué, con la carne, T. E. Wensleydale pidió que trajesen, en un bol, un poco de salsa de tomate. Pero Bauge citaba a Juvenal: que en la categoría de los ruidos la voz de la mujer había que situarla entre los tintineos del cencerro que cuelga del cuello de las vacas y la palangana de cobre que se golpea durante el rito del eclipse.

A. parecía estar mejor. Protestó en voz alta contra aquellas bromas

que le parecían tontas, más aún cuando se pretendía realzarlas con una referencia erudita. Que con frecuencia creciente se sorprendía a sí mismo pensando en lo *apretadas* que eran nuestras vidas, lo risible de nuestra moral, lo cerradas que eran nuestras discusiones. Que estaba pensando en alejarse de nosotros. Tenía ganas de mudarse. Éramos un montón de bichos sucios, un montón de gente despreciable. Una *pocilguera*. Así que él iría a establecerse en la otra orilla. Atravesaría el puente…

—Los puentes no se *atraviesan* —replicó Ieurre. Se cruzan. Si el puente atraviesa el río — lo que no estaría nada mal—; nosotros no podríamos atravesarlo atravesando el puente. Sería una cruz que nos echaría al agua —concluyó Ieurre en tono sentencioso.

A. permanecía callado, con aspecto de estar enfadado. Quoeun quiso desviar la conversación hacia la música que íbamos a tocar. Pero A. se negaba a hablar, incluso a mirarle.

«La viva imagen del melancólico —dijo Ieurre—, o bien se encierra en su cuarto…»

«¡O bien vaga por el peligroso bosque», dijo Bauge. A. afectaba ignorarles. Recroît declaró que tenía que trabajar, inventarse ocupaciones más materiales que escuchar música: que escuchar «la ausencia de sentido bien ordenada», porque las pequeñas dependencias —sobre todo las más comunes, las más laboriosas— proporcionaban una garantía contra la soledad y alejaban la destrucción. Que si las necesidades —los rituales de la amistad, las obligaciones para con el prójimo, e incluso los objetos más colectivos, las mismas instituciones— no eran satisfechas y no se reproducían en el curso de la semana, entonces aparecía el desorden, la incertidumbre, y todo lo que desorganiza y conduce a la muerte.

«Jugar solo —dijo—, inventarse tareas, ocuparse, no es fácil. ¡El comercio! En el origen del comercio —igual que del amor— yo sitúo el aburrimiento y la angustia de estar solo a plena luz, en cuanto al comercio. De estar solo en la oscuridad, en cuanto al amor.»

—Sois unos locos. Unos ideólogos —exclamó A. de repente—, todo es precario. La decrepitud es extrema. El frescor se ha retirado del mundo. Debilidad que sólo busca tenderse, adoptar la pose de los muertos; la sensación del gusto ha desaparecido, el ojo es más estrecho, y lo que ve es tan mezquino como ridículo, la nariz está tan cansada que tiene que hacer esfuerzos para respirar, y notar que todo apesta; embrujado por el peso de los milenarios del pasado y obsesionado por la debilidad o la carencia del porvenir…

Bauge le interrumpió:

—El prefecto Ptahhotep escribió algo parecido a su hijo. Hace cuatro mil cuatrocientos años. Creo que su cuerpo se conserva en la necrópolis de Sakkarah. Vivía bajo Isesi.

—¡Venga, pues ya estamos otra vez con el amor! ¡Otra vez en la oscuridad! —dijo Quoeun—. Otra vez con las palabras que A. o Ieurre pretenden que son vanas. ¡Y qué lejos se remontan! —B. añadió que la divisa de Guillaume Budé, grabada en su casa, en la rue de Saint-Martin, habla de una súbita vergüenza que se sentiría ante la idea de sacrificar a la existencia que uno lleva los mismos fines para los que existe.

—Falso —dijo A.—. Es más que ilusorio.

Me permití apuntar —de forma minúsculamente general— que si la lengua nos había engañado a través de esas palabras, de todas formas sólo nos había engañado por mediación del sentido. Que por sí misma no engaña a nadie. Salvo al tedio. Y que en este sentido ella nos enajenaba de una forma más bien feliz. Aunque no atravesase la oscuridad. Pero que, en efecto, se había convertido en una de las prácticas más peligrosas en cuanto que nos hablaba de una especie de verdad en la cual ella tendría parte, sea alimentando la ilusión de revelar o de transmitir pensamientos, sea acreditando la idea de una increíble relación con algún objeto o a algún acontecimiento situados fuera de ella misma. Avancé la idea de que los signos son apenas utilizables —y además enseguida se vuelven casi inútiles—, salvo con la condición de referirse sólo a sí mismos: quien señala con el dedo no dice. Y el que habla no muestra nada. De manera que la lengua confundía. Engañaba a nuestra credulidad haciéndose pasar por un vehículo, y no por una ocupación.

Ieurre cambió de tema. Se quejó de que aquella mañana había leído que la gasolina había «aumentado» porque «faltaba». Thomas rompió una cuerda de *re* al afinar. No pudimos tocar los dos cuartetos de Mozart de los que Quoeun había aportado las partituras.

Tocamos —por lo menos Marthe, A., Quoeun y yo— el segundo cuarteto en *sol* menor de Fauré. Marthe dijo que lo valoraba «más alto» que todo lo demás. Era difícil, pero A. supo dirigirnos. No nos perdimos en sus largos movimientos, tan románticos. Luego ellos tres tocaron el *mi* mayor de Haydn y el Rebecca Schroeter en *fa* sostenido. Por difícil que fuera, Marthe y A. supieron desenredar esa madeja de virtuosismos. Yo no lamenté no tocar. Hubo momentos admirables.

Martes, 20 de febrero.

Pasé por la rue du Bac. A. estaba muy contento de la velada de la víspera. ¿No habíamos tenido razón al forzarle? Reconoció que sí.

Habló de sí mismo con más desinterés.

«No tengo otro testigo de mí mismo que este miedo persistente. Este enigma del miedo en mí. Este sostenimiento del miedo en mí. Cierto, da testimonio de todos. Pero, como es indescriptible, ese

testimonio es mudo, y esa comunidad te deja a solas.»

Se calló.

Dijo que era tan triste como la cena silenciosa en la rue Vivienne, cuando Manon ha traicionado, cuando des Grieux se esfuerza en no decir nada, en no ver nada, teniendo sobre la mesa la lucecita de la vela que está entre los dos.

Luego —nerviosamente—, ¿podía ir yo a comer al día siguiente?

Y finalmente: «¿Cómo podría cambiar de ideas?», preguntó. ¿Cómo distraerse del miedo?

—Pensando sólo en él —dije—. Igual que se *alimenta* una pequeña gripe. A base de fatigar al miedo…

Igual que una mujer amada cansa del amor a fuerza de declaraciones, de demostraciones, de pequeñas exigencias…

—Estar fogosamente asustado… —dijo, y una especie de sonrisita se le dibujó en los labios. Por lo menos, yo la percibí.

Miércoles, 21 de febrero. Almorcé en casa de A. Entre D. y su padre. Élisabeth había dejado un pollo frío.

Corté el pollo. Le di el *wish-bone* a D. Él comió la carne y quiso jugar con su padre.

A. ganó, el pequeño D. estaba furioso. Me dijo que quiso que le regalasen un balón de fútbol que pareciese uno «de verdad». Es decir (suponiendo que le entendí bien) con cuadros negros.

Pero D. preguntó a su padre qué deseo había pedido.

«Un cerebro más despreocupado», dijo.

D. nos preguntó: ¿Qué quería decir *despreocupado*? Y le parecía que ese deseo era risible. Llegó un compañero, que venía a jugar con él. Los dos se comieron una naranja y luego se instalaron en el cuarto de D.

Hacia las tres, llegó R. A. hizo café. Pero después de tomarlo, sufrió un ataque de angustia.

Recroît aprovechó para largarnos un sermón.

«Pocas posibilidades hay —le dijo— de que negándose a tomarla en consideración pueda usted eliminar una enfermedad. ¡Pero que su consideración tampoco vaya a creer que tiene el poder de curarlo! ¿Si el que pretende estar dotado de conciencia intenta obtener de la lucidez el beneficio que corresponde a la ilusión, cómo se va a ahorrar los perjuicios que le son propios? Y que no se olvide de que su «toma de conciencia» también estaba suscitada por el carácter ineluctable de lo que él era…»

—¿Cómo es eso? —preguntó A., de repente intrigado.

—Pero es que usted no es un simbolista. Por lo menos nunca ha dado señales de serlo. Así que no sólo tiene que considerar lo peor,

sino que también tiene que desearlo. Por más esfuerzos que haga usted, no refutará su propia existencia. O si no, en esta hipótesis, por pura lógica, sería más juicioso y más apropiado que se diera usted muerte.

A. dijo que ya lo había pensado. Y que además era, según afirmó, una idea de solitario. R. prosiguió:

«Usted no obtendrá alegría mediante la negación del sufrimiento. El miedo al miedo no es la alegría. ¡Finalmente, creo que yo puedo jurarle que es algo mucho menos doloroso que adherirse al miedo, como el cuerpo a la piel!»

—Desde luego es un refugio muy tenue —respondió A. Aunque la verdad es que muchos refugios no los hay…

—… ¡y es porque no hay supervivencia! —respondió el profeta del día—. ¿Por qué tendría que haber motivos para vivir? ¿Y razones para morir? ¿Y razones a secas? Con ningún sistema que elijamos, sean cuales sean los valores que uno defienda, los sentimientos patrióticos, domésticos que se exalten, no existe ningún medio de sobrevivir. De «sobrevivir» a la «vida» —expresión por sí misma de lo más contradictoria. Ahí no hay materia para ninguna desesperación posible.

Jueves, 22 de febrero.

Ieurre me telefoneó. ¿Podía cenar el sábado? Estarían Bauge y Suzanne. También vendrían A., E. y R. Acepté.

Viernes, 23.

Pasé por casa de A. hacia las seis.

Élisabeth habló mucho —de forma muy económica— de la galería.

D. dijo: «¡Menuda parlanchina!».

«Lo real carece de consistencia —dijo A. un poco más tarde, cuando su hijo volvió a su cuarto—. Todo lo que toco se convierte en polvo. Las manos del rey Midas lo transformaban todo en oro. *Pulvis es*… *Pulvis es*! Tengo manos de miércoles de ceniza…»

E. observó, tranquilamente, que se adelantaba cinco o seis días.

Hablamos del día siguiente. No temía ir a casa de Ieurre.

«Me había olvidado mis guijarros —dijo—, y como ese tipo de bosque es particularmente oscuro…»

Me gustó esa expresión. Volvía la alegría. Se lo dije. Sonrió.

El 24, Recroît pasó a recogerme. Me dijo que había visto a Marthe. Paul estaba extraño. Gravemente extraño. Luego fuimos a la rue de Nesles.

Ieurre abrió la puerta. Llegábamos —pretendió— con retraso. Todo

el mundo estaba allí desde hacía un «buen» rato.

Ieurre, Recroît y yo entramos en el salón.

«Aquí llegan los señores Zofar, Elifaz y Bildad…», dijo Suzanne, dirigiéndose a A.

—¿En qué sentido habría que entender la alusión? —dijo A., sonriendo—. ¡Resulta que todos nosotros somos de la tierra de Uz!

Confesó que se encontraba mejor. Curiosamente dijo que estaba *pelando* la piel de la muerte. «Una muda, quizá», dijo E. Pero A. insistió diciendo que para hacer eso había tenido que raspar la esperanza, el rechazo, la desconfianza, la confianza, y poco a poco irlos reduciendo al estado de polvo, y luego de recuerdo, y luego de lo que ha perdido el nombre. ¿No era siniestro? E. añadió, bromeando, que incluso —por desgracia— estaba volviendo a ser nervioso, no cesaba, nuevamente, de estar *enervado*.

—¿Así que está débil? Porque eso es lo que significa *enervado* —dijo Ieurre—. La palabra correcta es *irritado* —subrayó en tono seco.

Gladys tomó la mano de Élisabeth y se la llevó a la cocina. G. parecía disfrutar de una salud maravillosa. De buen color, coloreada, con el vientre prominente.

—De manera que yo tenía razón —dijo Bauge—. La depresión sí que eran crisis de *alucinaciones*. La vieja enfermedad debida a la chispa. Al fuego breve y repentino que *alucina*.

—Contacto rápido con la nada —dijo A.

—El discreto encanto incendiado que ciega —añadió Bauge.

—Y yo, sin embargo —replico R. con una especie de celos—, ¿no os proporcioné el medio de ya no percibir lo peor sin por ello perder la vista?

—Se habría necesitado —respondió A.— como sugerían un día, en casa de Wensleydale, Marthe y Quoeun, un rebajamiento de uno mismo, una disposición que la nada imprimiría en uno, que incitaría al absoluto debilitamiento de cualquier libertad, una sumisión a todo lo que sucede, una reverencia ante lo que me espanta, algo de lo que para ser francos, soy totalmente incapaz.

«Está claro —dijo, finalmente— que nunca alcanzaré la serenidad, la quietud…»

—La famosa liebre… —dijo R.

—Oh, estar tranquilo, quieto[10] —suspiró A.

Recroît se dirigió a Ieurre, le preguntó si le chocaba que A. pronunciase «*kié*» tal como en efecto se articula en «*inquiet*». Ieurre dijo que aquella falta le divertía. Que no le daba importancia.

De repente me dieron ganas de abofetearlos.

Incluso, dijo que le parecía, en su opinión, que aquella pronunciación era más dura, y por eso bienvenida, aunque en cuanto

al sentido pareciese impropia.

Bauge observó que la pronunciación exacta, la habitual, presentaba, sin embargo, la ventaja de evocar más directamente la idea de réquiem, de paz, de suavidad, y de muerte.

Comimos tres maravillosas doradas —que Gladys había condimentado con la máxima sencillez— al horno.

Domingo, 25 de febrero.

Quoeun telefoneó. Quería posponer la cita del día 2, porque el tiempo era excesivamente riguroso.

Lunes.

Thomas había ido a ver una exposición de *incunables del siglo XIII*. Ieurre se partía de risa.

Martes, 27 de febrero.

Telefoneada de Marthe. La cosa no iba nada bien. Paul estaba completamente estupefacto: N. se suicidó el domingo.

Telefoneé a E. Que no iría a preparar las *crêpes*. A. le cogió el teléfono y me dijo que estaba al corriente, que él también iría, por la noche, a la rue des Bernardins.

Pasé por casa de Marthe. Paul llevaba dos días encerrado en su cuarto. Sin comer, dormir o beber. Así que ella le había drogado, suministrándole los somníferos y calmantes de todo un armario-botiquín.

Él se lo había contado todo por la mañana, al despertar. Que él la había matado. O por lo menos que ella le había dado tanto miedo. Que ella le había lanzado un hechizo. Que aquel amor le aterraba. Que verla le provocaba angustia y odio. Que ella le *chupaba la sangre*, dijo. Que estaba *embrujado*. Que ella se lo había aguantado todo. Y luego se dio muerte.

Hacia las seis de la tarde.

Paul estaba hundido en el diván. Prostrado. Durante toda mi visita se mantuvo callado. Cuando Marthe nos dejó solos un momento —se había ofrecido a calentar agua para el té, y a disponer sobre un plato unos cuantos pastelitos— de repente se lanzó a hablar. No se levantó. No me miraba. Habló con lentitud, en un tono monocorde, con voz petulante y ampulosa. Al cabo de un rato sentí cierto malestar. Recé por que el agua hirviese lo antes posible. Me parecía tener delante a Jeremías dirigiéndose al desierto. Al hablar, su mirada se fijó en una gran antena de televisión, en el ángulo de la ventana. Decía aproximadamente (no son exactamente los términos que usaba, pero

daba la impresión de un dictado que un maestro de escuela pronuncia):

«Si la aparición de criaturas alucinadas en sueños posee más intensidad que la que ofrece a nuestra mirada la presencia de los seres vivos, entonces yo creo en el espíritu de los muertos. Así es como la que ama, cuando está separada de él, desea ardientemente ocupar el espíritu de aquel al que desea, con tanta insistencia y fiebre como aquellas con las que el aliento de los muertos nos envuelven y nos desgarran de día, de noche, y más allá de los recuerdos que conservemos de ellos…».

Dejó que se instalase un largo silencio.

Luego se dirigió a mí y dijo: «Le juro que lo consigue.»

Miércoles, 28. Rue du Bac.

A. relacionó de inmediato la desesperación de Paul con su propia persona. Luego se dejó llevar. Despotricó contra el amor: «¿Cómo tender un puente sobre todo lo que separa, y que ni siquiera está lejos, que es nosotros, que es como nuestro sexo —como lo que nos separa —, igual que nuestro sexo está situado en pleno centro de nuestro cuerpo?».

Que el amor carece de amenidad y que muy rápidamente caía bajo el dominio de una nostalgia enfermiza. Como era irrealizable, también carecía de recursos. Una matanza. No nos uniríamos con un cuerpo, no podríamos, de verdad, identificarnos con él, como el cuerpo de un niño antes de ser parido con el cuerpo de la que lo lleva dentro, que durante unos meses no son más que uno solo.

—¿Sabes a qué día estamos? —preguntó A.

Asentí con la cabeza.

—Todo Paul estaba en ese deseo increíble. Era soltar una presa por la sombra que hace. Y no por la sombra de otra.

A. hablaba con impetuosidad. Su rostro, su voz, habían recobrado la convicción.

En verdad que la desdicha ajena hacía bien.

—Tanto es así quizá —prosiguió A.— que las pasiones no tienen otra causa que el estado en el que caen. Ninguna de ellas se precede a sí misma. Impenetrable al que la sufre, tan imprevisible en su comienzo como de repente inesperada en su súbita ausencia. Su necesidad fatal, pero totalmente enigmática. Mecánica ciega y absolutamente contingente. Obscuridad total. Muerte apoderándose de la vida.

El primero de marzo. Pasé por la rue des Bernardins

Cuando P. se enteró de que N. se había destruido la idea le hizo

sentir un intenso alivio. Creyó que de repente su cuerpo se simplificaba, que el doble, opresivo, que se le había adherido hasta al más pequeño granito de la piel, le había abandonado para siempre. Así que se sintió aligerado, como después de un cambio, animal que de repente ha abandonado en la hierba una envoltura monstruosa, y que de larva se ha convertido en cuerpo dotado de alas y de colores, pudiendo acceder al aire, y a la luz del sol. Imaginó que la maldición había sido levantada, que lo peor ya era incapaz de presentarse a él en cada *esquina*, que ella se había *comido el pecado*.

Pero ella regresó aquella misma noche. Y su imagen nocturna era más hechicera que su cuerpo vivo.

Viernes, 2 de marzo.

C., cuando escogía la ropa, la planchaba, se la probaba, la ordenaba, etc., era bastante extraña. Parecía poseída, y cuando su cuerpo se reflejaba en el alto espejo del armario, se examinaba con una curiosidad por sí misma que era extremadamente febril, y en la que no faltaba el miedo. Observaba su reflejo con una avidez impresionante. Sucedió que la vi, con un auténtico impudor, proseguir ese singular examen, y «registrar», con las dos manos tendidas hacia delante, y los ojos perdidos en la imagen movediza.

Sábado, 3 de marzo.

Pasé por la rue des Bernardins. Me encontré con A.

Marthe de Paul: «No paraba de *vituperarla*.»

Paul estaba en su cuarto. «Es todo lo contrario de A. —dijo ella—, ya no me habla.»

Marthe de repente sollozó. Soñaba en voz alta.

«Pero es que parecían tan felices. Ella era tan hermosa, tan joven. Hablaban. No paraban de hablar de amor. Una tierra lejana, un sol incesante. Por horizonte el mar. Abundancia de aceite, de miel… La alta mar, lo silvestre, el silencio. Y en la orilla, trémulos hombrecitos desnudos que pescan perlas. Las mujeres, a lo lejos, cortan las algas. Llevan al cuello pañuelos que relucen al sol. Y el ruido, profundo y sordo, de las olas desplomándose. Y el ruido de los remos golpeando la vasta superficie del mar. Y el canto del chorlito silvestre en la arena…»

Estaba llorando. Parecía muy envejecida.

Domingo. Me quedé en casa, solo.

Pasó A. Élisabeth había manifestado que le gustaría que nos viésemos más a menudo. Le confirmé que iría al día siguiente.

A. dijo que ya estaba, que se había embarcado en el rechazo de la

muerte.

Lunes, 5 de marzo. Rue du Bac. Llegué con mucho retraso. Estaban Recroît y Bauge. D. dormía.

Habían empezado a cenar sin esperarme. Estaban hablando de Paul. Según Marthe, Paul dijo algo así como: «Las mujeres nunca acarician». Yo recordé una frase que me contó —hace unas semanas de ello— Véronique.

—Cállate, cállate —parece que le dijo a N.—. En todo lo que me dices me acecha la desgracia…

A. pretendió que Paul no estaba del todo equivocado. Dijo que los salmones remontan los ríos, y, en cuanto alcanzan la fuente, desovan y mueren.

—Es un pescador de luna —dijo Bauge.

Recroît no pudo impedirse prodigar mil consejos vanos: cuando lo que se ama de repente está ausente, había que hacer lo que fuera para que su «ausencia» no volviese, que la «muerte» no volviera. Ahora bien: Paul hacía todo lo contrario. Bauge dijo que era sabido que en latín las reliquias eran los supervivientes, los excrementos. Que usado adverbialmente, significaba: «¡Por el porvenir!».

«Así es —dijo A.—. Oh, sí, ¿no es exactamente eso? Curarse sería acordarse de N., multiplicar los objetos, los rostros, los sexos, los senos, las reliquias, las imágenes, no para devolverla a la vida, sino para dominar la angustia debida a la ausencia, su espantosa inexistencia, para expulsar la ausencia de N. —Y sin duda tiene que haber una palabra para definir ese movimiento que no nos lleva hacia los muertos sino para apartarlos de nosotros…

—Quizá precisamente la *reliquatio* —dijo Bauge, que quería referirse tanto al hecho de abandonar como al de conservar y traicionar. Pero los romanos de origen etrusco también empleaban el término *conclamatio*. Es decir, simplemente la nominación: bastaba con llamar al muerto por su nombre —y que él, claro está, no respondiera a la llamada— para que el nombre del muerto protegiese de su eventual regreso. Le confinase a la ausencia. Apartase lo innombrable…

—Acordarse de los muertos, acordarse de los que ya no están —prosiguió A. lentamente—, es decir, acordarse de aquellos que han sido y que de repente no son, es inventar pequeñas imágenes falsas, es protegerse de su verdadero recuerdo porque lo que «viene» de ellos después de su muerte, hacia nosotros, no es ellos vivos sino ellos muertos. Lo que viene de ellos en dirección a nosotros es el hecho de que nos han abandonado para siempre, y que se han abandonado ellos mismos, es el hecho de la desaparición. La ausencia, lo que no es.

Porque ya no ocultan nada. Se han vuelto reales… Un blanco en la página… La ausencia de imagen…

—Y sin duda es ininterpretable —dijo R., alzando la voz—. Es indescriptible. Es *insignificante*. Pero, a decir verdad, que hayan cesado de ser, o más bien que de repente se hayan cambiado con sus cuerpos como cosas, en sí esto ni siquiera es desdichado. Ni exaltante. Así Paul no ha opuesto ningún rechazo a la voz ausente de N. A la ausencia de voz. No ha querido la traición, el recuerdo, el «número» de homenaje…

—Y también se ha vuelto loco —exclamó A.— cambiándose por su muerte, por ese vacío de la ausencia. Por ese vacío que hasta el nombre de la muerte intenta proteger de la simplicidad de la muerte…

—Ni siquiera es un silencio —dijo R. compungido—, no es un «mutismo», es el hecho de que las cosas del mundo no hablan…

—¡Todo lo contrario! —replicó A. con fogosidad inesperada—. ¡Lo que alimenta nuestra voz no es una necesidad de hablar! Ella es una pantalla para no oír a lo que no habla. Para no ver ni escuchar nada de ese cuerpo que ha dejado de hablar y que ha sido devuelto a la tierra en la muerte; que se está reuniendo con lo que no habla.

Martes, 6 de marzo. Véronique pasó a verme. Habló de N. Que la había querido.

—Le masturban. Llora —dijo ella, pretendiendo traer una confidencia de N. Paul no soportaba el amor.

Él habría dicho: «La piel desnuda atrae la mirada como la vida atrae a la muerte o un fruto averiado bajo el árbol a las minúsculas hormigas y el zumbido de las abejas».

Miércoles, 7 de marzo.

Cuando C. tuvo su primer malestar (cuando perdió el conocimiento durante toda una noche, sentada en su *tub*) creyó —o pretendió luego — que se estaba muriendo. Ella decía que recibió esa idea con alegría y que, después de volver en sí, algo le quedó de ese pensamiento.

«Después», le confiaba (a Ulrike, a Karl, a G.), con la apariencia de una convicción tan férrea que con tal profesión de fe se hacía embarazosa a aquellos con los que hablaba, que el abandono a la muerte presentaba un sabor *agradable.*

(Pero C. me decía que había recuperado con odio la sensación de sus miembros, uno por uno, tocado otra vez el mundo con terror, percibido, finalmente, con un aire de turbación y de perplejidad, la tenacidad de las cosas visibles y la arista fulminante, irremediable, bajo la cual cada objeto se presenta a la luz que nos envuelve.)

Jueves, 8 de marzo.

El cuarto que C. había encontrado para alquilar por casi nada en la rue de l'Arbre Sec, en un edificio bastante bonito del siglo XVII, sin calefacción. El agua y los lavabos eran comunes, estaban en los rellanos.

C. decía: «Tenemos que comprar uno de esos cubos de metal esmaltado, provistos de tapa. Cuando yo era niña meaba en uno, haciendo ruido. Que sea azul ultramar».

Viernes, 9 de marzo. Fui a casa de Karl.

Le hablé de Paul. Me dijo que los conocía a los dos mejor que yo. Habían salido juntos con frecuencia. N. era maravillosa.

Le hablé prudentemente de C. Que su recuerdo, curiosamente, de repente, me obsesionaba. Le sorprendió que yo conservase algún recuerdo de ella.

Paul y N. Él la apremiaba: «¡Amamántame!» —por lo menos eso es lo que pretendía Karl.

Sábado, 10 de marzo. Quoeun me llamó. ¿Podría yo ir a cenar la próxima semana? Acordamos el 12.

También esta noche, C. volvió a aparecerse.

Domingo. Pasé con A. por la rue des Bernardins.

Paul guardaba silencio. Marthe temía que cediese a la locura. A la memoria. Nos dijo que a veces hablaba, en cuanto se quedaba solo. Situada tras la puerta de su cuarto, oía extraños diálogos, en los que él hablaba consigo mismo. Recordó una especie de conversación solitaria de este tipo (él separaba, dijo ella, extremadamente las palabras —quizá bajo la influencia de los calmantes— y las articulaba con más cuidado de lo que solía):

«¿Oye usted los pasos en la escalera?»

—¿No tiene a la mano el cántico?

—¿Es Eulalie?

—No —se respondía a sí mismo— ¡está usted loco!

—Ella apenas hace ruido cuando baja. Ningún escalón cruje. Y además, ¿acaso ha bajado alguna vez?

—No estoy de acuerdo con usted.

—Su oído no es lo bastante agudo. O bien no ha prestado usted la atención que ella reclama.

—En efecto, por ligera que sea, se la oye bajar. Quien sepa oír.

(Luego se rio.)

—¿Tuvo ella, alguna vez, cuerpo?

—¿Quizá el volumen de aire desplazado por ese cuerpo — suponiendo ese cuerpo— se ha modificado y viene lentamente a tocar espacio tras espacio hasta nosotros?

—Si ella es voz, ¿quizá su respiración sigue alentando, débilmente?» Etc.

Lunes, 12 de marzo. Me presenté en la rue des Poissonniers a invitación de Quoeun. Después de la cena, bebimos un *whisky* añejo en su despacho (el salón estaba sin calefacción). Durante la comida habíamos hablado mucho. Yo no sabía qué decir.

—¿Qué muerte ha festejado hoy? —le pregunté.

Se levantó, abrió un cajón de su escritorio y sacó una pequeña ficha de universitario. Leyó: «Anne está de rodillas en una silla y mira unos pasteles, que Toby acaba de cocinar para nosotros. Emily está en el saloncito barriendo, y papá y Branwell se han ido».

«Está sacado del diario de Charlotte Brontë —dijo— en la fecha del 12 de marzo de 1829.»

Nos callamos.

«Curiosa pasión. Curiosa religión», añadí muy bajo. ¿Cada noche reza así a los muertos?

—No es tan piadoso como parece. Si no fuera yo, ¿quién pensaría en ellos? Además, no les dedico más de un cuarto de hora por la mañana Una nimiedad para empezar el día… Es laico, y secular — prosiguió — si se compara esta duración con todo el tiempo que dedican a su pasión un hombre erudito, o un enamorado, o un historiador. O bien ese enlutado de Paul…

—¿Y cómo se hace?

—A cada día su muerto. Por lo menos el muerto que me parezca digno de un vano recuerdo. Cambio la duración de un cuarto de hora largo por la ocupación que a la que se dedicaba aquel día. Me borro totalmente, para que él me substituya. Es como el mal en la víctima. Pongamos, por ejemplo, que me muero, y que el muerto evocado durante este corto instante, utiliza mi cuerpo, revive a penas… Cuando cesa esta pequeña metamorfosis, entonces inscribo en mi cuaderno de citas esta cita penosa —que muy a menudo se me aparece, al final del día, como el único recuerdo más o menos interesante que pueda yo conservar del día…—. Claro que no hablo de hoy —añadió sonriendo.

—Enséñemelo —dije.

Sacó del bolsillo un cuadernito sencillo, rojizo, completamente ordinario, y me lo entregó, un poco molesto. Me acerqué a la lámpara, posada sobre una mesita encajable en otra, cerca de los Verard. Busqué la fecha del 12. Leí esto, escrito a lápiz, con una caligrafía muy

pequeña:

«9h 30. Hace 150 años. La futura autora de *Cumbres borrascosas*, entonces con diez años de edad, en un presbiterio de Haworth, está concentrada en barrer el saloncito.»

Martes, 13.

C. se apareció. Yo dormí mal.

La respuesta de C. cuando yo intentaba alejarme, cuando cobardemente pretextaba un viaje, cuando desganadamente le pedía que me diera más tiempo: «Si yo le pidiese a usted que su corazón esperase uno o dos años para latir, ¿qué me respondería?».

Miércoles, 14 de marzo. Pasé por la rue du Bac.

Cenamos agradablemente. Fui a darle un beso al pequeño D. Dormía acurrucado. Tenía el rostro relajado, rodeado de cabello rubio esparcido, húmedo aún de la salida del baño. La boca un poquito abierta.

Tenía entre los dedos la sedosa punta de la manta: una especie de contacto con aquello de lo que se creía abandonado, y también una especie de poder que ejercía así — mediante esta pequeña prórroga, mediante esa tenue barrera— sobre lo que le dominaba por completo. Pero parecía confiado. Pensé que sin duda aún estaba convencido de que siempre podría manipular así, durante el sueño, o bien después de la pesadilla, una pequeña imagen de aquello que nunca podría dominar.

Jueves, 15. Pasé por la rue des Bernardins.

Marthe, muy envejecida. Paul seguía sumido en el silencio. Sugerí que quizá ella le daba demasiadas drogas, calmantes, somníferos. Ella me dijo que bien tenía él que dormir, porque se olvidaba de hacerlo.

«Creo que se morirá», dijo.

Viernes, 16 de marzo.

D. había abandonado a su marido —Chapelle-Veuf, doce años mayor que ella; había participado desde muy cerca en el golpe de Estado de 1958— de una manera sorprendente. Fue como en una novela.

Dos meses después de su matrimonio, mientras comían, le dijo a Ch.-V. que el olor que desprendía su cuerpo ya no le gustaba. Añadió que, a sus ojos, la provincia era monótona; que el gran parque que rodeaba la vivienda era magnífico, pero verde; que quería vivir en París. Le dijo que había fingido que estaba encinta de él con el propósito de que él aceptase precipitar una unión que parecía

asustarle, dada la diferencia de edad. Esta estratagema tan tradicional ¿no había tenido, como primer efecto, el de tranquilizar inquietudes de este orden? De paso le explicó que no había motivo para alterarse, y que esperaba que su rostro recuperase enseguida un poco de color: que aquella patraña era cosa suya, y sólo ella la conocía. Que en provincias la falta de un niño tras los primeros meses de matrimonio no se veía con *tan malos* ojos. Que además él se ahorraba unos céntimos si de repente dejaba de necesitar un avión que la llevase a parir a Niza o a Ginebra, y luego a esconderse en Sicilia o bien descansar en Malta. Destacó que la jugarreta que le había hecho, forzada por su deseo de ser libre, por más calculada que fuera, se había ido tiñendo, según le había ido conociendo más, de desprecio y de ternura. Le dijo que había algo en él que daba confianza, más aún de la que ya daba gracias a su fortuna y la muy entrañable amistad que había establecido con el poder. No, ella no se había liberado del yugo de una familia para correr a substituirlo por las obligaciones de una vida en común. Repitió que ciertas cosas que él le pedía cuando estaban en la cama la enfermaban. Mientras ella seguía comiendo, Ch.-V. se levantó, demudado el semblante; salió, vacilante. Estaba muy pálido, la zona inferior del rostro le temblaba, y con la mano se tapaba los ojos.

Sábado, 17 de marzo. C. volvió a aparecerse esta noche. Con una insistencia que me empujó a levantarme.

Una insistencia alucinada.

Domingo. Almorcé en la rue du Bac. D. estaba bien. A. y E., también.

Pasamos a su cuarto. Me mostró los facsímiles de las partituras de Haydn. Me dijo que seguía sin conseguir trabajar.

«Trago la saliva, sin duda, pero por más cuidado que ponga, me cuesta mucho.»

Me encogí de hombros. ¿No era lo esencial que recobrase el gusto por lo que le gustaba?

—Pero no consigo trabajar —contestó—. Todo lo que intento cae en el agujero del vacío. Cae en el negro. Y no es el negro de la noche, la noche de lo que descansa, de lo que se restaura en la noche, y refresca hierbas y flores y cielo. Es una especie de vaho negruzco, de vacío espeso —de negro diurno, de blanco en el recuerdo del día— que espanta, que suspende en un vértigo que a veces es peor, me parece a mí, que aquel otro ante el agujero de la muerte.

—Pero está el día. ¡Está la luz ordinaria! —le dije.

Yo ya no podía más.

Lunes, 19 de marzo.

C. debía de pensar: «Cuanto antes esté desnudo, menos vergüenza tendrá». Pero sólo la vergüenza era atractiva desde el momento en que la percepción de un cuerpo deja de ser un cebo suficiente. No hay audacia: el cuerpo es de una envergadura tan corta. Y el molde es tan general, y tan común, que pocas pruebas hay capaces de desconcertar. La audacia, que es una impresión exaltante, implica la vergüenza, que en sí misma es una impresión sin fundamento; la desnudez no es un estado tan artificial aunque tampoco sea del todo natural (por lo menos, para una especie que siempre ha mostrado el mucho interés que sentía por plumas, circuncisiones, pinturas, posición de pie, tatuajes, y por los trapos).

Martes, 20. Almorcé con Recroît. Pasamos por rue du Bac. A. no trabajaba. Durante todo el día, reconoció, leía las partituras que le gustaban. R. le incitó a volver al trabajo, a volver con Otto v. B., a abjurar de la fe que tenía en los valores y en la muerte.

Que se despojase de cualquier idea de fervor, venenos, quimeras. Mediante la abstracción, y el abandono al azar.

Pero estaba claro que A. estaba mejorando. Yo no comprendía la insistencia ritual de R. Todo aquello me parecía de una indulgencia que a la larga era insoportable y repetitiva.

R. me acompañó a casa. Hablamos de las nieves de antaño, de la bilis negra de A., muerte de N., silencio de P. En el *quai* Malaquais, le dejé rápidamente:

«¡Es el último día del invierno!», dije, como si aquello pudiera servir de excusa.

CAPÍTULO IV

Miércoles, 21 de marzo.

La primera vez que vi a C. fue en el *vernissage* de Louis-Édouard, en la rue de l'Université. Fue en verano. Aún era de día, pero la galería estaba fuertemente iluminada.

Ella llevaba un vestido largo y ligero, de color gris, bastante holgado, que flotaba alrededor de sus miembros y al menor gesto formaba pliegues, con mangas largas y estrechas, y poco escotado. Calzaba las botas altas grises que no me gustaban. Al cuello, bajo el moño bien estirado, algunas perlas de poco valor y, salvo una compostura mayor, una frialdad mayor, nada la distinguía de las demás mujeres. (Olvidaba mencionar la tersura y el color de la juventud; también el aplomo que confiere la belleza.) Cuando entré, ella desvió la mirada. Se forzaba a no prestar demasiada atención a las telas expuestas, aunque le atraían la mirada, y le provocaban cólera. Tenía manos largas, nerviosas, y de una articulación notable. Recuerdo que ayudó a dos viejas que no podían acercarse al *buffet* donde estaban dispuestos algunos platos, llevándoles vino y unas lonchas cortadas de carne de buey. En el momento en que nos separábamos, Suzanne, Karl y A. (A. también estaba) le propusieron tomar una copa. Ella lo rechazó con una sonrisa, y, mirándome, pretextó que estaba cansada. Yo también decliné la invitación. Y nos fuimos juntos.

Mediada la Cuaresma. Rue du Jardinet. T. E. Wensleydale y Quoeun ya estaban allí.

Hablé de C., de N. Recroît dijo, tontamente, que no se podía pensar seriamente en contraer vínculos duraderos con la gente que muere.

—*Vínculos duraderos* es una proposición contradictoria —dijo Wensleydale.

—¡No os intereséis más que en aquellos que han muerto —exclamó Quoeun—, y tan muertos que su lengua haya muerto, que nada vivo emane ya de ellos, que ningún recuerdo particular de ellos sea posible, lejanos y abstractos, y, si puedo decirlo así, de una muerte muerta! ¡Abandonad la edición —agregó—, convertíos en eruditos!

Destaqué que no podría vivir de unas rentas que no tengo. Y que lo lamentaba profundamente. Que él sabía muy bien —o por lo menos lo había sabido— lo mucho que la universidad odiaba la investigación absoluta, la investigación vana.

Viernes, 23 de marzo.

El recuerdo del *vernissage* de Louis-Édouard volvió la noche del 22.

Hombres se aglutinaban en multitud, encarnizados en nada, salvo en imitarse los unos a los otros y desafiarse a muerte. Avispas sobre una trampa pegajosa de azúcar en el calor tórrido del mediodía.

Sábado, 24 de marzo. Pasé por la rue du Bac.

Me dijo que el agua erosiona la piedra.

—Ya no sé —dijo— lo que es una buena sorpresa, una sorpresa feliz. Ser sorprendido. Se necesitaría deseo y que este encontrase el famoso objeto. Pero tendría que haber perdido de vista que lo deseaba, para que su presencia le sorprendiese. Pero tendría que haber conservado una especie de esperanza en la memoria —para seguir deseándolo—. Tendría que estar a su alcance, y que tuviera la audacia de acercarse, y se apoderase de él… Pero su posesión tendría que confirmar la esperanza que alimentaba sobre él, como una dicha sumándose a la satisfacción del deseo mismo. Tarea pavorosa.

Domingo 25 de marzo. Me quedé solo.

Mis amigos envejecían y yo soñaba con una mujer que ya no estaba viva.

Lunes, 26. Hacía muchísimo frío. Ieurre pasó a verme. Gladys estaba bien; había entrado en *el último mes*… —Pero ¿es que la primavera no era más que un nombre? —le pregunté, repentinamente exasperado, señalándole desde la ventana el Sena violento, las ramas de los árboles caídas en el suelo, o bien dando vueltas en el agua negruzca e hirviente.

Me respondió que la víspera había ido a su casita cerca de París. Me dijo que los abedules, partidos por la mitad, se desplomaban bruscamente. Que los hayedos eran peligrosos, porque los árboles se partían de golpe, y caían estrepitosamente: era un ruido inmenso, y que podía asustar. E incluso inmovilizar el cuerpo, sudando de puro terror.

Martes, 27 de marzo.

C., por la noche.

Rostro abotargado por las lágrimas.

Miércoles, 28. C. dormía con los puños cerrados y las rodillas subidas hasta la altura del pecho. Una especie de murmullo en los labios. De vez en cuando, en plena noche, se daba la vuelta y lanzaba profundos suspiros.

Jueves, 29 de marzo.

Pasé por la rue de Nesles a darle un beso a Gladys, llevando una libra de bombones para celebrar su aniversario.

Me dijo que nunca le habían gustado tan apasionadamente como ahora. —Ieurre me tomó del brazo y, por primera vez, me hizo entrar en su despachito. Un cuarto no muy grande. Forrado de libros: manuales didácticos, diccionarios de todas clases, gramáticas…

—¡Ni un solo libro de literatura ha entrado en este cuarto! —dijo con orgullo. Y añadió, con convicción:

—¡Ni entrará jamás!

Más tarde, mientras me acompañaba a la puerta, me sopló:

—El doble secreto de mi vida —dijo contando de forma ostentosa, afectada, con los dedos—, uno: secar los sentimientos. Dos: ¡desecar la sintaxis!

Viernes, 30 de marzo.

C. me despertó.

El sábado, 3, pasé por la rue du Bac. Estaban bien. A. había visto a Marthe. Paul seguía negándose a dirigirse a su madre.

Cuando ya me iba:

—Ya no recuerdo —me dijo— dónde leí que los desdichados ven mejor.

—Pues yo no lo creo así —respondí.

—¡Por lo menos las lágrimas provocan una mirada mucho más penetrante, porque han lavado los ojos!

Domingo, 1 de abril. No me apetecía salir.

Pero Quoeun, Karl y Wensleydale me telefonearon. «Uno se cansa de quedarse en casa», dijo Quoeun. Añadió que tenía que irse por una o dos semanas a Baviera. «Para rencontrarme con los viejos penates…», dijo. Les invité para la tarde.

Karl había pasado la media Cuaresma en la costa. Disertó sobre la primavera. Las lágrimas del ruiseñor, heladas durante el invierno, que se funden. Se alza la niebla, y de repente se disipa. Y el color de las flores.

Luego una disputa de niños, o de pedantes, entre Quoeun y Wensleydale, sobre las señales que anuncian la primavera. Quoeun afirmando: «Es con los grajos que empieza la primavera». Wensleydale: «Es con el desove de las ranas».

Por motivos naturalmente políticos, la discusión se iba envenenando.

Martes, 3 de abril.

Llamé a Marthe. P. había rehusado conversar con ella. Salió el domingo. Ya no había vuelto. Ayer, ella se enteró de que se había ido con unos amigos.

Miércoles, 4 de abril. Por la tarde pasé por la rue du Bac. Estaba Bauge. Y sin cortarse pregonaba sus consejos: golpear a la boca, no intentar corregir el azar, ni interpretar nada de lo que pase. No considerar erróneo todo lo que pasa. Que había que retirar la mano para no exponerse a lo que asusta. No estar de mal humor con lo que es, etc.

Élisabeth sirvió el té. D. perseguía una pelota de ping-pong dando vueltas a nuestro alrededor. E. cortó un bizcocho.

Sufrí un vértigo breve pero auténtico.

«Nada de lo que es puede ser deplorable», continuaba incansablemente Bauge. Que una cosa que es reproche nada a otra cosa que es, ¿eso es profundamente eficaz? Increíble magia…

—Así es la moral. Y buena parte del lenguaje —replicó A. con indiferencia.

D. volvió de la cocina con una caja de galletas que devoró. Entre bocado y bocado apenas respiraba.

Bauge dijo que en el Louvre había un maravilloso bajorrelieve griego, de una austeridad y de una gravedad emocionantes, llamado de la exaltación de la flor. Esto le gustó a Élisabeth. No lo conocía. D. exigió que fuésemos todos el domingo.

Yo decliné la invitación. D. estaba bastante voluble. Daba vueltas sobre sí mismo, o se precipitaba de repente, como un pájaro amenazador.

Élisabeth bromeó: qué acertado era decir que *pasaba* de los seis años.

Jueves, 5 de abril

Con Ulrike, en el Norte. Suzanne conducía el coche. C. fue eyectada. Cayó en un arbusto de ortigas. Suzanne me dijo que, cuando se estaba levantando, vio un zapato de mujer lleno de papilla roja. Descubrió que era el pie de su amiga.

Viernes, 6.

C.

Pensé en los gestos que hacíamos cuando ya no nos controlábamos.

Sábado, 7 de abril.

Desde su cuarto se veía la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois y el friso de las carpas. Ella pretendía que aquel *árbol seco* que le daba nombre a la calle, era el árbol de Hebrón. Perdió sus hojas de repente en el momento en que Cristo expiró.

Domingo, 8 de abril. Élisabeth me llamó. ¿No podía ir al mediodía? Se lo agradecí pero le dije que no.

A. pasó por mi casa hacia las seis.

«Los papeles se han invertido», me dijo sonriendo. Me dijo que D. estaba acatarrado. Pero que no era grave.

Abrí una botella de vino blanco.

A veces, envidiaba a N., dijo. Yo le dije que me estaba mintiendo. ¿Qué amor podía haber sido aquel?, preguntó él, vanamente.

«Toda esa gente que podía conciliar el sueño cada noche —dijo en voz muy baja—, sin dificultad, sin tardanza, sólo con tumbarse en la cama, ¿no eran la prueba insensata de una audacia incomprensible?

—¿Tan numerosos son?

—Y caen. —Y caen como piedras…

—Por lo menos con ese sueño que duermen, según parece, las piedras…

—Y ese «abajo» que es su «lugar», hacia el que se esfuerzan…

Lunes, 9 de abril.

La primera vez que le juré que nos amaríamos siempre; que viviríamos juntos. Que seríamos felices. La primera vez que le mentí. Fue en la rue de Rivoli, a las diez o a las once. Fue ahí donde Coligny cayó, defenestrado.

Martes, 10 de abril.

C: «Tengo un cuadradito que crece debajo del vientre que impide un intercambio absoluto. Y usted no ve otra cosa que eso. E incluso —una vez *pudo*, la *longitud de su lengua*— ¡me separa usted de él!».

Miércoles, 11 de abril.

Pasé por la rue du Bac. D. estaba en cama, con mucha fiebre. En toda la semana no había ido a clase.

Fui a verle. Dormía con un sueño agitado. Ardía de fiebre. Yo le veía de espalda, con la cabeza hundida entre las mantas. La espalda le temblaba.

A. estaba otra vez un poco asustado. ¿No sería mejor que suprimiese las drogas que comenzó a tomar al principio del año? Las angustias que estas trataban de apaciguar, de paliar, también le quitaban las fuerzas para superarlas. Estaba preocupado por D., me respondió. Por ese motivo ya no dormía. Me contó que a menudo veía el océano de la infancia. Recuerdos o fragmentos de pesadillas, o de sueños, se mezclaban. Aquella noche estaba a dos pasos del océano, en invierno. Una llovizna opaca, ligera, fría. Sin fondo, sin puntos de referencia, la tierra, y el aire, y el agua… Cercano el sin fondo, y muy lejos: la mano, los brazos, los pies. Todo carecía de sentido, daba frío, y parecía inextricable. De pronto, corría locamente. Por la arena.

Playa extraña. Sin particular hostilidad, pero muy inestable. Rocas que se erguían curiosamente, irregulares. Marismas. Cosas, pedazos, seres que parecían ser resplandores que se agitaban. Sin embargo, una turbulencia como inmóvil. Animales pegados a las rocas. Como mejillones. Petrificadas, las rocas, movediza: el agua.

Todo aquello inmóvil, y movedizo. Estaba lleno de aplomo y al mismo tiempo relleno de temor. Un miedo muy seguro de sí mismo. Ya no conseguía saltar de roca en roca.

«¡Cualquier cosa tirada en un montón —dijo—, del revés, sin fondo!» Por su parte, nada de obstinación ni de revancha —dijo también—, sino la sensación de tenaz perpetuidad de aquel desequilibrio que por eso (por lo incesante de aquella confusión, lo incesante siempre de cualquier vía de acceso, en el último momento, destruida, sin embargo cada vez surgida por descuido en el último momento) se perpetuaba. Perdiendo el equilibrio, aguantaba.

Lo mismo con su cuerpo. Sostenía que la torpeza de su cuerpo, le sostenía el cuerpo. Igualmente, si perdía el equilibrio, aguantaba gracias a esa incesante deficiencia. Y aguantaba muy bien. Surgía cayendo. Y todo encontraba una manera —por la multiplicidad espontánea de esos movimientos desordenados— de perpetuarse sin acabar: acabando sin cesar. Con frecuencia se despertaba empapado en sudor, de noche, y luego volvía a hundirse en su frío sueño. Sin haber realmente accedido al sueño.

Jueves, 12 de abril.

Esta mañana me pareció que era duro despertarse y sentir de repente, físicamente, como en la punta de los dedos, la sustancia pavorosa de la muerte. Había soñado con C. y en el sueño me había olvidado de que ya no estaba viva.

Testigo mi cama.

Viernes.

Ulrike decía que Ch.-V. se casó con C. porque no podía gozar de ella de otra forma.

Luego —que ella le abandonase— la hizo amarla. Desesperadamente.

Después de mí, C. habría amado a Gladys. Luego, a Ulrike.

Hacia las siete, vino A. El pequeño D. no mejoraba. A. admiraba su orgullo, su humor pese a la fiebre y el insomnio. No soportaba verle sufrir. Me dijo que estaba *en un tris* de rezar para que todo el sufrimiento de D. pasase a él, lo acaparase, cargase con él, y que aquel cuerpecito se viese liberado.

Me pidió que fuese a comer el domingo. Se lo prometí.

Sábado, 14 de abril.

No dormí. C. volvió a contarme detalladamente la escena del baño. Después de que yo le hablase.

Volvía a rue de l'Arbre-Sec. Gracias a un cambio que la había sorprendido, de pronto se sentía en la tranquilidad más plácida, cuando más bien había creído que iba caer en la desesperación, y en los gestos vehementes que suelen acompañarla.

Se sentaba, se desnudaba, ordenaba una por una sus prendas de ropa, con lentitud, y con un cuidado de niña meticulosa. Echaba agua en una jarra —no poseía bañera, ni bidet, ni una palangana, tan pequeño era el sitio, y tan viejo el inmueble—. Cuando visitamos esos dos cuartos vetustos, y altos, C. dijo que prefería la belleza de aquel lugar a cualquier otra cosa. Entonces llenó la bañera. Volvió a sentarse ante el espejo y se puso a desmaquillarse aplicadamente. Le parecía que la luz del mundo nunca había proyectado una fuerza tan cruda. Que nunca había visto con tanta claridad. Una vez acabada la tarea, con calma, volvió a levantarse y se metió en la bañera, a la que, una vez sentada, añadió una gran cacerola de agua caliente. Esperó.

El día siguiente la encontró en aquella posición, el cuerpo desnudo, sentada en el agua helada. No sabía cuál había sido la naturaleza de aquella noche. Había pensado en esas fascinaciones absolutas que causan —según dicen— las serpientes; espantan a sus presas, las inmovilizan en la seducción, es decir, en la rivalidad, es decir, en la muerte. O bien, quizá, aquella apatía sería una reacción del cuerpo cuando de repente percibe su incapacidad de afrontar un dolor —a sus ojos, insuperable por otras vías que no sean la retracción, la carencia, la ausencia.

Un rayo de sol —la puerta había quedado abierta— que el día al

alzarse, el ángulo de la ventana, y la estación proyectaron sobre los viejos tablones del suelo del dormitorio, al límite del embaldosado rojo, la hizo arrodillarse en el agua, aturdida, con la mirada extraviada, los miembros sin gracia y con esa granulación que produce el frío y que es comparable —se dice— a la que aparece en el cuerpo de las gallinas cuando se las despluma, antes de espetarlas.

Luego se arrodilló en el embaldosado. Acercó la boca al rayo luminoso y luego —forzando el cuello— intentó en vano lamerlo.

Sin secarse, ni en pie ni del todo a cuatro patas, fue a sentarse sobre el mismo suelo, en el ángulo cerca de la chimenea que casi forman la cama y la ventana. Y ahí permaneció durante parte del día.

Domingo, 15 de abril. Llamé a E. D. ya se sentía mejor. La fiebre había bajado un poco. Dije que llegaría pasado el mediodía.

Compré unos huevos. Y tuve buen cuidado de llevar el objeto de la gran pasión de D.: un *éclair* de chocolate.

Estaban allí Gladys, Ieurre y Karl. Desde luego, habían hecho igual que yo. Dispuse mi contribución cerca del gran piano. El cuarto parecía un gallinero.

Élisabeth fue a avisar a D. de que las campanas ya sonaban de nuevo. ¿No había oído el carillón? Llegó caminando lentamente, todo pálido, pero gritando de alegría. Quiso probar de todo a despecho de los reproches de su madre.

—Puedo —preguntó D.

—Se dice: «¿Puedo?» —le corrigió Ieurre.

Estaba blanco y había adelgazado, pero fingiendo que desbordaba alegría. Gritaba los hosannas. E. dijo que sus padres quizá le llevarían al campo. Pero que, este año —y para su gran decepción— no pasaría las Pascuas en Saboya.

A. parecía contento, y disertaba con entusiasmo.

—Me hace usted pensar en Okura —dijo de repente Karl. Okura dice que cuando se come un melón, piensa en sus hijos, pero que cuando come unas castañas, aún piensa más en ellos.

—No es del todo cierto. No se cura uno porque sus hijos se curen de sus enfermedades —dijo A.

E. no estaba del todo segura. «En cualquier caso —dijo— una inquietud con motivo es un buen sustituto para un terror quimérico.»

Lunes, 16 de abril. Pasé por la rue des Bernardins.

«Ya no soporto más este silencio», me dijo Marthe. A. estaba allí. Tocaron la sonata en *mi* menor de Fauré. A Marthe le gustaba mucho.

«Paul con la mirada fija en un recuerdo —dijo después de tocar el segundo movimiento, y volviendo a tensar el arco—. Labios de niño

que se dirigen a la sombra. Herida que se rasca para que siga sangrando. Y que, si se le apremia a que se cure, a que regrese, se aparta suavemente, calmado por la nada, con manos y labios un poco turbulentos de fiebre, y se aísla en una ensoñación sobre lo que no está ahí. Sobre lo que nunca estará ahí. Sobre lo que ha muerto.»

Luego —después del *finale*— añadió:

—Cuánta ausencia requieren las escenas imaginarias para constituirse, y más aún para que logren amueblar el vacío y mantenerse en él. No sólo son imaginarias (están tejidas sobre ausencia) sino que ellas mismas, tal cual son, están ausentes. Y aquel que es, no es más que la mirada que el espectáculo inventa para sí: el doble que esta ausencia de yo asume y a la larga hace creer singular, idéntico, autónomo, y presente. ¡Ni siquiera es con N. con quien sueña!

—No sé —dijo A., colocando bien sobre el piano de Marthe una larga franja de terciopelo granate, bordada—. Pensar en N. es pensar en la muerte. Pero qué cierta es toda esa gran sabiduría sobre nosotros mismos que creemos tener, y que se multiplica en memoria, y que se basa en esta increíble amnesia de la nada. De la «nada» de lo que nace. De la «nada» de la muerte. De la «nada» que se apresuran a rechazar todos esos pequeños relatos con los que uno se llena la cabeza de mentiras para interponer *una distancia oceánica* entre lo que soy (porque soy, ¿no es verdad?) y la muerte.

Martes, 17 de abril.

Ella estaba hundida en la butaca. Las rodillas abultaban bajo la falda, a la altura de los senos. Poco decente. Una lágrima en el labio superior. El cabello muy bien peinado, pero las manos retorcidas y blancas, agitadas. Un aire lastimoso: «¿Por qué dejas de amarme?». No podía respirar. La cabeza trataba de evitar mi mirada.

De repente se levantó y fue a la ventana, la nariz hacia el friso de las carpas, iluminado por el amanecer. Lloraba suavemente.

Miércoles, 18 de abril.

C. me emparedaba vivo en su cuarto so pretexto de que nos amábamos. Yo había perdido hasta el derecho a vestirme. Ella me reprochaba cualquier interés que tuviera en lo que fuese más allá de su cuerpo, y de una parte determinada de su cuerpo. No paraba de desnudarla, queriendo que yo me afiebrase al verla, y me obligaba a demostrarle mi deseo. Si me atrevía a adormilarme, la primera cabezada ya era un crimen. Ella no dormía.

Yo pensaba en la miel, y en las náuseas que provoca. Veía esas viscosidades que gotean de las heridas de los árboles.

Jueves, 19 de abril. Por la mañana me llamó Ieurre: «¿Has visto el calendario?», me preguntó. Respondí que no. Me hizo observar que, este año, la fiesta de los mártires caía en Santa Emma, y lanzó una carcajada. Me informó de que Quoeun se *había* quedado algunos días más en Baviera, retenido por un lumbago que le hacía sufrir mucho. Entonces me dijo que hasta sus últimos amigos le *abandonaban*: que Quoeun pronunciaba «lunvago». Pero, hablando en serio, ¿existía de verdad esa enfermedad? Ieurre destiló su hiel.

Dijo que Quoeun se parecía a esos búhos que sólo aman las ruinas.

Karl pasó a verme a las nueve. El 1 de mayo iba a dar una fiesta. Estarían todos los amigos. Me trajo una traducción recién publicada de Yakamochi, del que era bastante entusiasta, y que pensaba que me iba a gustar.

Yo le hablé de C. De esta obsesión mía. Pareció molestarse. Guardó silencio. Luego me dijo que estas crisis de remordimientos no le parecían —a decir verdad— del todo infundadas. Que él había sentido una amistad infinita por ella. Que en efecto —entonces— yo no le había parecido del todo *bien*. Que ella le había hablado demasiado de mí, antes de morir. Que llegué a parecerle *odioso*.

Viernes, 20 de abril.

Pensaba en lo que Karl me dijo la víspera. No soportaba aquella idea. ¿Una deslealtad de C.?

Karl juró que C. le había dicho —poco antes de morir (pero no recuerdo haber dejado en casa de ella, al dejarla, ninguna prenda de ropa)— que ella a veces descolgaba la percha de mis viejos pantalones de franela, bastante gastados.

Él dijo que ella los dejaba sobre el respaldo de una silla, de tal forma que las perneras hinchadas de aire parecían ocupadas. Entonces dijo que ella se tumbaba en la cama y que, mientras los miraba largamente, los deseaba.

Sábado, 21 de abril. Almorcé con Recroît. Luego pasamos a ver a Marthe.

Paul por fin aceptaba hablar un poco, o más bien murmurar.

Pero había recaído en la droga. Marthe lo lamentaba. Argumentaba sobre casos de la familia, ejemplos del pasado. Que era culpa suya. Que le había dado mil pastillas, somníferos. Que no se lo perdonaría nunca.

El moralizador trató de tranquilizar a M.:

«No hay una moral —dijo—. Los propósitos son demasiado improbables. Sólo hay circunstancias, y gestos azarosos.»

«Las nociones de injusticia y de maldad —prosiguió— carecen de fundamento. Redes tejidas entre individuos, que no tienen otra realidad que los objetos de esperanza y las apreciaciones de desesperanza de aquellos que las anudan o que se enredan en ellas, las sufran o se beneficien de ellas. Sin defectos, ni virtudes. Las cualidades y los valores son inexistentes. No se encontrarán ejemplos de ingratitud en las piedras o las hierbas. Ni rastro de maldad o de bondad bajo el sol.

«Ni una lágrima, ni una pizca de moral después de milenios de morales diversas, e incompatibles.»

Pero Marthe se burlaba de todos estos argumentos. Parecía muy desdichada. Su cabello se había ido volviendo poco a poco blanco. Al separarse de ella R. me dijo que en sólo un mes «ha envejecido años». Que se había convertido en una *viejita*. Yo le dije que, en efecto, con los discursos que él le endilgaba, no llegaría a centenaria.

Domingo, 22 de abril. Pasé por rue du Bac hacia las quince horas. En la entrada, sobre la cómoda junto al pasillo, tres tulipanes parduzcos, marchitos, tiesos.

D. corrió hacia mí y me recordó mi promesa. Yo no me acordaba de haberla hecho. Se ve que cuando estaba enfermo le dije que le regalaría un periquito. O un tortolito. O una tórtola.

Cruzamos el Sena. Fuimos al quai de la Mégisserie, a la pajarería, para comprar una tortolita que se llamaba Julie incluso antes de que él la viera.

Lunes, 23 de abril.

Leí, en la traducción que Karl me había prestado, que Ôtomo no Yakamochi, tras la muerte de su mujer —en el año 754, precisaba el traductor, en una nota muy erudita— dijo que en el mundo no quedaba nada de ella, y que cuando pensaba en ella no podía hablar. Que su pena era indescriptible, y que, para empezar, era imposible pronunciar el nombre de su mujer sin mancillarlo con su dolor. También decía —con el énfasis de un deseo de lo más hiperbólico— que si ella aún estuviera allí, como él no tendría valor para soltar ni por un instante el cinturón de su vestido, los dos estarían siempre juntos, como dos patos que avanzan por el agua.

Seguro que estaba yo algo cansado. O el recuerdo de C. era demasiado lancinante. Nos veía como dos patos, y el estanque; y esta idea no me daba risa. Al revés, me conmovía. No se me ocurría una imagen más hermosa.

También pensé en otra comparación japonesa —mucho más frecuente, por lo menos en la traducción que estaba leyendo—, según

la cual efectivamente ciertos palmípedos y todas las aves marítimas nos superan. Se sumergen, pero reaparecen.

Martes, 24.

C. era capaz de abandonarse a lo que sentía. El miedo exacerbaba la percepción que tenía del mundo. Y como el corazón le dolía, y parecía ceder, toda ella se convertía en el crujido de una rama, helada. Se hundía, se desplomaba sobre sí misma con el ruido seco y brusco del agua cuando cuaja en hielo y amplifica en el suelo los charquitos. En invierno, ella era el zumbido del silencio, el roce interminable de los cristales de nieve que se pegan los unos a los otros y se modifican, se deshacen, y se transforman hasta volver a ser agua.

Miércoles, 25 de abril.

C. lloraba. Estaba desnuda. Se negaba a hablar. Entonces posaba las manos sobre los muslos, y me miraba.

Jueves, 26 de abril.

C. me decía: «Lo único que cuenta es el amor. Sociedad, amistad, trabajo… todo eso no me interesa nada. ¿Se te han caído ya los dientes de leche? Es demasiado tonto».

Viernes, 27 de abril.

C. no paraba de reprocharme la insuficiencia de mi amor. Lo poco que me entregaba.

«Es una tempestad corta —demasiado confusa y precipitada, seguro—, pero real… dijo sobre el amor. Que tiene la *inmensa ventaja* de ser real…»

Domingo, 29 de abril.

En el jardín del Luxembourg, junto al estanque donde D. empujaba con una caña un barco de vela, tumbado boca abajo y extendiendo el brazo, A. y E. sentados juntos, abrigados, un poco trágicos, como dos somormujos fieles.

No me acerqué. Epitalamio de E. y A.

Lunes, 30 de abril.

En la rue de Saint-André vi a un chico de cuatro o cinco años, junto al vendedor de plantas y flores, sentado en el bordillo, sacando rápidamente de un bolsillo de sus pantalones de franela unos tesoros minúsculos y metiéndoselos enseguida en el otro bolsillo. Con un aspecto muy rico y una mirada muy ausente. Establecía una especie de récord.

1 de mayo. Fuimos todos a casa de Karl. Sin los instrumentos. Ieurre sacó el coche para llevar a Gladys. Élisabeth y A. se fueron a buscar a Marthe.

Yo fui a pie. En la rue du Fer-à-Moulin, tropecé con Thomas, que me dijo que seguía sin conseguir un empleo. Quoeun y Recroît ya estaban allí. Quoeun caminaba con mucha dificultad y parecía dolorido.

«¿Otro *lunvago*? ¿O bien un *lombago*?», se mofó Ieurre, acercándose a él. Queun respondió que tenía la rodilla *machacada*, que se había caído en la escalera. Recroît tuvo que ayudarle a llegar a su sitio.

Karl había preparado un estofado de jabalí maravilloso. Tenía el color de la noche. La carne su fundía en una salsa acre, pesada.

No sé por qué, le hablé a A. del chaval que me había encontrado en la rue Saint-André, que distraía su tristeza haciendo aparecer y desaparecer de los bolsillos unos hombrecitos de plástico, coches en miniatura y trozos de cuerda.

A. habló de intensificación del intercambio, de imitar a los padres, de capitalismo. Yo le sugerí que no exagerase tanto, o que la desgracia le transformaría definitivamente en profeta, en Recroît. Entonces habló de si la madre está presente o ausente, si es buena o mala, etc. Me enfadé. Cuando estaba bien nunca hubiera pronunciado semejantes tópicos. Le hice observar que sería paradójico que todos busquen con tanto tesón un estado que nadie ha conocido, y que quisieran recuperar una dependencia de la que no había un solo ejemplo demostrado bajo el sol —por lo menos según la confesión de los que habían dado alas a la idea. Los niños gritan.

—Otros siglos no lo mencionaron —intervino Quoeun. Así que era posible que esa nostalgia fuera inducida. Y que se tratase sólo de un ensueño convertido en mito, que había suscitado sus sacerdotes y sus monjas.

E. provocó entonces una larga y espesa discusión sobre el concepto de infancia. Debatió con A. sobre la educación de D. Contra las ideas de protección, de seguridad, de asilo. «Ya veis adónde el refugiarse ha llevado a A. A meterse en su propia concha: ¿qué concha?»

«El único principio para educar —dijo A.—. Coherencia, y consecuencia. ¡Y esto, por más que las decisiones a las que lleven sean arbitrarias e indefendibles!» El argumento era más o menos el siguiente: cuanta más autoridad se ejerciese, más se exponía a ser desafiada. Así que lo que era muy claramente prohibido dejaba de ser cualquier cosa insignificante y se convertía en deseable; el aburrimiento desaparecía; no estaba uno perdido; para generar sentido más valía confiar en la prohibición que apelar a alguna improbable

naturaleza contigua o inmanente a las cosas mismas. El que combatía contra lo que se le resistía con una sencilla evidencia adquiría su resistencia o su propia definición.

Élisabeth: «Extrema derecha», dijo. Que la dejase actuar según le dictaba el instinto.

Entonces la discusión se extendió a la mesa entera —con gran confusión de voces—. Tomas tomó la palabra: familia, escuela, sociedad, se empeñaban en capturar y reducir al niño. Escarificaban, encerraban, empobrecían su cuerpo. Enderezaban, culpabilizaban a la inocencia, acosaban la gentileza natural, burlaban su maravillosa sencillez. Reglamentaban, obstaculizaban la ebriedad juguetona y el apetito de vivir, domesticaban el islote nuevo de lo posible, ponían a marcar el paso a una realeza deslumbrada. Perseguían a la libertad y convertían al pequeño Dios salvaje mudo en un mártir charlatán…

«… ¿Una víctima en el altar del capital?», sugirió Ieurre.

—¿Un chivo expiatorio de la violencia de sus padres? —preguntó Marthe.

—Pero ¿qué es la educación —exclamó Ieurre con una vehemencia y una convicción que no eran normales en él— sino ese placer adquirido por aquel que es su objeto de la adquisición de ese *cáncer* del que mueren los que le educan? ¿Esa atracción que ejerce el miedo que descubre, con admiración, en el rostro de los que le sojuzgan? ¿Ese deseo impaciente de asimilar la culpabilidad de los mayores, y de la que da testimonio toda su gravedad, y que se impone tan majestuosamente a sus ojos? Es ese apresuramiento tan mimético para aprender a fumar, a amar, a mancharse las manos —concluyó en tono vociferante (no estaba claro si hablaba en serio o no). Entonces Quoeun tomó la palabra:

Que le parecía, sin duda —igual que a Marthe y Thomas— que la familia, el Estado, las instituciones religiosas y escolares, habían prestado a la infancia una atención que le parecía excesiva. Que sin duda alguna habían superado la reducida función que la tradición antaño les encomendaba. Pero que aun así no podía creer en el idilio de Thomas. Que, cuando era niño, él nunca lo había sentido. Ni alegría de vivir, ni libertad: obsesionado de despecho por su incapacidad, de envidia respecto a los mayores que él, llevado exclusivamente por el deseo de liberarse de todas aquellas muletas, padres, prohibiciones, recomendaciones y modelos, y luego de tomarse la revancha, de afirmarse por sí mismo…

«La humillante debilidad de la infancia», dijo entonces R.

Marthe respondió sensatamente: para ella el niño era una prehistoria imposible. Que estábamos discutiendo sobre una mera ficción, sobre una sustancia tanto más oscura cuanto que su edad estaba lejos de ser simultánea a su percepción. Y que además aquella

percepción, aquel reconocimiento eventual, estaban enmarañadas con aquella infancia —¡eran como una especie de infancia recurrente!— (Ieurre inclinó la cabeza). Así que la infancia —prosiguió Marthe— era una especie de sueño proyectado después de experimentarla.

«O para decirlo con más sencillez —dijo Ieurre—, una novela sobre una novela…»

—Más aún —dijo A.—. Más que novela y más que fantasma: una nueva religión…

—Romántica… —añadió Ieurre.

—… y que había aumentado una dependencia y un sufrimiento que otros siglos habían lamentado, no habían intentado corromper, seducir, experimentar, ni sobre todo comprender. Pero quizá habían respetado más al dejarles —tal como se dice, en el fondo tan dolorosamente— *entregados* a sí mismos.

—Y más aun de lo que os pensáis —dijo R.—. ¡Religión en el sentido más estricto, con los grandes accesos teológicos, el gran movimiento de evangelización, multiplicando de forma que cuesta imaginar apóstoles, profesores, profetas, y toda esa pequeña clerigalla como los panes y los peces! Religión, en fin, que se había vuelto contra quienes la habían potenciado: cayendo en sus manos otros estados y otras edades, y asumiendo una responsabilidad que efectivamente hasta entonces ni siquiera habían imaginado. Esas sectas no habían tardado nada en subyugarlos e inmovilizarlos en sí mismos. Los viejos deberes tradicionales se habían transformado rápidamente en cargas monstruosas, en catecismos contradictorios y efímeros, continuamente reinterpretados. Aquella parálisis aterrorizada se convertía en malestar, el malestar se transformaba en hostilidad sorda, y luego en hostilidad agresiva…

—… ¡que al final, poco a poco, ha conducido —dijo Marthe— a la disminución del número de niños!

Entonces Quoeun volvió a tomar la palabra. Que a fin de cuentas la educación clásica le parecía más sensata. La infancia le parecía un estado que llevaba consigo una humillación muy fuerte; por la debilidad de su naturaleza; por la imperfección de sus atributos; por su impotencia; por su ciencia. Le parecía que nada podía elevarlos de ese estado sin sojuzgarlos aún más. Dependencia absoluta. ¿Acaso los niños, en cuanto nacían, no mendigaban su vida a la vida de su madre? En resumen, una condición sometida y de una duración espantosa, y de la que nada hablaba salvo el silencio y el miedo mudo, y del que ninguno de ellos podía avisar de otra forma que con gritos sin sentido y lágrimas impotentes. Gritos penetrantes, soledad, incapacidad febril de alimentarse, de moverse, de expresar el malestar, que había que respetar con un poco de miedo, una incomprensión deferente, y una constante referencia al poder limitado

de los hombres y a la acción —más considerable, y también mucho más generosa— del tiempo.

—Vida constreñida a vegetar —dijo R.—, pero también incapacidad total de vida interior. Pequeña humanidad incapaz de la sociedad humana.

—El estado de infancia —prosiguió Quoeun— tuvo antaño el honor y la audacia de deshonrar a Dios dos veces: primero, mediante el pecado original, que se transmitía a los niños desde antes de su propio nacimiento. Y luego por ese otro pecado —en efecto, de los más repulsivos— que representa a los ojos del creador el mismo acto en el curso del cual fueron concebidos. Niños dos veces horribles: frutos del pecado y secuelas de la maldición de Dios en su primer Jardín. Y antes del bautismo, que los sacrificaba al sacrificio (que los convertía a Dios por la imitación de su muerte), tal como eran: «¡Enemigos de Dios, cautivos del diablo, esclavos del pecado, herederos del Infierno, hostias inmoladas a la muerte, y a la muerte eterna!». Pues bien, yo os confesaría —confesó Quoeun— que yo esto lo entiendo. Recuerdo la infancia como una larga, una interminable residencia muy triste, ofensa incesante, y que no puede sino despreciarse por las limitaciones, las torpezas y las faltas cuya existencia no dejan de gritarle a los oídos. La memoria es un lancinante recuerdo, en nosotros, de aquel estado, y que empuja a renovarlo…

—Incluso —añadió Recroît—, Bérulle hablaba de esas silenciosas y pequeñas «propias ruinas» que es el estado de infancia en nosotros, y que sería la única clase de recuerdo que conservaríamos de la muerte.

—La infancia, el paraíso, la alegría, la creatividad, la libertad, la inocencia, la edad de oro… —dijo entonces Karl.

—La infancia, la tempestad, la oscuridad, el frío, la muerte, el miedo, el desafío, la seducción, el aburrimiento intenso, el abandono, la soledad, la ausencia, la agresión pura, el infierno… —dijo Marthe.

Finalmente pasamos a hablar de cosas menos vagas, más anecdóticas, más interesantes.

Miércoles, 2 de mayo. Por la tarde pasé por la rue du Bac. En la entrada, en el jarrón, flores blancas y amarillas como flores de retama. A. estaba en bastante buena forma y discutía con R. Decía:

«Lo que en nosotros reprime, es más angustioso que lo que se reprime. Podemos hablar de estas pequeñas cosas durante horas, o bien callarlas (no porque queramos mantenerlas en secreto, sino para no importunar a los que nos rodean, que tienen sentido del pudor). Da igual. Son totalmente indiferentes. Además, enseguida hay construcciones verbales que las substituyen y que poco a poco las

fabulan. Pero la complejidad y la fragilidad de nuestro cuerpo —en que estamos tan totalmente desvalidos que esposamos la materia sin dudar— son ideas terribles, de un mecanismo tan frágil y tan totalmente cercano, tan totalmente determinante, con poder sobre nosotros, tan totalmente rey sin que seamos conscientes de él —igual que nosotros somos sin ser conscientes de ser— y tan impenetrables a nosotros mismos. —El escrúpulo, en latín —dijo R.— es una piedrecita aguda que se siente como situada en el interior del cráneo. La preocupación. Por momentos se oye crujir pequeños tumores en la cabeza, el silbido y el dolor de unos pinchazos.»

Me miraron. No se me ocurrió nada que decir. A. volvió a tomar la palabra:

—Subordinación humillante, en efecto. Percibimos tan materialmente, que pendemos de unos hilos.

—No hay en el mundo manera de que yo pueda ver la viga que tengo en un ojo —dijo R. con tono sentencioso—, esta cosa tan sofisticada y violenta que me permite ver. No hay forma de que la vea con mis propios ojos.

Jueves, 3 de mayo.

C. tardaba muchísimo en vestirse. Estaba convencida de que nunca estaba «suficientemente presentable». La idea de ser vista le daba una especie de vergüenza. Quizá la idea de llevar velo nació de las mismas mujeres, en su extraño comercio con su propio cuerpo. Por lo menos eso es lo que yo pensaba, tontamente, cuando la veía acicalarse con tanta angustia.

«Qué mal hecha estoy.» O bien: «Como un bicho raro». Estas cosas las decía en un tono especial, agudo, casi bobo, cuando yo iba a su casa a buscarla para salir juntos, para ir a cenar.

Viernes, 4 de mayo.

Th. me telefoneó, sigue en precario y sin trabajo. Pero no tuve ganas de verle.

C. se me seguía apareciendo. Y yo no conseguía fatigar o gastar su recuerdo.

Sábado 5 de mayo. Santa Judith.

Era en primavera.

C. estaba de pie, delante de mí. Había empezado a desabotonarse el vestido y al mismo tiempo se puso a hablar. Había poca malicia en su mirada y un impudor naciente que me desagradaba. Cuando estuvo desnuda, siempre sin dejar de hablar, después de acercarse a mí, se puso de espaldas por no sé qué motivo. Era bella, un rayo de sol

entraba por los postigos que estaban cerrados, porque afuera hacía mucho calor, y le daba en las nalgas. Yo le veía las nalgas y ella seguía hablando. Yo no la oía y ella me desagradaba. Aquel oleaje de palabras, aquella desnudez tan laica, aquella asociación de palabra y desnudez, ¡qué chocante resultaba!

Domingo, 6 de mayo.

Ieurre y Recroît pasaron a recogerme. «Ya no nos visitas nunca», se quejaron. Entonces me llamó Quoeun. Volvía a Baviera hasta el 14. Luego nos fuimos a la rue du Bac.

En la entrada: dos ramas de lilas feas, violetas, muy mareantes.

—Qué perfumado está —dijo R. entrando.

—No. Odorífero —dijo Ieurre.

—¡Qué feo es! —se rebeló Élisabeth.

—Sin duda perfumado se dice de lo que desprende un buen olor —replicó Ieurre— pero a condición de que ese olor sea prestado.

Élisabeth se encogió de hombros.

—¿Es este el caso? —insistió Ieurre.

Élisabeth no le respondió y fue a avisar a A. de que estábamos allí.

En el salón, Ieurre habló de Florence. Luego extendió sus comentarios a Gladys, a Suzanne, a Véronique. Incluso Élisabeth —que no estaba allí— fue objeto de sus represalias.

Recroît pretendía que la *alegría* volvería. Mencionó un misterioso *efecto de regreso.*

Me sorprendí pensando qué hacía yo con ellos.

Pasé a darle un beso a E. y a D. Y tomé el camino del regreso.

Lunes, 7 de mayo.

Era herir innecesariamente a una mujer muy enamorada informarla de la escasa fiebre que inspiraba la existencia de su cuerpo.

No sé.

Martes, 8 de mayo.

Me encontré de frente con Bauge e Ieurre en el ascensor de la Casa de la Radio. Hay sitios en que la tristeza te asalta de inmediato. Hablamos de política. Luego, de A. «Ha cambiado», dijo Bauge. «Está cambiado», reiteró Ieurre. Bauge hizo pronósticos sobre el signo de Saturno y evocó la vieja teoría de los furores. I. habló de la melancolía de Littré y de la traducción que este hizo de Hipócrates. Estimaban que hubiésemos debido comprar eléboro para purgarle de su angustia. Ieurre nos avisó de que, a poco que quisiéramos hablar correctamente, había que decir *purificarle*. B. describió con todo detalle una antigua

receta para preparar eléboro que —ya no sé cómo—acabó en Burton. Yo estaba muy irritado (además se sumaba el horror difuso, turbador, gris, del lugar). No soportaba sus bromas y aquella especie de escalada de erudición ociosa, pasatiempo de profesores vetustos. Formulé el deseo de que A. volviese al estado en el que había estado, más que olvidar el vacío con la ayuda de semejantes muletas. Con el socorro de tan lamentables y pedantes *analgésicos*. Bruscamente, me fui.

Miércoles, 9 de mayo.

Gladys había dado a luz a una niña. Parecía feliz. La criatura minúscula, violeta, tremenda, y sus dos puños bruscos.

El padre la había bautizado Henriette. Con el consentimiento de Gladys.

Jueves, 10 de mayo.

Gladys dio a luz, la víspera. Ieurre me había llamado por teléfono desde la clínica. Parecía extremadamente agitado. «Ya no estaba en la edad», pretendía. Fui.

Habíamos esperado juntos —en el cuarto— que Gladys regresase de la «sala de trabajo». Olor a leche, sudor, éter, sangre, era un poco asfixiante. Mientras tanto Ieurre —nervioso, exasperante— me leía la cartilla. Que hay que decir que las ovejas y las perras *paren, están de parto*. Que la gama pare un *cervato o cervatillo*, que si la cerda no ha parido es *nulípara* y toda vaca que da a luz *jeda*. Pero —añadía, citando en su favor carretadas de explicaciones— la hembra del hombre ni pare ni alumbra. Que hay que decir *engendrar*. Yo le aseguré que todo aquello era demasiado oportuno para ser soportable.

Viernes, 11 de mayo.

Con Zaezon tuve que pasar por casa de Karl. Estuvimos trabajando. Hacia las siete, K. nos interrumpió. Dijo que tenía que regar las flores, sus *barómetros*, añadió. No le entendí.

El cielo estaba encapotado. Me mostró sus pequeños abetos en el balcón, con las piñas cerrándose unas contra otras antes de la lluvia. Me enseñó que entonces la pimpinela y el cardo cierran sus flores. Como, antes de la tempestad, el diente de león se abriga bajo sus hojas. Que antes del calor, en señal de buen tiempo, el tizón del trigo inclina la cabeza, y la amapola alza la flor.

Yo estaba encantado. Como un niño que encuentra una joya. «¡Habitantes de las ciudades! ¡Miserables!», gritaba él, entre risas pero señalando la puerta con un dedo imperioso. «¡Fuera!»

Nos fuimos. Cené con Zaenon en la rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Sábado. Llamé a Élisabeth. A. se encontraba bien, pensaba cada vez más en serio en ponerse de nuevo a trabajar. Le dije que me iba por una semana. Aquella misma noche tomaba el avión.

«¡Qué graciosa es la recién nacida!», me dijo. Acababa de volver de la clínica.

Sábado, 19 de mayo. Recroît vino a buscarme al aeropuerto. Cenamos juntos. Hablamos de Quoeun.

—¿Qué hacía usted el 19 de mayo de 1838? —me preguntó, en broma.

—Lo mismo que usted el 23 de noviembre de 1654.

Al regresar, en la rue Mazarine, nos encontramos a Ieurre que volvía de alguna velada, abrigado con un impermeable nuevecito, pero visiblemente demasiado grande.

—¿Qué tal la criatura? —pregunté.

—Una pequeña Henriette, era un nombre verdaderamente maravilloso para un conservador —añadió R., de forma estúpida, la verdad.

—Debería usted saber, mi buen amigo, que al contrario que en Henri, la h de Henriette nunca es aspirada —replicó Ieurre.

—¿Y le ha puesto ese nombre para poder ir dando leccioncitas? —preguntó Recroît.

Domingo, 20 de mayo.

Almorcé en la rue du Bac. En la entrada: altas peonías, pero demasiado abiertas, casi como si tuvieran cresta.

El tiempo era pesado y brumoso. Pasó Ieurre. A. se quejó de que no tenía nada en que entretenerse.

«Acuérdese de la civilización de la India —dijo Ieurre—. El más puro no sirve. E incluso, en caso de extrema pureza: ya no sacrifica. ¡Está en la *santa inutilidad*!»

—¿Y qué tiene eso de extraño? —le dijo Élisabeth—. Trabajando en la ausencia de trabajo… Todo el día, toda la semana, pensando en las musarañas, *embobado*…

—*Bostezando* de tedio —dijo Ieurre.[11]

—Guárdate del agua mansa —dijo Élisabeth.

—No sé qué hacer con mis *diez dedos* —dijo A., un poco abrumado.

—Por lo menos, diez uñas. ¡Felices los estériles! —exclamó Ieurre con grandilocuencia—. ¡Felices los vientres que no han engendrado! ¡Los senos que no han amamantado! ¡Yo me jacto de que cuando me muera no dejaré ni una *miguita* de mí mismo!

—Pobre Gladys. Pobre pequeña Henriette…, —dijo E., riéndose.

—Un muy *poderoso infecundo*, eso es lo que soy —dijo A., suspirando.

—¡O mejor dicho un notable *impotente fecundo*! —dijo Élisabeth partiéndose de la risa.

—¡Ah, no! —exclamó Ieurre—. Esta segunda vuelta es de una impropiedad clamorosa… ¿Y si vamos al zoo? —sugirió de repente. (Pronunciaba con afectación zo-o.) D. se puso muy contento.

Pasamos por la rue de Nevers. Cargué con la pequeña Henriette.

En Vincennes, Ieurre, con aire inquieto, dramático, me hizo un aparte:

«El pequeño D. está extraordinariamente mal educado —me dijo—. No sé cómo va a acabar esto…»

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha hecho? —pregunté.

—¿No lo has oído?

Esperé a que se explicara, aparentando perplejidad.

—Ha dicho *ciervito* —me dijo—, no cervato. Y gama, ha dicho gama. Y en vez de sabana ha pronunciado *sábana*…

Lunes, 21. Quoeun me telefoneó. Quedamos para el viernes.

Martes, 22 de mayo. Me llamó Marthe. No se olvidaba del lunes que viene. Pero Paul la había dejado. Se había ido —definitivamente, le había dicho— a la casa de campo de sus amigos. En Vence. Ella estaba triste. Viuda, y ahora rechazada por un hijo —¡y excluida por culpa de las drogas!—. Él se había llevado sus libros, su escritorio. En una camioneta. Antes de irse, sólo le había dicho una cosa —además, bastante enigmática: que ya nunca más podría vivir con mujeres. «Son lo que siempre sangra. Son la crueldad o lo que habita en ella.»

Jueves.

No hice nada. Me pareció que C. se alejaba. Su visión se estaba gastando.

Viernes, 25. Fui a la rue des Poissonniers. Q. no había previsto que nos encontraríamos el lunes. Tomé uno de sus violoncelos, y ensayamos un poco en dúo. Pero él sufría. La pierna volvía a dolerle. Y cuando estiraba el arco, la espalda la proyectaba hacia delante.

Cenamos hacia las diez. Comimos dos pichones con habas. En silencio.

«¡Oh! He leído algo muy notable —dijo cuando acabamos de comer—. Por lo menos notable para una página escrita en tiempos de

Louis XIII. Tengo que leérsela.»

Ganamos lentamente la biblioteca. Había anochecido. A ciegas buscó la lámpara, agarró el interruptor; la lámpara se encendió.

Yo me senté en un Voltaire desfondado, no sé si violeta o verde, pero descolorido. Tomó de las estanterías un grueso in-cuarto rojo, publicado cuando la Fronda.

«Es del gran Cardenal. Es de Bérulle —me dijo, mientras lo hojeaba —. Aquí, está en la página 705. ¡A Ieurre esto no le gustaría nada!»

Se sentó en una especie de sillón entablillado y rechinando los dientes, se puso las gafas y leyó:

«¿Qué somos? ¿Qué sabemos? Somos un poco de polvo, y algo sabemos de las Lenguas. Y cuando amamos y estimamos algún conocimiento de las Lenguas, ¿qué hacemos sino llenarnos de la nada? Son palabras nacidas desde hace poco tiempo, y que pasan con el tiempo, y de las que aún no tenemos más que la corteza y la superficie. Son palabras que sólo tenemos en préstamo, y no en propiedad…». Continuó así más de media hora. La voz le temblaba un poco. Parecía que leer le emocionaba.

Sábado, 26 de mayo. Ieurre me llamó. Se había ido para la Ascensión. Habían vuelto a abrir su casita cerca de Pontchartrain. Para secar el *maderamen*. Tuvieron buen tiempo, hasta el punto de que sacaron a Henriette a dormir fuera. La haya seguía pelada.

¿Quería yo ir? Le di las gracias. Que no se olvidase de la invitación de Wensleydale para el lunes.

Domingo, 27 de mayo.

Hacia las cuatro pasé por la rue du Bac. D. había regalado a su madre —era el día de la madre— un retrato que le había dibujado. Un rostro enorme, con el ojo redondo, en un círculo negro, propio de los héroes de las Cícladas, pero a fin de cuentas menos despótica que compasiva —de pie en el puente de un gran paquebote perdido entre un gran oleaje negro, y tocando el cielo con la punta de la cabeza—. El pequeño D. me enseñó también un ramito de claveles azules que había comprado para ella —me lo subrayó— con «su propio dinero». Le aseguré que todo aquello me parecía admirable. E. exclamó —cogiéndole de repente en brazos— que el «lenguaje» del clavel era «ardor» y le cubrió de besos.

Me acordé de Marthe. Sin duda uno de los días más penosos para ella. A. me dijo que había pensado en invitarla. Pero que no le pareció muy juicioso. Luego Élisabeth se fue con D. —al jardín del Luxembourg—, Élisabeth llevando el gran barco velero bajo el brazo.

Nos quedamos solos. Hablamos de Paul. A. aseguró que le

comprendía. No había conservado un recuerdo tan prestigioso de la infancia.

«Los niños, cuando son muy pequeños, aunque aún no hablen ni caminen, a menudo ya han comprendido, y desde hace tiempo, que pueden esperar más afecto de la punta de una manta por la noche que del amor de una madre. Si pudieran hablar, jurarían que hay ahí una regularidad, una ternura, una atención, una fidelidad, también una seguridad —del todo irreemplazables—, mientras que a los ojos de la madre no son más que desvalidos animales que sirven de chivo expiatorio para el odio. Objetos de chantaje para el afecto de los hombres.

«Los niños muy pequeños quizá añadirían —continuó— que las mujeres que los hicieron quizá no sean más que las substitutas de esos ribetes sedosos de las mantas de lana de su cama. Y substitutos groseros, bastante defectuosos pero que presentan la ventaja de parlotear.»

Memorial Day. Gladys prefirió quedarse en el campo con Henriette. Marthe, Élisabeth y A. fueron en el coche de Ieurre. Yo me fui con Recroît. Fuimos a pie. Por el camino nos encontramos con Bauge. Llegamos con un poco de retraso. Quoeun hablaba de Baviera. Por lo demás fue un «banquete americano» lleno de entusiasmo, pero sin que la conversación fuese particularmente interesante.

Thomas llegó con mucho retraso. Ya estábamos sentados a la mesa. Le habíamos telefoneado a su casa, sin respuesta. Temíamos que se hubiera olvidado.

Estábamos comiendo un almuerzo de río.

A la llegada de tres bonitos lucios —y de la mantequilla blanca— la conversación descendió a temas de cocina. La *sensatez* remitía a la *saliva*,[12] decía Bauge. —Lo que une y separa, decía R.—. Discriminación entre dulzura y amargura y quizá gusto de la muerte y gusto de la vida —me atreví a decir. Pero Élisabeth quería ordenar los diferentes sabores. Ocho especies dominarían a todas las demás:

«Lo dulce que está en la miel, lo amargo que se esconde en la absenta, lo graso que se desliza en la mantequilla, lo salado que se encuentra en el agua del océano, lo áspero que habita en el ajo, lo verde que se abriga en la *limonia*, o en las manzanas que no han alcanzado la madurez. Lo intenso que vaga en los aceites, lo agrio que habita el vinagre…

Esto dio pie a Recroît e Ieurre para discutir. R. afirmaba que las únicas «opositivas» eran del ajo al vinagre. Agrio y áspero como si dijésemos blanco y negro. Mientras que Ieurre se explayaba sobre su «opositivivas» y nos aseguraba que, al contrario de lo agrio y lo

áspero, lo que luchaba en nuestros labios era lo dulce y lo amargo.

T. E. Wensleydale se indignó de que prefiriésemos alimentarnos de palabras en vez de lucios. ¿Qué miel ni qué hiel podíamos encontrar en la salsa de la *beurre* blanc? Salió a preparar un pequeño bol. Luego hablamos de naderías.

Primero, una discusión sobre el estado del mundo. En general, discutían tres grupos: 1) T. E. Wensleydale aseguraba que desde los Reinos Combatientes había empeorado. 2) Bauge, Élisabeth, A. y Thomas: que siempre había sido tal como era. Que era innombrable. De un humor muy parejo. 3) Recroît y yo: que no se podía comparar. Que siempre había sido incomparable. Ni empeorado, ni mejorado, ni siquiera parecido. Siempre indescriptible.

Quoeun se dedicó con éxito a imitar a Wensleydale achicando los ojos. «Los ramos —dijo—, una vez se han formado se deshacen. Todo surge, no se fija, y nunca llega a su fin. Las casas, los seres queridos, riquezas, muerte, belleza, no acompañan en la muerte. Errar sobre una tierra errante bajo los pies. Todo lo real se dispersa, como la gente en el mercado. Todos mueren perdiendo su propio cuerpo…»

Quoeun se reía mucho. Casi era el único que se reía. Ieurre volvió a la discusión precedente.

«¿Qué mirada lanzan las plantas verdes sobre el mundo?», preguntó, muy contento con su frase.

—¡Pero si no hay un mundo! —dijo R.—. ¡O quizá es que hubo muchos! El mundo es una cierta forma imaginaria sobre una *nada ambiente.*

—¡Qué vacío, la Tierra entera! ¡Qué azar! ¡Qué absoluta negligencia! —dijo A.

—¡Oh! ¡Cuánto llegó a ser todo! —replicó R.— ¡Qué insignificancia! ¡Qué maravillosa insignificancia! ¡Qué ausencia de alma y de mundo bajo el mundo!

Ieurre declaró: «El género humano se divide en las siguientes categorías: los abanderados, los monederos, los portaplumas y los gafes».[13]

Se calló. Luego añadió: «Me olvidaba de los pitilleras y las licoreras. Añado ahora a los percheros y los esportilleros de la muerte».[14]

Esto sólo le hizo reír a él.

R. dijo que no era imprescindible tener un carácter gregario y religioso. Que de cuanto había él, por su parte, no sacaba la hipótesis de un mundo articulado, ni percibía un principio que lo rigiese, ni buscaba particularmente un patrón, referencia, sentido, orden para todo aquello indescriptible que alcanzaba a ver. Y sentía que no lo podía interpretar, porque sólo con su opinión no podía legitimar

ninguna desesperación, ni imponer ninguna felicidad. Ni nunca había creído que una historia le hubiera llevado hasta allí —sino un *desorden* de ritmos y de tiempos y de experiencias del tiempo—. Ni que le estuviera esperando ningún futuro. Ni había descubierto equilibrio alguno, por más material y por más oscuro que fuese. Ni que descansase, por así decirlo, en la palma de la mano de un dios.

—Nacimos con *la lluvia de ayer*.[15] Lo único que sabemos es su humedad —dijo Ieurre.

—Ni siquiera la que unta el cabello y revigoriza el olor de la lana y de las hierbas —agregó Bauge—. Hace mucho tiempo, el último neoplatónico, el diadocos Damaskios, negaba la sentencia socrática: no se podía saber que no se sabía. Sólo se puede ignorar que se ignora.

—Desde hace cuarenta mil años los hombres se arrastran… —dijo Élisabeth.

—Desde que se empezó a dibujar en las paredes o en los muros… En la Dordogne, en el Tassili, en Lagoa Santa, en los montes cantábricos… —dijo Quoeun.

—Nunca se ha vuelto a pintar tan bien —concluyó T. E. Wensleydale, para sorpresa de todos.

La discusión había degenerado. Quoeun intentaba patalear a pesar del estado de su pierna. Recroît metía en un mismo saco a Plinio el Viejo y a Hitler, a Rousseau y Maurras, a Horacio y Nietzsche. R. quería defender la idea de que la tierra había sido destruida por la idea de Naturaleza.

—No —decía—, no hay mundo. Y ni siquiera hay tiempo, unidad de tiempo.

—Aun así, ¿qué día —preguntó entonces Thomas, con vehemencia — no nació precisamente del día de la víspera?

—Recuerde lo que hizo César el año 708 de Roma —replicó R.

—Y Napoleón a principios de 1806 —dijo Quoeun.

—¿Y al día siguiente del 4 de octubre de 1582, que fue un 15 de octubre? —preguntó Ieurre.

—Nunca hubo fecha —prosiguió Quoeun—. La misma palabra es discutible. O bien la datación es arbitraria, o bien sólo se data a sí misma, de manera que no fecha. Una datación se define como un punto pequeño en una serie temporal, que corta ritmos que ella misma inventa y que despliega según su propia ensoñación.

—De manera que cada «serie crónica» —continuó R.— porta consigo la idea de cuento, de leyenda. Fechar es adjudicarle una leyenda a un muerto. Es darle una historia a un dolor. ¡El tiempo, es un decir! —añadió, con aire triunfal.

—¿Qué quiere decir con tal jerigonza? —preguntó Ieurre.

—Os ruego un momento de paciencia —dijo W., levantándose de

pronto de la mesa. Pasó a la biblioteca. Volvió con una vieja hoja parduzca en las manos, redactada en chino.

«Voy a leeros este pasaje…», dijo.

—En la mesa no se lee —dijo Ieurre, dando golpecitos a su vaso con el tenedor.

—Y más aún —declaró Bauge—, no se interrumpe la paz de una comida para hacer la guerra. Porque en cuanto se empieza a citar, se comienza a hacer la guerra. El arte de la cita está vinculado directamente con el derecho de conquista y con las dieciséis tradiciones de la depredación.

—Voy a leeros —prosiguió T. E. Wensleydale sin desviarse del tema ni por un momento— un pasaje de Yang Kuang-Sien, gran erudito del siglo XVII que intentaba frenar la expansión de las misiones cristianas y reparar la devastación jesuita de la antigua China. Escribió esto en 1.660:

«Desde el año *keng-shen* de la era *Yuan-cheu* de los Han hasta el año *ki-hai* de la era *Chuen-the* pasaron 1.660 años, mientras que desde el año *kia-tesu* de la ordenación del mundo hasta ahora han pasado 19.379.496 años. Si Jesús es el Señor del Cielo, entonces todos los periodos anteriores al emperador Ai de los Han estuvieron desprovistos de Cielo».

—El humor chino es una cosa que siempre sorprende —dijo Marthe.

—Eso es lo que quiere decir Recroît —dijo Wensleydale.

—No aclara gran cosa —dijo Ieurre.

—A cada instante —dijo R.— el tiempo que separa la intención del acto, y el tiempo que distancia el acto de sus consecuencias vuelven absolutamente imaginario el establecimiento de principios en nombre de los cuales nosotros pretenderíamos haber actuado. Prohíben cualquier moral —salvo el gusto de embaucar y la habilidad retórica, que permiten justificar para confundir, y esgrimir la coherencia para herir. Sin dejarle el tiempo lógico para constituirse, la pulverizan.

—¿No se calcula en una pequeña sesentena de siglos desde que la escritura se difundió por el Oriente Próximo? —preguntó Quoeun.

—Lo mete usted todo en sacos de Nada dignos de las diferentes Edades Medias —dijo T. E. Wensleydale.

—Ya hace tres millones de años que los hombres claman, cosechan, cazan y desean… —intervino A.

Y hablamos de las estrellas. R. dijo que había oído decir que el universo era un viejo castillo de fuegos artificiales cuyos últimos cohetes se apagaron miles de años atrás. Que nosotros estábamos de pie, o mejor dicho comiendo, sobre uno de los tizones más enfriados, y que si alzábamos la vista, veríamos unas brasas que empezaron a

enfriarse antes del tiempo de la Maricastaña, antes de los cuellos altos, antes de las pirámides, y cuyo brillo se remontaba a varios cientos de siglos antes de nuestra mirada.

A. se extrañaba de que hiciéramos todos esos cálculos de tiempo después de tanto negarlo. Que estábamos transportando la era cristiana a la antigua China. Que para calcular el peso de una montaña recurríamos a una báscula para cartas. Ieurre, de repente:

—Aunque acabase de nacer… —pero se interrumpió y subrayó que la palabra *declive* no poseía plural.[16] Parecía un hombre desamparado.

—El pasado —respondió A.— es más imprevisible que ninguna imaginación sobre el porvenir. Hay más lenguas desaparecidas que nunca serán escritas y más civilizaciones hundidas que el total de las que conservamos algún vestigio.

—¡O sea, *décombres*![17] —exclamó Recroît, dirigiéndose a Ieurre—. Nombre masculino plural: ¡es decir, refractario a la unidad!

—Las tragedias duraron veinticinco años, en el corazón del siglo V —dijo Quoeun. Un nô de Zeami…

—La forma de la sonata, tampoco más de veinticinco años —dijo A.—. En los últimos instantes del siglo XVIII…

Pero Recroît negó que las altas épocas, la actividad brusca e intensa que de repente lleva a tal o cual ciudad de tal o cual lengua a crisis tremendas, hayan estado nunca relacionadas con una solidaridad particular entre los miembros que las forman, ni con el espíritu de conquista (cualquiera que sea la conquista, ya asiente o extienda el poder, ya mantenga o más bien invente su recuerdo). Lo mismo para las épocas de calma. O los largos estancamientos o abismos. «Una extraña falta de cooperación y de participación entre las circunstancias presentes —dijo— hace que estas no contribuyan nunca a una especie de mundo, por más que lo imaginen.» Que si a veces parece que estos se desarrollen —o, en otras épocas, perezcan— era cuestión de una mayonesa incontrolable y sin efectos directos de los ingredientes, hecha en su ignorancia y que sólo respondía —por más pruebas de voluntad que diesen— a una aglomeración fortuita, y del todo imprevista.

Thomas de repente se encolerizó:

«¡No tenéis ni idea de lo chocantes y risibles que sois! —dijo, arremangándose—. ¡No sois pocos, en este pequeño barrio, los que huis, huis como al final del Imperio! ¡Os aisláis en un microscópico jardín de Adonis —un pequeño aislamiento temporal para escapar de la peste, para escapar del mundo ausente, para huir de lo que sucede! —. Y cegaros los ojos ante esa gran trirreme bárbara con más de 168 remeros: economía, ciencias exactas, guerra. ¡Tenderos, pedantes y bandas de guerreros! ¡Gangs! O, por hablar como a vosotros os gusta:

Jourdain, Diafoirus, Matamore…[18] —Así la antigua Stoa. Así los conventos budistas. Así los arcaísmos de Lucrecio. Así los cotilleos de los gramáticos mendigando unos higos en los suburbios de Alejandría. ¡O bien el nihilismo, o todo el idealismo! Un pequeño convento hiperdistinguido en un código banalizado, en un mar de identidad y de ubicuidad que vomitan las máquinas de comunicar —y olvidando la norma que se extiende por toda la tierra, a fuerza de cortesía, a fuerza de ceguera…

—¿Ceguera, por qué? —preguntó Ieurre—. Nosotros escuchamos lo que usted dice y asentimos. Quizá vemos peor que usted; tenemos en los ojos menos legañas que usted en los suyos; pero no somos *tiranuelos* —porque procuremos no ser esclavos, como por desgracia nuestros semejantes—. ¿Qué presión o represión ejercemos? Sólo la de la amistad, y sólo se impone a los que la comparten. Somos los únicos y de los pocos —en estas calles— que apreciamos la vida en sociedad. Ha ganado el desierto, la unanimidad en torno al deporte televisado, sin duda, pero —de forma más monstruosa— a la casa individual. ¡No he dicho 'única', Quoeun! De manera que, lejos de encerrarnos, o de separarnos del mundo, vivimos más o menos en su centro, y no de brazos cruzados. Sin sombra de una religión, ni del odio a la felicidad, ni de *estoicismo*. ¡El VII *arondissement* no es el desierto, los campos de Port-Royal, la granja, ni el pozo, la humedad tan verde, ni las pequeñas escuelas, el silencio, la fe, ni la persecución, esa terrible seguridad en sí mismo!

—En efecto —dijo A.—, menos cosas, menos grandeza, menos hierbas, menos Dios y menos sentido nos protegen. No somos refugiados, ni siquiera estamos extraviados, Thomas: estamos perdidos. Y no es niebla lo que nos rodea, sino la noche. ¡La extraña y simple *noche de los tiempos* es nuestro único porvenir!

—Pero la guerra de todos… —dijo Thomas con vigor.

—Primero, creer en ella —dijo R.—. Y luego, creer lo bastante para hacer que los otros crean.

—Ni siquiera eso —dijo Ieurre—. Se puede uno defender sin razón, sin intentar imponer sus convicciones a otros. ¡Ese es el único «sentido», la guerra! Es la fuente de su privilegio. Y lo que da motivo a todas las causas. Y suscita la «verdad», proporciona brillo a las miradas, y califica de «buenas» las causas… ¿No bastaba con la suma de los males? ¿No era lo bastante abrumadora? ¿Puedo sentir un poquito de temor cuando oigo resonar palabras de guerra? Y ese pequeño silbido que entonces turba mi oído, no es exactamente un retumbar de trompetas… ni está lejos, en las brumas del bosque… Tengo la sensación de que no hay que agravar lo que ya es malo. No colaborar con lo que lo pone en marcha. Abstenerse.

—¡Reaccionario! —exclamó Th.

—No reaccionario —dijo Ieurre— y, sin duda, yo me moriría de miedo si me encontrase arrojado a tiempos más antiguos. En todo el tiempo pasado no hay ni un minuto que me inspire envidia ni nostalgia. —Pero a veces, lo reconozco, un poco conservador. Aunque sea a la china —como Wensleydale—. A la romana —como Bauge—. Que nada vuelve. Que nada progresa. Que todo siga en este estado. Ni un cambio más —por lo menos, provocado por nosotros…

Estaba claro que estaba soñando. Añadió: «Si nos hubiéramos limitado a la lanza, a la imprecación terrible, a la espada, a la antropofagia, al caballo, al sacrificio… ¿Creeríais en las guerras mundiales?».

—¿No ha habido siempre motivos para estar muy preocupados? ¿Acaso no pesa la amenaza ya en la misma formación de la cabeza humana? —preguntó A.

—No con mayor peso que la esperanza —respondió R.—. Ni que la sensación de una gran ebriedad.

En fin, volvimos a las cosas serias. Comimos. Eran tres patos con nabos, relucientes de coñac, de color de oro rojo. El silencio se hizo —por contraste— excesivo.

Cuando nos servimos por segunda vez, T. E. Wensleydale pidió que cada uno de nosotros evocase el mayor sufrimiento que hubiera conocido en su vida.

—Una idea muy americana —dijo Ieurre.

Todos parecieron serios y de repente muy interesados en sí mismos. Pero nadie se animaba a responder. Salvo Ieurre, precisamente.

—*Menos de dos* pone el verbo en plural mientras que *más de uno* mantiene el singular. Este es uno de mis grandes pesares —dijo Ieurre, con un aire curiosamente sincero—. ¡Esta regla, a la cual, como es natural, me someto, me parece tan injusta! ¿Más de uno no es plural? ¡Menos de dos es el partido único! Es una regla injusta, religiosa, oscura. ¡Y que haya de respetarla hasta la muerte!…

Thomas dijo que la desdicha no era algo así. R. negó que la hubiera. Thomas se picó: no, la desdicha no se cambiaba con el simple hecho de una interpretación. ¡Pondría la mano en el fuego! ¿Por qué la mano?, preguntó Ieurre. ¿Y entonces, qué era la desdicha?, preguntó R.

—Un pedazo de realidad —le respondió Thomas.

—¿Ni siquiera un signo?

—Pero ¿por qué los hombres proliferaban tanto —intervino Wensleydale— si eran todos tan desdichados?

—Para el conflicto —dijo Quoeun.

—¿Y si hubieran sido felices? —replicó R.—. Se hubieran guardado

de multiplicarse. Para no generar *rivales.*

—Se reproducen para infligir el sufrimiento que han padecido. Y así satisfacer una especie de venganza contra el combate desnudo que les dio a luz. Y para alegrarse —ante la visión de sus hijos— por no ser los únicos condenados a morir.

—¡Mentiroso! —dijo E.—. ¡Y qué literario!

—No —replicó R.—. Nada de lo que es ha sido preconcebido. La existencia, el nacimiento, ¿pueden definirse de otra forma que como sorpresas, imparables y *constitutivas*?

—¿Constitutivas? —se divirtió Ieurre—. Ahí se ve claramente el carácter «espontáneo», es decir, «de golpe», de la realidad, ¿verdad, Recroît?

—Es exactamente eso pero sin el tonillo burlón —respondió R., molesto—. No puedo estar de acuerdo con lo que dice Thomas. La desdicha no es parte de lo real. Incluso, la desdicha es un arte de aprobación si se la lleva al punto cero de lo real. No hay diferencia de naturaleza entre una partida al dominó, una tragedia, el juego de las siete familias, el texto de un profeta, un crucigrama, un discurso de propaganda política.

—¡Y aquí vuelve a aparecer la parataxis! —dijo Ieurre—. ¡Y de paso, con la Biblia enterita!

—Pero, como una partida de go —dijo T. E. Wensleydale.

R. replicó que había renunciado a la fe. «Si lo hubieras hecho tres veces antes de que el gallo cacarease», respondió Ieurre. Pero A. tomó la palabra: la lengua era el mollejón para aguzar la hoz. La piedra del altar. Todo lo que diferencia en un reflejo de muerte.

«Cada vez es más obscuro todo, más insensato…», prosiguió R.

—«… ¡y un trazo de unión que se escribe sin trazo de unión!», exclamó Ieurre.

Por suerte sirvieron una tarta de manzana. Marthe, durante toda la cena, se había mantenido indiferente. No había abierto la boca.

Hacía mucho calor. Los radiadores de T. E. Wensleydale aún estaban candentes. Violeto arrebato de Quoeun maldiciendo el aire asfixiante. También vilipendió las nuevas bombillas eléctricas adquiridas por T. E. W. —la verdad es que resultaban cegadoras por culpa de un nuevo dispositivo que hacía que su claridad rebotase en el techo. Añorando la época en que el frío era frío, y el calor, calor, y la noche, noche, y la distancia distante. Renegando como un ultra contra aquellas calderas, instalaciones eléctricas, coches automóviles con los que según él hemos decapitado el invierno, reprimido la noche, echado a perder la distancia—. ¡Y todo esto después de que R. hubiese reducido a polvo la desdicha, y el tiempo, y el mundo!

Por fin nos levantamos de la mesa. Élisabeth y Bauge se sentaron y

afinamos los instrumentos. T. E. Wensleydale trajo el café. Élisabeth tomó un poco más de tarta como si fuera una de las señoritas Tatin. Tocamos Mozart: el K. 478 con piano, una reducción de sonata con bajo de Quantz, y el K. 465 en *do* mayor.

Salió un poco largo, lento, pero bastante suave.

«¡Ha sido bonito el reencuentro!», dijo Wensleydale cuando nos íbamos. Puso como testigo a Lao-Tsé, el oscurecimiento de la oscuridad que es puerta de todas las maravillas. Y salimos.

En la calle. De repente pensé que todos aquellos rostros fatigados, sonrojados, tensos, envejecidos, huesudos, cotorreantes, se habían reunido bajo una farola de la avenue de La Bourdonnais para de repente surgir todos juntos de entre los árboles. Como las yemas blanquecinas en las ramas cercanas a la farola. Quizá con el propósito de asegurarse entre todos —parecía— del regreso de la primavera.

El 30 de mayo, me encontré con Ieurre en la rue de Buci. Comprándole una raya al pescadero. Le pregunté qué noticias tenía de Henriette. Él no pegaba ojo en toda la noche. «Sin duda beatificado, pero todavía no en el canon de los santos.» Me ofrecí a acompañarle a la verdulería. Thomas, me dijo, se había entusiasmado con cuatro expresiones viciadas… Le envié a paseo.

1 de junio. Me fui con Julienne a la Bretaña.

Un hotelito de sólo tres habitaciones cerca de una granja ruidosa (el canto de un gallo particularmente excitado).

Día 3. Un Pentecostés húmedo. Olor a avena mojada, tibia y mareante. Ejes chirriantes. Roce de las yuntas sobre las piedras. J. estaba feliz: sopa espesa, llena de guisantes o de patatas. Yo tosía. Y hermosos y lentos paseos.

Lunes, 4 de junio. Las retamas. Las rocas inmóviles y sorprendentes. La fuerza del mar.

Miércoles, 6 de junio.

Hizo mucho frío. Por la mañana J. volvió a París.

Jueves, 7. Caminando, aunque poco animoso, tosiendo, vi cosas que me turbaron. Una gran mata de ortigas húmedas. Vi una hoja podrida en el suelo, rodeada de árboles que crujían, de tan intenso como era el frío —pero no hasta el extremo en que las piedras se agrietan y murmuran.

Pese a un mirlo que gorjeaba, una gran sensación de silencio, y de

que no hubiera distancia con la realidad o con la muerte.

Unos charcos poco profundos reproducían, en pequeños guijarros, la imagen reflejada del sol. Y el aliento en mis labios, al contacto con el aire, se materializaba en una pequeña masa de bruma blanca y se dispersaba, destruyéndose a medida que yo lo producía.

Domingo, 10 de junio. Con R. pasamos el día en casa de Ieurre, en Portchartrain.

Después de dar un paseo por el boque, A., al volver a subir al coche de I., le dijo a Élisabeth y a D. (conociendo las manías de I.): «Limpiad vuestros zapatos! ¡Limpiad vuestros zapatos!». Pero Ieurre le corrigió. El rostro de A. mostró una especie de desánimo.

«Limpiaos *los* zapatos», dijo. Luego, ya instalado al volante:

«No hay cosa que me parezca más venerable que la regla que prohíbe el posesivo, cualquier pretensión de identidad, cualquier propiedad, cuando se trata de las mismas partes de nuestro cuerpo…»

—Partes *del* cuerpo —corrigió R.

Lunes, 11 de junio.

Quoeun me llamó. Seguía enfermo. Cena en rue des Poissonniers el 15.

Saboreé las primeras fresas.

Martes, 12 de junio.

Recroît me acompañó a la rue de Nesles. Ieurre abrió. Sobre una serie de mesas encajables, en el salón, descansaba un delicado ramillete de claveles del poeta. R. mortificó a Ieurre cuando mencionó el nombre, tan peculiar, de esas flores. Puso una cara conmovedora —cosa rara en él— y como profundamente herida.

No nos quedamos mucho rato. Cenamos en rue Mazarine.

R. dijo que ese *bienhablado* de Ieurre ponía en su pasión por la lengua una dedicación y un calor comparables a los que las personas histéricas ponen en soñar con las partes que caracterizan a los hombres y las mujeres. Y que lo utilizaba un poco igual que estas. Aunque a veces las violenten, y sueñen, según parece, en desgarrarlas o en hacerlas sangrar. Él, por el contrario, introducía aquí precauciones y un respeto por las conveniencias, una preocupación de corrección, propias de los amantes solitarios.

Además R. hizo una observación que me chocó: que una pasión tan viva por las reglas normativas era lujuriosa. Incitaba a construir la fase en función de los femeninos. La señal de lo femenino ¿no era, en la lengua francesa, la única que es perceptible al oído?

Miércoles, 13 de junio.

Thomas me llamó. Había visto a A. Este había regresado a casa de Otto, y su regreso había sido maravillosamente festejado. Él también estaba allí. Trabajaba como autónomo para Otto.

Th. dijo que había embellecido.

Jueves, 14 de junio. Carrefour Buci.

«Enseñar no significa que se haga comprender», dijo Recroît, no sé a propósito de qué.

«¡Desde luego! ¡Ni siquiera implica saber!», dijo Ieurre mirándolo fijamente.

Viernes, 15 de junio. Llegué a casa de Quoeun hacia las nueve. Estuve largo rato de plantón. (La puerta tenía una vieja aldaba con forma de Medusa.) Pensé que estaría ausente.

Pero por fin llegó Quoeun. Iba lento, con las piernas doloridas por el reuma. Cenamos sin más dilación. Hablamos de los *banquetes americanos*, de la reputación que le había endosado T. E. Wensleydale: la hiena que hoza entre las tumbas, que se alimenta de la carne de los cadáveres. O también, según Ieurre, el búho, etc.

No estaba nada afectado. En efecto, se estaba acercando a la muerte, dijo, pero no se sentía más cerca de ella que cuando tenía cinco, quince o cuarenta años.

«Cualquier vida está vacía y es ociosa —sugirió—. La muerte lo desocupa todo.»

No tenía hijos, añadió al cabo de un instante. No se había casado. La guerra se llevó a todos sus amigos de Baviera. Aunque nosotros contásemos como sus amigos, sus únicos amigos, seguíamos siendo extranjeros. Y todo lo que había vivido no sólo «escaparía» a su muerte, sino que «escapaba» a su misma vida, y en el tiempo en que lo experimentaba siempre le había parecido que se alejaba de inmediato de él. Era como el vapor de una cacerola que hierve. Había intentado «mucho» impedir «un poco» que unos recuerdos se borrasen.

«Los muertos no son nada sin los vivos —decía, más acaloradamente—. Y los vivos no viven en un mundo que esté más allá de la muerte. Sucede que algunos se empeñan en perpetuar unas voces, en recordar unas sombras, en evocar recuerdos, en hablar de lo que ya no es. De lo que no está con ellos y de lo que no es. Y porque les destruye, en mantener el fuego que les ha destruido y en permanecer cerca de este, lo que probablemente es lo mismo.»

«Esos —añadió— quizá sean menos los vivos que los libros…»

Me pidió que trajese, de la licorera, un aguardiente de Bergheim. Los vasos estaban a la izquierda, en la mesita. Bebimos en silencio.

«Roma —prosiguió— distinguía cuidadosamente a los que queman a los muertos de los que guardan la urna. El *urniger* era un niño pequeño. Porque sus manos no tan rugosas, poco rudas, y el calor de la sangre propio de su edad —y porque aún no se han ensangrentado con la sangre de otro— parece que caliente las cenizas frías que sostienen. Seguro que de ahí procede el sentido de la «tumba del corazón» que menciona Tácito, del corazón de los supervivientes, del corazón del lector. No del deseo de que todo lo que vivieron no se pierda enteramente una vez hayan muerto. Sino que los que viven no se apeguen en vano a la vida. Que no fueran a imaginarse que vivían exactamente como pececillos en un agua demasiado poco profunda, demasiado expuesta al sol, demasiado cerca de la orilla y de los campos que se extienden a lo largo de los ríos.»

Sábado, 16 de junio. Todo a la vez. Las últimas violetas, y la primera aparición de un abejorro.

Hacia las seis. Me encontré con Ieurre en la rue du Seine. Luego, a Recroît, en la rue de Buci, comprando lechugas al horticultor.

Fuimos a un café. Ieurre y yo tomamos una copa de vino blanco. R. la rechazó.

«No soporto el vino», dijo.

—Eso es un sinsentido —replicó Ieurre.

—Pero ¿en qué…? —replicó R., sorprendido.

—Se dice *llevar bien* la bebida, o rechazarla —explicó—. Nunca «soportarla». ¿Qué sentido tendría aquí el *soporte*? A menos que sea usted de esos que *levantan* a las liebres.

Domingo, 17 de junio. Hacia las siete pasé por la rue du Bac. En la entrada, sobre la cómoda junto al pasillo, en un vaso, sin agua, un flaco ramillete de pensamientos marchitos, de diferentes colores oscuros.

Junto a la bañera. E. vigilaba al pequeño D. que se acababa de bañar. Muy feliz. Me pareció bien perfumado.

Me dijo que le había regalado a su padre una llave de afinar pianos.

Martes, 19 de junio. Ieurre y yo pasamos por la rue des Bernardins. Marthe nos ofreció de beber. Su gentileza silenciosa nos desesperó.

Ieurre dijo, tontamente, que estábamos en vísperas de San Juan y de las hogueras. Que simplemente había que recurrir al lirio blanco y a la verdolaga silvestre.

Miércoles, 20 de junio. El último día de la primavera. El último de

los días bonitos. Hacía mucho calor. Pasé por la rue du Bac.

Le di a D. una mariquita que aquella mañana había entrado en casa. La guardé en una cajita de cerillas para llevársela. El pequeño D. se asustó cuando se posó en su rodilla. Abrió la ventana de su cuarto. La mariquita se escapó. Tuve que jurarle que se volvía a la orilla del río, de donde vino.

Animal sagrado que ahora asusta a los niños. En la ignorancia a la que se les condena, cada vez más —y que es más bestial que propiamente urbana o humana—, de que somos animales. Y estamos entre los demás animales.

CAPÍTULO V

Primer día del verano. Llovió. Pasé por la rue du Bac. A. volvía a trabajar. Pero le parecía que no llegaba a nada. Se sentó a su escritorio, sobre el que descansaba un pedazo de duro boj, que olía fuerte y amargo, porque lo habían regado. A él le costaba hablar, un poco aturdido. La lengua un poco trabada, como un hombre que ha bebido demasiado.

«Ah, estas crisis —dijo— están empezando a gustarme. Su brusquedad. Las provoca un acontecimiento tan fortuito. Brusco. El cuerpo se dobla. El vientre se retuerce tanto. De repente, doblado sobre uno mismo. De repente. Con ese movimiento brusco que se produce de repente y que lo arrebata todo. Con un miedo imparable, repentino.

»Entonces, el día: claro, la luz: luminosa, el tiempo: puro. Claridad que es, sólo en ese instante: brusca. Brusquedad de lo que arrebata.

»Brusco, igual que el aire es crudo. Igual que el vino es brusco.»

«Es lo real», dijo. Igual, la misma ruptura, de repente: el cielo. Igual —ceden, bruscamente— las rodillas en la calle: igual te inunda la angustia, bruscamente, irresistiblemente. Invade. Inunda la voz de aquel al que la angustia enajena de sí mismo. Igual ella cede. Cede al movimiento, en la invasión. Violenta, también, cede. Entonces cede a la ruptura. Que ella es.

«Más cerca de lo visible que aquel que ve lo está de aquello que ve. Pero justo más acá de lo visible, y sin el discurso. Igual que el viento frío: pica en los ojos. Vela la mirada. Quema la piel de la cabeza. Igual que el viento frío golpea la boca. Agrieta los labios. De manera que no los separas. ¡Cuánto frío tendrían los dientes! ¡Qué frío tendría nuestro nombre propio! Agrieta los labios apretados. Que se retraen. Seguro que ya no los despegamos.

»¡Y de regreso! Me tiré al rincón más oscuro del cuarto. Casi el centro del cuarto. Hay tan pocas referencias, entonces. Igual que cabeza está cerca de rodillas, igual que sexo cerca de boca, igual que los talones de los pies están cerca del ano abierto, ardiente, igual la angustia, que inunda, está cerca de la muerte, a la que llama, y que la aterroriza…

»Me parece que entonces el deseo precipitado de morir es sorprendido por *saciedad* —dijo— de esa repugnancia, y esa repugnancia es desmedida. Pero es que entonces nada tiene medida. Gusto muy lejos, hasta el punto de que las palabras son demasiado insípidas, y articularlas diseminaría entre los dientes una saliva atroz, una deyección de bilis, una hiel también muy lejos de lo que se puede vomitar —que es —pero es repugnancia— que es… Pero no tiene medida. No tiene proporción.

»En fin, una especie de vivacidad. Acompañada de la liquidez caliente, palpitante de la sangre, en ráfagas furiosas.

»En vano, aprisa, vana prisa, brusca, sin mesura. No tiene proporción. No es el sentido, no, no es el sentido: ¡la alegría!»

He repetido como he podido aquel discurso difícil, una rara explicación que no convencía por su claridad.

Antes de irme pasé al salón. Le di un beso a E., que estaba sentada en una butaquita cerca de la ventana, pintándose las uñas con mucho cuidado. El cuerpo muy bello, ya un poco bronceado, con un vestido largo y ligero. Luego le di un beso a D., todo ojos, todo oídos, sentado en el suelo, o más que sentado encogido, delante del televisor, y chupándose un dedo.

Viernes, 22 de junio. A. pasó a verme. Alababa esos resurgimientos de pasado, que subían en bruscas bocanadas involuntarias, cuya precisión le aterrorizaba. Eran como crisis de rememoración, y de rememoración opresiva. Le dije que el carácter de evidencia y de veracidad que las caracteriza sólo respondía a una potente emoción, a una gran voluntad de conmoverse. Que yo era su receptáculo de una forma igual de *impromptu* y lamentable. Que también algo de azar había, ¿verdad?, en un mundo que era *sublunar*. Que no sólo los futuros eran contingentes. Que ningún pasado se acaba en el instante en que ya no es, porque vuelve. Aunque sólo fuera a la escala de una vida, ¿el recuerdo de sí no era, a decir verdad, más imprevisible que la presunción respecto a las horas que vienen? ¿No era evidente la naturaleza aleatoria de lo que se presenta a nuestros ojos igual que sensaciones de ruinas? Y —ficción por ficción— ¿no tenía el deseo tendencia a embrujar más allí donde todo podía ser reconstruido y ya nada percibido con precisión?

Sábado, 23 de junio.

C. había vuelto. Encendí la luz. Me esforcé en leer. Pero la noche no se acababa.

Lo único que tenía a mano era el *Abrégé* de Marandé, que estaba hecho pedazos. Un libro que se publicó en 1642. Que entonces se

vendía a dos pasos de la chapelle Saint-Michel. Un grabado de Edipo, disfrazado de romano, se había desprendido: me servía de marcapáginas.

En la página 251, di con un pasaje que me pareció bonito. Comenzaba así:

«No hay cosa tan mísera y tan pobre entre los seres como el vacío…».

Me levanté. Fui a la cocina a beber agua. Luego seguí leyendo. Marqué la página.

Domingo, 24 de junio. Me quedé en casa.

De repente, ya no pude soportar estar sentado, y pasar páginas.

Un libro. Un apaño. Saint-Simon habla de un crucifijo en calzas.

Lunes, 25 de junio.

C. volvía.

La naturaleza cadaverina del pensamiento.

Martes, 26.

Invitación a casa de Karl para el 30. Hizo mucho calor.

El miércoles, 27, pasé por la rue du Bac. A. estaba en casa de Marthe. Jugué con D.

Hacía mucho calor.

Viernes, 29 de junio.

Me estaba volviendo supersticioso. A la espera de las Erinias. Con la amenaza de las pesadillas. Quoeun me llamó. Estaba en París. ¿Podíamos vernos el lunes 2? ¿Qué tal estaba? Le dije que me estaba bebiendo un Océano.

Sábado, 30. Fui a casa de Karl. Estaba Véronique. Ieurre y Gladys. Zaezon y Thomas.

Véronique estaba muy vivaz y agradable.

Ieurre prodigó las provocaciones gramaticales. En el segundo plato dijo —me pareció bonito— que había que detestar la lítote. Que hablar con medias palabras era una contradicción en sus propios términos. Por lo menos en lo que de ellos quedaba.

También dijo que había que apreciar el hiato, porque da firmeza, vigor a la lengua. «Además —añadió—, en el hiato la boca se abre, y así es muy bonito. Eso proporciona franqueza al rostro, y brillo.»

Sirviéndose una segunda copa balón de coñac, nos dijo que había

leído en el periódico que Francia contaba con 21 millones de animales domésticos. Sólo su alimentación representaba una cifra de negocios de 70 mil millones. El diario precisaba: 7,7 millones de perros, 5,7 millones de gatos, 7,6 millones de pájaros enjaulados. Y que cuando decía «animales domésticos» no contaba, desde luego, a los niños ni a las mujeres. Y omitía los peces rojos. Véronique y Thomas le bombardearon con mil argumentos.

Después de que Gladys e Ieurre se fueron para ir a recoger a su hija —y liberar a la joven canguro—, Thomas estimó que, entre nosotros, Ieurre *cantaba*. (Su antifeminismo, la vulgaridad de sus reacciones, etc.) Yo repliqué que nosotros éramos tan vulgares como la vulgaridad que comenzaba por hacer bañar en el nacimiento —Zaezon se atrevió a usar los dos términos bíblicos—, y que su sexo le incitaba a defender a las mujeres tan poco como sus gustos particulares. Karl y Zaezon me contradijeron. K. finalmente me mostró con el dedo una flor y dijo que anunciaba tormenta.

Véronique me acompañó a casa.

Lunes, 2 de julio. Fui a rue des Poissonniers hacia las ocho. Q. estaba mejor.

El 4, tocaríamos.

Martes, 3 de julio. Llamé a Thomas.

Hizo mucho calor.

No dormí.

Independence Day.

El tiempo estaba pesado, tormentoso. Élisabeth y Gladys, A. e Ieurre salieron juntos. Recroît y yo pasamos por casa de Marthe. Recroît había cogido el coche.

Fuimos los primeros en llegar a la avenue de La Bourdonnais. A Wensleydale el calor no parecía afectarle. Estaba muy excitado.

Vino Thomas, Zaezon le acompañaba. Ieurre y el equipo de Ieurre les siguieron de cerca.

«Aquí está el capataz, sus ritos, y su dialecto…», dijo R. al verle llegar.

—Aquí está el chapucero con sus chapuzas —replicó Ieurre. Pero Bauge entró. Quoeun, y su violoncelo, fueron los últimos en llegar.

Marthe no abrió la boca. Comimos unas lubinas minúsculas flambeadas al hinojo. Hablamos del universo.

De que hacía calor, me quejé. La radio había anunciado que el tiempo refrescaría, dijo Thomas.

—No es seguro —dijo R.

—Inseguridad cósmica —añadió Ieurre, parodiándole.

—Poseemos más ciencia y más sagacidad que cualquier *meteorología*, afirmó Quoeun. Porque podemos sacar conclusiones, a pocas horas de distancia, sobre nuestras vidas. Cuando sólo apenas sobre el estado del cielo.

—No —replicó A.—. Nada avisa de lo peor. Y el mismo recuerdo no conserva la aprensión. ¡Ni siquiera logra retener el movimiento que sorprende en el instante mismo de la sorpresa!

—¿Para cuándo la doctrina verdaderamente destructiva —dijo Élisabeth, bromeando— y el buen *detergente*?

T. E. Wensleydale dijo que el tráfico rodado de Nueva York superaba los 200 millones de toneladas.

«Todo eso es absurdo», dijo A.

Recroît se irritó. «¡Menudas pretensiones! —dijo—. Nada es absurdo, no es sentido lo que falta, y lo que es no traiciona lo que no es. *Es absurdo* quiere decir: yo aposté por el sentido, y las cosas del mundo no me han seguido. Está claro, el mundo no me quiere porque no hace lo que yo le pido. No ha respetado el coeficiente de sentido que yo había atribuido a su funcionamiento… Pero ¿qué estado de felicidad y de plenitud, qué bandeja de chucherías, de pastelitos, qué régimen de abundancia no le había yo supuesto, para sentir ahora tal carencia, tal escasez? Y a saber qué ilusión respecto al mundo hay que haber alimentado como un tonto, para sentirse tan decepcionado de que todo lo que es sea.»

—Para vosotros todo es muy sencillo: todo es ininteligible —dijo Thomas—. El mundo era un puro disparate. Pero ¿de dónde nos venía lo insensato, lo ininteligible?… A todos esos términos negativos, ¿no les faltaba algo que negar?

—¡Un disparate! —exclamó Ieurre. Y se burló de Thomas. Wensleydale dijo que la ininteligibilidad era un concepto sin valor lógico. Que lo que pudiéramos comprender de lo que somos era una parte tan exigua como la tierra que cabe en una cucharita, respecto a la totalidad de los astros. «Porque lo que somos, lo somos y lo somos allá donde somos», terminó con una forma muy sonora y elíptica. Recroît prosiguió: la observación de Thomas sólo tendría fundamento si las palabras fueran seres. Pero ¿cómo podríamos comprender, cuando los medios de los que disponemos para comprender están constituidos de tal forma que no pueden dominar los mecanismos que garantizan su funcionamiento sin interrumpirlo? Y sin desembocar de inmediato en la diferenciación de la muerte que los funda —¿en esta incomprensión que tienen de la pasión mecánica que les liga a la idea de comprender?

Pero ¿por qué ese funcionamiento tenía que estar averiado?

preguntó Thomas. ¿Y cómo era que teníamos la audacia de pensar que precisamente pensamos de forma incorrecta? ¿No había ahí una inconsecuencia?

«Yo no he dicho eso —dijo R.—. Yo he dicho que el pensamiento era una pequeña máquina de diferenciación. Yo no he dicho que se agregase a no sé qué orden quimérico del universo. Y tampoco he dicho que descompusiera ese orden hipotético que, en tal caso, le preexistiría. No cabe duda de que no hay ni caos ni universo, y en realidad no creo que el pensamiento tenga una función particular significativa. Es más capaz de sacrificar energía —igual que la voz obtiene su aliento en ese exceso del aire que requiere la respiración— que de satisfacer ni una necesidad de orden ni una manía de desorden. Pero si así fuera —prosiguió— entonces el hombre sería particularmente apto para razonar de forma incorrecta, para devolver los golpes —algunos antaño prefirieron decir que rubricaba un «contrato» con sus semejantes, ya fuese en las plazas de los mercados, en las junglas tropicales o bien en las tiendas de los puertos, incluso decían en vistas a una «constitución política»— y para castigar a unas víctimas escogidas al azar para tranquilizarse a su costa con la Historia, con muertos, con dioses!»

Wensleydale observó que Recroît tenía una mandíbula bien dentada. E Ieurre observó que también tenía una lengua notablemente *colgante.*

—En este caso no hay esperanza alguna —siguió Thomas. R. respondió, con más sequedad:

—Los conceptos de mundo, de libertad, de esperanza, de sentido, de justicia, de nostalgia, de bondad, de origen, de objetividad, de igualdad, de virtud, incluso de realidad, de honestidad, de equilibrio, de porvenir, de paz, de pasado, de orden, de indiferencia, de importancia, de deber, de felicidad, son pequeños analgésicos en los cuales yo, en efecto, no basaría ninguna *esperanza*. Son pequeños bebedizos, descorchados hace ya tanto tiempo: ¿no creéis que con el paso de los siglos se habrán desbravado un poco? ¿Recordáis, en un antiguo diálogo griego, el agua del río Leteo, y sus notables propiedades? Pero sólo se bañan en ella los muertos.

—Pero ¿con qué derecho —replicó Ieurre—, por qué motivo criticas a quien prefiera cerrar los ojos a lo que le hace sufrir?

—¿Y de dónde saca el privilegio que tú le atribuyes —dijo A.— aquel que pretende que mira a los ojos o a la cara? ¿A la cara de qué? ¿Acaso todo no sucede también a la espalda? ¿Y no sorprende?

R. dijo que faltaban el horizonte, el sujeto, el sentido, la referencia. Él no privilegiaba ninguna clase de conducta. Desde luego que nada se presentaba de cara. Pero tampoco de espaldas. Que la ausencia de lugar y de fondo era general. Que todo era excepción, y de una

anormalidad, por decirlo así, absoluta. Irrupciones, o más bien erupciones inesperadas, casi indescriptibles, y de un efecto enigmático. Unas «ocasiones excepcionales», como dicen los carteles de las tiendas de rebajas, que no había que perderse bajo ningún concepto, salvo en casos de moral, que de vez en cuando conseguían alzar una pantalla bien frágil entre la subida del agua por todas partes y la pequeña esponja casi inútil bajo la bóveda craneal. Eran fiestas sin tradición.

Zaenon objetó. Elogió el resplandor. Nada que no fuera discontinuo, como aquellos fragmentos de terracota que los gramáticos de Alejandría iban a buscar en los basureros, para redactar reglas de gramática. Sistemas intotalizables, como una especie de asimetría fundamental y parecida en esto a la forma que tienen los cerebros de los hombres. Movimientos «ruinosos» —dijo— y de un carácter «dirimente», compulsión en estado desnudo. Intrusión de extrañas rupturas rebeldes a la suma, y que ningún tejido podría zurcir, añadió. Migas de tiempo cuyo cómputo mismo se divide, sucesión o yuxtaposición de épocas incomprensibles, de días inaccesibles a su luz, y de extraviados sin naturaleza, sin cultura, o por lo menos tan asfixiados como perdidos en la división misma de las culturas y de las clases que las sostienen, en la extensión de la edad que las afecta, y que se hacen más profundas hacia atrás, como los karmas budistas, desprovistos incluso de la protección de su lengua, de su silencio, de sus mismos fantasmas.

Empleó el término *esquizofrenia*. Lo que hizo reír a Bauge como un viejo egipcio.

Quoeun dijo que él ahí no veía señal de «mutación». Añadió que siempre había sido difícil percibir, en las sociedades humanas conocidas, códigos y funcionamientos más generales y más inmediatos que la condena a muerte.

Wensleydale volvió de la cocina con un prodigioso pastel de frutas de aspecto extraño, que salía directamente de la nevera.

Ieurre señaló, de repente, que *car* procura apoyar un juicio, mientras que *parce que* responde a la cuestión de ¿por qué? Los ejemplos que a petición nuestra nos dio no pudieron convencernos.

«Las palabras no tienen sentido», dijo A. con aire abrumado.

Pero Quoeun se irritó.

—¡Por lo menos demuéstrelo alguna vez! —dijo—. ¡Este nihilismo es pesadísimo y patético, y su convicción, risible!

—Por ejemplo, tomad *rastrear*, dijo Ieurre. El que rastrea descubre el rastro, la pista de aquel al que persigue y que trata de despistarlo. Dígame, Quoeun, ¿es perder el rastro, o seguirlo? Las palabras sólo son su uso, y por sí mismas no están dotadas de ningún peso

particular, y no tienen entidad ni *etimología*. ¡Tome, por ejemplo, los eternos huéspedes! Y el lector o el oyente dedican, cada vez, un cuarto de hora largo a distinguir a los que ofrecen hospitalidad de aquellos que la reciben. ¿Comprende usted de verdad que el perro que rastrea a la liebre no es la liebre que despista al perro, ni el perro que la liebre despista? ¿Y la constelación? ¿No la que ladra? Así es como se *despista* el sentido. Quoeun: ¡usted lo perderá al descubrirlo, en cualquier sentido que le dé!

—¡Menudo loco! Todo valor y todo sentido los determina la convención. Es muy bonito —decía Recroît—, pero la convención envejece. ¿Por qué respetarla? Y los que pactan, aunque no sufriesen por el carácter arbitrario del pacto, ¿no han —casi necesariamente, por ejemplo por el simple fenómeno del tiempo— perdido el recuerdo? El olvido del azar, más el tiempo, componen toda necesidad.

—Ieurre es un dios —dijo Bauge, riéndose—. Los dioses sirven para hacer respetar las reglas que ellos conculcan. Han subido al cielo por espíritu de venganza. Fascinan como la muerte violenta que les ha hecho subir allí.

Ieurre se indignó.

—¿Quién no censura lo que ignora —exclamó muy en serio— y lo que no es capaz de entender? ¿Y cómo va a saber que lo censura si no era capaz de comprenderlo, ya que no es posible que sepa que lo ignora? ¿Cómo reprobar semejante ceguera de un hombre cuando es la única manera que tiene de ver? ¡Lo comprendo! Pero también aquel cuya lengua es más pobre está incapacitado para lo que no es capaz de decir. Despojado de lo que siente cuando no dispone de los medios de sentirlo. ¡Despojado de lo que no es capaz de sentir en el momento en el que lo siente!

Todos rieron. Élisabeth y Thomas le reprocharon el *elitismo* implícito en semejante *homilía*. La discusión se hizo más viva. Ieurre dijo que su deseo de una lengua difícil no tenía nada que ver con la calificación de esa lengua. La persuasión que podía resultar de ella, o un deseo de discriminación social, no eran los motivos del *galimatías* que R., erróneamente, le reprochaba. Sino que hubiera algo que desear, y que le apartase del vacío. La resistencia —no la belleza— que ofrecía el rigor de su lengua constituía la condición de su valor. Ella no podría ser tan infinitamente deseable más que en proporción a su inaccesibilidad. ¿El medio —para que él perpetuase aquel deseo— que pudiera ser satisfecho sin que todo ese escaso impulso que ella le ofrecía, y ese poco sostén con que le socorría se rompiesen y le dejen ir en *contra dirección*? Una dificultad, tan insuperable —una regularidad tan puntillosa que obligase continuamente a someterse a examen, haciendo fracasar su realización— dejaba que la presa

corriese por la línea del horizonte y obligaba a correr, hasta quedarse sin aliento. Esta lengua era un sustituto del deseo y no consistía tanto en la ilusión de una eventual perfección como en la condición de una imperfección que se mantuviese a flote. Menos el recurso de un pequeño dios por encima de uno mismo, que la seguridad de un pecado que pusiera algo de distancia entre la fragilidad connatural y él mismo, y sirviese de intermediario para su culpabilidad y su miedo. No es cuestión de dominio, esperanza de delimitar el mundo, ni sed de la autoridad del nomenclátor o del purista, ni ceremonial de casta, sino exasperación. Expulsión puramente verbal y tan poco perjudicial para los demás y para la conservación de su vida.

—Carne de colegio —dijo Zaezon.

—¿Qué parte de denegación hay en esto? —preguntó R.

Ieurre se irritó. Se metió, torpemente, con las faltas que le parecía que cada uno de nosotros cometíamos.

Que A. pronunciase «flagrante» en vez de fragante, y confundiese «infligir» e «infringir». Que É. llamaba «inicuo» a lo inocuo, cuando lo único inicuo de verdad era no ver la diferencia. Que D. decía tímbales por címbalos… Thomas le abucheaba. Le silbó.

—Pedante —dijo R.

—Podéis llamarme como queráis —exclamó Ieurre exasperado—, estáis desacreditando un conjunto de conveniencias que no tiene más fallo que haberse vuelto inútiles. A mi modo de ver, la inutilidad se corresponde bien con una época en la que se presta tan poca atención. Se miman las tapicerías descoloridas y podridas, se restauran delicadamente las viejas vigas; se elogian las canciones tradicionales… Este lenguaje no ha fracasado; ha caído en desuso poco a poco. Yo conservo el recuerdo de los antiguos, y la etiqueta que garantizaba su cercanía. Yo soy un poco como Quoeun. Esta compañía ha desaparecido, eso es todo, y no invado el terreno de nadie —sólo invado la aridez de la nada. ¡Sólo eso!

Recroît se burló:

—¿De manera que es un *dios quien* respeta el reglamento?

—El corazón del hombre es la nariz de Thot —declaró Bauge—. Esa nariz es el largo pico recto e inquisitivo del ibis. Esa *nariz* de la escritura y de la regla que hojea el alma y su lengua maternal como el pájaro sagrado hace con el lodo del Nilo. ¡Y busca los propósitos, y los cálculos, y las bellezas como gusanos!

Zaenon y Thomas reían. Bauge le pinchaba, le acosaba. «Igual que se dice *celebrar la misa* él *celebra* el lenguaje», dijo Élisabeth. R. dijo que era un *moribundo.*

El tono subió. Ieurre dijo que esta chanza general le dolía tanto que se la pagaríamos. Que no la perdonaría. Que no conocía un

carácter tan sanguíneo y tan *rencoroso* como el suyo. ¡Salvo el de A., quizá!

Estaba furioso. Le temblaban los labios. ¡Adiós para siempre!

Quoeun —el más criticado por I.— intentaba rebajar el conflicto:

«He leído en un libro que si uno quiere conocer lo que es una palabra, hay que hacerla bascular hasta su *ausencia*. Luego transformar esa ausencia inasible en *desierto*. Entonces, ese desierto, como se desnuda poco a poco de todo sentido posible, se hace *silencio*, extremo e incomprensible silencio. Y es sobre ese fondo de silencio, que, aunque la cuchicheemos muy bajito, y a condición de que no nos formemos la esperanza de que adquiera algún sentido, donde esa palabra puede sonar. ¡Entonces su resplandor es sólo el resplandor de un sonido, pero por lo menos es un resplandor!

Bauge dijo, de forma paradójica, que la palabra, porque no «se» calla, calla, arranca a todo momento lo que la moviliza, saca la mostración; hace de todo lo que es un chivo expiatorio, colocando en su lugar una «serpiente de Moisés» opaca.

—Cuantas miradas echamos sobre lo que nos rodea —dijo Wensleydale—, tantos rostros que son diferentes.

—Ya no recuerdo quién dijo que todo aquello que un hombre pudiera pensar —dijo R.— sería tan inevitablemente «cosecha» de su lengua y «producto» de su espíritu que, en vez de retirar el velo de las cosas que son, no haría sino espesarlo más, aumentando su opacidad y su tamaño.

—El lenguaje es una lucha mucho más sombría y más primitiva de lo que creéis —dijo Marthe—. Los psicoanalistas dicen que es una escena pavorosa que no cesa de no lograr cumplirse en esa especie de contacto con lo real que debería ser el orgasmo. Una fiebre de muerte que el deseo enmascara en vano, y ciega, que a veces, en efecto, se sacia brutalmente en el momento del placer —y en este sentido quizá A. tiene razón—, es decir, en el momento del sentimiento de aniquilación.

—¡Ah, derrapamos! —dijo Ieurre, con rabia.

—¡Las cosas que se usan se gastan! —dijo Quoeun, en un tono más distendido.

Nos levantamos de la mesa. Afinamos los instrumentos. Thomas no conseguía sonar como Marthe. A. tuvo que afinarle el violín.

«El oído *absoluto* de A.», dijo Thomas.

Wensleydale, que servía café, dijo que menos de doscientos ochenta años había sido un grillo hembra, y que aún recibía con mucho gusto los sonidos cuyas frecuencias estaban comprendidas entre 800 y 50.000 Hz.

Tocamos febrilmente. Empezamos por el *mi* bemol mayor LXIV. No

salió bien. Nos interrumpimos.

«¡Música inaudible!», dijo A.

—¡Ojalá fuera cierto! —dijo Ieurre con aire descontento y arrogante—. Inescuchable seguro, pero tan *audible* que desgarra los tímpanos…

Marthe, A. y Quoeun tocaron el primer movimiento del *si* bemol mayor de Schubert.

La tormenta no quería estallar. Acabamos con el admirable *si* menor de 1781. Salió bien, aunque un poco exaltado. Subrayamos la emoción: esta nos dominaba. A. sugirió entre dos movimientos que quizá estábamos rebajando la música a no ser más que un mal *afecto*, un *excitante*.

—¡Se cierra la sesión! —dijo Wensleydale cuando le dejábamos—. ¡Reapertura este año, a partir del 4 de septiembre!

El jueves 5 de julio me encontré con Ieurre en la rue Dauphine. Estaba comprando puerros en la verdulería. Me dijo que Henriette estaba de maravilla.

Nos sentamos en la terraza de un café.

«Deme un néctar divino, que otros suelen llamar *vino*», comenzó diciendo.

Ieurre no dijo ni palabra de la velada de ayer. Me pidió noticias de A. Le parecía que ayer estaba un poco hinchado y preocupado. Le dije que me parecía que estaba mejor, que los mofletes no son una señal particular de depresión. Que se esforzaba por trabajar, aunque le pusiera una impaciencia febril que me asustaba un poco: le daba a esa actividad una importancia poco juiciosa, buscaba —de forma excesiva — *enajenarse, activarse costase lo que costase*. Ieurre frunció el ceño de repente e hizo ademán de levantarse para irse. Cuando le pregunté por el motivo de tan súbito cambio de humor, me preguntó si «activarse» no era una expresión tan monstruosa como carente de sentido. Que se podía, por ejemplo, precipitar un movimiento, acelerarlo, apresurarlo, en fin, hacer que fuese activo sin usar ese verbo. En cuanto a «activar» a «uno mismo» le parecía la cuadratura del círculo, y tarea, en su opinión, tanto más ardua cuanto que a fin de cuentas consistía en redoblar un defecto o una ausencia de sí que las formas pronominales ya tenían bastantes dificultades en enmascarar. Asentí rápidamente. Ieurre ahora ya me estaba hartando. Imputé mi enojo al volumen de su voz, a su cabello grisáceo, a su piel bronceada por el sol de Pontchartrain.

Sábado, 7 de julio.

El rostro de Véronique era triangular; las manos le temblaban

sobre las rodillas.

A. se reunió con nosotros. Nos fuimos a cenar juntos.

Hablando de Paul, A. se repetía un poco:

—Para entregarse al amor se necesita mucha fuerza y desesperación. Es cosa de una nostalgia irreprimible y que en su principio es vana…

—¡No vamos ahora a repetir un almuerzo en casa de Wensleydale! —dije, con brusquedad.

—¡Por más que las faldas se alcen —prosiguió—, no volveremos al vientre de nuestras madres!

Añadió que algo sabía del asunto. Que le gustaría no amar nunca más. Ser absuelto de la «vieja tortura ritual», añadió.

Luego A. nos dio un abrazo. Al día siguiente se iban los tres. Y al alba. Suzanne les había invitado a un molino, en las estribaciones de los Pirineos.

Domingo, 8 de julio.

Aunque llamé muy temprano —hacia las seis y media de la mañana— no logré contactar con la rue du Bac.

Luego llamé a rue de Nesles. Ieurre no estaba allí.

V. se fue al mediodía.

Lunes, 9. Curiosa sesión de trabajo.

Zaezon de repente, taciturno. «En esta época en que se publican cientos de miles de libros —dijo—, lo que no se publica son los libros de lectura.» Aunque en su malhumor había también cierta sumisión. Lo que ha publicado da testimonios que su palabra no tiene forma de recusar. Pero me atuve a la opinión dada. Una opinión desde luego más optimista.

Día 10 de julio. Llamé a Marthe. Me iba —el día 13— a Estados Unidos, por un mes. ¿Se había acordado de llamar a Ulrike? ¿Cómo estaba?

Ella no entendió que le hablaba de U. Me respondió que había una pequeña esperanza de que Paul se quedase en Vence parte del verano. Que ella estaría allí todo el verano.

Jueves, 12 de julio.

Pasé por casa de Ieurre. Él iría a buscar a Henriette y Gladys al cabo de dos días (estaban en Pontchartrain). No se irían antes del día 16. Había alquilado una casa magnífica en Córcega para tres semanas, por siete mil francos (Ieurre pronunciaba a la antigua, casi cambiando

la «ie» por «p», «*septe mil*…»). Estarían de regreso —pero en Pontchartrain— antes de «el ferragosto».

Nos abrazamos. Me perdonó que me fuese a Estados Unidos —ya que era por dinero.

Día 13 de agosto. Quoeun vino a buscarme al aeropuerto. Pasamos por el Quai. Luego por rue du Jardinete, donde fuimos a buscar a R.

Cenamos en la *rive droite*. Hablamos de nosotros, de Estados Unidos, etc. Recroît dijo (ya no recuerdo a propósito de qué, es cierto, me costaba seguir la conversación, estaba cansado) que al principio del siglo XVII en París llamaban *oublieurs* a los chicos de pastelería que hacia las ocho de la tarde, en invierno, recorrían las calles pregonando los *oublis*.[19]

Quoeun precisó que era una pasta hecha a partir de miel, huevos, harina, y cocida entre dos hierros.

Me pareció bonita la expresión: pregonar los *olvidos*. R. añadió que esa belleza de la expresión venía sin duda de su naturaleza paradójica, y porque respondía a uno de nuestros sueños más tenaces, cuya realización, si no fuera imposible, habría satisfecho un deseo *más o menos* fundamental respecto a la constitución de nuestras cabezas.

«Perder la memoria —dijo—. Tener ausencias. ¡Es puro Chrétien de Troyes! Poseer la ausencia y poder ofrecérsela a la gente que pasa por la calle.»

Quoeun añadió: «Como antaño el maravilloso tráfico católico de los años de paraíso.»

Martes, 14 de agosto. Véronique regresó de Bretaña.

Estaba encantadora. Una falda clara, una camisa de seda también clara, bastante abierta. Un pequeño colgante de oro.

Día 15 de agosto. Véronique volvió a irse a Bretaña a mediodía. Sin ni siquiera almorzar. Quoeun me llamó: se volvía a Baviera. Bauge me llamó: que el 17 fuese a cenar a su casa.

Viernes, 17 de agosto.

Fui a casa de Bauge. Suzanne no estaba.

Después de la cena (demasiado meridional, mucho aceite, ajo, pimienta, tomillo y laurel…).

Los dos, absortos en las Patrologías:

—Fue leyendo un libro de Henri Bergson cuando pensé en R., dijo Bauge, y acabé por darle la razón. Bergson, en la introducción a *El pensamiento y lo moviente*, dice esto con una calma y una sobriedad que superan a todos los delirios de R.: «Nunca ha sido una obligación

hacer un libro». Es decir: no hay ningún pensamiento en el mundo que sea necesario. Son acontecimientos tan fortuitos —si no «azarosos», por hablar como R.— como la existencia de los que existen. Que se trate de la Biblia o de Mathilde de la Mole, de las maravillosas canciones de Malbrough o de Pierrot, todos esos padres de la Iglesia griega o latina —dijo, mostrando las paredes recubiertas de libros—, Mahoma o Mao, toda la obra de Mézeray, los curiosos libros de Marx y de Freud, no eran necesarios, y siguen siendo así.

Hacía calor. Le pedí a Bauge que cerrase la ventana. La rue Suger apestaba. Nos bebimos dos cervezas.

Maquiavelo confesó en una carta, según parece —declaró Bauge, sorprendentemente locuaz— uno de sus ardides más singulares: cuando caía la noche, una vez había vuelto a casa, antes de pasar a su despacho, se quitaba la ropa, que en realidad estaba más manchada del recuerdo de las ocupaciones del día que de barro auténtico o de polvo. Se vestía con un hábito de corte. Entonces —vestido así, y, si lo entendí bien, con el espíritu vacío a fuerza de ropajes — podía franquear el umbral de su biblioteca: *entrar en las antiguas moradas de los hombres del tiempo pasado*. Le acogían unos huéspedes de una cortesía acorde con la distancia de los siglos y pulida por el hábito de la muerte, usando unas lenguas muy firmes, antiorales, inconfundibles con voces de hombres vivos. Y por fin se deleitaba —son sus propios términos— con un alimento que no saciaba.

Al separarnos Bauge me dijo que el libro de Marguerite Porete acaba de publicarse, y que yo tenía que comprarlo.

Sábado, 18 de agosto.

Saboreé unos arándanos deliciosos.

Domingo, 29 de agosto.

La semana pasada compré el libro de Marguerite Porete. Por la noche lo estuve leyendo.

Una página comenzaba así: «Y no ebria solamente de lo que ha bebido. Sino muy ebria y más que ebria de lo que jamás bebió ni beberá…».[20]

Lunes, 30 de agosto.

Ieurre me llamó. ¿Por qué no iba allá? Había recibido una carta de A.

Que estaba bien. Que nos añoraba un poco.

Domingo, 2 de septiembre. Pasé por la rue du Bac.

E. sesteando en un sillón de la salita —junto a un ramo de flores

azules como las malvas— abandonada a la luz.

Habían sido, me dijo, unas vacaciones muy sencillas y muy bonitas.

D. estaba moreno como un piel roja. Pasé al despacho de A. y le pregunté qué tal había ido aquella estancia en compañía de Suzanne.

A. me dijo, sonriendo, que al escuchar a S. no podía evitar pensar en los cantos de iglesia —esas alegrías de boca, esas expiraciones delirantes—. Cantos de palabras desprovistas de sentido a semejanza de los neumas, glosolalias y rituales de éxtasis verbal de los monjes, extremas ebriedades debidas sólo al significante, tan parecidas a los gritos de guerra, y comparables a esas repeticiones machaconas espantosas de los niños autistas o de determinada clase de locos. Estimaba, exagerando un poco, que aquellas argumentaciones verbales de S., esas mismas alegrías hoy día cada vez más apreciadas y valoradas —bajo el canciller Hitler, en la poesía leída en voz alta en la Bauhaus de Beaubourg o en las Universidades de Estados Unidos, en el mismo éxito, de una insistencia en el tiempo capaz de dejar perplejo, de las músicas negras, o en los cantos y discursos políticos que la televisión difundía— a veces le provocaban odio. «Ese rechazo a lo escrito —decía—, terrorismo de Pentecostés, fuego que quema todo conocimiento, voz pretendidamente viva, ese decir imponiéndose al callar… ¡Esa exclusión de toda mediación, de todo lo que supone la intervención de códigos o lenguas, de todo lo que contiene a la violencia, o la diferencia, o bien la intensifica pero requiere el filtro de las instituciones, de saberes, de tradiciones que maridan los mismos cuerpos sin que se den cuenta, y ya desde antes de que un cuerpo de niño se tenga en pie, y eleve las manos hacia los barrotes a los pies de las sillas y la altura prodigiosa de las mesas! Los ejemplos moralistas y bobos de Sócrates o Jesús, figuras completamente librescas que en los libros denuncian los libros, y acusan de crimen, arrastrando a las hogueras de una forma tan directamente contradictoria a los mismos autores a los que, sin embargo, deben su permanencia en la memoria, y predicar su odio en beneficio de la naturaleza hipotética de las bestias.»

Tal, a sus ojos, el desastroso y humillante goce sonoro, antaño, de las variaciones sobre la *a* final de la palabra aleluya.

Lunes, 3 de septiembre. T. E. Wensleydale me llamó. Que el martes por la noche veníamos con los instrumentos, aunque Marthe no estuviera.

Zaezon vino a almorzar —por nuestro trabajo— a mi casa. Me dijo que vivía con Thomas. Que el chico *macizo* al que hasta entonces amaba había huido a Marruecos. Elogió la docilidad de Thomas, la diligencia mil veces demostrada, su audacia. Y que le costaría, a fin de

cuentas, relativamente poco mantener ese fuego, y preservar la pureza y la solidez de sus costumbres.

Escuchando a Z., y esa especie de espíritu tan mundano y seco, tan voluntariamente impúdico, desagradable, de repente comprendí la curiosa animadversión de A. Que hubiera querido ver a Thomas casado. Amigo y casado.

Pasó Ieurre —que también había regresado—. Le serví una taza de café. Habló de S. «Nuestra especialista en localizar mirlos», dijo de ella.

Zaezon nos dijo que habían forzado la cerradura de su apartamento y le habían robado su colección de medallas. Los cerrojos habían quedado inservibles. Había tenido que instalar cerraduras nuevas. Además, su estado —o su número, no lo recuerdo— había dado pie a la compañía de seguros a excluir cualquier idea de indemnización. Ieurre se negó a compadecerle. Luego Zaezon se fue.

Después de que Z. nos hubiera dejado, le pregunté el motivo de su indiferencia. La pronunciación deficiente de una palabra, me dijo, volvía inexistente el acto que entonces supuestamente se habría cometido.

Así, por ejemplo, había oído decir a Sébastienne «eu-cuménico». Pero ¿cómo era posible creer que esa palabra pudiera tener ningún sentido, siendo su pronunciación tan defectuosa? ¿No suponía la más completa ignorancia, tanto de su formación como de su historia? ¿Su significado no estaba estrechamente vinculado a ella? Entonces Ieurre afirmó que un hombre sólo podía comprender las pocas palabras que fuese capaz de definir. Y en consecuencia, que sólo podía tener crédito sobre esa poquedad.

«Pero tengo que volver al *tugurio*», dijo, levantándose y estrechándome la mano.

Labor Day. R. pasó a recogerme en coche. Fuimos a la rue des Bernardins. Llamamos, sin resultado. Entonces me acordé de que Marthe aún no había regresado. De inmediato volvimos al *quai* a por partituras de tríos.

Llegamos a la avenue de La Bourdonnais hacia las ocho y media. El coche de Ieurre estaba aparcado *en segunda fila* ante la puerta: Ieurre y A. estaban sacando del maletero una impresionante caja de vino de Burdeos, jadeando. Les ayudamos a subir los escalones del umbral.

Wensleydale mantenía abierta la puerta. Zaenon y Thomas estaban allí, así como Quoeun, Suzanne y Bauge. También habían venido Otto y Karl. «¿Por qué este trasiego de alcohol?», preguntó R.

—Es el agradecimiento mínimo que os debo —dijo A., sonrojándose.

W. nos dio prisa.

Nos sentamos a la mesa. La conversación fue de lo más vulgar. Ieurre comenzó por felicitar a Thomas por su elegancia. Rivalizaron en comentarios amables hasta que I. le fulminó con la mirada porque Th. había dicho la palabra «viejuno».

—*Trasnochado*, en este caso —le reprendió—. ¡Qué mal habla usted!

Thomas dijo que ignoraría estas observaciones de *guardia forestal*. I. respondió que los guardias eran muy necesarios, y que a ver si aprendía el uso correcto de las palabras.

—Ieurre no deja pasar ni una —declaró Bauge.

—Es verdad —le respondió este—. Y sigo sin acostumbrarme a los barbarismos.

—Ieurre quiere una boca irreprochable —añadió Bauge, pronunciando esta palabra con la máxima afectación.

—Si —replicó él secamente—. Aunque se quedan impunes, los crímenes no por ello dejan de ser horribles asesinatos. El oído de los dioses sangra. Los analfabetos como este —añadió, señalando a Thomas— son odiosos asesinos. ¡Deberían ser desposeídos del lenguaje, y rebajados al nivel de bestias de carga!

Thomas, blanco de cólera, se levantó para irse. Recroît le retuvo: ¿qué más daba que Ieurre blandiese su vieja espada roma? ¡Estaba tan carcomida! ¿No veía que el óxido la había roído hasta la empuñadura? ¿Que los siglos la habían gastado, desafilado, degradado, roto?…

—Ya es incapaz de designar las cosas que son, sin embargo, sólo silencio. *A fortiori* de tocar piel —replicó Ieurre—. ¡Y la prueba es lo molesto que se ha quedado Thomas!

—Pero si todo el mundo dice «viejuno» —intervino Suzanne en tono conciliador—. Esta costumbre se ha hecho inveterada.

—Y las mismas reglas —añadió A.— la mayoría de las veces son faltas que se han vuelto inveteradas….

—Nuestra misma lengua, a propósito, no es otra cosa que un inmenso solecismo consagrado por el uso… —dijo R.

—… ¡y una lista de faltas de moda, en las pías manos de un cardenal! —añadió Quoeun.

Ieurre se irritó y dijo que todos los profesores, todos los bibliófilos, los lexicógrafos, eran traficantes.

—¡Hablad con precisión, y con aplomo, y con *lógica*! —dijo—. Y no digáis «viejuno». Os quedaré muy agradecido de que no lo digáis.

—¿Por qué? —preguntó R.

—Porque son cosas que me importan —respondió. Que sin duda Thomas era muy guapo. Razón de más para que se callase. Que su *bagaje* era muy liviano. De nuevo Thomas quiso levantarse. Zaezon —

un poco borracho— le retuvo y preguntó a Ieurre qué le parecía. Pretendía defender —en muy mal momento— la homosexualidad:

—Creer que la especie está partida en dos sexos —dijo— es imponer una simetría poco pertinente y negar la diversidad de los cuerpos reales y su relativa autonomía, y el estado que le deben a la edad. En suma, es dar fe a un curioso mito de reparación: una especie de unidad quimérica reparable en el amor.

—El huevo sin semilla —dijo Bauge—, fruto del viento, e incubado por la noche, antes de las cosas llegasen a ser…

—¿Por qué las mujeres niegan que los hombres tienen senos? —exclamó Th. con una pasión impresionante. ¿Por qué los hombres se niegan a pintar o mencionar esa especie de rugosidad o de relieve característica de los sexos de las mujeres?

Gladys de repente se sonrojó. Llevaba un vestido verde manzana. Entonces tomé conciencia de que había amado a C. R. le respondió:

—La mayoría de las veces hacemos el amor con imágenes, y por concretos y particulares que sean los atributos que tocamos, lo que tenemos en las manos son símbolos.

—¡Símbolos! —subrayó Ieurre.

—En fin —prosiguió—, estáis equivocados. ¿Qué norma no es un ser de razón, la clase de un sistema, un sueño que delira?

Otto igualó la percepción de la belleza a la presunción de la muerte. Citó los famosos versos de Platen. «El ojo descubre la belleza —dijo con fuerte acento—, la mano registra, el corazón segrega la muerte.» ¡No la gracia, dijo con un acento aún más rudo, ni la exención de la muerte! Sino el contacto con la muerte. La inseguridad inmediata. La belleza, dijo, *certificaba* la muerte.

—Aquí *certificar* es completamente incorrecto —dijo Ieurre mientras Karl reprochaba a las mujeres que había conocido, por apetitosas y jóvenes que fueran, que fuesen unas guarras. Bauge se reía.

—¡Dios le castigará! —exclamó Suzanne, con actitud vengativa, el espíritu quizá brumoso por el vino de Burdeos. A renglón seguido intentó exponer las pruebas de la existencia de Dios.

—Si Dios es una criatura del lenguaje, como lo somos nosotros —dijo con mucha franqueza— él es tanto como nosotros somos. Su vida viene de nuestra muerte y si nuestros muertos se suceden, por la lengua que constituye su principal figura, y por la memoria que la lengua proporciona a los nombres de los hombres —y que así proporciona a su nombre— se alimenta de nuestras invocaciones, se deleita con nuestras sucesiones, se inmortaliza con nuestras muertes, y con los nombres de nuestros muertos. De manera que la lengua es aquello por lo que Dios nos vincula a Él, y vive de nosotros, mientras

seamos. Porque mientras hablemos, y por consiguiente muramos, él será. ¡Existencia que descansa en la voz de la plegaria, y en la invocación de su nombre cuando nos oprime la idea de la muerte!

Después de desgañitarse, se sirvió de beber. Ieurre me sopló al oído: «Prosa proporcionada por la botella». Wensleydale elogió la sodomía.

—Si se extendiera el volumen de un cuerpo en el espacio —dijo— su superficie no llegaría al metro cuadrado. ¿Cómo no darle la vuelta a un cuero tan exiguo?

Agitando los brazos, Suzanne volvió a tomar la palabra. Éramos criminales, éramos hombres. La lengua era un organismo vivo y sexuado (Ieurre la miraba atónito), y peor aún: de nuestro sexo. «Y en el momento en que acepto usar esta lengua —decía ella—, me asocio a vosotros, a vuestros crímenes. Es decir, a la escenificación de un sacrificio. A todos los crímenes, que fueron cometidos por los que la hablaron, o que lo fueron en su nombre. A todos los poderes, que se establecieron, y que lo fueron mediante ella. A todas las órdenes, a las que la lengua dotó de persuasión y legitimidad, que ejercieron cualquier poder —es decir, a toda violencia que, al ser perpetrada, perpetuó el lenguaje y que gracias a él encontró una injustificable justificación—. En resumen: ¡a todas las órdenes que fueron, son o algún día serán vinculadas a la lengua que uso para decíroslo!»

Ieurre volvió a inclinarse hacia mí.

«Es una gran propagadora de mentiras», dijo. Bauge lloraba de risa. «No hay nada bueno en lo que se hace con esas cosas», dijo.

—A veces pasa que esto ocupe el final de la vida —le respondió Wensleydale—. Y además hay muchas otras razones para apreciar a las mujeres y valorar las cualidades que son propias de ellas.

—Hace cuatro mil quinientos años, bajo la Vª dinastía —replicó Bauge—, el sabio Ptahhotep puso por escrito las reglas de la buena vida. ¡Llena el vientre de tu mujer!, decía delante de los dioses. Vístele la espalda, acaríciala, sacia sus deseos cada noche, esto le suaviza el tono de la voz y honra al señor de la casa.

—En la leyenda de Buda —dijo Karl con más seriedad— la mano de las mujeres se interpone entre padres e hijos, impidiendo que se abracen, o que se reconozcan.

Otto consideró oportuno lanzarse a una vasta teoría:

—En los gestos con los que rodean a sus hijos, las madres repercuten indefinidamente una forma de ser de la que ellas mismas fueron objeto, y hay un inmenso movimiento de flujo de madre a madre que viene del fondo de los tiempos (el reflujo sería los hijos varones, pretendió, como una subespecie desechable, más frágil, más mortal, carente de descendencia) y reproduce sin gran inventiva una

relación todopoderosa, salvaje y mamífera, indescriptible, apenas histórica, y tan impersonal que puede parecer dolorosa (no habría una verdadera madre, sino, de madre en madre, una relación materna siempre en falta, en sufrimiento, irreal, y persecutora de todas las mujeres que caen bajo su yugo), absolutamente carente de conciencia, y brutal, y *no verbalizable*!

Ieurre lloraba de risa.

—Es verdad —dijo A.— que el tejido entre hija y madre es hasta cierto punto tenso y asfixiante. Es de una violencia que no es comparable con la vivacidad belicosa que engendran esas especies de asaltos o de pequeñas guerras —casi superficiales y civiles, por contraste— que se libran entre los padres y sus hijos.

Ieurre no paraba de reír. «Los vínculos entre el ganso y la oca —balbuceaba— o entre paloma y palomo. Entre jabalí y jabalina, o bien entre el yerno y la nuera. Entre el macho cabrío y la cabra, entre la yegua y el semental. Algo demasiado triste», dijo.

Élisabeth y Gladys hablaban entre ellas. «¡Estos no paran de rebuznar!», decía É. «¡Como de costumbre!» Quoeun pidió que aquella conversación se suspendiera. Que eran demasiados *berridos.*

A. repitió una vez más que detestaba el amor.

—La nada entre cuatro ojos —dijo Z.

—¡Diferencia vacía! Nunca es pertinente —dijo O.—. Pedazo de carne azorada que cuelga y se menea entre las piernas de los hombres. Matorral hirsuto del sexo de la mujer, y sus labios sueltos y abiertos…

—¡Pertinente! —dijo Ieurre.

—Una mano tendida hacia una bragueta. Todo el deseo del mundo —dijo O.

—Vano desafío a la diferencia inscrita en nuestros cuerpos —dijo R.

—La empresa comporta el azar frente a la elección, la ignorancia respecto al fin perseguido, aparato y munificencia en la aproximación, ruina y terror perpetuo para lo que la concluye. Es bastante magnífico —dijo Quoeun—. Estoy lejos de compartir vuestra reprobación…

—Vais perdidos —dijo A.—. No hay sexo, no hay deseo. Es una especie de miedo —añadió—. Y cuando este se apodera de sí, parece que todo el miedo está fuera de sí. Que, venido de fuera de sí, pesa, oprime por todas partes, se acerca al rostro y estrangula. Entonces, con el cuerpo plegado en dos, el deseo de que se desborde «de una vez», de que aplaste el cuerpo y satisfaga ese deseo inmenso donde se hunde ese anhelo de acabar ya. Ahora bien, esas ganas no difieren del abandono sin control que se siente a veces, cuando culmina el amor.

Suzanne se exaltó otra vez. Defendió la pasión, el amor, los celos, etc.

Ieurre me dijo en voz baja que ella iba de culo y de cara, cual corneja que rompe nueces. Tenaz empeño.

Entonces nos comimos un pescado excelente, con patatas inglesas.

Quoeun defendió la idea de que sólo las gentes del norte eran capaces de hablar correctamente. Estimaba que el frío *preserva*. Que la frialdad del aire el olor contiene el olor, mientras que el calor acelera la putrefacción. El frío forzaba el decoro característico de las estalagmitas. El hielo propio de la cortesía. Una rigidez, una distancia muy conveniente para el lenguaje.

«Los viejos, nacidos en París, no hablan tan mal», dijo Ieurre. Y observó que se había conservado mejor el uso de nuestra lengua —que se habían respetado más escrupulosamente las reglas tradicionales— en el Midi de Francia, aunque allá abajo se hablase diez veces más que en la Lorena o en las viejas Flandes.

Pero Q. no escuchaba. Renegaba contra el calor, y la desnudez, la claridad del sol, la capacidad de visión, de transparencia, de unidad, de verdad, que son sus consecuencias. Vilipendiaba la tibieza, la facilidad, el vapor, la espiritualidad, la cordialidad, a los Meridionales. Reprochaba sudor, color, siesta. Y deseos casi líquidos de las mujeres, sus vestidos, su cabello, sus olores.

Suzanne recitó nuestros pecados. Esto llevó algún tiempo. Acabó con los de comisión y de debilidad. Omitió los de malicia.

Buscábamos en la amistad, si no lo contrario de la complicidad —intervino Quoeun—, una especie de reserva, una red neutra, poco afectuosa, muy formal o de una dependencia formal, absolutamente púdica, civil, y violentamente insincera. Más próxima al *esprit de corps* que al arrebato de amor.

Fidelidad inaccesible a la necedad, a la simpatía —prosiguió R. Pero ¿qué estábamos diciendo?, preguntó Suzanne rompiendo a reír.

Zaezon dijo que las reuniones de amigos —o las de familia— eran como las comidas de posada, donde los viajeros comparten el pan con los desconocidos.

—¡Basta! —exclamó T. E. Wensleydale. Nos levantamos de la mesa. W. dijo con tono brusco que ahora había que callarse. Que había que disponerse a escuchar a «la cuadrilla del carrusel».

Tocamos incómodos. La ausencia de Marthe, la presencia de aquella «audiencia» nos entorpecía la digitación.

Thomas, A. y Quoeun acabaron con el trío en *mi* bemol mayor. Lo tocaron bastante bien.

Abreviamos bastante. A las once y media cerramos los estuches.

Ieurre dijo que se había divertido como una miga de pan caída detrás de un baúl.

Miércoles, 5 de septiembre.

Estuve esperando en la place Dauphine. En la rue de Harlay, Véronique me salió al encuentro. Hacía muy buen día.

Su cabello rubio, sujeto con una ancha cinta de seda que le pasaba bajo la nuca. Llevaba un vestido ligero y amarillo. Avanzaba hacia mí con los brazos cruzados apretando contra el seno una gruesa edición reciente de *Wuthering Heights*. Según andaba, las piernas deshacían todos los pliegues del vestido. Gracias a la luz se podía ver las sombras. Los estrechos tirantes descubrían los hombros. La cintura del vestido era alta, hasta los senos.

Apenas estaba bronceada. Sonreía. Me abrazó.

Jueves, 6 de septiembre. Me llamó Thomas. Quería verme. Le dije que pasase el sábado.

Viernes, 7. Ieurre me llamó.

Se quejaba. ¿R. le detestaba? Había abandonado el juego de *escaques*. Que no volvería a vencerle. Que no volvería a *purificarle*. Que ya no tenía, para olvidarse de su vida, más que el trabajo.

«Soy un brahmán instruido que por desgracia conoce la impureza del servicio», dijo con amargura.

Llevaba un poco demasiado lejos el hinduismo. Refiriéndose a su mujer y a su hija, decía el ganado grande y el ganado pequeño.

¡Que yo le reconciliase con R.!

Le dije que viniese a cenar mañana por la noche. Yo invitaría a Recroît.

Sábado, 8 de septiembre.

Recroît e Ieurre hablaban en monosílabos, observándose con aire sombrío. Thomas quiso acompañarme a la cocina. Me contó las vacaciones que había pasado con Z. Que ahora vivía con él. Este acababa de alquilarle —el 1 de septiembre— un pequeño estudio en la rue des Deux-ponts. Luego hablamos de A. Estaba claro que hablaba de él con más fluidez. Con más calidez. Le había visto la víspera. Cuando volvíamos al comedor:

«Ahora todo va bien», decía Th. Élisabeth está contenta; es como si él hubiera nacido de nuevo…

—*Nacido otra vez* —exclamo Ieurre. Tendría que haber dicho *otra vez*, mediante una tentativa muy diferente de aquella que le había dado a luz, y de la que tan poco responsable fue entonces— con su madre abandonándole a los gritos, al frío, al día, al aire y al hambre perpetua. ¡Nacer *de nuevo*, es decir, en los mismos términos que la primera vez, es una tarea que no supera sólo las capacidades de un

manual de gramática!

Lo que faltaba. Atizando el fuego.

«¡Basta! Modérate —le gritó R.—. ¿Qué te ha hecho Thomas? ¿Por qué esta actitud policial?»

—… musical —dijo Ieurre.

—Estas consideraciones *represoras*…

—¿Y en qué nos *liberaría* hablar sin saber y como a lo tonto?

R. le replicó que no veía en qué era él más sabio, y más persuasivo, por el hecho de saber aquellas cosas y de escucharse tanto. «¿Por qué esta incesante inspección? —prosiguió—. ¿Esta incesante purga de lo que decimos? ¿Y por qué esa adhesión no necesariamente muy inspirada a las formas más solemnes y que están menos vivas?

—¿Es que necesito una *justificación* para tener un deseo? ¿Es obligatorio enmascarar una decisión que se ha tomado con la ayuda de ambiciones secretas o de motivos psicológicos? O más aún: ¿necesito otra inspiración, además de la que me dicta el miedo?

—Es muy insuficiente —dijo R.—. Sin duda, una fragilidad particular tuya justificaría bastante bien que este exorcismo se ejerciera sobre ti mismo, te protegiese a ti mismo, pero ¿por qué, además, dar lecciones a los demás? ¿Por qué sermonear, reprochar, reprimir continuamente? ¿Por qué ser tan insistente? —¿Temía que no solamente su lengua estuviera tan distendida que las mallas se desgarrasen, sino que también todo el lenguaje se trastornase?

—El trastorno del lenguaje —repitió Ieurre—. Ahora has tenido una ocurrencia muy atinada. En efecto. Es una especie de silogismo. Si el cuerpo que cede a la emoción entenebra su voz, desmiembra el discurso, entonces un lenguaje ya desmembrado y desordenado abrirá la puerta a todo lo que trastorna, desordena, entenebra… —y arrastrando el cuerpo, quizá doblándolo sin posibilidad de volver a su delirio…

—¡Y eso será el umbral de la impureza, el horror, y toda la genealogía de los monstruos! —exclamó R.

—Cuando las construcciones verbales pierden en complejidad, cuando las palabras se condensan, pierden su sentido, pringan, chapurrean, cuando los acentos se alteran, cuando la concordancia se debilita, cuando el exceso, la vulgaridad…

—El caso, los espectros y Tarasca, la lujuria… —dijo R., siguiendo con su burla.

—No te rías. ¡Pasada esa frontera —vana, y mítica— llega el terror, la afasia terrible, el animal de locura que galopa en el pavor interior y lamido por las llamas, por el inmenso incendio forestal!

—Pero las lenguas no purifican nada —dijo R.—. Más bien mancharían, según dice A.

—Sí. Pero son formas más o menos fijas. En realidad, no lo sé.

—Un gruñido también es una forma fija —como un largo periodo latino…

—Me pierdo —dijo Ieurre—. No es eso…, Sin duda, las formas del lenguaje son menos fijas que los ruidos, las emociones y los silencios. Incluso más libres —porque a partir de una regla poco perceptible, más complicada, más acordada…

—Así pues —dijo Recroît—, ¿entre el maullido de un gato y el verso de un poeta, Ieurre el blasfemo, Ieurre el Puritano, Ieurre el Purificador, descubres una diferencia de función?

—De función no, desde luego. Sí. Aunque… Quizá de uso…

—Pero ¿cómo es posible que lo que no tiene función tenga uso?

—No un uso propio de la lengua. Sino una forma de uso particular para aquel que la utiliza… Seguro que esto no lo comprendes. Hay una tradición de los libros, diría Quoeun. Hay un uso de la lengua que no es la voz. Igual que hay un uso de los sonidos que es sólo suyo. La música, los libros… No el lenguaje.

—¿Lo crees?

—No lo sé. Pero creo que no hay por qué creer. Sin duda, también es una creencia. ¿Necesita A. agregar fe a la música, a eso que sólo tiene el sentido de ser ejecutado? ¿Y que no deja nada? ¿Y durante el tiempo de esa lectura, de esa ejecución?

Domingo, 9 de septiembre. Tenía la gripe. Pedí que pusieran en marcha la calefacción. La portera no quiso. Pasé el día delirando en cama, sin dormir.

Lunes, 10. Por la tarde vino Ieurre. Me levanté de la cama con dificultad y me costó bastante llegar a la puerta y abrirle.

Contra mi voluntad, llamó a un médico.

Martes, 11 de septiembre. R. me llamó. Vino a verme hacia las nueve de la noche: con una libra de manzanas reinetas y una botella de vino blanco. Ieurre provocaba odio, me dijo. «¡Además de criticar los giros *deshonestos* y las pronunciaciones que él considera *lamentables*, además de rescatar del olvido y querer imponer normas que ya nadie obedece, además de restaurar formas de hablar que ya no se usan, ese Ieurre es un verdadero *fatuo*!», añadió.

Le deseó las escaleras Gemonías, pero yo no podía tragar nada.

Comió por mí. Vaticinó un castigo eterno para Ieurre. Vi el pequeño cuerpo risible, canoso y desnudo, lamido por las llamas del infierno.

Miércoles, 12 de septiembre.

Zaezon se preocupaba por mí; Th. pasó a verme.

Jueves, 13 de septiembre.

Vino A. Luego, Suzanne. Quiso que firmásemos un manifiesto. Hablaba de publicar la verdad, de dar testimonio, de que al firmar su petición por lo menos «hacíamos algo».

A. murmuró que a la caída de la noche, junto a la lámpara, cuando se lee un libro, que es como un ensayo musical…

«La sombra que proyecta no se mueve mucho en el techo», dijo.

Yo me callé. «Que todas las cosas escritas…», añadió A. S. nos abandonó, *furibunda.*

Viernes, 14 de septiembre.

Me encontraba mejor. Pero no me esperaba que a las siete viniesen todos. Por lo menos, Ieurre, A., Recroît. A todos les zumbaban los oídos. Se acomodaron. Ieurre me trajo *un sexteto* de huevos.

Tuve que levantarme y ofrecerles de beber. Les pedí que salieran de mi cuarto y pasasen al salón. R. y Ieurre estaban discutiendo otra vez.

Ieurre la tomaba con A.: que en el *carrefour* Buci, cuando venía hacia aquí, cuando estaba comprando los huevos en compañía de Recroît, éste había tenido la audacia de pronunciar «*crémeux, crèmerie*».[21] ¡Habría que «grábarle»!

«Deja de hacer el inquisidor, te lo ruego —dijo Recroît—. Yo no reviso mi boca antes de hablar —añadió, enfadado—. Y lo que digo no es tan importante como lo que siento.»

—¡Sentimientos de lécheria! —exclamó Ieurre—. ¡Ah! No sabes ni lo que dices. Y esta particularidad, por desgracia, no es sólo tuya. ¡Es hasta profesional! Los actos reflejos, ¿por qué mencionarlos? Para mí lo que yo digo, es truco y fraude, disimula y expone, protege y asfixia. ¡Sacrifica! Este término tendría que gustarte: querido Recroît, si hablo es para no matarte de inmediato. Cuando todos toman la palabra para no decir nada, y para evitar hacer nada, y para distinguirse de lo que sienten y alejarse de lo que están viviendo.

Esta consideración le gustó a A. «Igual que la emoción en música —dijo—. Retirar la ausencia de sentido de la ganga del significado. Y provocar el llanto colocando *nada*, o una pizca de nada. O un silencio. Calcar ese motivo que los sonidos limitaban hasta el extremo de no reproducirlo… o más bien destruirlo pegándose a la sombra de su ritmo. Diferir hasta la armonía —¿verdad, Ieurre?— la *armonía*. Calcar la emoción hasta el equilibrio que la destruye.»

—Sí —dijo Ieurre—. Aunque esa forma sea incorrecta. En este caso

sería más correcto decir *imitar* que *calcar*. En cuanto a mí, lo que quiero hacer con la lengua es subrayar su dibujo, sus rasgos particulares, el sonido y el contorno.

La palabra *armonía*, añadió, el hecho de armonizarse, eran correctos. Tan enigmáticos como correctos. Y sin duda era completamente inútil. Respecto al universo, era una *baratija* arbitraria. Una *bagatela*. O un pequeño juguete mecánico, aunque no por ello del todo desprovisto de gracia y de valor. Porque los signos, igual que los sonidos, ¿no necesitaban para ser percibidos ser correctos? Y los signos, en el caos, ¿no necesitaban un protector, igual que las vacas o los corderos necesitaban un pastor para subir en verano a los…

—Así que las ocas capitolinas, las ocas grasas de los Atrebates ¿siguen necesitando tanto el oído de Manlius? —preguntó Recroît, riéndose—. ¡Pequeña vestal envejecida y honoraria, en tu muy casta túnica gris y blanca, atizando el fuego de la diosa!

—¡Y además, así se pasa el rato! —decretó Ieurre.

—Eso no justifica en absoluto esos cuidados —replicó R., encogiéndose de hombros—. Si las gallinas tuvieran dientes, y bastante largos —prosiguió—, el vocabulario sería un repertorio de signos preciso, coherente, y unificado. ¿Cómo creer que el valor de esos signos haya sido fijado por el uso? ¿Por Ieurre? ¿Qué uso? ¿Y un uso de qué usuario? ¿Y de qué manera esos signos híbridos, tomados de aquí y de allá, y de un uso tan diverso, tan contradictorio, tan conflictivo, y esa innumerable multitud de las lenguas que habrán habitado la Tierra, y sin relación en el tiempo, ni en el significado que se suponen, sirven de soporte para hablar, de relación para reunirse, y facilitan —donde no hay entendimiento, ni tampoco nada que hacer compartir que todos no sepan ya sin decir palabra— cualquier tipo de comunicación?

Recroît prosiguió un buen rato en este estilo. No me acuerdo exactamente de lo que dijo. Pero repitió a Ieurre que se había dedicado a pulir una herramienta inutilizable. Y la había pulido y aguzado tanto, que se había vuelto frágil.

«Sí —respondió Ieurre, visiblemente escaldado—, ¡mi canoa es un frágil esquife!»

Pero ¿qué extraña consideración —continuaba R.— le empujaba a envolver el lenguaje con cuidados tan poco apropiados a su naturaleza? ¿Por qué pretender hacer más pura, o más limpia, una herramienta que tiene un objetivo totalmente anónimo y social? Regulando hasta lo maniático sus mecanismos, antes la estropearía que lograría perfeccionarla. «¡Ah! ¡Más deberías temer que un exceso de celo o bien lo que tú llamas "pureza" se reduzca a un procedimiento simplemente retórico, cuyo efecto, por su rareza, y luego por la apariencia extraña de esas parlas, equivale a las

humoradas facilonas de los cómicos, o de los poetas populares!»

Ieurre, sintiéndose herido, se mantenía callado. Yo me estaba durmiendo. A. miraba por la ventana una gabarra que estaba atracando en el muelle. Recroît no se callaba.

«¿Qué lengua, murmuraba, y en qué civilización podría pretender —fuese por sí misma o por la suma contradictoria, completamente heterogénea, y en realidad imposible, de todas, si esa totalidad pudiera definirse, y si todas las que han desaparecido sin dejar ni el mínimo recuerdo revisitasen, de repente, a los hombres—, qué lengua podría pretender aportar un sentido a los actos, y reflejar las cosas? ¿Y ejercer algún ascendiente sobre cualquier otra, fuese próxima o muy antigua y muerta? ¿O el dialecto más lejano y solitario?

»No. Las lenguas no tienen contenido, no tienen otra realidad que el poder material que ejercen sobre quienes las usan, ninguno sobre lo que ellas dicen, porque nunca han estado muy vinculadas al significado. Ninguna de ellas evoca nada real, ni piensa nada universal. En cuanto se empieza a hablar, el fuego crea desierto, la ausencia se dilata, lo real encoge, el caos parece orden, todo es semejante pero nada se parece a nada.»

Sábado, 15 de septiembre.

Me llamó Marthe: acababa de regresar. Le gustaría mucho que fuese.

Le respondí que todavía no me sentía del todo recuperado. Pero ¿el lunes? ¿O el martes? Quedamos el 18.

Domingo, 16.

Hacia las siete pasé por la rue du Bac.

A. tocó dos sonatas de Haydn. Tomamos una especie de aperitivo de agua y cubitos.

En el silencio, para nuestra turbación general, se oyó al pequeño D. pronunciar la *p* al jugar al *Grand Dompteur* y al león *Indomptable*.[22] Hicimos de Ieurre. Disertamos sobre el siguiente misterio: ¿cómo era posible que un niño pronunciase una letra que no conocía —muy lujosa y gráfica—, cuando apenas sabía leer?

Luego, sin hacernos caso, con grandes molinetes, y lanzando gritos, hizo restallar el látigo imaginario.

Lunes, 17 de septiembre. A. me llamó. Recroît e Ieurre seguían con sus disputas. Y le fastidiaban a domicilio.

Que aquella era una *palabrería* demasiado tonta.

Martes, 18 de septiembre.

Llegué a la rue des Bernardins hacia las ocho. Cenamos solos.

M. me habló de Paul, de Vence, de sus «amigos», de aquel círculo infernal.

Me dijo que A. había pasado antes de que yo llegase. Estaba cambiado, había hablado muy animadamente de música —por lo menos, eso le parecía—. «La más inasimilable de las artes —había dicho—, porque es la más abstracta. Porque es *sabia* con una indiferencia milagrosa respecto a cualquier mediación simbólica.» No representaba nada. La acción que ejercía era de una precariedad soberana, no debía dejar la menor distancia entre la materia sonora y el cuerpo de aquel que era su objeto. ¡Única lengua, que él supiese, que prescindía del lenguaje! Potencia que no necesitaba pretexto. Arte que no traducía, que no se *verbalizaba.*

Miércoles, 19 de septiembre.

R. pasó hacia las nueve. Quiso persuadirme de que toda la fortuna, todo el tesoro de antigüedades chinas que Wensleydale había reunido, no respondía más que a una astucia vulgar y primitiva —de la que responsabilizaba a la nacionalidad de W.— y que suponía, en el prójimo, por inteligente que fuera, una necedad tan profunda, una ingenuidad tan insondable, que el interlocutor no podía ni imaginarse que se le pudieran atribuir. Así, T. E. Wensleydale fingía atribuir una importancia decisiva a uno o dos objetos que en realidad le parecían despreciables, y al mismo tiempo conseguía ocultar a las miradas de los demás el verdadero valor que atribuía a otro, cercano, o de carácter opuesto, o de un estilo que fingía no apreciar, y que deseaba ardientemente adquirir. Así, al final de cada operación, siempre daba al otro la impresión de haber perdido la batalla (ya que nunca compraba el objeto para el cual, muy artificiosamente, largamente, había hecho subir las apuestas), mientras se llevaba el trofeo que le interesaba. Le encantaba depreciar lo que le parecía estimable. Las concesiones que había prodigado, el despecho que había mostrado ante el fracaso de su primera gestión, alegraban a aquel con quien negociaba, que se frotaba las manos por el buen negocio que había sabido cerrar. Así se había labrado una reputación excelente.

Le dije a R. que ahí no veía yo otra cosa que una astucia antigua, típica del mercadeo. Que W. era un viejo comerciante en *antigüedades*. Que de un procedimiento común y corriente no se podía sacar la conclusión del cinismo o la bajeza de alma que él detectaba allí.

Viernes, 21 de septiembre. Pasé por la rue du Bac. D. había vuelto a clase. Iba con la cabeza alta. Estaba orgulloso de ir a la *escuela de los mayores*. Y estaba encantado de aprender a leer y a escribir. En cambio, con su maestra no estaba tan encantado. Incluso se mostraba

bastante más tímido. Le parecía muy nerviosa, impaciente.

«En cuanto a mí —dijo A.—, todo va bien. Y he retomado con ganas este trabajo. No te puedes imaginar —añadió— lo agradecido que os estoy… Cada noche os doy las gracias por lo que habéis hecho por mí.»

Le rogué que cambiásemos de tema. Me preguntó si me acordaba de R. Respondí que R. era tan pródigo en sentencias… Recroît le había dicho que *hasta el abismo pasa*, y estaba sujeto a la muerte. Era cierto. El vacío iba y venía. Y había pasado.

Sábado, 22 de septiembre.

Estaba oscuro. Me encontré a Ieurre en la panadería de la rue Dauphine. Volvía a llevar el impermeable que le venía largo y la bufanda de lana amarilla.

Hablamos de A., de Henriette, de las deficiencias instrumentales del *Labor Day*, del verano. Ieurre dijo que este se había *esfumado*.

CAPÍTULO VI

Domingo, 23 de septiembre. Me quedé en casa. Vino V.

Lunes, 24 de septiembre.

Cené en la rue du Bac. En la entrada, sobre la cómoda, en el ángulo del pasillo, cinerarias amarillas.

Estaba Recroît. A. dijo que estaba trabajando más que nunca.

Hablando con Élisabeth de la depresión de A., Recroît afirmó que toda la farmacopea consistía en desilusión, es decir, en aceptación, como se lo quisiera llamar.

«El único remedio —prosiguió— consiste en persuadirse de que no hay nada que curar. No le puedes poner condiciones al hecho de estar vivo. No niegues nada. No sueñes despierto. No razones nunca más…»

Añadió —en voz más baja, con una secreta convicción:

—Lo que domina nuestras vidas es el puro azar, empezando por su misma existencia. De manera que cualquier cosa toma por sorpresa, deja incapacitado, es inadaptable.

—Si ya no hay salud —sugerí— tampoco puede haber enfermedad.

—Eso es —dijo R.

—¿Ya ha pasado usted por esto? —sugirió E.

—Sí.

Se calló. Luego, volviéndose hacia A.: «E incluso lo pasé peor que usted… Si es que comparar desdichas tiene algún sentido…».

—Medir el sin fondo del vacío sin fondo… —dijo A.

—En efecto, todo es inconmensurable —prosiguió R.—, porque falta la medida. Porque falta la previsión de lo imprevisible…»

Agregó, misteriosamente: «Pero no hay principio seguro que permita afirmar que una fascinación exaltada es *menos* capaz de aprehender la realidad que lo que pueda hacer una percepción más impávida o más indiferente».

A. replicó que un padecimiento más pasivo a lo que padecía ¿no era más ciego?

«Ciego, sí —respondió R.—. Absolutamente ciego, en el sentido de que no ve. Y sin duda está muy lejos de sentirse distante, soberano.

Pero ¿hay algo que ver en lo que padece? ¿Y padecer algo es mandar en esa relación? Sí, está tan cegado por lo que padece que se cambia por él y no lo ve… Pero ¿qué nos asegura que no sea esto *precisamente ver*?

Martes, 25.

Ieurre me dijo lo muy admirable que le parecía que cualquiera pudiera usar un giro tan difícil y a sus ojos tan profundo como «cualquiera».

Miércoles, 26 de septiembre. Fui a la rue des Bernardins. Marthe muy fatigada, nerviosa. De repente se le descompuso el semblante: se había quedado sin vino. Me dijo que durante las vacaciones apenas había podido descansar.

Pero Paul había vuelto. Ella trajo cerveza. Me contó las discusiones «inquietantes» —pero me parece que en absoluto peligrosas— entre Paul y Suzanne. De todas maneras ella prefería aquel delirio a las drogas, aunque él no las hubiera abandonado.

Según Paul y Suzanne: cuerpo, objetos, acontecimientos, la totalidad del mundo y de los astros habían sido concebidos como conglomerados de fluido, de tránsitos de parcelas de materias tan contiguas que justificaban la predicción del destino, la evocación de los muertos y la confección de los temas de horóscopo. Aquellos movimientos incesantes estaban provistos de una sorda memoria, en estado petrificado, casi sólida, que fundaban —según Suzanne— juegos de parentesco inmemoriales. Como esos recuerdos eran marcas materiales, se podía hacer la predicción, etapa por etapa, de las transferencias y de los contactos que vinculaban entre sí aquella especie de depósitos. Todo se inscribía según la cercanía y se respondía en la lejanía, es decir, a la vez por simultaneidad y por sucesión; y como esos movimientos se enredaban no sólo por simple contigüidad o similitud, sino también por intensidad material, se podía deducir que las series que estos movimientos formaban eran necesariamente, e inextricablemente, vestigiales y futuras. Se abolía un registro inenarrable, y continuamente se renovaba. El mapa del cielo presentaba el mismo carácter de archivos que la cicatriz de Ulises, el arma de Bruto, el Louvre de Hubert Robert, el color de los ojos de la mujer amada. Los prodigios reinaban sin repartirse, ya que un acontecimiento que no tuviera sentido y de apariencia ordinaria hubiera constituido una excepción milagrosa. Toda percepción se había convertido en cosa, y huella de cosa; las efigies de todo no cesaban de circular por todas partes, y los sacrificios y los rituales que habían presidido su surgimiento, mediante ese juego de desdoblamiento y siguiendo una progresión inmediatamente

desencadenada, se multiplicaban como las ratas. La tierra era una memoria natural, y no había nada que pudiera contener el terror incesante. Y como la reiteración de las conjunciones similares provocaba la reproducción de las emociones ligadas a ellas, siendo todo movimiento y todo afecto sucesivamente originario, último en el orden de la serie, y futuro, todo se reconstituía a tal velocidad y en tantos planos, y con consecuencias tan enredadas y tan diversas, que el menor pedacito de piel contenía la riqueza de los cinco continentes, y el gemido más tenue hacía resonar las nueve paredes del universo. Y sensibilizaban hasta el punto de ahogar por profusión el recuerdo de quien era su objeto, es decir, de aquel que al mismo tiempo sentía, restituía y anticipaba.

De manera que no podía ser extraño que el mundo sublunar hubiera fijado mediante marcas los hechos insólitos que acaecen en la vida de los hombres, igual que los hombres consignaban de inmediato toda infracción súbita del régimen regular al que están sometidos los astros. Bastaba con que se los descubriera para que se reconociera en su presencia su trayecto, y en su trayecto un signo que ha golpeado, golpea y tiene que golpear. Todo instante era fatídico: ¿acaso no proporcionaba todo las pruebas y los testigos de ello? ¿El horror había parado alguna vez? Y aquel signo presente hasta en los cuerpos de los hombres, las vísceras o los cerebros, en el vuelo de las aves o en los sueños, por la metamorfosis en la que desembocaba, mostraba rápidamente su naturaleza y enseguida permitía presagiar de qué pasado futuro era el ángel anunciador, de qué futuro pasado constituía la conmemoración, y de qué incierto presente era la llamada indiscutible. De la misma manera que la representación de las causas de deseo o de miedo en las mujeres encintas viajaban intactas del cerebro donde la imaginación las había concebido a la matriz que les proporciona sustancia, igual que el golpe de lanza de Longinos al costado de Jesús, o bien el golpe de venablo lanzado al sexo del emperador Nerón había podido decidir, cuatro siglos antes, el tan célebre torrente de voz del sofista oriental, erguido sobre la tarima multicolor, haciendo girar la manga ante una pequeña reunión de atenienses fascinados, y este mismo ser la consecuencia de una picadura de serpiente de agua, arrastrándose por la hierba que bordea el Loira, en la época merovingia, este mismo ser la prefiguración del gesto turbador que había hecho N., y este ser producto del verso antiguo cantado de pronto en el bosque, el día en que la hija del granjero So-Hei, en la época de los Reinos Combatientes, perdida entre los árboles negros y violeta en la noche, rompió a llorar, por miedo a los abundantes jabalíes, a los deseos de los hombres vivos, al recuerdo horrible que dejan las madres en la memoria de sus hijas, y a los demonios que de repente se separan de los cuerpos de los hombres

que han hallado una muerte violenta.

Jueves, 27.

Los oscuros y bonitos parquets de E. Olor a cera auténtica.

El viejo y auténtico encauste, un poco mareante, más luminoso que brillante, y tenaz.

A.no estaba. Le di un beso a E.

Viernes, 28 de septiembre.

Recibí una carta de Quoeun. Vendría a París del 6 al 9. Y del 20 al 23.

Sin que se le hubiera hecho una señal, pedía, de forma espontánea, que se programase el cuarteto.

Sábado. Pasé por la rue du Bac.

En la entrada, una especie de bocas de dragón de un rojo oscuro.

Estaba K. A. había consentido en suspender el trabajo por un rato. Karl nos propuso cenar en su casa esta semana. El 3. Élisabeth dijo que ella no podía. A. volvió a evocar el año que ya casi ha transcurrido. «Cosas extraordinarias, varias y oscuras, dispersas, y silenciosas. Precisión irreferente.

»Cada instante llevado por un poder como nuevo, añadió, y por consiguiente totalmente inatribuible, refractario, impensable. Libre de toda posible interpretación. En el que a falta de signos o de rostros no sabemos concentrar la mirada. Del que nos alejamos de inmediato, en la repetición y el miedo.»

Karl añadió: «Yamabe no Akahito dice que todas las cosas tienen una apariencia espléndida. Son tan bellas, porque pueden desaparecer».

Domingo, 30. Me llamó V.

Lunes, 1 de octubre.

Recroît pasó hacia las siete. Dimos un paseo antes de ir a cenar. Cruzamos el río, y el jardín de las Tullerías.

Habló de sus discusiones con Ieurre, de su curso, de las disertaciones con A…

«Estos juguetes, estas pequeñas matanzas verbales son fructíferas —pretendía—, porque atribuyen seriedad e importancia a cosas que son particularmente impotentes en presentar tales atributos.»

No se detuvo aquí. «El pensamiento no se disocia de las palabras —prosiguió—. De ahí que el pensamiento es moral. Cede

precipitadamente a la tentación de colgar grandes velos coloridos, elevar murallas, representaciones, distancias entre lo real y el cuerpo. Siempre inclinado a negar lo que no puede tolerar.

»Están los que *reparan* —añadió—. Los bandidos, los pensadores, los ministros de la propaganda, los soñadores, los profetas, los enamorados, los sacerdotes. Mañosos atroces.»

Martes, 2 de octubre.

Vi a una niña rubia con un impermeable azul oscuro. Estaba de pie, en el umbral de la puerta cochera. Tenía los ojos cerrados, el busto se balanceaba de izquierda a derecha, sujetaba con las manos una muñeca sucia, de rostro borrado, con una cabellera inmensa, que llegaba hasta el suelo.

Día 3. A. Vino a recogerme a las ocho y nos fuimos a pie al V[e] *arrondissement*.

Karl estaba solo. Marthe no había querido venir.

Comimos una dorada un poco calcinada, a la japonesa.

A. volvió a repetir —cuando hablábamos de M.— que no hay que amar. Que no hay necesidad de destrozarse el corazón y la cabeza, de perseguir un suplicio inútil. Que habría que vivir en paz, saciar el deseo sin complicarlo con quimeras absolutas ni pretender reforzarlo con lo imposible. No intentar imponerse sobre la libertad de quienes nos rodean, ni alimentar el ensueño de una comunicación, de una dependencia irresistible, de crueldades, de abandonos sin reserva. Todo por dos cuerpos que tiemblan un poco juntos, y miradas solitarias, confusas e implorantes.

Al amor, preferir la amistad.

Karl respondió en broma: «En los rápidos corren las pequeñas truchas. ¿Acaso han cesado de llegar noticias desconcertantes?».

Jueves, 4 de octubre.

Ieurre la tomó con R. «Es un *bellaco* —dijo— con argumentos totalmente equivocados.» Le dolía una herida en el talón, y caminaba lentamente. Se repetía. «Esta raza ha degenerado», dijo.

Entonces tomamos por la rue Christine. Ieurre se puso a hablar de las Quimeras; la salud; un círculo cuadrado; una mujer silenciosa; la irrealidad de la muerte; una fruta sin temporada. «Es lo mismo que querer romper una anguila en la rodilla», dijo.

Atravesamos la rue Dauphine y penetramos en el pasaje Dauphine. Seguía mascullando:

«Es una salida para entrar. Una escalera sin escalones. Un alba al anochecer, y una serenata matinal…».

Viernes, 5 de octubre.

Pasé por la rue du Bac. Élisabeth me abrió. En el ángulo de la entrada, helicrisos de Lisieux de pétalos rosas y amarillo dorado. Le dije a Élisabeth que no podía tener idea de cuánto me gustaban esas flores un poco mustias que —mejor que tirarlas— dejaba que se muriesen, que cayeran como polvo, o se retorcieran sobre sí mismas en el rincón del corredor.

«No puedo impedir que me gusten —dijo—, y quizá es que en el fondo tengo un poco de Quoeun, las flores que se deshojan. Que, aunque perezcan, se mantienen tiesas como antes. Y cuyo color —si no les da la luz, y cuando se han quedado sin agua— no se pierde. ¡Incluso siguen conservando calor, una especie de brillo!»

—Es verdad —murmuré—. Es casi una especie de sorda, de segunda eclosión, en la que, habiendo perdido hasta el olor, se abren a la muerte y se abren silenciosamente en su retirada concentrándose en sí mismas, y con una apariencia de riqueza que no tuvieron en sus primeros días. Cuando se esponjaban y crecían.

—Mientras se van mustiando yo las conservo —dijo ella—. Pero cuando se les caen las hojas, las tiro.

D. nos estaba escuchando, nos miraba, atónito.

—¡Qué ridículos sois!! ¡Sobrino y sobrina de Gorgibus! —dijo A. al estrecharme la mano. Pero su hijo me llevaba a su cuarto. Me hizo sentarme en la cama. Se puso a dar vueltas alrededor de mí. Le dije que parecía un oso en su jaula. Se sonrojó. ¿Estaba esperando a Ricitos de Oro? Al cabo de un rato, tomó la palabra: para su cumple quería un mapa de carreteras. Con carreteras amarillas, y otras rojas. Y que se vea el mar.

Sábado, 6 de octubre. Vino V.

Columbus Day. Marthe y yo fuimos en el coche de Recroît. Élisabeth, Gladys, y A. fueron en el coche de Ieurre.

Zaezon no estaba. Suzanne y Thomas hablaban a la vez. Wensleydale le enseñaba a Quoeun y a Bauge una serie admirable de estatuillas chinas. Tres de ellas representaban a unas diosas bañándose.

«Una especie de Afrodita», sugirió Bauge.

—De Suzanne… —dijo Ieurre acercándose y alzando la voz.

—O más bien de Palas —dijo Quoeun.

B. dijo que un poema de Calímaco sobre el baño de Palas —de una forma, nos dijo, que era extraordinaria— declaraba que la desnudez era la salvaguardia propia de los animales ofrecidos en sacrificio.

Marthe y Élisabeth se acercaron. Quizá lo que Calímaco quería subrayar —dijo R.— era que la desnudez era una función temible, quizá, para una especie que habla, *imposible*. Que ver lo que está desnudo era volver al estado de salvajismo, que no se podía «leer» (sin peligro de ya no saber leer, sin temor a ser absorbido por una brusca regresión a la violencia del estado anterior) la huella del salvajismo impresa en la desnudez de los animales… —Que a lo que Calímaco se refería —intervino Th.— era a un pánico comparable al miedo pánico de morir que los judíos pretendían que sufrirían si viesen cara a cara el rostro desnudo del ángel o del dios.

—Ver lo que está desnudo —prosiguió R.— sería ceder a ello. Deslizarse a ese abismo, entre sus labios. Oscilar a partir de esa *mirada echada hacia atrás* que no admite retorno. Sería «ensalvajarse»….

—Pérdida de la individualidad, de la percepción, de la sexuación… —dijo Th.

—Más que eso —dijo Quoeun—. Pérdida de todas las formas, pérdida de todo lo que es visible y de todo lo que es formulable…

—La virginidad de la Diana artemisiana… —dijo Bauge—. Es decir, la indiferenciación, la violencia, la pureza, la bestialidad de la víctima. Es decir, el único espacio en el que la divinidad se muestra…

—El hecho de dar muerte, como antaño se nombraba a los dioses, el salvaje, en efecto —dijo Suzanne— no se encuentra en el espacio ni es visible. De la misma manera, la desnudez, la desnudez obscena *agujerea* el espacio…

—Lo rompe de parte a parte —dijo R., no sin complacencia— en la proximidad sin proximidad de los cuerpos que desean y por medio de esta «vista sin vista» en que esos cuerpos se desposeen al abrazarse…

—Metamorfosis violenta de la misma violencia —exclamó Bauge— que es aquella con la que se cambian, más que cualquier otro objeto del mundo, los animales de sacrificio en el instante en que el cuchillo cae sobre ellos, que siempre, sean hombres o animales, son individuos a los que se mata a la vista de todos.

Entonces Wensleydale dejó las estatuillas, como si estuvieran sangrando. Nos invitó a pasar a la mesa. Comimos una empanada de mariscos.

Pero cuando apenas habíamos zampado unas vieiras, el demonio de la desnudez se reincorporó a Quoeun y a Recroît. Con ímpetu:

Quoeun ensalzó la desnudez y el miedo, la fragilidad de los atributos que los fundan.

Ieurre, el vestido, el malestar que castiga la desnudez, aumenta su deseo al frustrar su visión, la belleza que aumenta gracias a la ignominia, el cuerpo desdoblándose, edificando una mentira autónoma, una máscara sagrada.

Un recorte de signos poco articulados entre ellos, declaró Marthe, más que una maquinaria de funciones.

Thomas habló del vestido como escarificaciones, adornos que alejan de la animalidad, que diferencian, sexualizando lo que no lo está tan claramente por naturaleza.

Ieurre negó que haya habido nunca un cuerpo natural o salvaje. Que a fin de cuentas la misma noción del cuerpo se reducía siempre al reflejo de un nombre propio o de una palabra.

A. dijo, curiosamente, que la sed que siente un hombre ante el cuerpo desnudo al que desea es menos ardiente que la quemazón del deseo de perderla. De saciarla violentamente. De acabar con la desnudez.

Situación más cercana al dilema que a la paradoja, decretó Recroît. Relación «privativa» en cuanto a la desnudez y relación «negativa» respecto a lo que la viste de ordinario. «Un vestido es lo que la recubre —dijo—, y ella ya no es sino lo que el vestido descubre. ¡Una especie de nada! ¡Además, en cuanto que habla, todo ser va vestido!»

—Como el *nublado* en el bosque —dijo Quoeun, de forma obscura.

Suzanne —con no poco preciosismo— dijo que vamos vestidos de la postura erguida. Que ningún cuerpo desnudo estaba efectivamente desnudo, y menos el vestigio de una bestia que los restos de un sacrificio cultural hasta en los sonidos que nuestra garganta produce en el más intenso sufrimiento.

«Un hábitat —dijo Thomas—, una pequeña guarida suplementaria.» Dijo que cuando se vestía se ponía al abrigo. Que se envolvía en una especie de secuela del vientre materno. Para que uno se sienta a gusto en su propia piel necesita *pieles*, añadió. Un hábito, una seguridad, una apariencia, derechos cuya vestidura le investía en el momento en que le revestía. «Lo que protege de las armas, del lenguaje, de todo aparato. Y lo que seduce.»

Recroît replicó que si se ponía tanta energía en ocultar era para ocultar el increíble secreto del «como los demás», de lo no-diferenciado. Lo único que se sellaba tan desesperadamente era ese agujero de la nada y de generalidad que no cesaba de mostrarse en nosotros. Lo único que se cubría era que no hay nada que descubrir, que no distinguía. Quoeun clamó contra la metafísica. La función de la ropa era social y tradicional. Ropa igual que una lengua: asociación y disociación según el grupo, el país, la época, la condición, la función, el estado, el matrimonio, la profesión, el duelo, la edad. «Herramienta que llevamos sobre la piel. O más bien la presa de una sociedad sobre ese cuerpo —y la presencia del dios del grupo junto al hombre revestido—. Es un forro totémico que sustrae a la muerte y al mismo tiempo una solidaridad que la conjura.» Ieurre abundó en el sentido de Quoeun: «Su cuerpo no dejará ni la mínima parcela de sí mismo al

aire que le rodea, no dejará átomos de su reflejo en el agua, ni una parte de su sombra sobre la tierra que fatiga. Y tampoco un poco de su vida a esas miradas que lo devoran. Esa funda desvía no pocos poderes, y en su seno contiene fuerzas, y las concentra».

«Un *atuendo* —subrayó R. con énfasis—. La *compostura* —repitió, repentinamente transformado—, igual que para la cabeza hablamos de *sistema*. Fondo de permanencia y de puesta en común a partir de las cuales se puede ejercer la diferenciación. Como la imagen tradicional que lee los movimientos del amor en los pliegues del vestido que las manos de la heroína rozan.»

Ieurre afirmó que la palabra *compostura* era la misma que *costumbre* —como investidura y vestidura, o vestido e inversión—. «De ahí mi rigidez —afirmó—, que está vinculada a un impermeable. De ordinario —añadió con aire soñador—, me cuesta decir lo que pienso…»

—Además —prosiguió Quoeun en broma—, la desnudez es un vestido consagrado por el uso a un objetivo privado y particular.

—El *traje de Adán* —dijo Ieurre con jovialidad— es *lencería* en la ciudad. Un *tejido* de costumbres propias de la cultura y la lengua de los que se exhiben así.

—Además —añadió Quoeun— nunca se ha sostenido que Dios crease a Adán desnudo: sino vestido de su inocencia. O también revestido de la gracia y la luz de la Gloria.

La conversación nos resultaba apasionante. Era interminable, como la reproducción que invocaba. Yo no participé. Tanta desnudez me embriagaba. Quoeun retomó la palabra:

—Una pequeña piel trabajada por arriba, que compensa en parte la incertidumbre de nuestra naturaleza. Una pequeña armazón identificadora: clase, sexo, función, gusto, poder… Un vestido dice más que un cuerpo desnudo, aunque esté de frente. Lo que está desnudo es lo que detesta los signos. Es la Palas de Bauge. Odio que libera del cuerpo de la bestia y de la muerte.

—Pero esto nada tiene que ver con mis estatuillas chinas —observó Wensleydale.

Se sirvió una notable blanqueta de ternera.

Por desgracia, Recroît sufrió una nueva crisis de desnudez:

—¡No salimos desnudos del vientre de nuestra madre! —exclamó—. Desnudo como un gusano. Desnudo como la mano o el rostro. Somos hombres y estamos tejidos de lenguas y de tejidos. Acordaos de la playa donde Ulises, náufrago y desnudo, en la playa… Se mantiene completamente en silencio, incapaz de comunicarse con Nausicaa y el séquito palaciego porque está desnudo. Ni siquiera es capaz de tocar las rodillas de la hija de Alkinoos y de suplicarle, de suscitar

compasión…

A mí me sorprendió que se buscase en aquel caso significados para la desnudez. ¿No habían dicho de los vestidos que procuraban seducir, pero también sustraer? ¿Que intentaban mostrar, pero también que lograban ocultar? ¿Que atribuían un sexo cuando lo escondían? ¿Que comunicaban, cuando silenciaban? «¡Por favor, tomar en consideración la noción de signo —dije—, y su insistente tendencia a la autodestrucción!»

Recroît tomó un segundo pedazo de ternera. Comíamos encantados. Nos callamos.

—¿Y el pudor? —dijo E., de repente, rompiendo el silencio, haciendo que todos alzásemos la cabeza—. ¡Ni siquiera habéis pronunciado la palabra pudor! Lo que la actitud del pudor tiene de turbadora …, —Añadió:

«Más inconcebible que la amenaza que pesa sobre lo que se deja al descubierto, y por ende, expuesto. O bien desarmado y por ende vulnerable.»

—El cuerpo *comido con los ojos* —dijo Suzanne, con aire soñador.

—El pudor es más inconcebible —prosiguió Élisabeth— cuanto que ese cuerpo al desnudo, puesto en la picota de vuestros signos, expuesto sin defensa a las miradas, totalmente retraído de la *lengua* de Ieurre, del *cuerpo social* de R…

—Y como hundiéndose otra vez en el reino animal —asintió Bauge —. La ausencia de signo, la *asemia*, la *infamia* del salvajismo…

Ieurre interrumpió a Bauge, murmurando:

«Vieja fórmula atribuida a los copistas medievales: «¿Pasaje citado en lengua griega? Me lo salto».

—Como el mismo hecho del miedo no tiene fundamento. Tampoco el sentimiento incomprensible del duelo —siguió Marthe.

Pero Élisabeth, de repente inspirada, continuó:

—El pudor es aún más enigmático que la vergüenza, ya que se puede concebir —por *privación*, por hablar como Quoeun o Recroît— la humillación que resulta de la ropa arrancada durante la tortura o la violación…

—Arrancando así todo lo que se adhiere a un mundo que más que ser humano es «antianimal»—dijo Bauge.

—Desnudamiento que suscita el desprecio o el rechazo —dijo R. Que rebaja en la contradicción súbitamente risible de esos signos y rebaja a lo sin fondo lo que no tiene medida ni significado.

—El pudor es más enigmático que la obscenidad —dijo a su vez Bauge—. Porque se puede concebir *—por negación—* la provocación que resulta de la inversión de los signos. O también la excitación que puede mantener durante un rato el hecho de que sea dado lo que

había estado sustraído, lo oculto mostrándose, animal mostrando el morro, retracción que sale al frente y se yergue, y visibilidad de aquello de lo que se estaba frustrado, como el espejismo de un palmar en las dunas que resulta ser agua y dátiles reales…

—¡Cuentos reales! —suspiró Ieurre.

—Pero sin duración —prosiguió R. con más fuerza—, porque lo deseable no es la misma desnudez. Ya que esta última no es, como todas las cosas son por sí mismas, en sí misma de las más insignificantes, increíblemente casta, animal, quizá incluso «natural»…

—¿Y dónde sitúa usted la posición erguida, la voz, la forma de la espalda, la independencia de la mano derecha? —preguntó Suzanne.

—Como Tiresias clarividente, tras perder la vista —dijo Bauge—. Sino cuando está dotada del significado de lo que se rehúsa. Por lo menos la desnudez puede aparecer a la mirada como lo contrario de los signos.

«Pero el pudor…», repitió E. No tenía nada que ver con esto.

—Quizá, por el origen y por la muerte, una *confusión* de la nada —dijo M.

—Sí —prosiguió E—. Quizá una *delicadeza* de la nada… —Y que eso le parecía como el origen de la belleza.

Entonces se recogió la mesa. El mismo T. E. Wensleydale trajo una bandeja inmensa y circular en la que estaban dispuestos los quesos. Bauge dijo que en el *De Officiis* Cicerón recomendaba el uso de calzones.

Thomas se refirió una vez más —y con un poco de retraso— al Viejo Testamento. Que los Judíos consideraban que, así como el Dios no tenía forma humana, tampoco el hombre, y que había que envolver el cuerpo —al contrario de los egipcios, que revestían velos transparentes subrayando los vestigios de la animalidad— de materias opacas y que no subrayasen la apariencia de los miembros. E, igual que no era posible ver el rostro del Dios sin morir, no sería posible percibir la desnudez del hombre sin ser trastornado por una espantosa culpabilidad.

«Esto me abre perspectivas…», dijo W. de repente, visiblemente sorprendido.

—¿El medio de abrir lo que obstruye? —dijo Ieurre—. De todas formas —prosiguió—, el placer no funciona sin ese sentimiento de que algo falta.

I. pretendía —al contrario que Thomas— que la función de la ropa era suplir las deficiencias del deseo. Al contrario de entorpecerlo: lo estimulaba. Y que no había que desnudar nunca un cuerpo antes de que haya dado señales del deseo.

—¿Cómo se puede pretender tal cosa? —preguntó Thomas,

indignado.

—La ropa —le respondió— suscita el deseo porque la visión de la desnudez es infaliblemente ordinaria, o bien demasiado defectuosa para atenuar el horror, o la ausencia de atracción: ¡Y este es un admirable pleonasmo! —añadió, dirigiéndose a R.—. No, la ropa refuerza la belleza del cuerpo forzando a la imaginación, y su ausencia excita mucho más la pasión cuanto que su disimulo lo designa con intensidad y da pie a todas las ilusiones. Como ese cuerpo no está expuesto a la concupiscencia de las miradas ni a la repulsión por sus defectos, categoriza esa carne, por decirlo así, como sustraída para siempre a miradas ajenas. Sin duda su apropiación queda prohibida para siempre, porque su identidad no se funda en ese estado, y en la medida en que ella condena, sea cual sea el acto «carnal» que se cometa, a una construcción puramente verbal e imaginaria. Pero en este sentido, su propiedad es posible…

—¡Y en este sentido —replico R. parodiándole—, la ropa nos salva de la castidad de los pequeños y de los grandes mamíferos y nos distingue de su salvajismo, que nada sabe de actitudes placenteras y de sentimientos impúdicos!

E. se encogió de hombros y dijo que todo aquello le parecía demasiado claro, siempre injusto, vagamente innoble. Ieurre replicó que al contrario de esas conclusiones, estimaba que el pudor era perverso y que estaba enteramente basado en una contradicción: «Al atraer la mirada sobre lo que quiere sustraer a la vista, dijo, se ofrece a la curiosidad del testigo. Especie de ostentación que hace que el animal que se estira la falda recuerde a la atención de aquel con quien está hablando que oculta algo que él estaría muy equivocado en considerar que no es nada. Sus manos atraen la atención hacia lo invisible, subrayan la existencia de otro mundo más que negarlo.

—Gestos y ropa, en efecto —exclamó Recroît—, de los que sería erróneo imaginar que fuesen disuasivos, cuando están hechizados. Ieurre tiene razón. Si ocultan la piel es sólo para imponer a la imaginación del que sólo a ellos ve el invento de una encarnadura no perceptible y abstracta y una nueva necesidad creada por la interdicción…

—Cuando al estirarse la falda —le interrumpió Ieurre—, la mujer pudorosa ofrece a la vista el hecho que él no ve. Así que deja de ver y basándose en esa imposibilidad que ella le ha vuelto a mostrar con tanta precisión, intenta esa otra *forma de ver* a la cual ella le obliga, y espía, soñando lo que esas manos ocultan.

E. dijo riendo que en verdad, hoy, lo que faltaban eran puristas. Que no había que decir pudor, sino pudibundez. Quoeun añadió que los viejos teólogos llamaban pudibundez al «pánico a la lubricidad».

T. E. Wensleydale dio un golpe sobre la mesa y dijo que ahora

había que tocar, mientras que Recroît insistía. Decía que todos los vestidos eran atributos sexuales. «Crestas y espolones de los gallos, polisón y miriñaque, astas de los ciervos, pies pequeños, cola de pavo real, mujeres con plataformas, tratan desesperadamente de mantener despierta la curiosidad a fin de llevar al otro, del que subrayan —sin duda en exceso, estoy de acuerdo con Thomas— su carácter separado, mutilado, a unirse con la vana intención de completar una especie de objeto sexual quimérico, minuciosamente cerrado, que no deja pasar la luz, y por así decirlo, totalmente pleno y distinguido.»

Nos levantamos. Afinamos los instrumentos. Wensleydale —sin duda para darnos prisa— aportó inesperadamente una cesta de fruta para endulzar el café.

Tocamos el *do* mayor de 1781 bastante bien (pese a numerosas *apoggiaturas* fallidas de Thomas, y una risa loca en los saltitos del pesto). A. nos tocó varias sonatas de Carl Philip Emanuel Bach, que no me parecieron tan mediocres como él decía.

Un día para tocar Haydn. Hacía fresco. Además, sugirió Ieurre, después de hablar de desnudos, el cuerpo se quedaba más seco.

Thomas y yo guardamos nuestros instrumentos. A instancias de Wensleydale, A., Marthe y Quoeun volvieron a tocar el *sol* menor de 1793, el maravilloso Esterhazy.

Luego, muy alegres, y vestidos, nos dispersamos.

Martes, 9. Fiesta de D. Pasé a la hora de la comida del niño. Le regalé un mapa de carreteras de Normandía. A. puso cara de perplejidad cuando D. lo desplegó sobre la alfombra del salón. Le dije que no se me podía acusar de excéntrico, que su hijo me lo había pedido.

A D. le apasionaban los recorridos, los cálculos de itinerarios, los desvíos —jugando muy serio con los signos que simbolizan las carreteras—. Y se resignaba —nos recordó— a que su padre no tuviera, como todo el mundo, un coche.

Miércoles, 10 de octubre. Quoeun me telefoneó. Me dijo que se quedaría hasta el domingo. Que se lo había prometido a A. ¿Podíamos vernos el sábado?

Jueves, 11 de octubre.

Rue Séguier. Recroît agredió a Ieurre. Nadie en el mundo podía pretender asumir por sí solo la totalidad de la lengua que empleaba. Cada hablador, con el mismo derecho que el más sabio de los filólogos, o que el más hábil escritor, ejercía con extremo rigor un pequeño *derecho de tenencia* sobre un ínfimo *territorio de lengua*. Pero

este derecho de uso sólo atestiguaba su pertenencia al lenguaje y a la comunidad, y en ningún caso podía considerarse regente o propietario, ni usarlo para sermonear a los amigos.

Pero Ieurre no soltaba presa: se necesitaba una lengua explícita. Que fuese rigurosa. Que fuera precisa.

«¡Caray! —gritó—. Todo esto no me gusta nada. Hago lo que hago. En efecto, a cada uno su lengua personal. Yo hago lo que me parece. ¡Para lo bueno y para lo malo!»

Disputaban como niños. Entre los desordenados cubos de basura y el acre hedor, consecuencia de la huelga.

13 de octubre. Quoeun pasó a recogerme a las siete y media. Me llevó a la place Baudoyer. «¡Ahí —me dijo—, hace ochocientos cuarenta y ocho años, el 13 de octubre de 1131, Philippe, hijo de Louis le Gros, cuando iba a caballo, asustado de repente por una piara de cerdos, se cayó, se partió el cráneo y murió!»

Le dejé un cuarto de hora con el recuerdo de los cerdos. Aún seguían bajando hacia la rue des Barres. Hasta que los oyó gritar como a niños que matan en el campo alemán.

Cenamos por allí cerca.

Domingo 14 de octubre. Fuimos más o menos todos a la rue du Bac a invitación de Élisabeth y de A.

D. parecía encantado de vernos. Nos pasó revista como un pequeño sargento al cuerpo de guardia y, señalándonos con el dedo, dijo que nunca había visto a Wensleydale ni a Quoeun.

Pedía, con autoridad, que los desconocidos se presentasen. Subrayó su preferencia por Th. Los dos niños comieron. Gladys se fue a acostar a Henriette.

Nos sentamos a la mesa hacia las dos. A. dijo que quería darnos las gracias por aquellos largos meses. «Del cuchillo lo único que conservo no es la huella bajo la garganta —dijo—. A veces, todavía, todo vuelve a retraerse y a vacilar seriamente. Pero estoy mejor. La animadversión se ha convertido en una compañía permanente. Al final le habré puesto el cascabel.» Que había confiado en nosotros más que en nuestras medicinas o nuestros argumentos, y que aquello había funcionado, y era más seguro, sin ninguna duda. Se dirigió a Ieurre: y que así, dijo, se había librado de un vehemente acceso de muerte.

«¡Si yo hubiera ido usted —dijo Ieurre—, hubiera alabado a Dios por ser tan sensible, incluso vulnerable a la nada, y estar hecho de una estofa tan susceptible y sufrida incluso a la ausencia de impresión! ¡Y tan imaginativo que los sueños duelen! ¡En cuanto al millonario en manías —dijo dirigiéndose a R.—, al menos por un día, los valores le

habrán parecido verosímiles, el suelo sólido, la lengua significativa y el día luminoso!… ¡Yo pagaría siete cirios de mi bolsillo —por lo menos—, siete cirios blancos a los pies de la Asunción!»

Recroît permaneció impasible. Simplemente observó que, pese a lo que Ieurre pretendiese, nada nos libraría, a ninguno de nosotros, de nuestra complicidad con la violencia de la que procedíamos. De la cual el estado del mundo, y hasta la más pequeña operación mental, hasta el menor gesto de deseo, proporcionaban un testimonio por lo menos insistente. A cada minuto renacía nueva en nosotros, y ciega tanto a su falta de objetivo como a lo que alimenta su fiebre. «Este *soufflé* está delicioso», le dijo a Élisabeth.

Prosiguió: «El referente de todo lo que dura dura menos que lo que dura. De manera que no lo mide. Además, cuando uno se encuentra ante él, hay que decir: "¡El referente de lo que dura, qué perecedero es!", y así es mejor. Pequeño artificio muy cultural y verbal».

Ieurre exclamó ridículamente: «¡Así dice! ¡La misma operación de referir supone el otro! ¡Todo le sea tributo y homenaje!»

A. sirvió de beber. Pero que era, dijo, un homenaje a todo lo que puede acaecer y a nada en concreto: que es la misma amistad, y su valor, y esa extraordinaria indulgencia que no duda en consentir en todo instante.

Élisabeth sirvió unos filetes de San Pedro bañados en salsa blanca con mejillones. Por desgracia E. le había añadido una cantidad excesiva de *agua de mejillones*. Era como beberse el mar. Tan espeso en la boca, y acre. Bauge dijo, sonriendo, que hubiera habido que desbautizar la receta, y en vez de un *San Pedro normando* decir *un Ulises náufrago*. Esto provocó la risa de Quoeun.

Luego Thomas quiso que definiésemos la naturaleza de la amistad. Yo empecé diciendo que me guardaría mucho de buscar los motivos que la provocan o sus objetivos, y sólo prestaría atención a sus efectos. Que de todo corazón me dejaba encadenar a esa especie de vínculo que establecía durante el tiempo que durase. Pero que tenía escrúpulos de no echarle una mirada demasiado penetrante, cuando menos inoportuna. Recroît asintió.

«Es una cortesía que la interpretación echa a perder», dijo.

Élisabeth, Thomas y Gladys subrayaron su desacuerdo. Pero Gladys tuvo que levantarse. La pequeña Henriette la llamaba con grandes aullidos agudos.

Al final del almuerzo, excelente uva moscatel. Quoeun preguntó si seguíamos de verdad convencidos de que los dioses hablan con *la brisa del anochecer*.

«Es un *murmullo ligero*», dijo Thomas.

Con el café, T. E. Wensleydale, un poquitito borracho, o por lo

menos reblandecido por el alcohol, nos declaró que Yang Tchu estimaba que la longevidad de la vida humana alcanzaba en su más extrema duración el término de cien años. Nos miramos los unos a los otros. No los alcanzaba ni un uno por cada mil. Entonces respiramos. Pero supongamos que un hombre llegue a eso: y nuestro aliento se suspendió en los labios. El tiempo de la infancia —de impotencia y dependencia tan pronunciadas que requería una protección a tiempo completo—, el tiempo de la senectud —de una impotencia completa, de tan gran farfullar, de una confusión tal que había que socorrerla—, ocupaban la mitad de esos cien años de vida. Las noches pasadas durmiendo, el tiempo de vela en vano que las aumenta, ocupaban, de la mitad restante, otra mitad. El sufrimiento y las enfermedades ocupaban otra mitad; los duelos y fracasos, otra; las pérdidas y pesares se llevaban una última mitad de mitad de mitad de mitad de los cien años, tan poco comunes, de la longevidad última. Comencé a marearme. Y el lapso de tres años que queda, y durante el cual se podría disfrutar de la vida libremente, si se contaba el tiempo libre del tedio, depurado de toda preocupación, se reducía al espacio de una hora.

¿Qué quedaba de la vida de un hombre? «Ay, ¿dónde está mi dicha?», exclamó. Quizá quedaba el placer de los cuerpos, y la belleza de los sonidos, y de los colores. «Pero no hay placer que dure mucho —prosiguió—, y a la larga los colores y los sonidos cansan. El cuerpo de las mujeres ocupa tan poco espacio, ¿no envejece a pura vista? Y a veces la torpeza de sus manos confunde. ¡Y la insistencia de los amigos, la impudicia de las voces, y los libros que se repiten, como los ancianos! ¡A esto hay que sumar las restricciones y los deberes que te imponen mediante recompensas y castigos, el hambre y la hambruna, el terror que inspiran las guerras incesantes, las presiones de todas clases que te infligen recurriendo a los honores, los discursos y las leyes!

»Si calculo —añadió— una vida más breve, el resultado ¿no será de entre un cuarto de hora y un minuto de dicha? ¿Un niño? Nada. ¿Un adolescente? Unos segundos.»

El pequeño D. correteaba alrededor de nosotros.

Nosotros reíamos.

Martes, 16 de octubre.

Me desperté hacia las 3. No encontré forma de volver a dormirme. Encendí la lámpara, tomé el libro de Léonard de Marandé de la mesita de noche. Encontré la página que señalé antes del verano. Me levanté. Fui a la cocina a beber un vaso de agua. Luego maté el tiempo tomando notas: «No hay cosa más miserable y pobre entre los seres que el vacío; todo el mundo lo aborrece, hasta la naturaleza. Resulta

tan contrahecho que es casi tan feo y tan deforme como la nada…»

Esto estaba en la página 251. Poco antes, encontré una pequeña nota que me gustó. Pero mi ejemplar (tan desencuadernado, tan poco valioso) presentaba allí una página muy maltrecha, llena de esas manchas oscuras o —como decían las mujeres sobre las manchas que les salían en la piel— de esas *flores de la muerte*, de esas *flores de cementerio* que también afectan, con los años, a los libros:

«… Dos clases de amor: amor de amistad, amor de concupiscencia. Con este no amamos a nadie más que por nuestro… en fin, por el beneficio que esperamos. Para saber el valor de este amor, sólo hay que abrir los ojos y tomarse el pulso. Con aquel, amamos al otro por su bien, su ventaja y su propia consideración. Es así como el hombre honorable mira a su amistad para… darle placer y…».

Tendré que consultar uno de los ejemplares de Quoeun. Todos en tan excelente estado.

Miércoles, 17 de octubre.

Por la noche me llamó E. Me reprochó que no hubiera pasado. ¿Iría el domingo? Respondí que me iba a casa de V., en Bretaña.

La noche del martes, el pequeño D. había tenido una pesadilla muy violenta. Se había despertado llorando, sollozando, a las dos de la madrugada. Se asombró de que aún no fuese de día, con una insistencia casi febril como si estuviera descubriendo que la noche es oscura. E. se sentó a coser a su lado hasta que se volvió a dormir.

El niño dijo que no quería que se muera.

Jueves, 18 de octubre.

«No hay cosa más pobre y miserable entre los seres que el vacío…»

La página me pareció espléndida. Pero a la contra, ¿cómo podríamos vincularnos, y amar? ¿No nos sofocaría lo lleno —o eso que los servicios comerciales, los políticos, los sacerdotes llamaban «unanimidad», «sociabilidad», «convivencia»— en una contigüidad y una solidaridad insoportables? Así, soldados los unos con los otros como la piel de la cebolla y la cebolla. Como el globo del ojo en la órbita. La amistad era un arte del vacío, igual que todo sentimiento supone el contraste de su término, y la muerte desde la raíz.

Mejor un poco de mansedumbre que de indulgencia.

Viernes, 19 de octubre.

Comercio del miedo, de los amigos, del vacío. La muy vieja palabra de afabilidad significaba una cierta distancia pasiva en la persona, mezclada con una *mixtura* de suavidad y de una seriedad que acompañaba al discurso, capaz —porque dejaba tiempo, y envolvía en

silencio— de suscitar y de mantener la conversación.

Sábado. El mar cuando llueve. Bajo un viento vehemente. Las olas poderosas y espesas.

Un cielo extremadamente bajo, vasto, oscuro.

La sensación de que todo era demasiado grande para los hombres.

Que somos unos fetos muy laberínticos, retorcidos a fuerza de diferenciaciones mecánicas —que giran a alta velocidad en el vacío— muy refinados, y muy confusos —pero sin talla.

Veteran's Day

Gladys e Ieurre no podían recoger a Élisabeth y a A. Tenían que volver directamente de su casita recién construida cerca de Pontchartrain. Nosotros nos instalamos como pudimos en el coche de R. (que volvía de recoger a M.) y llegamos bajo la lluvia a la avenue de La Bourdonnais.

En la puerta nos estaba esperando T. E. Wensleydale. A. se precipitó hacia él riendo, y le tendió el paraguas.

«Sabe qué, me parece que está usted mejor que el año pasado por estas mismas fechas», dijo W., tomándolo.

Nos sacamos los abrigos. Pasamos al salón. T. E. Wensleydale llegó con una cacerola hirviente llena de ron —que apestó enseguida el cuarto entero— y nos sirvió unos grogs.

Ieurre entró en el salón, más encorbatado que toda la caballería croata. Gladys le seguía, un poco molesta, y enseguida se juntó con Élisabeth. Entonces llegó Quoeun, seguido de cerca por Bauge y por Suzanne.

Bauge, hablando de A.: «Samarobriva…», dijo enigmáticamente. Karl, Thomas y Zaezon llegaron juntos, empapados. Th. temía por su violín. Innecesariamente.

Karl observó que *Veteran's Day* era la fiesta de los muertos. El culto de Quoeun. A. dijo entonces de forma inesperada:

«Los ojos abiertos de los muertos se clavan en un punto que es imaginario».

—¡O más bien la fiesta de los libros! —respondió Quoeun. Élisabeth le dijo a Gladys lo mucho que a lo largo de los días nuestras manías se habían enredado, y se repetían. Pasamos a la mesa. Comimos una sopa flamenca.

Ieurre la tomó con esos que se empeñan en decir *cuasi* en lugar de *casi*. Los que optan por *detritus* y no por *detrito*. Los que en su curso multicopiado decían *jalar* por comer, confundían *cochiquera* y *pocilga, célebre* y *famoso*, Etcétera. ¡Y lo peor es que eran faltas *influyentes*!

—¡Ah, estas discusiones sobre palabras! —dijo A., visiblemente

molesto—. El lenguaje —añadió— es una cosa tan inútil y tan cansina… ¡Le da usted una importancia ridícula!

—Hay algo que *supura* en el silencio… —empezó a decir R.

—Guardianes de cenizas… —siguió A.—. Los pequeños contenidos «sémicos» de las palabras, si se los analiza bien, son meaditas debidas al miedo.

—Uno de los pocos principios más o menos universales dice que el hombre —continuó R.— inspira el aire, y luego, una vez lo ha utilizado en cosas serias, lo expira con la voz, que entonces se divierte en decir cualquier cosa, con el objetivo de expirar.

—¡Oh! —dijo Ieurre como si hubiera descubierto algo maravilloso, visiblemente encantado—, ¡las palabras son aire usado!

Nos pusimos a hablar. Hablamos como de costumbre, a tontas y a locas. Qoeun dijo: «Las lágrimas son tan incoloras como ese aliento que el hombre expira, y mediante el cual se manifiesta, al rechazarlo. Los viejos teólogos escribieron que el carácter incoloro de su voz y de su sufrimiento le lleva al vacío, y a la invisibilidad de la nada. Sólo la sangre que corre desde la herida de la víctima del sacrificio se da a conocer por el color a los ojos de los hombres.

—Entonces, si estamos enredados en las palabras —dijo Ieurre—, estamos en una urdimbre de invisibilidad, estamos tejidos de aire…

—¿Y qué? —preguntó Recroît.

—Pues que… que habrá que coser. Yo, remallo.

—Eso es —dijo R. súbitamente satisfecho—, eres una modistilla remendona. *Retrocedes* para no resbalar.

Bauge defendía a I. Dijo que en griego, hablar era tejer; el logos, un tejido, un velo para velar la violencia a la vista. De ahí las viejas imágenes del político tejedor, del médico remendón de lenguaje. Llenar lo que abre brecha y corre el peligro de desgarrar la pantalla o la muralla. Enmascarar lo peor, es decir, utilizarlo disfrazando sus apariencias y atribuyéndole un significado exterior. Reparar el orden, sustrayendo a la vista lo que el orden supone.

«¡Pero es que nada repara nada!», dijo A., muy exaltado.

—¡Menudo discípulo he encontrado en A.! —exclamó Recroît—. Dice exactamente lo que yo pienso. Nada está roto, y nada es reparable. El mundo no es. La tierra no tiene otro reino que la existencia. Inconcebible. Indescriptible. ¿*Qué* podría dotarla de sentido? —prosiguió con ardor—. ¿*Qué* podría tildarla de absurdidad? No tiene legalidad. Ni siquiera idéntica. Y alteridad al lenguaje. La realidad es ese inmenso e impronunciable e indescriptible e imperceptible pequeño residuo que queda cuando todo lo decible ha sido dicho, y *después* de que todo lo que es haya pretendido convertirse en unidad, en totalidad, en sentido. Tonto

antropomorfismo. Los astros no conocen el dinero, ni los signos. Ni el agua en el agua, ni la piedra en la piedra, los conocen.

Para sorpresa general, Ieurre manifestó de inmediato que estaba de acuerdo con Recroît. De repente Bauge se puso a decir que el lenguaje era *zooclasmia*, igual que la escritura *iconoclasmia*. Ieurre demudó el rostro. «¡Al diablo los *minus habentibus*!», exclamó entonces Bauge. Le abucheamos. Los signos no tanto intentaban —prosiguió— sacrificarse por lo que querían decir, cuanto consistían en el sacrificio de lo que significaban. El que usa signos se enmaraña en lo sagrado que resulta del sacrificio. «Rezar por él y sacrificarse por él. Por ese vacío, ese centro vacío del movimiento de sacrificar.» A. se puso lírico:

«¡Claridad cegadora parecida a la luz —dijo—, que se ilumina a sí misma, y que no puede ser percibida! Es tal la transparencia, que no podemos atraparla. Allí donde ponemos la mano, tocamos íntimamente lo que somos, mientras somos. Indivisibilidad de todo, que es una especie de enfermedad inconmensurable, y de la que ni siquiera podemos esperar liberarnos con la muerte.»

Luego —en un tono más bajo—, y dirigiéndose a Quoeun:

«¡La duración de la existencia de un ser sólo la conocen los que le sobreviven… suponiendo que ese individuo no muera apartado de todo el mundo! Una existencia, su simple cantidad, no puede ni siquiera ser dicha por aquel que es su objeto. ¿Y usted pretende que todo lo que gorjeamos sea persuasivo o creíble?

Estábamos comiendo un guiso de anguilas, un poco borrachos de tanto vino tinto.

I. nos habló de un periodista que había dado en la radio la noticia de una *colusión* entre dos coches, de la que resultó la muerte de varias personas. Recroît afirmó que la expresión no era tan errónea: ¿no había, entre los que conducen automóviles por las carreteras, un acuerdo secreto, inmediato, mudo, basado en una aspiración a fin de cuentas objetiva a la muerte? Le dimos la razón a Ieurre, estimamos que el argumento de Recroit estaba demasiado cogido por los *pelos*.

—¡Justa revancha! —dijo Ieurre—. ¡Donde las *dan* las *toman*! —R. se enfadó:

—¡Refitolero, gomoso, amanerado! —lanzó a Ieurre.

—Como confío poco en mis propios recursos —le respondió este en tono untuoso— y soy escéptico sobre su valor, y finalmente, perplejo en cuanto a la eficacia de la que resulta que, sin embargo, da sobradas pruebas, yo, para hablar, me remito democráticamente a todos aquellos que ya hablaron, más numerosos que yo, y a lo que ya se dijo, que es mucho más de lo que mi boca podría contener.

—¿Y esto qué claridad aporta? —dijo Bauge—. ¿Qué garantiza?

A. observó que por diferentes que fueran las palabras que

empleaba Ieurre, no era tan evidente —incluso era más bien bastante improbable— que jamás se pudiera distinguir seriamente unos sentimientos a sus ojos tan profundamente idénticos como el deseo irrefrenable que de repente decide a un hombre a dejarlo todo y partir, la ciega impaciencia que se apodera de él las raras veces en que se constituye en objeto de un deseo evidente y doloroso, y el deseo incoercible, pavoroso, de entregarse a la muerte, y que se apodera de él, por norma general, a través de una angustia insoportable. «¿Por qué no habría de ser una sola y misma cosa?», preguntó. Pero Ieurre negaba que lo que el lenguaje separa fuese en realidad indistinto. Más aún, dijo que él imaginaba el ser más diverso y singular aún que lo que le diferencian las lenguas. Que las parcelaciones que ellas instauraban eran más bien una suerte de generalidades, más bien comuniones bastante sueltas y vagas que disidencias muy concretas.

Ieurre volvió a servirse de la anguila más borracha.

Luego dijo que Recroît, por más que lo negase, era un moralista. Quería producir carretadas de demostraciones. Que se las enseñaba hasta a los peces, y pretendía enseñarles cómo hay que nadar.

R., enervándose: «Ieurre, nos cansas a todos. Y todo te asusta. No sólo las cosas sino también las ideas. No eres más que un paquetito de reglas gramaticales…».

Ieurre le interrumpió con mucha suavidad, y con el semblante muy alegre. Con la compunción, la suavidad, el aire de extrema indulgencia del jesuita:

«Dios da habas a quien no tiene dientes —dijo—. Todo lo que es ruidoso es modesto —añadió— y corresponde al universo. El murmullo del letrado es orgulloso».

—¡Mentiroso! —gritó Thomas de forma agresiva. ¡Usted no sólo es un *quisquilloso*, un *puntilloso*, sino también el garante de todos los órdenes y todos los poderes!

—En ningún caso puedes justificarte —dijo Recroît—. ¡A ninguno de mis esfuerzos has sabido nunca responder! ¡Tanto A. como Bauge son testigos!

Pero Ieurre estaba en muy buena forma. No alzó la voz. Susurró que su única razón para exponer sus opiniones era que le gustaba. La defensa de aquel pequeño placer de lengua, aunque las formas que él defendía nos pareciesen anacrónicas, ¿tan pobre era que no se pudiera justificar plenamente? Lo que él hacía era renovar los cirios en un pequeño altar particular —entre pasado y porvenir, entre residuos y bagatelas— que no molestaba a nadie, y cuya soledad quizá incluso alimentaba el fervor. Volvía del altar llevando entre las manos las cenizas cinerarias, y las protegía un poco del viento. Traía a la memoria lo que fue abandonado, y trataba de demorar un poco el olvido. En cuanto a su muerte, en el mejor de los casos, se haría el

silencio, y en el peor quizá se diría que sin dejar huellas pretenciosas o inoportunas, de forma puramente verbal, en el cuerpo o en el estuche de su lengua había rozado la *cantarela*. «mientras otros se lavan los dientes», dijo. Ante la evidencia de su próximo desplome —la lengua olía fuerte a cadáver, ¿verdad?— y sin alimentar ni por un instante la esperanza de devolverla a la vida, simplemente él habría rascado con precaución las heridas particulares.

—Comparto el sentimiento de Ieurre —dijo entonces Quoeun—. Y sus manías no me parecen tan desaforadas. Está claro que su desdicha tiene tan poca base como el mundo…

—¿Y las de usted? —le cortó Th. agresivamente.

—¿Y las mías? —dijo, con aire soñador—. En realidad —siguió tras un instante de silencio— ni las manías de uno ni las del otro ocultan nada. Son la forma de nuestra era. Ninguna naturaleza penetra bajo toda la psicología que Recroît y A. resucitan, desafortunadamente, al tiempo que la atacan. Ninguna lengua es humana. Bajo lo que es, no hay nada que sea. Sólo hay ciertas costumbres que parecen insólitas.

Ieurre dijo que aquella respuesta ni era carne ni pescado. Luego, adoptando una actitud conmiserativa:

«Una pobre lengua decrépita, comida por los gusanos, más vieja que los caminos —dijo— y extenuada de tanto usarse. Y que ya no usan ni el mundo ni sus monarquías. Un viejo paño devorado por las polillas…».

Ieurre desvió la cabeza con dignidad. Recroît se dirigió a Quoeun:

—Pero nos divertimos —dijo—. Y en esto no puede haber motivo de desacuerdo. Ieurre sencillamente dice que la lengua es un orden. Yo simplemente digo que toda lengua es un delirio. ¿Dónde está el desacuerdo? ¡Azar fundamental! —exclamó—. El primer significado es un cuerpo que cae a mano, una muerte sacada al azar. Cuerpos que designan las pajitas cortas y las habas. Imposición de los signos. Cómo de repente se entienden entre sí: convención inmediata. Próxima a los juegos de los espermatozoides. Caos que se ordena, delirio que preside la unidad. Azar que vuelca a hachazos: ¡lo arbitrario es necesario, y funda por retroacción!

Sirvieron una mediocre ensalada de endivias salpicadas de infectos champiñones parduzcos de París.

Quoeun habló de los libros que acababa de adquirir. Suzanne se lanzó a un debate ocioso: «Leer, comenzó diciendo, consiste en desenrollar un volumen. Cuando Agustín…

—Con *desenrollar* basta —la cortó Ieurre.

—Sí, prosiguió ella. Pero quiero decir: leer era desordenar el espacio del libro. Con el códice, la lectura no modifica su forma…

—Pero eso es falso —dijo Bauge—. Se desenrollaba enrollando. El

hombre cuenta con dos manos, y con un campo visual —a cincuenta centímetros— relativamente restringido. Incluso un prefecto romano. Hasta un padre de la Iglesia.

—Se lee «en» una pared, pero se lee «un» libro —dijo Ieurre bruscamente.

—Las buenas lecturas —declaró Quoeun— infectan el espíritu, manchan de soledad, alteran por abstracción, ganan la vida, y sus efectos asolan y pululan hasta el último día y hasta la idea que uno se hace de ella. Esta abstracción es aterradora y es irreversible. Es magnífica —añadió con aire de extrema satisfacción.

—Littré —dijo Ieurre— decía que había redactado su diccionario para ocupar el tiempo insoportable y vacío y que lo había escrito por «ociosidad de la angustia».

Quoeun sostuvo que un diccionario que fuese exacto era lo mismo que un círculo cuadrado, que una serpiente con plumas. Una lengua no podía ser traducida a sí misma sino siendo ella misma. Un diccionario seguro, que no admitiese discusión, unánimemente creíble, no sólo sería una obra tautológica sino un volumen capaz de agitar la imaginación, porque se extendería por el área sobre la cual la lengua que se ocuparía de consignar hubiera sido hablada, porque registraría la totalidad de las formas a las cuales esta especie de *gran locución* habría dado curso, porque calcaría sin que fuera posible excepción alguna todos los cuerpos que la hubieran articulado, y cubriría todas las épocas en que hubiera sido usada y escrita. No sólo su confección requería un uso exhaustivo que la concernía, sino que su veracidad planteaba la condición de su muerte. Fuese como fuera, por una parte era materialmente imposible, y por la otra era lógicamente inútil: ya que ya existía y que su realización hubiera pretendido bastante vanamente, al mismo tiempo, en el mismo espacio, y mediante los mismos servidores, redoblar su existencia.

Imaginó la suerte del redactor de un diccionario, que hiciese su trabajo con un poco de conciencia y de pasión. Se quedaría pasmado ante la risible voluntad de definir. Se le cubriría la frente de sudor, cuando se viera enfrentado a la impotencia característica de la analogía, a la hipótesis contradictoria de la sinonimia, a la noción de rectitud respecto a los nombres, en fin, a la misma sensación de estar con algún tipo de vínculo, sin duda, pero sin proximidad respecto a una lengua traduciéndose a sí misma.

Figura patética, cada vez más larvaria. Su cabello encanecía: ya ni siquiera encuentra ejemplos en que las palabras se empleen por sí mismas. La precisión poco a poco se va volviendo muda. Él escucha, pero ya no está muy seguro de entender lo que está escuchando. «Esto desde luego sirve para hacer ruido, murmura, para expresar el simple hecho de que uno está vivo, quizá para señalar que se siente cierto

deseo, cierto miedo, algún odio, sin armar el proyecto de decir cuales; pero una lengua, ahora tengo la prueba de ello, no sirve para decir, no sirve para escuchar, y sobre todo no sirve para escucharse a sí misma. Entonces la mano le tiembla, el ojo se apaga: a todas las palabras que había inventariado, nada responde. Una escalera de páginas blancas. A cada paso, la desalentadora evidencia de lo indecible. Sus dedos ya no retienen nada, el día pasa entre los dedos, y si la boca está ampliamente abierta, es para expirar o para tragar el aire necesario para el funcionamiento de los pulmones.»

Trajeron una bandeja de quesos en la que se había dispuesto un *saint-nectaire*, un *reblochon*, un *pont-l'évêque*. Se admiró que los americanos, incluso siendo sinólogos, tuviesen tan buen gusto. Pero Suzanne quiso seguir exponiendo la tesis que las observaciones de Ieurre, que las digresiones de Quoeun, afirmó, habían interrumpido. Así que subrayó que cuando Agustín expone sus tesis sobre el tiempo, se apoya en la lectura de un libro, de manera que el tiempo coincide y luego poco a poco se cambia con el desarrollo del libro.

«Incesante distancia en el corazón de cada instante —prosiguió con emoción—, de la que procede toda lengua, cada palabra, y que es como la apertura de un libro.»

En resumen, continuó, era por este motivo por el que había habido libros, y que el desenrollar el volumen hubiera sido substituido por la apertura y las páginas. Todo el mundo rompió a reír. Bauge observó que el carácter latino del tiempo había adquirido en francés el sentido —de un carácter mucho más negativo y restringido— de tempestad.[23] S. de inmediato —y un tanto vejada— aprovechó para decir que lo que sin cesar irrumpe así, no cesa de suceder, era precisamente un huésped que no podía ser recibido. De ahí que la imaginación necesariamente estaba obligada a presentarlo bajo una luz violenta. Lo mismo que las apariencias de la tormenta —añadió, con mucho sentido— pasaban, por errónea que fuese esta impresión, por más movidas, por más naturales, por más evidentemente temporales, *tempestuosas*, que un cielo sencillo y sereno de un día de primavera.

«Cuerpo de guimbarda del que fluye el sexo», me sopló Ieurre al oído.

Era poco amistoso, le dije.

Thomas —sentado frente a nosotros— nos oyó. Nos demostró que nuestra amistad no era tan estrecha. Incluso —dijo, alzando la voz— era apocada y enfermiza. Dijo que una antigua costumbre maorí dice: «Hacer ikoa con alguien».

—¿Adónde vamos? —preguntó Ieurre.

Th. dijo que *ikoa* era la palabra maorí que significaba el nombre. Trabar amistad con alguien, hacer *ikoa* con él, venía a ser intercambiar el nombre con él. Intercambiar el nombre consistía en

intercambiar los bienes, a los hijos, las mujeres, los esclavos, etc. Así el nombre propio era de naturaleza efectiva, reunía la totalidad de los signos que confieren identidad, y siendo el significado totalmente material el cambio que lo fundaba descansaba sobre una obligación irreversible entre aquel que obsequiaba la amistad y aquel que era obsequiado por ella. Entonces los niños tenían dos padres, dos madres, dos moradas, etc.

I.observó que de la nominación no se podía concluir la designación, que ahí había alguna inconsecuencia, o bien una utopía. Luego se inclinó hacia mí y, susurrando de nuevo a mi oído, me preguntó qué deseos nos ahorraría Th. A qué sospechas daban pie sus digresiones etnológicas. Y cuál era la sordera de A.

Comimos islas flotantes, servidas con una crema inglesa al café. T. E. Wensleydale descorchó dos botellas de vino de la Champagne.

«La misma idea de constitución de sentido —decía Suzanne, respondiendo a no sé qué afirmación de R.— es risible por una razón mucho más sencilla que la que usted menciona: para que la vida —que afronta la muerte con el propósito de volverse inteligible— lo sea, es preciso que siga con vida. Que afronte la muerte sin morir: ¿no es más bien afrontarla sin afrontarla? ¡Impostor, quien pretende dominar lo que arrebata todo dominio!

Recroît se sonrojó. Se quedó mudo. Por su parte, Zaezon (con el gusto que le caracteriza) pretendió darnos un ejemplo que le parecía definitivo de lo que la noción de sentido tenía de ininteligible y de inútilmente complicado. Habló del temblor mecánico debido a las excitaciones arbitrarias. Ieurre dijo «Temblor del sexo». «Una mano se posa sobre un cuerpo —siguió Zaezon—, y luego se aparta. El sexo dejado solo, sus formas lentas, y que son como autómatas. Y a plazos más espaciados el tembleque de arriba abajo. En el momento de amor, dijo, es a la vez lo ineluctable y lo más accidental. Lo *repentino*. No es necesario. Y además, a menudo sin éxito. Sigue siendo fortuito incluso cuando el curso de la serie puede dar la impresión de infalibilidad. También se puede ahorrar una noción de timorato, de un ensueño relativo a la razón y la necesidad de lo que sucede. Lo ineluctable está ahí y es completamente azaroso. Lo demás es a imagen suya. Que por lo demás fácilmente obsesiona las mentes.»

T. E. Wensleydale replicó: el *pavor*, las metamorfosis debidas a la progresiva flaccidez. Conversaciones típicas de final de cena.

Nos levantamos. A. instaló los atriles. Afinamos. El final de *La alondra* salió mal. Por más esfuerzos que hizo A. no supimos lograrlo. Y encima la pica de Quoeun resbalaba sobre la tabla: él decía que no conseguía colocarla a su conveniencia. Nos pisábamos todo el rato. Nos reíamos. Y luego el solo de Marthe chirriaba.

Luego A. supo dirigirnos mejor, en el cuarteto en *la* mayor de

Mozart. Por tarde que fuera, A. también quiso tocar. Con Marthe y Quoeun, tocó uno de esos tan sorprendentes y difíciles pequeños tríos poslondinenses de Haydn.

Martes, 23 de octubre. Hacia las seis quise pasar por la rue du Bac. En rue de Grenelle me topé con Ieurre y Élisabeth. D. iba por delante, llevando una barra de pan de dos libras de la que iba arrancando y comiéndose los pedazos de costra más tostados.

Le dije que aquel cuscurro parecía estupendo.

—El *cuscurro* —dijo Ieurre—. O también el *corrusco* —repitió—, es decir, la punta de la corteza del pan, que está más tostada.

Por suerte, Ieurre se tenía que ir. Nosotros tres subimos la escalera húmeda.

A. estaba trabajando. D. me llevó a su cuarto. Había pintado un pequeño banco de madera con *gouache* azul. Y parecía encantado con aquel horror.

Miércoles, 24 de octubre. Pasé por la rue des Bernardins durante el día. De regreso a casa, Quoeun me llamó desde Baviera. Le dije que llegaría el miércoles 31, pero que volvería a llamarle.

También la sensación —un poco más tarde— de una promesa irrompible —una promesa muda, establecida entre todos nosotros— y que nos habría vinculado durante tanto tiempo sólo por la insatisfacción en que nos sume su ausencia —mientras dura esa ausencia—, es decir, por el deseo, la abstracción de aversión, el número y la estrechez de las trampas de obligaciones que tengan *apariencias* desinteresadas —aun siendo sacrificado a esas apariencias — más que por la esperanza de beneficios materiales, o de apoyos, o de afectos. En mi opinión no era desmerecer la amistad poder pensarla sólo a una luz negativa. Suspensión de la guerra. Prórroga de cortesía.

Aunque esto realmente no se definió así. ¿Se puede alimentar más ilusión que la que supone esta pereza, y que quizá se resume en el hecho de contemporizar con la excepcional negligencia, inconsecuencia, sobre las que descansa esta actitud? Gusto que con tanta naturalidad lleva a posponer, a aplazar, a desesperadamente aplazar. No cabe duda de que es un refinamiento ridículo, esa sensibilidad demasiado acusada a la *pausa*. Es como una distracción entre las emociones, los circuitos de sangre.

La cortesía en este sentido: no tanto los emblemas de una tregua, el hipócrita fingimiento del reposo, la baja dada a cualquier sentimiento exclusivo —como una especie de aturdimiento—. Quizá el motivo un poco más secreto y sentido a menudo de un respeto que se le debe a lo peor, y la convicción de su regreso, y los ritos supersticiosos para

retrasarlo un poco. Así que en el mismo corazón de la cortesía hay una visita de la nada, un saludo del instante muerto, una ociosidad extraordinaria y muy curiosamente hecha de reglas, una consideración de la igualdad a la larga, y de la sensación de un vértigo inútil y circular de todos alrededor del mismo vacío entre nosotros y en nosotros.

Deseo de un placer completamente social, sólo social. Esperanza de consonancia inmediata, de repente, pero de vez en cuando, entre unos hombres que alimentan esta pasión y que encuentran tiempo para hablar entre ellos.

CAPÍTULO VII

Jueves, 25 de octubre

Rue des Deux-Ponts. Con Ieurre y Recroît. Thomas había pedido que visitásemos el pequeño estudio que le alquilaba Zaezon.

A. dijo que la nueva profesora de D. le había dado a este una bofetada que casi le arranca la oreja. El pequeño D. estaba atontado de miedo. Ieurre observó que un *bofetón* se da en la mejilla, igual que un *tortazo*, mientras que un *coscorrón* en la cabeza. A. le miró un momento, sin comprender.

Recroît preguntó a qué parte del cuerpo pertenece la oreja. ¿Y se puede decir «una bofetada de oreja»? Thomas, muy ruboroso, les hizo callar. Lo hizo con una vehemencia excesiva. Casi echándonos, trató al lenguaje de «baratija».

Viernes, 26 de octubre. Rue du Jardinet.

Recroît me dijo que Ieurre procuraba no mover demasiado la cabeza porque le asustaba de verdad lo frágil que era, y que vivía en el temor de que de repente se *averiase.*

Sábado, 27 de octubre.

Pasé por la rue du Bac. A. estaba trabajando con Otto. Un trabajo considerable. «De largo *aliento* —dijo—. El presente está casi por completo ausente, lo próximo se va haciendo cada vez más lejano, igual que el cuerpo se hace todo cerebral, todo cultural, las cosas familiares son cosas extremadamente extrañas, porque no somos una referencia suficiente. No ofrecemos ni rostro ni espalda, ni afrontamos ni rehuimos. Ni arriba ni izquierda, derecha ni abajo. Pasado, futuro, ni antes de nosotros ni después. Mientras, sólo mientras, sólo mientras, ¡estamos vacíos! No tenemos dimensiones. Y está muy bien.»

Se notaba que tenían prisa por reanudar el trabajo. No me atreví a quedarme más tiempo.

Domingo 28 de octubre.

Fui a Sèvres a ver a Xavier Ieurre. Su mente está en muy mal estado. Me habló de I. y de Gladys en términos curiosos. No

comprendía que él era el abuelo de la pequeña Henriette. Hacia las seis me acompañó a la estación. Hacía frío. Por encima de nosotros había árboles. Esperamos juntos largo rato esperando el tren. Nos estrechamos bruscamente las manos. El viaje me pareció bonito: la bruma, los cerros, las fábricas, la miseria, el Sena, y las luces de las casas.

Lunes, 29 de octubre.

Llamé a Quoeun a Baviera. Le dije que llegaría el jueves por la mañana con el tren de las 5h 20. Quoeun me dijo que tomaba nota, que iría a buscarme a la estación. Repetí la hora de llegada. Él tenía una voz extraña:

«Ayer, le escribió a Daia —me dijo—. Hace mil seiscientos sesenta y siete años, exactamente…»

—Minuto más minuto menos… —respondí, estupefacto.

—… el emperador de Occidente decidió el horror.

El alma *se me cayó a los pies*. Me quedé mudo. Le repetí que llegaría el jueves por la mañana.

El martes 30, fui a despedirme a la rue du Bac. D. se había reconciliado con su profesora y no le guardaba rencor. Élisabeth bromeó sobre mis pequeños viajes rituales a Baviera. Respondí que sólo me habían concedido *tregua* desde el jueves al domingo. Yo había preparado la quinta sonata. Estaría de vuelta el lunes 5.

Jueves, 1 de noviembre.

En la biblioteca de Quoeun.

Quoeun dijo que los atolones eran inmensas necrópolis cubiertas de una fina capa viva de animales minerales microscópicos que construían montañas para el agua y el silencio. En el curso de millones de años.

Que, comparados con ellos, nosotros aún éramos más microscópicos.

Viernes, 2, día de Todos los Santos. Antes de la cena tocamos en dúo. Luego tocamos juntos la quinta sonata. Con un acompañamiento de piano particularmente cerebral.

Después de cenar (una cena totalmente silenciosa), Quoeun:

«Estamos en lo que es —como un pececito fuera del agua que se ahoga, expuesto al aire y a la luz».

Sábado, 3 de noviembre.

Más allá de las ramas, en el sotobosque, la luz que cae, e inmoviliza lo que toca.

El desaliento de haber caminado tanto para *reconocer*. Para reencontrar lo que uno había abandonado para caminar, lo que estuvo en el origen de la marcha —para reencontrarse con esta violencia, esta pasión de luz, esta transparencia, esta abstracción, esta ausencia de edad.

El horror de la luz.

Domingo, 4.

Baviera. Bajando al pueblo. Una niña hablaba en francés en la calle. Por un instante casi comprendí a Ieurre. Es una alegría enorme: oír hablar tu lengua en la calle.

Y una lengua firme. Una pequeña lengua callosa y huesuda.

Lunes 5 de noviembre.

Pasadas las seis, fui a ver al pequeño D. a la rue du Bac. Le llevé una pequeña panadería alemana para construir y unos hombrecitos de plástico. Parecía más contento que el año pasado. La oreja se le había recuperado.

Cuando estábamos instalando esta tiendecita en el parqué de su cuarto, de repente me dijo:

«Nosotros, los niños, cuando hablamos, es porque ya no sabemos a qué jugar».

Se me ocurrió que podía parecer, y no sin motivo, que a nosotros, cuando nos callábamos, unas especies de cartas, de pequeños simulacros, de pequeños talismanes, se nos caían de las manos.

Martes, 6 de noviembre. Ieurre me llamó. Habían ingresado a su padre en el hospital. Pues cuando yo pasé a verle hacia finales de octubre… dije. Pero él me interrumpió y me dijo que volvía de Sèvres. Ieurre había, por así decirlo, *perdido* la cabeza.

Miércoles, 7 de noviembre. No dormí. Ordené papeles. Leí.

Esta sentencia de la princesa de Neufchâtel respecto al príncipe de Navarra, a la mañana siguiente de la noche de bodas: «… acababa de escribir; lo supe por sus manos».

Pocas cosas son tan concluyentes. El hecho de escribir traicionándose enseguida. Secreto que sólo descubren los que no escriben, y tienen motivos para despreciar.

Jueves, 8 de noviembre. Pasé por la rue de Nesles. Gladys abrió la puerta: él no estaba. Estaba en Sèvres. No, no sabía si estaba mejor.

Fui a darle un beso a la pequeña Henriette.

Sábado, 10 de noviembre. V. y yo nos fuimos a Bretaña.

11 de noviembre.

Estuve caminando solo no lejos del mar, por una zona del campo bastante pobre. Cuando caminas, te «encuentras» con un viento súbito.

De repente azotaba el cuerpo, desordenando ropa y cabello, y sentí alegría, y al mismo tiempo sentí las intensas ganas de llorar que le corresponde.

Lunes, 12 de noviembre.

Ieurre pasó a verme. Parecía trastornado. No: Gladys, Henriette, todos estaban bien.

Se sentó.

Venía de ver a su padre, me dijo. La edad, los efectos de la hospitalización, una especie de autismo muy reciente, una amnesia que iba al galope (Ieurre, en su inquietud, consentía en recurrir a palabras nuevas, y a giros que en sus labios eran de una imaginación o de una herejía desconcertante; por lo menos la pena se los arrancaba) de repente le habían provocado una invalidez más o menos total. Estaba extremadamente desconcertado por haber visto a su padre en tales condiciones. El respeto que tenía por aquel cuerpo, que había enfermado, y luego envejecido tanto, y que luego, a fuerza de desgaste, se había vuelto extranjero y moribundo —con una envoltura tan íntima pero que también parecía dejar pasar la luz, como transparente, ese «calado» característico de la muerte—. Que ni siquiera le recordaba, él que poseía recuerdos de él en la edad de la infancia que él mismo no conocería y que los había abandonado definitivamente. Que lentamente se iba desasiendo de un mundo que era naturalmente incapaz de imaginar, pero que desde siempre suscitaba temor… todo esto lo había sumido en la angustia. Estas sensaciones no sólo habían reavivado en él unos temores que se remontaban a la infancia, y ahora habían como reconstituido su poder, sino que al mismo tiempo la percepción y el conocimiento de esos recuerdos que para siempre serían irrecuperables, porque su padre moriría sin transmitírselos, tenían el contrapeso de la abrupta evidencia de que, incluso estando ante este, ya no podían ser compartidos. Finalmente, aquellas habían proyectado en él inevitables raíces, al obligarle a anticipar ahora para él mismo una condición que cualquier día sería parecida.

Dijo que ahora comprendía mejor a A.

Miércoles, 14 de noviembre. Pasé por la rue du Bac. D. estaba en casa de unos amigos. E. estaba en la galería. A., trabajando.

«No somos más que el objeto de la muerte. Como la muerte: ¡llego a *matar* el tiempo! —dijo—. ¡Eso es la felicidad!» Lo dejé.

Jueves, 15 de noviembre. Pasé por casa de Ieurre. El próximo fin de semana: pensaba llevar a Henriette y Gladys al campo. Pasaría el viernes por la noche en Sèvres, con su padre. ¿Podía yo ir el domingo? Él regresaría el lunes por la tarde.

Por la tarde E. me telefoneó. Que fuese a cenar el sábado.

Viernes, 16 de noviembre. Otto v. B. me llamó. *Bustag* el 21. Todo el mundo estaba avisado. Este año no en casa de Karl: en su casa. Rue du Pas-de-la-Mule.

Sábado, 17 de noviembre. Aporté una minúscula begonia tupida y blanca por Sainte-Élisabeth.

—Muchas gracias —dijo ella, al recibirme.

—Y en su «lengua» significa *amistad* —dijo A.

—No, significa *cordialidad* —respondió Élisabeth.

Estaba Marthe. Le di un beso. Parecía de otra época. Apenas participó en la conversación.

E. también estaba silenciosa, y bella.

A. habló mucho. Habló de su trabajo. Recordó el año pasado con un entusiasmo que me pareció exagerado.

—He *saneado* el foso —dijo—. Yo estaba invadido por una fuerza con la que no sabía qué hacer. Que de hecho ninguna pasión utilizaba. O más bien, de la que ningún vínculo conocía verdaderamente cómo usarla.

«De verdad —prosiguió—, ¿se les ocurre a ustedes una labor que pueda ocupar el vacío? ¿Que aproveche este exceso que hay en nosotros —esta tan contradictoria como confusa idea de un exceso de vacío en nosotros? ¿Esta saciedad de la nada, esta inflamación? ¿Para gastar esta nada en espera que en verdad sólo la muerte consume?… ¡Pues bien, yo sé que es el amor al vacío!»

—La amistad —dije.

—O la música —respondió—. Cosas que en el fondo son bastante parecidas, y unas artes de lo más sociales… —añadió.

En fin, después de cenar —igual que nosotros unos meses antes—se esforzó en consolar a Marthe. Interpretar era ver a través de algo que se erige en obstáculo. «Paul se ha ido —dijo—, y por aterradora que sea su vida, la razón no puede recuperar ese *retraso* que es condición propia…» Reproducía los viejos argumentos que Recroît, Bauge e

Ieurre le habían machacado:

—Lo que está ahí no es consecuencia de nada… La brutalidad, el carácter imparable de lo que es… Todo es ocasión de vivir, todo es ocasión de desesperar, y, por qué no, de anhelar los precipicios y los peligros: la apreciación es tan confusa y tan cobarde…

De manera que lo fortuito era, hablando con precisión, *irremediable*, por más que le atribuyésemos convicciones o necesidad. Y en este sentido no era *ineluctable*. Como tampoco ninguna alegría, por alegre que fuese, cometería la torpeza de considerarse definitiva. ¡Ah! ¡Este era un pensamiento que podía ayudar!

Marthe quiso tocar la sonata en *mi* menor de Fauré.

Domingo, 18 de noviembre.

Tomé el tren a Sèvres. Hacia las diecisiete horas llegué junto a su lecho.

Pero lo habían puesto en una sala común, en agonía. Asistí a su muerte con estupor e impotencia. Vi cómo la vida se retiraba poco a poco de su rostro, por lo menos me pareció percibir esa increíble retracción, entre algunas muecas espantosamente feas de dolor, en el silencio, extendidas sobre la sábana blanca.

Un poco antes de las seis, expiró. Le miré. Mientras le estaba mirando, sonó el Ángelus. El primero de los ángelus que él ya no oiría sonó.

Lunes, 19 de noviembre. Dormí mal. Pensé en C. Yo pensaba que Ieurre volvería el domingo por la noche. No quería comunicarme con él por teléfono. Estuve llamando en vano a rue de Nevers a las siete, a las nueve, a las once.

No volvieron hasta el lunes por la mañana.

Martes, 20 de noviembre.

Ieurre no quiso ir a verle muerto. Gladys se ocupó de todo.

Por la noche, volví a pensar en C. Todo se enredó en mi espíritu. Me pareció que la muerte *tenía la banca* sobre el deseo: entonces se constataba claramente el orden sin orden, la ausencia de necesidad, la ausencia de naturaleza, la imposibilidad de la interpretación, la incapacidad de representación, el ridículo de la justificación, la vacía prevalencia de lo que se encuentra ahí.

Pero no era una especulación de Recroît. No era un pensamiento de velatorio. Y no sé formularlo.

De repente pensé que el aire no le servía de nada a los muertos. Como el día a los ciegos. Como el lenguaje a los vivos.

Busstag. Marthe no vino. Por teléfono me dijo que con el *Thanksgiving Day* ya era bastante. Que todos estos banquetes eran un calvario. Había llamado a Otto von B. Pasé por casa de Ieurre: no quiso venir. Dijo que le costaba hablar. Gladys también se quiso quedar. Me prometieron que al día siguiente irían a casa de T. E. Wensleydale.

En la Place des Vosges, me encontré con Karl, Zaezon y Thomas, que llegaban juntos. El coche de Recroît estaba aparcado en la rue du Pas-de-la-mule. Entramos en la magnífica mansión de Otto von B. Estaba Quoeun, y también Wensleydale. Bauge estaba hablando con Recroît. Élisabeth y A. acababan de llegar. Se estaban sacando los abrigos.

Di excusas por la ausencia de Marthe, de Gladys y de Ieurre. Hablé de la muerte de Xavier Ieurre. Que no hubiera celebrado sus ochenta y un años.

R. frunció el ceño. Y enseguida puntualicé que esta sorprendente información me la había dicho Ieurre.

Pasamos a la mesa. La conversación no es que fuera muy alegre. Tomamos una sopa de pescado. No hablamos en un tono muy formal y forzado, pero sí más sereno, menos exaltado que en la avenue de La Bourdonnais. Hubo más silencio. Se conversó sobre la muerte con amabilidad. De forma moderada y educada.

Sirvieron un rape al *cognac*, humeante, recién salido del horno. «La mirada de la Gorgona», dijo A.

—El ojo del basilisco —respondió Bauge.

Quoeun afirmó que antaño los campesinos creían que ciertos gallos viejos ponían huevos. Que aquel huevo particular que producían sólo podía eclosionar a condición de que, sobre un montón de estiércol, en el momento de la aurora, lo empollara un sapo. Que entonces venía al mundo ese pequeño reptil rosado y temible llamado basilisco. Que tenía el poder de matar con la mirada. O más bien de matarse a sí mismo cuando se veía reflejado en la superficie de un espejo, o bien reflejado en el agua.

A. sacó la conclusión —con algo de patetismo— de que, en efecto, verse, o dejar ver ese poco de cosa rosada, es decir nada, pero una nada multiplicada por vacío, era —como camisa y cuerpo— acercarse, subir, tocar, dar vida y asumir la muerte.

Zaezon dijo que la muerte no era una palabra más ponderada que una palabra. De ahí, una ficción, como el basilisco. Una mala creencia.

«No —dijo R.—. Porque por desgracia esa palabra redirige a lo que crea todas las palabras, y las suscita en la fuga loca, y en la exasperación de toda clase de diferencias.»

—Pero es una palabra… —dijo Z.

—No —le interrumpió R.—. La muerte está un poco por todas partes. No hace falta buscar muy lejos en la mente. Basta con remontar suavemente la memoria para sentir que no éramos, y concebir que nacimos. La vida de cada día está tejida de estas consideraciones y de sus jirones. Todo modelo es rival, y el que reclama que te le parezcas te impide la semejanza y se defendería con uñas y dientes de una asimilación en la que su ser fuese devorado y a sus propios ojos se confundiría, se haría pedazos —su propio principio cambiándose de repente por los dobles indescriptibles y por la pasión de la muerte. Teme tanto a una diferencia que no pudiera tener confianza en nada —de ahí no diferiría de nada en el mundo— como a una identidad tan absoluta que extinguiría cualquier identidad.

—Me cuesta comprender esta misma construcción —dijo Zaezon. ¡Ficción ella misma! El miedo a la muerte no es gran cosa, y una cosa doméstica, para nada universal. Enfermedad infecciosa endémica del hombre, que no se transmite a otras especies, y que se olvida con él.

—¡Qué bandidos! —respondió extrañamente R.—Reprueban la sexuación de los cuerpos. Apartan la muerte. Reprochan a lo que es el hecho de ser. Hacen sufrir a sus semejantes con un juego infernal: el espejismo del sentido. Aman la poesía, las obras de filosofía, la historia, y los sueños *interpretados.*

—Quien —intervino Karl, muy hábilmente—, quien no despegue la vista de las flores del ciruelo, no sabe responder a la pregunta: ¿cuándo se marchitan?

Comimos espinacas de Persia. No sabían a nada. T. E. Wensleydale se dirigió a Zaezon:

—¿Por qué pretender sacar fuera de la vista lo que hace la visión? —dijo—. Se entiende el miedo que provoca la idea de la metempsicosis. El ciclo de las reencarnaciones sucesivas está fijado en doce millones de años. Comparado con esto el miedo a la muerte es un pastelito de aperitivo. Sobre todo porque la liberación de la Rueda es la muerte misma, ya que en ese caso es la inmortalidad lo que nos separa de la muerte. Así las ayudas se dan la vuelta como un guante y convierten en terror y desesperación, y las pócimas, inventos, trasmundos, remedios, envenenan y no remedian nada sin empeorarlo.

—Está claro que no conviene prorrogar demasiado el plazo que fija la muerte —intervino Bauge—. Las civilizaciones más bellas no posponían tanto la fecha del fin del mundo.

—Es más que eso —dijo Quoeun—. Las civilizaciones, las lenguas muertas, las memorias, los libros, los seres queridos, los cuartetos de Haydn que tocáis… ¿no son simplemente la muerte?

Recroît alegó las fallas tectónicas de los valles del Afar. Élisabeth respondió que no se precisaba potasio argón para llegar al miedo a la muerte.

Pero que había que «dejar actuar» a la muerte, respondió Quoeun. Había mucho que esperar de aquellos que ya habían dejado de ser. Eran los verdaderos amigos. «En cuanto a mí —dijo—, espero que fueron felices, aquellos a los que leo o recuerdo, y esa felicidad se me transmita…»

A. le interrumpió:

«Si Ieurre estuviera aquí —dijo—, excluiría el uso de *esperar* con un verbo en pasado. Me dijo que hay que decir: quiero creer que fueron felices… con el argumento de que, en gramática correcta, no se puede desear ni esperar nada del pasado.»

Quoeun protestó diciendo que era toda su vida contra una regla gramatical. Que se había pasado el tiempo «esperando» que antaño hubiera fragmentos de épocas, pedazos de lenguas, parcelas de fuego olvidadas bajo la ceniza, pequeños claros de alegría y sociabilidad… Entonces Quoeun tuvo una frase que me estremeció (o por lo menos cuyas consecuencias me parecieron temibles), y que era una confesión:

—Tenemos que entrar en el proyecto de lo que nos obliga a la muerte, y colocarnos en la impotencia y en la inutilidad en que lo convierte todo. Es una deformidad que le es particular, y con la que *riega* infinitamente a aquellos que están sometidos a ella. Igual que la lluvia y la primavera hacen crecer en las ramas de los árboles las florecillas que los coronan. Así que tenemos que estar en la propensión a que todo esto muera. Incluso tenemos que ayudar en nosotros mismos a que esto se destruya.

Comimos un pesado pastel de chocolate de Metz.

—Es un proyecto bastante vano esperar emplearnos en esto, además de redundante —declaró W.—, o incluso pensar en aportar nuestra ayuda. Yang Chou observó hace sólo unos milenios que los muertos han muerto tan poco por sí mismos como los vivos viven por sí mismos. Ni el hecho de nacer ni el de estar condenados a morir depende de nosotros. Nosotros no dependemos de nosotros.

—Yo no he perdido nada. Nadie ha poseído ni perdido nunca nada. Esta idea sienta bien —dijo A.

Zaezon repitió que le parecía que en todo lo que decíamos había excesiva certidumbre: «La muerte no le vuelve a uno diferente del tronco de un árbol o de un terrón de tierra. ¿Por qué presentar sus efectos como más desastrosos?»

—¿O como más negligibles? —replicó R.

Bauge parecía compartir la perplejidad de Zaezon. En su opinión, nos fiábamos exageradamente de nosotros mismos, de la constitución de nuestros cuerpos.

—¿Pues de qué otro cuerpo habría que fiarse? —intervino R. ¿Y cuál era su *tótem*?

Bauge se irritó: «Séneca dice que es demasiado mortal para conocer otra cosa que la muerte —dijo con tono abrupto—. Esto no quiere decir que ella se reduzca a la ficción de Z. Igual que el ojo no conoce el tacto, ni la oreja el olor. Igual que las flores no saben que las estaciones se repiten y que la apariencia que ofrecen no es única…

—¿Y de dónde sacas que se crean singulares —replicó R.— y que encuentren en esa particularidad, en esa escasa duración, la única referencia de que disponen para medirse con el día?

—Están convencidas —siguió Bauge, ignorando deliberadamente la observación de R.— de que son frescas, y recién nacidas por una especie de asombrosa excepción, de una existencia tan incomparable que si llegara a extinguirse no habría nada que la pudiera reemplazar: ignoran que al mismo tiempo se repiten, y que desde hace cientos de miles de años atribuyen a su perecer una importancia que ninguna de ellas tiene ni ante todas ni ante sí mismas. Leen «origen» más que el círculo maniaco, negligentes respecto al tiempo y a las formas, y aún más negligentes cuanto que no son, desde *la noche de los tiempos*, más que una intensa reincidencia, que un insistente efecto de redundancia para suplantar a fuerza de crecimiento el efecto de simetría, y reequilibrarse en la destrucción.

Pasamos al salón. Bebimos vino caliente. Nos reímos más. «Oh —dijo Z. en el momento de separarnos—. ¡Qué barbaridades hemos dicho!»

Thanksgiving Day.

Ieurre hizo un esfuerzo y vino con Gladys, Élisabeth, y A. No nos reunimos todos hasta las nueve.

Zaezon, Suzanne, no pudieron venir. Ni Otto.

Bebimos un poco de Oporto. «Propósito de enmienda», dijo A. riéndose, eremita volviendo al sindicato. Franqueando el umbral de su club. Con una alegría aun así un poco enferma. Una vida que había quedado un poco afectada…

—Pero vacunar no significa nada —dijo Ieurre—. Lo estoy comprobando. Una enfermedad ha sido inoculada. El verbo *inmunizar* es inútil. ¿No basta con el de envenenar?

—Sanarse no anula la infección —siguió A., asintiendo con la cabeza—. La *mala sangre* que me he «generado» sigue circulando por mis venas. Sigo igual, pese a todo el *similor* que me adorne. Cabeza sangrando entre el cuchillo y el altar.

Nos sentamos a la mesa.

«¡Y es mi turno! —dijo Ieurre—. ¡Es a mí a quien el vacío llama con todas sus fuerzas!»

A. se echó a reír. Parodiaba los viejos argumentos de los que se

había nutrido. Que necesitaba sacar del alma toda mancha de estima, dijo haciendo muecas. Que se desapropiase del recuerdo que tiene de sí mismo. Que no dudase en recurrir a los vicios monstruosos de abstracción y de abnegación, con el fin de hacerle ingresar en el muy bajo sentimiento de la nada. Que pasase al *desescombro*. Y que tuviera trato con la muerte como si la estuviera leyendo en un papel.

Bauge: que había que aturdirse, distraerse, trabajar… Entonces Ieurre nos dijo que *distraire* era un verbo sin pasado: «Acción que no se ha cumplido nunca. En el pasado ningún hombre fue feliz, ni se dist… de la muerte. ¿Cómo quieren que viva si no soy capaz de decirlo?», añadió.

—Sea como sea —intervino R.— refugiarse en el dolor que aumenta quizá sea más seguro que recurrir a lo que lo disipa por un rato. Pero no es seguro. *Contemporizar con*. Al contrario de la víctima que al anticipar su sufrimiento, lo aumenta. Tratar con desprecio, *satisfacer* el daño. No intentar nunca «afrontarlo», porque intentar hacer cesar un malestar lo transforma inevitablemente en pánico.

—No —dijo A.—. Míreme a mí. Le he dado las manos a lo que me estrangula.

Wensleydale aportó una serie de platijas salteadas en aceite. E. preguntó si nosotros estábamos tan desglasados como ellas, que eran suculentas.

—Por desgracia, no al vinagre —respondió Ieurre.

Pero Quoeun —que estaba sentado junto a Marthe— ponía en duda el aplomo de Recroît:

—El cardenal de Bérulle, buen freudiano como usted —añadió, dirigiéndose a M.— advertía que quizá no sea recomendable poner más alegría, más complacencia, suavidad, en la imitación del suplicio de la cruz, de lo que Jesucristo sufrió.

—¡Ya lo ve! —exclamó, dirigiéndose a A.—. De manera que se preocupa usted demasiado. ¡Es un pecado de orgullo!

Seguíamos deleitándonos con las pequeñas platijas al vinagre.

—Pero ¿de dónde viene ese daño? —preguntó Th. Suspendimos los tenedores en el aire.

Que era algo más viejo que ir a pie —dijo Ieurre, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué, para el dichoso, todo redobla su dicha, mientras que para el angustiado todo redobla la angustia? —prosiguió Th.

Guardamos silencio.

—¡Al fin y al cabo, no es un daño anterior a las montañas y a los pajaritos! —añadió. A. parecía perplejo. No pareció que aquello le pareciese imposible.

—Que haya todo ese parloteo —dijo— y esos miles de lenguas,

supone ese mutismo que las precede sin pausa y alrededor del cual ellas dan vueltas gorjeando. La posibilidad y la multiplicidad de los órdenes y de los sistemas que intentan articular lo real, su misma existencia, suponen esa ausencia de razón que las funda, de finalidad que las ordena, taciturnidad del silencio que las aterroriza, ausencia que *es*.

—Aunque quitemos la totalidad de los hombres —replicó Bauge—, no es que quede *nada*, y apenas es menos ruidoso.

—¡Pero por favor —exclamó Thomas—, los hombres sirven para algo!

—En efecto —dijo Wensleydale—, tiene usted razón. Hemos teñido la tierra de sangre.

—El hombre —sentenció a su vez Recroît— es un animal ávido, provisto de una doble voz admirable que se emplea en transformar la parte de exceso de aliento que devuelve al aire, bastante cobarde para rehusar dar curso a su odio sacrificando, obsceno y obseso de sus carnes y sangre que ama hasta la *efusión*, asustado de la muerte, que corre para imitar lo que no posee y cuya inútil propiedad le pesa y le llena de angustia, usando una agresividad naturalmente excesiva inventando diversos artificios cuya profusión —que no tiene dimensión, y es el motor de la muerte— toma la forma de la orgía del vacío, donde él flota en un increíble vértigo.

—Así son las viejas imágenes medievales —dijo Bauge—, es lo que llamaban *el corazón vacío*. Es el viejo tema de los primeros sermones en romance. Lo que producía el corazón vacío: la repugnancia y el tedio, el abandono y la desesperación, que hacían el desapego. Este ya no busca ni el sentido ni la paz. Ya no valora necesidad ni azar. No hay alarma que le turbe: es todo él alarma, y pesadumbre; y también es la misma paz. Es *el corazón del tifón*, la serenidad del que la sangre le excita, el gramático sin las palabras. Bendice la desdicha. Es el sacrificio, es a la vez la extrema violencia que le hace nacer y la víctima ensangrentada y expulsada bajo las piedras que le corona. Es el *noveno corazón* y la *ausencia de canto*. ¡Lo que le hace salir de sí es esa expulsión: ¡es la muerte de uno por todos, la metonimia de todos los sentidos, la constitución de las sociedades, la operación del pensamiento y el *como* para todo lo que compara!

—Algo bastante parecido comenzó en 1620 —dijo Quoeun con pompa y cierta exaltación—, cerca de Gotha, en el burgo de Hochleim. Entonces la facultad suprema del alma, que en latín se llamaba *mens*, en nuestra lengua espíritu, unos viejos eruditos lo llamaron poco a poco no sin razón, un baúl, una especie de cofre en el que encerrar el excedente, en el interior del cual se superponía un cierto número de pedazos de víctimas, y un número mayor aún entre los movimientos maniacos o rituales que las suscitaron. Hay que reconocer que esos

mecanismos, por el peso que los sedimentos ejercen entre ellos, así como por la intervención del tiempo y del azar, y también por el olvido de los mecanismos que estos restos conservan imperfectamente (porque por una parte no dejan más huella que la de su efecto, y no de su acción, y por otra, porque están en estado de vestigios deteriorados, sujetos a una incesante metamorfosis por su distribución y su asociación) se empujaron unos a otros, y a veces también, al amontonarse, poco a poco mezclaron, y luego imperceptiblemente confundido. Considerando esto, se comprende mejor que su función no sea ya tan cómodamente cumplida, las direcciones insensatas adonde de repente llevan esas extrañas sedimentaciones, el lujo cada vez menos convincente al que se ven reducidas las funciones que ejercen, en fin, la angustia a la que someten a aquel que las acoge: se sitúan bajo los cabellos, entre las orejas, detrás de los ojos y encima del orificio de la boca. Pero de vez en cuando descienden.

Ieurre lloraba de risa. R. pretendió que el pensamiento, el arrebato del pensamiento, a decir verdad no rivalizaba nunca con el encuentro que lo había hecho nacer. Permanecía más allá, usaba ese sobrante del que hablaba Quoeun, reflexionaba, doblaba vanamente, también él mezclaba, mediaba y remediaba, olvidaba, tranquilizaba. «El encuentro entre seres o entre objetos —dijo— que suscita el pensamiento supera todo pensamiento.» Incluso la desnuda experiencia —la ficción por el pensamiento de esta noción— no era rescatada por el pensamiento; y tampoco el pensamiento era rescatado por ella. «Lo sensible siempre confunde —dijo—, y el pensamiento supera en vano aquello que le supera, como su vida o su muerte. El pensamiento —la conciencia, la lucidez— no aguanta ante nada en el mundo. ¿Por qué la confusión, o el encefalograma plano habrían de ser acercamientos peores?»

«La reflexión no refleja nada —continuó—, salvo una fuga *a pies para qué os quiero*. Es un empleo para la emoción. Tratando de adelantarse a aquello que la suscita, la conciencia opone un rechazo, desea la diferenciación y la muerte de aquello que le corresponde, expulsa la percepción que la vincula al mundo, rige una exclusión y no una transparencia o bien una comunión. Entreabre, desgarra, mata para no esposar eso contra lo que tensa sus fuerzas, divide la inmediatez que la confunde —porque en verdad no hay nada que ver, nada que sentir, nada que pensar, nada que supusiera un doble, es decir que haga la experiencia— en anticipación o en retraso, para no encontrar lo que la separa de ella y que la ha puesto en marcha y la supera.

»Lo sensible no reflexionado —añadió— es un desafío que el pensamiento no acepta, y al que substituye lo real.

»Cuando se ha dicho todo lo que era posible decir —añadió aún—,

lo que es es lo que queda.»

Al final de la filosofía, declaró finalmente, hay que poner la sofística…

—¡Igual que al principio! —pretendió Wensleydale. Los filósofos que son un poco consecuentes son llevados por su misma dinámica a destruirse. Su funcionamiento debería suplantar a sus temas. Todo pensamiento desarrollado se resuelve en la nada. Vapor que se transforma en gotitas de agua a lo largo de la pared del cráneo. La muerte lo seca. Pensamiento *imaginario*…

—Todo lógico es un perseguido —repitió R., toda interpretación, un delirio…

—¡Nos ofendéis, pardiez!, dijo Ieurre con acento del sur (de forma ridícula, afectada).

Wensleydale se levantó para ir a por otra botella de vino.

—¡Cuántas paparruchas decimos! —dijo Bauge—. ¡Qué falso suena todo! Todo, hoy día…

—A mí me parece —dijo W., volviendo con dos botellas de vino de Borgoña— que lo que sufrimos nunca debería ser hurtado a la afirmación incondicional de las cosas que son. ¿Por qué rehusar la breve experiencia a la que el azar nos precipita durante media o tres cuartas partes de un siglo? Por qué sustraer, en todo lo que nos pasa, una parte de lo que pasa, y en consecuencia ser capaz de seleccionar: descartar esto, y poner a envejecer en la barrica, con el peligro de no disfrutarlo nunca, esto, esto. Porque la elección es esta: o solidarizarse sin reserva con la aventura imprevisible a la que el hecho de nacer ha llevado, o bien el rechazo de esa misma existencia, y la autodestrucción más «acelerada»….

—Muerte y vida, para un chino, deberían ser inseparables, y la separación entre ellas, inconcebible —dijo Karl.

—No sé. Pero no se puede pactar mucho, no se puede acordar menús entre esas dos opiniones, mezclando un poco de solidaridad, una gran reserva sombría, una parte no negligible de desaprobación, unos gramos de matanza y un vapor de esperanza. Mitigar sería o bien envenenar la anuencia o bien enredarse y moralizar ante el abismo, o el revólver o el vial. En resumen, o una vida desagradable o una muerte demasiado dolorosamente pospuesta.

—Temo que la anuencia sea un filtro como otro cualquiera —dije —. Un pequeño invento moral. Las piedras no se tienen en pie a base de anuencia.

—¿De dónde saca usted que se tengan en pie? —dijo R.

W. de repente hizo el recuento, uno a uno, de los males que la química ha vuelto indolentes.

Comimos unos pastelitos no muy exaltantes.

—Pero ¿cómo salir de ese agujero negro que hay en nosotros? —preguntó directamente Thomas. Marthe mencionó el análisis. Recroît se puso a sermonear. Wensleydale dijo que estaba pensando en Quoeun.

Ieurre le dijo que era muy ingenuo. Que un hombre que ha nacido, que ha superado la infancia, y que se ha elevado hasta una vida más o menos consciente, ¿qué manera hay de que esté tan libre de toda impresión como cuando no era?

Karl se dirigió a Marthe:

«Un cuerpo se mueve —dijo—, proyecta una sombra sobre la tierra; y proyecta un reflejo sobre las superficies pulidas. Si emite un sonido, este levanta un eco. Esto significa que no hay psicoanálisis, que no tenemos identidad. Que no estamos dentro de lo que somos. Que no correspondemos a nosotros mismos. Que dentro de nosotros un principio otro nos interpela y nos rompe. Y que sujetos a excedernos en la muerte —rodeados por lo que lo que nos precede y por lo que llamamos con todo nuestro cuerpo al final— flotamos como corchos en un océano de no-vida. Como ranas que saltan al estanque cuando se les presenta un señuelo tan rojo como la amapola en el campo, o la sangre en el cuchillo del sacrificio. Así que, mientras vivimos, no estamos enteramente vivos, y un poco preocupados.»

—Además, es muy difícil —prosiguió R.— poner la mano encima de la transgresión que aterroriza verdaderamente, o sobre la prohibición que esta requiere. Sea cual sea la culpabilidad de la que somos objeto, no sanciona nada que nosotros hayamos pervertido; sólo alimenta un deseo instalando una pequeña fortaleza que nos encierra en las ideas cuya protección nos parece satisfactoria, y el veneno sabroso, muy revigorizante, muy propicio, y del que preferimos la privación antes que la ausencia, la negación mejor que la falta, porque el castigo nos reconforta, por añadir una especie de vigor a su atractivo, y porque nosotros tendemos a dar peso, necesidad, sentido, a una existencia cuya única posibilidad depende quizá, sin embargo, de que carece de principio, impotente para significar, y desconcertante.

—El psicoanálisis es un arte —continuó—, la verdad que un poco más grosero y mucho más malsonante y quizá igual de pernicioso que la lectura de novelas, en el sentido de que sin ninguna duda sometemos nuestra existencia a leyes, pero precisamente porque ella no se ha sometido espontáneamente. Unos tipos de individuos imaginan ser «temas» que se inventan «almas» que se suscitan «leyes» que las rijan. Bonita *imaginación*, a la cual quizá no sea necesariamente juicioso apoyar, o que no es absolutamente necesario ligar con otras combinaciones, primero inter-individuales, luego sociales —¡es decir, al imperio!—. Pero con el mismo gesto, si nada

permite fundar la preferencia que sea, nada puede volver más legítima ni más necesaria ninguna reserva que se le pueda hacer, y puede parecer útil usar esas narraciones y esos doctrinalismos que a muchos les parecen satisfactorios.

—Como el héroe legendario —intervino A.—, que para protegerse de la *mojadura* progresiva e insoportable de la lluvia se zambullía en el océano. ¿Cómo negar esa ayuda que consiste en adelantarse al miedo en el acto mismo de exponerse? ¿Y cómo se llamaba aquella tortura en las mazmorras cristianas en que la locura era consecuencia de la lentitud, de la insistencia, de la repetición mecánica de una gota de agua en la frente?

—Todo lo que interpreta llega con retraso —prosiguió R, racionalista—. Intentar «dar cuenta» o «darse cuenta» es no sólo confesar el miedo, sino confesar el carácter imprecisable de todo lo que sucede. Aunque reflexionásemos durante milenios, no comprenderíamos ni un instante. Incluso al decirlo, al hablar de lo que vemos, lo que hacemos es dar testimonio de la rebelión absoluta de cuanto observamos.

—¡Esto está muy lejos de ser verdad! —dijo A.—. Charlatanería. ¿Y por qué hablar de hablar, etc.? ¿Acaso alguna vez ha salido del lenguaje otra cosa que un producto vano, un canto regular y problemático, y de un funcionamiento pobrísimo, sin función exacta, y que casi nunca ha cambiado? Es una tarea condenada por la misma extensión de los siglos a la esterilidad, a la vista del escaso avance que constatamos. O más bien: a la vista de la estupefaciente ausencia de progreso ni en el uso, ni en el proyecto, ni en la función, ni en los sistemas que suponen, que miles de lenguas a lo largo de miles de siglos atestiguan para quien no esté ciego.

Yo respondí que para pasar el rato podían emprenderse las investigaciones más vanas. Y que la ausencia de provecho, la extrema probabilidad del fracaso, la falta, efectivamente notable, de resultados siquiera un poco demostrativos, presentaban la ventaja —por lo menos reconfortante para todos los que se entregaban a esas investigaciones— de garantizar una duración indefinida. Igual que los aficionados a los puzles buscan un número de piezas cada vez más elevado, o los aficionados a las novelas secuelas interminables, el único prodigio que esperaban de tales objetos y de un ingenio en ciertos aspectos tan fútil consistía en un pasatiempo que no conociera término.

A. colocaba los atriles. Una vez más Quoeun pasó el rato buscando con su plancha el emplazamiento preferible. A petición de Thomas, tocamos el *re* menor de 1826. Para contentar a Quoeun, tocamos el segundo cuarteto del rey de Prusia. Luego ellos tocaron (sin Marthe y sin mí) el trío en *mi* bemol mayor de Schubert, que a Marthe no le

maravilla.

Thomas solfeaba fatal, y pocas veces logró poner bien los movimientos de tresillo que le correspondían, sobre una base de dobles corcheas que le correspondían a A.

Viernes, 23 de noviembre.

Élisabeth me llamó. A. quería reunirnos otra vez el domingo. ¿Era esto sensato?, pregunté. Marthe sin Paul, Ieurre de luto… Que vinieran los que quisieran, me contestó; el niño se había aficionado a vernos. Y el día 30 era su aniversario…

Dije que iría.

Sábado, 24 de noviembre. Pasé por la rue de Nesles. Gladys quería venir. Vendrían los tres.

Ieurre abrió una botella de vino. Parecía alterado. Había sorprendido a Thomas escribiendo *preveer* en vez de *prever*». Recroît había confundido «flagrante» con «fragante», Élisabeth… Le corté en seco. Le rogué que se callara.

Entonces se exaltó. Se levantó. Dando vueltas por el cuarto, llevando en una mano la botella y en la otra un vaso, dijo que él concebía la lengua como una Erinia que parasitaba el cuerpo de los hombres. Que su pasión no era una manía más o menos inoportuna, sino una guerra sin cuartel, una resistencia desesperada ante la *invasora*. Cada lengua, cada *diosa vengadora*, siguiendo el sacrificio que la había destinado, imponía al hombre su capacidad sobre el mundo y lo sometía a sus leyes. Apaños bastante poco orgánicos e incomprensibles, que garantizaban unas funciones ambivalentes y a menudo, además, impenetrables, y que agobiaban al cuerpo con ejercicios regulares que este no podía —como máximo— más que intentar utilizarlos bien, es decir, desvitalizarlos todo lo que pudiera, para volverlos insensibles. «¡Ay, es lo mismo que llevar los caballos al establo —dijo—, meter a las vacas en la cuadra!» Sistemas en efecto inmortales, continuó, o por lo menos no sujetos a la muerte, ni a la enfermedad, ni al envejecimiento. Cuya desaparición no era consecuencia de una disfunción o de una consumación interna sino de la «vitalidad» del grupo que fuese su rehén. O de su exterminio. O de su conquista. Sistemas que no dependían finalmente del organismo vivo que les prestaba su voz: su existencia era siempre sistemática y abstracta. Metamorfosis de lengua a lengua que se producían sin heridas, sin rupturas, y equivalían a substituciones de universo a universo… sin que ningún escalafón de castas o de aptitudes o de valores permitiese jerarquizarlas según su excelencia o fundar en el tiempo la sorpresa de tales reemplazos. Así que sus esfuerzos,

concluyó, eran desesperados. Era como A. Trataba de enjugar el agua del diluvio.

Volvió a servirse de beber.

Luego dijo:

«La pobreza que está en el extremo fondo de la cabeza es extrema, y la nada en la que su pensamiento se transforma confunde».

Le di la razón.

Domingo, 25 de noviembre.

Hacia el mediodía pasé por la rue de Nesles. Gladys estaba dándole de comer a la pequeña Henriette. Ieurre se fue a montar un cochecito moderno cuyo mecanismo visiblemente le superaba, sin duda por su propia sencillez. Le ayudé. Llegamos los cuatro a la rue du Bac. Thomas ya había llegado y ayudaba a D. y a Élisabeth a poner la mesa.

Marthe —que acompañaba a Recroît— apareció en un momento dramático. Al pequeño D. se le había caído de las manos una garrafa de agua y estaba llorando. Secamos la cosa como pudimos. Su madre —apasionada, loca por los parqués bien encerados—, empalidecida por un dolor que no era en absoluto contenido sino lo contrario, casi estaba tendida en el suelo y frotaba con gestos enfáticos y desesperados.

Una vez estuvo todo seco, pasamos a la mesa. Comimos brócolis del Loira sumidos en un gran silencio intenso. Ieurre intentó distraernos. Observó de repente, con ingenuidad propia de un niño, los circuitos de complacencia en los que nos tenían encerrados nuestras profesiones, todos los mercadeos, tratados y convenciones tácitas, guerras abiertas, armisticios de temporada —subrayó, mirando de reojo a Recroît—, en fin, cuánto contemporizábamos. Cuánto calculábamos: la suma de los que nos debían favores, la sustracción de aquellos a los que se los debíamos… ¡y pese al proceso de marchitamiento de la piel, el viejo cuerpo entero cubierto de plagas y de rencores vivos, de susceptibilidades extremadamente irritables! Y todos los vasos, la copas, las recetas, cenas, intrigas, golpes y empujones, falsos secretos y pactos dobles, prevenciones con efecto de retorno, apaños automáticos y debilidades de todas las rebeliones…

—¡Sólo los amigos —dijo A.— te sostienen *el mentón*!

—Las magníficas *molduras* de la amistad —dijo Ieurre.

—Puro *artificio* —dijo Th.

—Pero toda esa artificiosidad es la condición de este juego —pretendió R.

Yo repliqué que, en cuanto a mí, yo no sabía si había que hacer entrar una especie de solicitud, de indulgencia en la amistad, por

temor a que se subordinase a un intercambio condenado a la reciprocidad y que en su mismo ejercicio encontraba una utilidad y significado: que eran los mejores medios de aniquilarla.

—Pero usted… —dijo A.—. ¿Por qué me has ayudado tanto?

Respondí que hacía tanto tiempo que navegábamos juntos… Que, como sostenía Recroît, me parecía que en este tipo de relaciones el rechazo a los objetivos y la ausencia de causas eran más seguros.

R. asintió: lo mejor era la inutilidad, un vacío relativo entre los seres, dijo. Y que era tan difícil preservarlo del sentido, que es un cálculo, y sustraerlo a los papeles asignados…

«La cortesía, la amistad: la práctica de los *tiempos muertos* —dijo Ieurre—. Al amparo de la amistad, matar el tiempo, y la muerte. *Tiempos muertos* —repitió—. Fiarse de los *tiempos muertos*…»

—Como en la música… —dijo A.

—¡Y la expresión es muy apropiada —le interrumpió Ieurre—, porque el verbo *fiarse* supone una confianza que no conoce el abandono!

—Tiempos muertos, acordes —siguió A.—, curiosas coyunturas de un encuentro que es siempre inextricable.

—Sin embargo —dijo Thomas—, no son ustedes tan insensibles. Nos tenemos un afecto recíproco que ustedes intentan negar. Es curioso…

Todos parecieron incómodos.

—Qué púdicos son —dijo Martha, sonriendo. Ieurre murmuró que de todas formas en este caso ella era menos recíproca que mutua. Al menos eso esperaba.

—Hoy por ti mañana por mí y pasado ya veremos —dijo E., trayendo un guiso al vino blanco.

Estábamos de acuerdo en que no hubiéramos aceptado que la amistad fuese abiertamente mecenazgo, ayuda mutua, caridad. Ieurre dijo que teníamos que valorar unas costumbres que fueron más educadas y más sólidas que el amor. Más extinguidas, y desgastadas por el uso, y de las que las reglas y el tiempo erosionaron poco a poco la violencia, la sinceridad, la vulgaridad, la efusión.

—¿Nosotros somos amigos? —preguntó Th.

—¿No hacemos reinar entre nosotros, por hablar como Quoeun, el valor de la buena educación y la co-dignidad?

—Suponer que la amistad *oculta* algo es perderla —dijo R.

—Es probable que seamos amigos —dijo A., con una seriedad que nos divirtió.

Elizabeth se levantó y, cogiendo nuestros platos, declaró que constituíamos una buena *tropa indígena*. Luego se fue a la cocina.

Pero el arado no quería abandonar el surco. Thomas se puso más

insistente. La asociación de unos individuos mediante la amistad, dijo, representaba, en su opinión, el modelo de un grupo cuya constitución descansase solamente en la libertad —pero también en una relativa fidelidad a lo largo del tiempo—, si fuera posible no apuntando a ningún beneficio colectivo ni individual, ni línea del horizonte, ni objetivo común. Yo mencioné los cuartetos. A. señaló que, por desgracia, siempre había implícito algún interés particular, aunque sólo fuera el temor que tenemos a quedarnos solos, y el temor de aburrirnos.

Que no había que confiar en palabras demasiado generosas, demasiado vagas, añadió R. No confiar nada en la esclavitud. No fundar nada sobre la libertad, para que nada la someta. Entonces Recroît e lanzó a una explicación confusa. Códigos, contratos, pactos, compromisos y juegos no se conformaban con nada que dé razón de ellos, y su propio funcionamiento suponía esa autonomía y esa independencia. Motivos económicos, religiosos, políticos o de costumbres, si se necesitaba un sentido, podían conferirle especies de significaciones pero ese sentido eventual no estaba ligado a su funcionamiento, y ese funcionamiento era insensato.

«Viejas manías y recortes de animales totalmente *asémicos* —dijo— también reinan sobre la unanimidad, el consenso y los lazos de amistad, de manera que el conocimiento, la conciencia, la pseudolucidez que supone —para quienes se adhieren a ella— cualquier forma de contrato, incluso el de la amistad que nos unía unos a otros —en sí eran absolutamente ciegos al funcionamiento de estas agregaciones, que son ellas mismas viejas obsesiones rituales, nudos míticos brutales, tejidos totalmente animales pese a las formas, los colores, las sutilezas y delicadezas que los adornaban, como en las alas de las mariposas.

»Sociedades y voz: asimetrías de simetrías autómatas», añadió. Ieurre parecía consternado.

—Este gigantesco come-salchichas ya vuelve a… —empezó a decir. Pero en aquel momento Élisabeth regresaba de la cocina llevando una Carlota de peras. Ieurre exclamó que no había cosa que le gustase más que la Carlota.

Comimos. Marthe le preguntó a Recroît qué libros había adquirido y que hubiera que leer. R. dio una lista de títulos —para gran diversión de Ieurre—, subrayando las cualidades de cada uno. La conversación se deshilachó, y derivó hacia el beneficio que se puede esperar de la lectura de libros.

Marthe se acordó de una frase que le había dicho Ulrike, y que le había impresionado. Un viejo psicoanalista parece que escribió que ese vínculo que nos une a este mundo de aire y luz en el que vemos y en el que respiramos sólo nos parece soportable de manera

intermitente. De manera que periódicamente nos retiramos de él, a la situación que nos parece que fue la nuestra antes de ingresar en el mundo: nos acurrucamos durante el sueño, y leemos libros.

—Libros: también se los podría llamar guardabarros —dijo A.

—Protege-soledades —respondió Marthe.

—Remallar la cota de malla —dijo R.

—Remendar las redes —dijo Ieurre.

De repente oímos subir, en el cuarto del pequeño D., unos gritos extremadamente agudos y alegres, el ruido de una construcción de cubos que se hundía, y luego un gorjeo muy vivo y exuberante de Henriette y D. «¡Qué *chufleteros*!», dijo Ieurre.

Marthe había traído su violín. Tocó con A. la segunda sonata en *mi* menor de Fauré. A. puso como condición que luego tocasen la K.454 de Mozart. Fue muy bonito, un poquito pesado.

Al cabo de cuatro horas, D. vino a cuchichear al oído de su madre que tanto Henriette como él querían comer. Al cabo de un rato Henriette volvió con un maravilloso *kugelhopf*, al horno, con té. El término que utilizó suscitó una pequeña querella.

Recroît había mordido un doble anzuelo, proclamaba Ieurre. Ieurre había reventado con los dedos un grano de uva de una sola pepita, le reprochó R. El uno comía kouglof, dijo el primero. El segundo un kugelhopf, dijo R. «no comemos la misma cosa y…», pero cuando estaba a mitad de la frase Ieurre estornudó.

—¡Salud, viejo jamelgo! —le lanzó el pequeño D. Ieurre quedó encantado. Pero yo me sobresalté y mi taza de té se había volcado en el parqué encerado de E. Entonces, lentamente, con valor, alcé la cabeza. Luego afronté aterrado la mirada de E.

Lunes, 26 de noviembre. Me di cuenta de que el aniversario de D. caía en viernes.

Th. me telefoneó. ¿qué altura de estiaje tenía el río? No supe qué responder. ¿Nunca había yo —en toda la vida— entreabierto la ventana?, preguntó. O. von B. le empleaba a jornada completa.

Martes 27 de noviembre.

A. vino a verme. Estaba contento por lo del domingo. Sin ningún motivo especial, me regaló una pluma estilográfica muy bonita. Se quedó un rato.

«La mayor parte del tiempo he estado muy exaltado, ¿verdad? —dijo—. ¿Y era coherente, por lo menos? Nunca fui nada. Víctima de las pasiones y, la mayoría de las veces, apenas un despojo, apenas un pellejo vacío, sin sangre, que tras unos falsos destellos es abandonado por la ausencia de sentido y de pasión…»

Calló. Busqué un frasco de tinta negra y llené la pluma. La tinta fluía por la plumilla suavemente.

—¡Qué indescriptible es! —suspiró entonces—. Lo que es, es tan inasequible, incluyéndonos a nosotros mismos. «Verás —dijo—, es una experiencia a la que todos están sujetos pero que después de haberla conocido aún tienen que experimentarla. Como para desandar la distancia que nos separa de ella, y en la que caemos.»

Le dije que no debía hacer virtud de unos meses de invalidez. Y que no debía organizar su vida en otro sistema nuevamente tan riguroso y tan tenso que al más mínimo bache se expusiera al colapso total y a verse reducido a polvo. Pero sonrió.

—La alegría —respondió.

«Es uno de esos bonitos pozos que se encuentran en en los libros de cuentos de hadas, que nunca se seca, porque lo alimenta la nada.»

Y finalmente añadió: «Ininteligible prodigalidad de lo ininteligible». Y se marchó.

Miércoles 28 de noviembre.

E. me llamó. Ya no nos veíamos. A. Lo mismo: no le veíamos nunca. Trabajaba más que nunca. Le dije que había venido a casa la víspera y que yo pensaba pasar por la suya el día 30, por el cumpleaños de D.

Ahora el esfuerzo que él ponía en desmoralizar lo que estaba viviendo le proporcionaba una especie de alegría —prosiguió—, o por lo menos un principio de alegría, o más bien una impetuosidad frente al miedo —sin duda tan audaz que lo suscitaba para devorarlo—, tal impaciencia ante el miedo que lo transformaba en un desafío, en excitación, en alegría: si desaparecían sin cesar sólo era para mejor multiplicarse. Ahora ella sabía —me dijo— que, durante unos meses, estaba salvado. Que lo peor ya no merecía aquella complicidad atroz de la que él había dado tan inquietantes e infantiles testimonios, y que aquel «yo» ya no podía enorgullecerse de sí mismo.

Le compré a D. un tanque teledirigido. Me pareció que pasaríamos un buen invierno.

NOTAS

[1] En español, «abstraer». (*N. del T.*)

[2] Famosa estatua que había ante Notre-Dame, desaparecida en 1748.

[3] A diferencia del español, en francés, en efecto, sentarse en una silla es «s’asseoir sur une chaise», en un sofá es «sur un canapé», etc.

[4] Conocida colección de obras maestras de la literatura francesa (*N. del T.*)

[5] Léonard de Marandé, teólogo, polemista, amigo de Descartes. (*N. del T.*)

[6] En francés hay homofonía entre «repère» y «repaire». (*N. del T.*)

[7] Manzana *reineta* y *rana, árbol* y *charca*. (N. del T.)

[8] Juego de palabras intraducible: *tournedós* es una pieza de carne y también puede ser una persona traicionera.

[9] El nombre del arquitecto Chalgrin, del siglo XVIII, suena parecido a «*chagrin*», que significa «pena, tristeza», y se usa a menudo en un contexto romántico, el «*chagrin d’amour*».

[10] En francés, «*quiet*».

[11] Homofonía entre *bayer* (embobarse) y *bâiller* (bostezar).

[12] En francés, *sagesse* y *salive*, del latín *saliva*. (*N. del T.*)

[13] *Porte-drapeau, porte-monnaie, porteplume y porte-malheur.*

[14] *Porte-cigarettes, porte-liqueurs, portmanteaux y portefaix de la mort* (alusión a un grabado de Holbein). (N. del T.).

[15] Juegos de palabras aquí intraducibles. «No haber nacido con la última lluvia» equivale en español a «no haber nacido ayer.»

[16] En francés, «*déclin*», efectivamente no tiene plural. (N. del T.)

[17] Etimológicamente, esta palabra que en español significa «ruinas» o «escombros», viene del latín medieval «*combrus*»: barricada de árboles talados, o barrera.

[18] Personajes cómicos de Molière y Corneille. (*N. del T.*)

[19] Dulce muy delgado y crujiente. *Oubli* significa «olvido» o «descuido». (*N. del T.*)

20 En francés medieval, «*Et non pas yvre tant seuleemnt de ce qu'elle a beu. Mais tres yvre et pus que yvre de ce que oncques ne beut ne ja ne bevra…*».

21 «Cremoso, lechería.» Estas palabras en correcto francés se acentúan en la segunda sílaba, de ahí la queja de Ieurre. (*N. del T.*)

22 El gran domador y el león indomable. La «p» en esas palabras debe ser muda. (*N. del T.*)

23 En francés, «*temps*» y «*tempête*».